



REMOTO

JUAN ARIAS BERMEO

Remoto

©**Juan Arias Bermeo**

Primera edición libro impreso

Noviembre 2009

Editorial Bipedos Depredadores

Páginas: 304

ISBN: 9789978391006

Edición libro electrónico

Editorial Bipedos Depredadores

ISBN: 9789978391075

Cuadro de portada: Oswaldo Mora Anda

“¿Qué es lo que ata más firmemente? ¿Cuáles son las cuerdas casi irrompibles? Entre hombres de una clase elevada y selecta los deberes serán ese respeto propio de la juventud, ese recato y delicadeza ante todo lo de antiguo venerado y digno, esa gratitud hacia el suelo en que crecieron, hacia la mano que les guió, hacia el santuario en que aprendieron a orar; sus momentos supremos serán lo que más firmemente les ate; lo que más duramente les obligue. Para los hombres de tal suerte encadenados, el *gran desasimiento* se opera súbitamente, como un terremoto: el alma joven es de repente sacudida, desprendida, arrancada, ella misma no entiende lo que sucede. Un impulso y embate la domina y se apodera de ella imperiosamente; se despiertan una voluntad y una ansia de irse; a cualquier parte, a toda costa; flamea y azoga en todos sus sentidos una vehemente y peligrosa curiosidad por un mundo ignoto”.

(NIETZSCHE, de *Humano demasiado humano*)

“Un árbol que ha recibido lentamente la virtud misteriosa de los siglos, junto con la recóndita substancia de la tierra, es objeto que infunde respeto y amor casi religioso. Hay quienes destruyen en un instante la obra de doscientos años por aprovecharse de la mezquina circunferencia que un árbol inutiliza con su sombra: para la codicia nada es sagrado: si el ave Fénix cayera en sus manos, se la comiera o vendiera. Cosa que no produzca, no quiere el especulador: para el alma ruin, la belleza es una quimera”.

Juan Montalvo,
Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

ÍNDICE

Capítulo I.....	9
Capítulo II	51
Capítulo III.....	89
Capítulo IV	103
Capítulo V	145
Capítulo VI.....	163
Capítulo VII	173
Capítulo VIII.....	199
Capítulo IX.....	211
Capítulo X.....	237
Capítulo XI.....	257
Capítulo XII	273
Capítulo XIII.....	287
Capítulo XIV.....	299

Capítulo I

“¡Renuncio!”, aulló Teófilo Samaniego, entreabriendo los ojos al enrarecido cielo de la mancillada metrópoli, la poluta urbe que se estira larga y estrecha en las faldas de El macizo del Pichincha, sobre la quebrada hoya de Quito. Ciudad capital que, en días de fasto conmemorando su fundación ibérica, es denominada La Carita de Dios. Al pie del volcán decorando la estirada urbe del altiplano, el ansiado día de renunciar arribó al cuarto de arriendo, entrando con el azul montañés desvaído a la rutilante esquina donde se levanta la pensión para estudiantes pudientes de provincia, Villa Ximena.

Renunciar es un imperativo que trastornará los días borreguiles del promisorio joven en la metrópoli ahíta de vahos carbónicos, cual yace apiñada bajo el yugo del avaro oxígeno que brinda la altitud. Ciudad que ahora se desparrama incontenible, cenicienta, bajo el dentado Rucu, el volcán que presencié el nacimiento de lo que fue sagrado observatorio estelar de los chamanes idos y luego una recoleta aldea española.

Renunciar es la ventana abierta que lo invita a evadir la mansedumbre de Villa Ximena, esa mantecosa estancia entre muchachos bien de provincia que sueñan con los títulos que proveerán la interdependencia económica en el hormiguero de una civilización armada de nihilismo. Aquella propuesta acariciada en el café Madrilón, donde emergió para animarlo a buscar el

mañana de su ineludible verdad, lo inicia en la aventura que hasta ayer apenas se atrevía a vislumbrarla sobre el crepúsculo de los atajitos de caña del vate José María Riofrío. Así llegó a la jornada del pragmático con el deseo de hurgar en la amazonía que no ha descubierto aún por la intemperancia del pequeño burgués atiborrándose de ambiciones de hormigón.

De súbito se halla envuelto en ignotos aromas de los trópicos que anidan, tras las cumbres andinas, a oriente, aires salvajes. Vientos que añoraba el capitán de la flota de los barquitos de papel que surcaron el indómito mar de la niñez. Como si el capitán de Jipiro le señalara la salida del atolladero citadino a mar adentro, y de este modo poner distancia con la descomunal cloaca socializada en la devoción de sus habitantes a la polución. Despertó anhelando lo que presentía podía ser el futuro, ¡el mañana!; le vienen ráfagas visuales de un claroscuro piso selvático, caimanes exponiendo sus fauces al sol en remota playa fluvial; relaciona que está evocando el rincón sagrado que promociona el flamenco, Tomás Vanbeberen, en el café Madrilón. Las fotografías selváticas que se exhiben en el céntrico Madrilón, habían estado rodando por su retina desde temprano, con una intensidad que no experimentó antes. Era la señal ineludible de vamos a hacerlo ahora o nunca, el fin de su hora oficinesca estaba al alcance de sus pies y manos, como lo está la fotografía de la flor epifita que promociona el Ministerio de Turismo, y que él guardó en su memoria para que reviente su propia orquídea del musgoso lecho arbóreo donde esta mañana despertó.

“¡Renuncio!”, espetó a este día viernes que acaba la semana laboral y comienza un nuevo mes de servicio público en el Ministerio de Turismo.

Escucha el ajeteo de los jóvenes estudiantes buscando desayunarse en Villa Ximena, ese universitario runrún le impide continuar rumiando echado el sabroso empiezo del día al que nació para atender la brújula del capitán niño. Está ejecutando el imperativo que cargaba la fanática acepción del vocablo aventura en el lenguaje del abuelo, Papa-Beto; ya viene sufriendo el

ataque de cordura que redactará el adiós a la hora del ecléctico burócrata.

Eléctrico se quita del comfortable lecho estudiantil, empujándose al escritorio que lo ayudó a conseguir la licenciatura en la exigente Pontificia Universidad, y que lo tiene a tiro de lograr el doctorado en Gerencia y Dirección..., el pasaporte a las once hosterías que pondría en los once pisos biológicos de la provincia de Loja. Encendiendo el portátil Oberón se mete a la sucinta comunicación del fin de su estancia en el Ministerio. Ha venido ensayando durante meses la voluntad indeclinable de no dar más cuerda al promisorio joven cuenta horas con panorama a fosa de hormigón entre torres gemelas. Basta de soterrar al otro Samaniego que se desgañitaba enseñándole el camino a lo esencial. La idea principal del escrito de renuncia —con sus tantas como fantásticas variantes—, que acumuló entre incontables litros de cerveza en la ebria música retro del Soda-Bar Carrión, era la de cuidarse del utilitario gracias por la confianza en mí depositada, asimismo obviar el a pesar mío he de marcharme en pos de horizontes rendidores y modificar esas circunstancias ajenas a mi voluntad que me imposibilitaban ser el capitán de Jipiro. Mas, lo que consiguió en borrador —a pesar de los meses de etílica elucubración bajo la luz del rock sinfónico del Soda-Bar Carrión— apestaba a fatuo, prevaleciendo subliminalmente el repugnante perdónenme, piedad por mi desertión, y que nos bendiga el olvido. Se empeño en depurar lo superfluo, lo meloso, lo hipócrita. Al término de la elemental corrección, quedó menos de una línea impresa, y por fin sobrevino la digna misiva que nadie —y sobre todo él mismo— creyó iba a ser realidad, pues, fanfarroneando con sus compañeros de trabajo en días pretéritos pero cercanos, les dijo que cualquier momento iba a plantar una renuncia de ficción: ésta sería fulminante, holgada, instalándose en una modesta palabra. Y el vocablo que tanta gracia causó en su momento, este rato regresa lleno de poder desde los confines del capitán niño, cayéndole como un rayo la insoluta deuda que tenía con el mar adentro de su niñez, acudiendo a él la tentación

deliciosa de lo extremo: colocar una sola palabra, contundente, que llene una cuartilla sin atenuantes: ¡Renuncio!

Sea, entonces, una despedida que en el sentido lato de la palabra lo diga todo y desembuchar un adiós bien puesto, libre de retruécanos; tal como amenazaba cuando se revestía de valor ingiriendo unos copetines de aguardiente entre colegas del departamento de Registro y Control, jurando que algún día iba a colocar la totalizadora palabra en mitad de la cuartilla, más la geométrica firma ininteligible de la rama subversiva de los Samaniego.

¡Renuncio!

El cuarto de arriendo de la esquina rosa de Villa Ximena, lo situaba a una cuadra del doctorado en la Pontificia Universidad y a cuatro bloques del ascenso ministerial. Eso era estar bien ubicado, no había que salir de la zona rosa para cursar la suave carrera universitaria que escogió y mantenerse luchando por subir en el escalafón del Ministerio. Su esbelta figura de traje y corbata era el retrato del pequeño burgués echando para delante, un apetecible partido en opinión de las casamenteras, ejecutivo que pintaba para altos cargos ministeriales, para industrioso continuador de la empresa panadera de papá tomándose el Austro, La Puerca & Hijos. Por añadidura acariciaba el proyecto hostelero de los once pisos biológicos del mero Sur; o por qué no, eso: Presidente de la Gran Nación Pequeña. Teófilo Samaniego cumplía con el perfil para trepar al podio de los vencedores fusionando las ideas humanitarias del desarrollo sustentable de izquierda con el imparable crecimiento económico que hace a los pueblos más, o menos, consumidores del bienestar mundano. Atendiendo a su capacidad de maniobra en espacios ínfimos, entre paredes, tenía en términos de calidad total, liderazgo. Igual en la oficina como en la universidad descollaba, acá sonaba para futuro

Jefe Departamental, allá para próximo Presidente del Consejo Universitario por el Frente Amplio de Izquierda, FADI.

He aquí al joven capitán enfrentando al pronóstico general de provinciano que triunfa en la capital. “El chagra estrellado”, podría ser un bonito título de un cuento con moraleja del aventajado estudiante que hace añicos su etiqueta de Muy Prometedor. Hoy saldrá a la calle sin el traje de corte inglés veraniego del viernes, el azul cruzado; “ya estás con el de enganche para la rumba en Gatosón con una bonita lagarta”, le decía guiñándole el ojo la carnosa recepcionista del departamento de Registro y Control, en el piso conocido también como “la inteligencia” del Ministerio de Turismo. Hoy vestirá al hombre que va a matar al competente inspector Samaniego, propinando el puntapié letal al experto calificador de establecimientos de comidas y bebidas de cuatro tenedores y de la hostelería de lujo. Dispone de tiempo necesario para entregar sin testigos, al guardián de turno en el Ministerio, el comunicado que encierra la palabra catártica, allí estará adelantándose a la procesión de inquilinos diurnos del edificio público donde se genera el motorcito turístico de la patria. “¡Qué macho!... te vas a salir con la tuya sujeto”, musitó en el espejo que no le devuelve el rostro rasurado, perfumado, del respetado inspector de establecimientos de mantel largo, cual extraña el saco de marca azul cruzado del viernes, viéndose como otro ser con el informal ropaje de un estudiante en una mañana de asueto.

El joven pasa de tomar el casero desayuno de Villa Ximena, la fragante posada que huele a detergente *Eucalipto*. Sale furtivamente a la esquina rosa neutralizando casual contacto con los machos universitarios que intercambian miradas de aliento que dicen vamos a llegar lejos. Ya en la calzada anda con los pasos rápidos de un liviano senderista, va descendiendo por la popular vereda del Soda-Bar Carrión que se quedó arriba, casi en la esquina de la avenida universitaria. Constata su figura informal en los ventanales de otra taberna, viene irreconocible para un día formal de oficina: pantalón vaquero y calzando acolchadas botas de media montaña a tres cuartos de montaña. ¿Cuál aventure-

ro dijo eso que ahora le suena tan gracioso? Tal vez sea un tal Lovochancho, pero no duda que debe ser un hombre allegado a las ondas radiales del andinista Olegario Castro. Estrena una camiseta blanca de algodón, extra-larga, que la compró hace días sin propósito de inmediato uso, como reservándola para las vacaciones de un lejano carnaval, chorreando floja por fuera de la cintura, estampada en el frente, a la altura del pecho, con un canguro que no tarda en identificarlo con el continente australiano, el mamífero está saltando por cima del arco iris que despide un mensaje inspirador: *vida salvaje*.

Alejándose calle abajo va tomando conciencia de que empezó a darle la espalda al doctorado en Gerencia y Dirección de Empresas Turísticas, aunque le provoque cierto escozor quedarse con el prosaico letrado de licenciado. Él se había mentalizado para ser estudiante de largo aliento, haciendo todas las maestrías y postgrados que le exigen al tecnócrata de estos días, rindiéndose a los buenos deseos de padre, Manuel Samaniego, cual funge de mayor panadero industrial de la provincia de Loja, y con toda la gana de próximamente serlo de la provincia vecina del Azuay que él denomina el Austro porque dice que el sur-sur es Loja. Don Manuel, consecuente con su plan de invasión panadera del Austro, ya empezó montando una sucursal de La Puerca & Hijos en su principal enjambre humano, la panorámica ciudad de Cuenca. "Papá se ha ganado un nombre amasando el pan de cada día, usufructuando el rico patrimonio de la familia Samaniego, esa inigualable receta del mazapán", se escucha diciendo en una reunión de jóvenes en Villa Ximena. Don Manuel explotó industrialmente la artesanal virtud de Papa-Beto, quien heredó el conocimiento pastelero de la estirpe de los Mazapanes, de Gonzanamá, llevando a ciudad de Loja la fórmula harinera que dio fama a bollos, empanadas, puercas, roscones, y ese etcétera de horno de barro elaborado bajo riguroso secreto familiar.

Papa-Beto abrió la artesanal panadería La Puerca & Hijos en un portal recoleto de ciudad de Loja, frente al parque San

Sebastián, por la época que de casualidad, sobre la misma vereda, se inauguró un icono de la gastronomía regional costeña a precios populares, Guatería Manaba. Teniendo dichos generadores de productos comestibles excelentes relaciones de intercambio en sus delicadezas gastronómicas, coincidiendo también con su fortuna de expandirse a lo ancho de la provincia de Loja. La Puerca & Hijos, antes de la masificación que sufrió a manos del industrial don Manuel, apenas daba abasto a la creciente demanda debido a que la fabricación de exquisiteces venía a ser un rito artesanal, una costumbre que aunque harinera devino en aristocrática puesto que las figuras de mazapán eran una suerte de blasón de los Samaniego.

“Teófilo, no naciste con la harina en las venas...”, le decía Papa-Beto jocosamente, sabiendo ya que era el último panadero espiritual de la estirpe de los Mazapanes, cuando se percató de su desidia por los negocios de don Manuel. El abuelo tenía su misma sangre y aupaba esa tendencia del muchacho a contemplar el mar adentro del capitán de Jipiro. Creció observando como el hombre se divertía armando las figuras de mazapán, ahí radicaba su envidia, en el tiempo de crear sabores y olores que mantenían la fama de la pastelería original de La Puerca & Hijos. Jamás serán iguales los bollos, roscones, puercas, empanadas, suspiros, quesadillas, y todo ese etcétera sabroso que salía del horno de barro de los Mazapanes, al producto en serie que vende a raudales, año corrido, el contador don Manuel.

“Así, produciendo a pedido de la *gente buena* como era la costumbre de tu abuelo, nunca me iba a hacer ni una medianía solvente...”, le decía por contraparte, don Manuel, ufanándose de la revolución industrial que hizo en un santiamén con La Puerca & Hijos, regocijándose por el gigantesco paso que dio para que las delicias de los Mazapanes no se limiten al horno familiar de barro que se reducía a satisfacer el apetito de “la gente buena”, y por obra de los hornos a convección se atiendan los antojos dulces de medio mundo.

Con paciente conmiseración recibía Papa-Beto las ínfulas de su solo vástago, asumiendo que entre ellos se anteponía un abismo de letras, cigarrillos y café. El industrioso don Manuel no perdía el tiempo leyendo libros, “filosofías arruina mentes”; apenas recogía lo útil de los periódicos, y decía con razón que los más entretenidos de la prensa eran los anuncios clasificados, pues ahí bullía la vida de un pueblo pujante. Don Manuel detestaba el humo del tabaco y no ingería café por esa malhadada alergia que resultó heredable. Papa-Beto pasaba de ser cazador de sorpresas en los anuncios clasificados, y leyó con fruición sin llegar a la decrepitud cerebral porque no abusó de las “filosofías arruina mentes”, pues, arribando a la madurez más que desflorar libros se refocilaba en la repetición: “Repasar una obra querida es revivir el diálogo con un excepcional amigo...”. De las cosas dulces de comer hizo una costumbre vivificante antes que ingente fortuna; fumó, burlándose del cáncer a los pulmones, algunas cajetillas diarias de Full Speed; bebió café a razón de un tintico por cada cigarrillo encendido. ¡Cuántas horas para sentarse a fumar y tomar café negro zarumeño!

El joven andante admite que su niñez fue romántica por la diferencia que hacía la estatura mítica del abuelo, en un hogar donde contar metálico era pasatiempo aun en los días de fiesta. La industriosa sangre harinera de don Manuel se quedó en la superficie sin medrar en su fuero interno, le fue insípido el producto del horno de tecnología de punta, a convección, que llenó a La Puerca & Hijos de palpables resultados. La magia del genio pastelero fue sepultada con el horno de barro del último de los auténticos Mazapanes, de Gonzanamá. Ya arriba a los predios lúgubres del Ministerio, viene holgado de tiempo, se congratula porque las puertas principales de la enorme edificación aún permanecen cerradas a sus inquilinos diurnos. El rostro reconocido del guardia responde al saludo tras la verja de seguridad, recibiendo sin preámbulos, tras un apretón de manos del inspector Samaniego, la misiva para el Jefe de Personal.

—Hazme el favor..., apenas entre el *Sicólogo* le entregas esto en sus manos —dijo campecho, relajado, fuera aspavientos, como si el sencillo guardia estuviese al tanto de su santa resolución resumida en una palabra rumiada durante meses.

—Sí licenciado..., esto va directo para el escritorio del *Sicólogo* —replicó el hombre sonriendo, acompañándose de un mohín de complicidad por lo del mentado apodo del Jefe de Personal, contagiándose de la indefinible vitalidad que despedía el irreconocible inspector sin su traje azul del viernes. Ajeno al contundente mensaje de la misiva, no hace preguntas de género capcioso, asumiendo por el disfraz del hasta ayer elegante licenciado que andará de vacaciones, o andará de eso parecido a la disipación, “en comisión de servicios”. El inspector le extiende un cigarrillo al guardia, y éste está a punto de informarle que fuma con filtro, tabaco rubio, pero accede para no ofender a un superior que hace poco compartió con él copas en el piso de Registro y Control por lo de la celebración de difuntos que abre el buche de los vivos en la urbe Luz de América. Fuman distraídos, ambos de acuerdo con que el primer cigarrillo de la mañana es el mejor, aunque el guardia pone distancias en lo de la dosis diaria de tabacos: —Yo me fumo dos, nomás, uno mañaneando y otro en la tardecita.

—A lo mejor..., quién sabe..., probablemente —acota el guardia— ahora me fume uno o dos demás, no sé por qué, será por ser viernes, ya huele a licor bendito con el pregón de las fiestas, ¡goza cuerpo goza!, a cualquiera se le abre el buche licenciado, ¿no es cierto?

El inspector más bien columbra que hoy fumara menos por lo del día de asueto; menos tensiones, más ejercicio libre; menos peso en trapos, y uno se siente más firme y liviano con los zapatos de... En un día X de trabajo ministerial llega ansioso a la oficina compartida con dos carnosas señoras de Registro y Control; y, bien instalado sobre su sillón giratorio, fuma el primero con deleite, la primera dosis de nicotina lo rescata del nudo estomacal que le impide digerir el enjambre burocrático.

El inspector se despide del guardia con la cara enfiestada por el arrojo de marcharse sin los adioses de los compañeros de trabajo, el hombre le estrecha la mano augurándole un grato itinerario de festejos en la semana de fundación española que encima a la urbe postibérica. Se aleja seguro de que el *Sicólogo* no demorará en dar el aviso —en cuanto se harte de ver su palabra inapelable— al inteligente departamento de Registro y Control, de su intempestiva salida del Ministerio. En los terrenos suspicaces de Registro y Control se armará un revuelo de risillas nerviosas en el que participará el jefe seccional, el diplomado que supo ser alguien haciendo carrera ascendente, luchando bien por hacerse de un espacio de poder entre los servidores públicos. “En estos tiempos no se puede ser más sensato, familia, hijos...”, musitó mientras imagina el impacto psíquico de su misiva sobre el *Sicólogo*, quien disfrutará hilvanando conjeturas sobre la compulsiva renuncia del prometedor inspector; aclarando que sin el afán de ofender al señor Samaniego, fuera enconos personales, “aquí habla estrictamente el profesional”, él sí sospechó desequilibrios emocionales detrás de esa estampa de pequeño burgués en aparente ascensión comunitaria. Su ex jefe de Registro y Control, amparándose en el simpático cinismo de los ex revolucionarios estudiantiles, encogiéndose de hombros, le remitirá al perplejo *Sicólogo* su inteligente carcajada de Registro y Control, ya refinada por los años que viene ensayándola en las paredes del sector turístico. Y, dirigiéndose al abismado *Sicólogo*, le diría: “Yo, cursando en la veintena, célibe, sin cargas familiares, heredero del panadero mayor de Loja y próximamente del Austro..., me largaría al culo del mundo a no hacer nada más que contemplar el nacimiento de un río... o algo así”.

Entrando a la sanduchería *Qué rico, ¿más?*, apartada lo suficiente de la sombra del Ministerio, en los confines de la zona rosa plagada de establecimientos de comidas y bebidas, donde pululan las terrazas que los turistas se apresuran a darles aires cosmopolitas, activó los sensores que el abuelo adicto al café le

pasó de su experiencia cafetera dentro de la vieja Europa. Olió a café y fue entrar a Qué rico, más; no para beber el café que por herencia paterna le está prohibido, sino para olerlo porque es el mismo cafeto de Zaruma que consumía el abuelo. Aunque, Papa-Beto, negaba que el espíritu del café exista bajo esta urbe que acorrala a la milla ibérica con sus vicios coloniales, pues, sólo reconocía al inconfundible Madrilón como café-café, apostado en la medula del casco histórico. “Sabes, el Madrilón, es el único café clásico, europeo, enclavado en el ombligo de la franciscana metrópoli”. Sin embargo, perdonando su impersonal modernidad, sí hubiera acudido ganoso a la especializada sanduchería Qué rico, ¿más?; siendo que se sirve con los exclusivos bocadillos de pernil el sureño café Zaruma, el café que ingirió hasta el instante del infarto masivo en las sentadas de tinto y tabaco sobre su estudio solariego de ciudad de Loja.

Se desayuna absteniéndose de tomar el preciado café, llanamente fascina con el aroma a cañada subtropical del Zaruma. La arrevesada reacción química que le produce la ingesta de cafeína, trunca el deseo perenne de consumirlo con un tabaco, constituyéndose este impedimento en una pasible paradoja. No le fue dado gozar del café, una pizca de ello y es presa de la feroz alergia que marca el solo abismo frente al abuelo, y el puente genético a don Manuel. Come el buen emparedado de pernil con el apetito del púber que acudía trémulo a Guatería Manaba por el estofado de tiburón, atrasándose al recuento mañanero de alumnos en las aulas del colegio Bernardo Valdivieso. Metido en eso de devorar su tente en pie con ají y sin beber nada para no destruir el aroma del café, deja que el ahumado azul que trae el cielo quiteño contraste con la nieve del retrato turístico del monte Chimborazo, ese que según Olegario Castro está cambiando su fachada a pasos de invernadero. Por la calzada, el veranillo del Niño Jesús, anuncia recreaciones de paella tomándose la fiesta semanal de fundación española. En segundos caminará con la prisa del que se propone distanciarse del reloj ministerial, aban-

donando del todo la zona rosa que reverbera ante el caos motorizado de avenidas que encierran el parque fronterizo con la vieja urbe, yendo a por las desapacibles callejuelas del centro colonial. Sometiéndose al rugido de la informalidad, será transeúnte enajenado por un haz de dicha entre los abigarrados albores del patrimonio histórico.

Subiendo largo por la estrecha calle de su rumbo pre-determinado para el día del ¡renuncio!, pretende recrearse con los ojos en la milla que alberga el arte que produjo la Escuela Quiteña de los días del imperio español, sin embargo la vía motorizada le devuelve hollín y bocinazos. Acelera derecho tras el primer objetivo de la mañana radiante en tierras altas, ese que debe ser conquistado a pie después de la personal entrega de la misiva del adiós a su carrera pública, hacer la caminata diletante que coloque el hito limítrofe entre el ayer aborregado del inspector y el presente ambicioso del aventurero. La loma sagrada de El Panecillo es la meta del paseo de ida, subido sobre esa suave cúpula observará los milenios que pasaron por tal observatorio astral; también tornará a ver el pedazo de su alma anclado en el gusano ciudadano, ese que multiplica humanas extremidades a costa de un prístino horizonte.

Caminó recio, con una viada efervescente, como en los días que hacía con Papa-Beto una visita de ida y vuelta, sin paradas intermedias, a la laguna de Jipiro. Solo afloja el paso arribando a la popular avenida de los económicos simulacros de amor; maldice al fumador que, a pesar del rico sudor que le produjo la ascendente marcha forzada, que ha venido cronometrando en las campanas de las iglesias, no da tregua: "Cuál es el apuro inspector, detente para un tabaco y conversar, ver, oler y oír el patrimonio que nos ha premiado con estas maravillas arquitectónicas", susurró. Hecho, ya tiene un cigarrillo retozando en la comisura izquierda de sus labios. Aprovechando una banca municipal libre de parroquianos, se sentó a tomar el pulso de la histórica avenida, haciendo caso al fumador, tiene medio día por delante y el ápice de la loma sagrada está ahí nomás, a gol-

pe de escalinatas se encuentra a veinte minutos de la terraza de Parrilladas Pototo. De esto que procedió a deleitarse con el Full Speed, mientras enfoca lo ineluctable del lugar, el diurno comercio carnal mimetizado entre los bazares que flanquean la tradicional avenida. Especula en los precios populares de los estólicidos abrazos que se consuman tras regateo con las más jóvenes y agraciadas. “¿Cuántos dólares promedio se puede hacer al día?”, musitó abriendo el verídico cálculo que consta en los archivos del Ministerio, dentro del voluminoso proyecto para reubicar el puterío lejos del casco colonial, factibilidad orquestada en la campaña municipal *Devolvamos la dignidad al patrimonio histórico*. Del predicho estudio que se realizó con fondos del Ministerio, se le grabó aquel dato socioeconómico del oficio milenario al pie de El Panecillo; envuelto en aires de crónica urbana, repite para su capote: “En días festivos, amparándose en la avenida de los farolillos ibéricos, las trabajadoras sexuales adolescentes, hasta cuarenta servicios cometen”.

El centro capitalino es la marejada humana que precisa para esconderse de los ojos inquisidores del fantasma del Ministerio, el diagnóstico del *Sicólogo* no llega hasta acá para señalar la culpa del que huye del bienestar común bajo el paraguas opresivo de la familia y el estado. En la banca que donó el municipio, el informal Samaniego, se nutre del alarido de los expendedores de baratijas y pan de yuca, haciendo befa de la campaña de la ministra dolida por los pulmones de los servidores públicos, quien empapeló el Ministerio aconsejando a su gente con corazón de madre: Hágase un bien, ¡no fume!

Un ciudadano de facciones aindiadas salta de la masa informe de los desheredados de la pequeña república, se le aproxima con el rostro degenerado del adicto a los vicios coloniales, dirigiendo su repugnante cuerpo a la banca de concreto que divulga, en el posterior del respaldo, un mensaje de la campaña educativa del burgomaestre: *Trabaja, no envidies*. Él se percató de la arenga municipal antes de sentarse a fumar y ver, tuvo tiempo para reconocer que esa leyenda era universalmente explotada,

se la encuentra al rato en un camión transportando zanahorias a las tierras bajas o en el despacho de la ministra sin culpa en los pulmones. Ya se entera de que es indetenible el avance del sujeto envilecido que llegará a la banca que alquiló para fumar, él es el objetivo del indigente, el tufo de alcantarilla lo golpea antes que el hombre le extienda la diestra para mendigar extintos sucses, añorando todavía la calderilla nacional que reemplazó el dólar, “regale unos sucsesitos mi rey”. Reprimiendo el punzón que experimenta por el individuo desposeído en la cotiniedad circundante al inspector sibarita, relaciona que no va de traje y corbata por la zona rosa, no está llamando la atención de la nariz del miserable detectando su almuerzo en los bolsillos del pudiente.

—Regale unos sucsesitos, patroncito... —repite cortésmente el sujeto de la avenida de los farolillos ibéricos—. Y él echa en falta moneda fraccionaria en los bolsillos, toda la que traía la dejó en la sanduchería, Qué rico, ¿más?; apenas cuenta con el billete de veinte dólares apelmazado en el bolsillo diminuto del pantalón, el de guardar calderilla. Está libre de señas que delaten ganancia a los hampones de la zona; vino limpio, cero papeles, sin celular, billetera o reloj. Pasa de meter las manos en los bolsillos del pantalón, decide no agitarse con la pantomima de buscar y no encontrar nada para el otro, va a hacer el quite a la pestilente realidad de lo paupérrimo. Está cargando lo justo para distraerse en el día de su precipitación a lo desconocido, apartado de la opresión de los trajes que lo premiaron con el arquetipo de Muy Prometedor.

—Ando limpio, amigo —habló seco y con claridad, lanzando la colilla viva del cigarrillo al piso de la banca municipal—. El hombre sin rostro sigue la colilla prendida que rueda allende sus pies y, quitándose del acto reflejo de extender la diestra por los centavitos de rigor, la alcanza para matarla contra el cemento que recalienta en los prolegómenos del jolgorio de fundación ibérica. No se reciente por la respuesta tajante que recibió, tampoco se alegra, se queda como acedado observando el tope de la

avenida, indicando con el índice que de un rato a otro largará la competencia de carros de palo.

—¿Un *fullcito*, amigo...? —acierta a proponer extendiendo el paquete de cigarrillos hacia el pacífico sujeto quien, disculpando la falta de efectivo del paseante, responde afirmativamente enseñando la putrefacta devastación de su boca—. Ahora las mandíbulas abiertas a babeante risa agarran el tabaco torpemente, como lo hace el novato esperanzado en atrapar el encanto que muestra el experto fumador de sociedad. La fosforera del informal Samaniego enciende el cigarrillo del hombre que se da a fumar entusiasmándose más por la actitud del joven que por la necesidad de tragar humo. Los dos fuman obviando una conversación de iguales, manteniendo intactas las diferencias en lo que cada uno le pide a la mañana por separado. Después de haber tendido un puente de humo con el desheredado que falló en su intento de conseguir centavitos para comer, calladamente volverá a lo que lo tenía ocupado previo al choque de mundos sobre la banca de la arenga utilitaria: el ciudadano mendigo retornará al oficio de pervivir con los centavos de la voluntad ajena, y él retomará el sendero hacia la plataforma de El Panecillo. Entretanto, el humo del Full Speed ayuda a disipar los vahos del casco histórico a punto de fiesta, despistando la realidad de un pobre entre los pobres aunque libre a morir. “Así toca, repartir humo a falta de una revolución que socialice la dignidad en los enjambres humanos”, tuvo ganas de decir como lo diría ante los prosélitos del Frente Amplio de Izquierda, FADI, pero no lo dijo, hubiera sido una vergüenza fregar ese silencio que sí compartió con el otro con una vil retórica. Le parece que es más sensato rumiar la alternativa de Papa-Beto, la que proponía a manera de ficción política: “Declararle la guerra a Suecia y a Dinamarca, que nos invada el socialismo democrático de los vikingos, y que el Nobel de Literatura se falle en ciudad de Loja”.

Brindar un cigarrillo en la batalladora avenida redundó en el rubor que recaba la inmundicia; aquí tiene plena capacidad de asombro, sin atenuantes oficinescos que lo manden de

regreso a las parcelas apopléticas del trepador. Junto a Papa-Beto aprendió a darse baños de informalidad para exorcizar al hombre reprimido en la orbita de elites cosificadas. El pecho henchido del pequeño burgués pavoneándose en los corrillos de la universidad, ese con el membrete soy de izquierda pero a buen recaudo del voto de austeridad, se desinfla evitando la paranoia sobre la banca municipal. Desde chico, calándose la boina del Che, salía con el abuelo a vender figuras de mazapán en la feria instaurada por Simón Bolívar para la integración fronteriza con los peruanos. Fueron días en los que el pubescente se bañó de magia persa en el cúmulo de tiendas binacionales de mercaderes integracionistas. En la carpa del Mazapán hicieron buen negocio con el gusto de los peruanos por las gollerías de Gonzanamá, terminaban ganando el equivalente al consumo de un año de cigarrillos y café que, numéricamente, era un arcano espantable, una cifra escandalosa que el anarquista Alberto Samaniego nunca hizo público. Esas cuentas fueron el mayor secreto que los dos compartieron; los viejos billetes que el artista del mazapán ganaba en las ferias de integración fronteriza, fueron destinados al fabuloso consumo de cigarrillos Full Speed y de café Zaruma.

¿Cuántos litros de café ingirió Alberto Samaniego...? Todavía hace cálculos sobre el café, aunque ese precioso caldo oscuro le fue negado desde las postrimerías de su infancia; especula con el olfato en un afecto que no se consumó, pues no hubo sensaciones líquidas. Está impedido de zambullirse en los rápidos del cafeto, mas se contenta cuando los aromas arábigos lo devuelven al estudio solariego del abuelo. Fue insalvable el precipicio alérgico que heredó, “como una maldición”, de los genes del industrioso don Manuel. A veces sueña que se ha recuperado de ese cruel impedimento, y aparece radiante de dicha en la carpa persa de la feria de integración fronteriza para darle la buena nueva al abuelo, “ya está deshecho el maleficio, Papa-Beto, estamos listos para una sentada de café y tabaco”.

El paseante asume que la falta de café le impide fumar más de dos cigarrillos en seguidilla. Sobre el asiento de la sen-

tencia municipal, Trabaja, no envidies, los minutos de tabaco se agotaron, el hombre andrajoso partió tras el fantasma de la moneda nacional con la efigie del héroe bolivariano, Sucre, que nos llevó a la Cima de la Libertad para que luego todo sea descender en los avatares tragicómicos de la República. Se anima a avanzar para quitarse la sed de cantina que le entra con la bandera de largada de la carrera de coches de palo, allá arriba. Levantándose inhala con fuerza la chicharra ardiente presta a quemar los dedos que la aprietan; da la calada del estribo, la del adiós a la banca con mensaje, y con sonora exhalación despide al pucho que el pie izquierdo estampa en reverberante piso. Retoma el paso de vencedores, enfilando por la pendiente que lleva al mirador de El Panecillo, comienza a meterse en el cuadro futurista del domo de radio-libre Marañón, la noctámbula emisora del montañero Olegario Castro. Ya percibe la energía de las ondas que regularmente salen al aire a medianoche, cuando los oyentes lechuceros reciben el disparo de largada al circuito que concluye en la alborada del montañés.

Cuando el insomnio hacía presa de él, pasando la medianoche en el confortable cuarto de arriendo, conectaba con las madrugadas del nictálope Castro. Generalmente, en Villa Ximena, corría el manso diario del pequeño burgués amparado por la seguridad de la normalidad reinante, haciéndose escucha de Marañón sólo con el tiempo de rebelión del otro ante los rígidos horarios del inspector/estudiante. Eran las horas que el turno para dormir se trastocaba en avalancha de acusaciones del yo rebelde contra el macilento fruto de la servidumbre al industrial Samaniego. Las espaciadas noches de vigilia junto a las ondas heteróclitas de Marañón, esas madrugadas de frotaciones espirituosas, estaban madurando bajo el subconsciente, ¡a todo galope!, el inexorable renunciamento. Haciendo abluciones con aguardiente selecto, fruto de las cañas de San Agustín, siguiendo la prescripción de los contadores de historias de Malacatos, calmaba su ansiedad corpórea y por inercia de las frotaciones se quitaba también de las urticarias menores.

Digamos que, por añadidura, de repente usaba el aguardiente agustino para fines expansivos en soledad. O sea, cuando a tuestas se le abría el buche, horizontal sobre el casto lecho del cuarto de arriendo, libaba entregado a las emisiones volcánicas de radio-libre Marañón. De esas espontáneas libaciones se fortaleció el otro rebelde que se hallaba, en horas de oficina y banco universitario, celosamente resguardado por el sujeto Muy Prometedor. Estas esporádicas sublevaciones lunares que sufría el inspector/estudiante, finalmente trajeron la eclosión del salvaje reprimido desde la muerte de Papa-Beto. La primera echada a curarse de la normalidad de Villa Ximena fue casual, propiciada por un maligno dolor dental, cuando el nervio de la pieza X perdió su escudo protector luchando con un alfeñique. De esto que, con el nervio inerte colgando del premolar en ruinas, avanzando en la templada medianoche pichinchana, hubo de tomar medidas urgentes, allende las aspirinas. A la mala hora la enfrentó con el cataplasma a mano, el que volviendo los ojos encontró iluminando la alcoba. Se fijó por primera vez en el botellón de aguardiente de adorno, que no había buscado antes para el relajo en soledad; se materializó la bombona que nunca la vio para brindar entre las paredes redondas del cuarto de arriendo. La noche del nervio aullando de dolor en la intemperie de la muela agónica, hizo gárgaras con el licor agustino, abluciones concentradas en la pieza dental astillada hasta que el nervio, sancochado en espirituoso cataplasma, se insensibilizó trayendo edénica paz al doliente.

La noche de la mala hora dental sobrevino en una regia liviandad que lo condujo, ¿casualmente?, a descubrir el noctámbulo mundo de radio-libre Marañón. Festejando la retirada del dolor físico, marcó el dial de Marañón que exacerbó su flamante rebeldía nocturna, y esa derrota del premolar ante un alfeñique lo llevó a descubrir a la nave del domo de El Panecillo, embarcándose en ella hasta el nacimiento del sol sobre tierras altas. Fluyó naturalmente sobre las ondas de Marañón. Cual experimentado viajero de los sentidos nocturnos, navegó con la madrugada quieteña como un veterano sorteando los escollos de las tinieblas; allí

estaba de lugarteniente del capitán Olegario Castro, en el castillo principal, saltándose un previo entrenamiento, cursando sobre la ciudad vieja cubierta por nubes rasantes de páramo. Tuvo que sufrir inmedible dolor de muela para sintonizar con el espíritu del licor agustino más allá de la borrachera común en una pela de puerco, ejemplo; y desde otra dimensión escrutar el laberinto de la metrópoli amorfa al pie de El macizo del Pichincha.

El rítmico ascenso a la terraza de El Panecillo, engaña a la fatiga que cobra el precio de una larga marcha bajo la feroz canícula que azota la altitud de este ombligo del mundo; al avaro oxígeno circulando en la hoya de Quito se añade el sudor motorizado de la apiñada ciudad, encerrando entre paredes montañosas el pútrido eructo del gusano agobiado por su instinto depredador. La creciente metrópoli quiere tragarse al volcán que la amenaza con el despertar del magma aquietado en sus colosales entrañas, un certero fagonazo y el Patrimonio Histórico vendría a ser parte del menú gastronómico del planeta Tierra. La visión de la urbe calcinada bajo el vapor hirviente del iracundo volcán, flagela los ojos del caminante que sabe la devastación que provoca una explosión plínica. “Catastróficamente hablando, porque la trompa del volcán, Guagua Pichincha, está dispuesta hacia al occidente de la capital y a quince kilómetros de ella...”, corrigió la voz de un eminente vulcanólogo.

Estaba metido en las evacuaciones magmáticas del *Pichincha decora...*, atormentando a la cenicienta ciudad, alucinando con las fuerzas irreductibles de las potencias subterráneas, cuando avista el blanco inmaculado del domo de radio-libre Marañón. Lo sacude la leyenda viva del noctívago alumbrando desde su nave de marfil las madrugadas de Marañón. El domo yace en reposo, aparcado en la tarima de lanzamiento a su regular viaje al fondo de la oscuridad, aguardando las campanadas de medianoche para la jornada de despertares lechuceros. Ya a metros de distancia del fascinante campamento base del montañero Castro, éste despide intermitentemente destellos azulados, anunciándose el psicológico, magnético, escudo que protege al edifi-

cio de los intrusos. No obstante al fantástico detente, impactado por la visión sobrenatural de un domo azulado que de lejos es blanco, cae en la tentación de saltarse la magnética advertencia. ¿Qué raro, nadie le había dicho que la cosa era ahora así, o es que debía venir andando para ser parte de este nuevo espectáculo? Cosa extraña, pues, la última vez que estuvo aquí para inspeccionar a Parrilladas Pototo, y otorgarle el título de restaurante de primera categoría, no paró mientes en el domo blanco, quizás porque no había sintonizado aún radio-libre Marañón.

La aura que despide el domo parece estar hecha para atraer a pesar de su irradiante detente. Nada alrededor prefigura una amenaza letal a los invasores de su zona de seguridad, ningún letrero marca la familiar calavera, esa alegoría de la muerte que habla de una tajante prohibición de ingreso. “Es un llamado a desobedecer...”, susurró ante la titilante advertencia. Y, dando uno paso oblicuo, empujándose al vacío con el brazo derecho extendido, se coloca dentro del perímetro de seguridad de radio-libre Marañón. No ve señas de ingreso a la nave, tiene la sensación de que al tocar esa mimética pared externa, tal vez pasando la mano en su rededor, podría casualmente accionar un dispositivo que permita acceder al interior. Mas retrocede con el punzón de una carcajada irreprímible, espasmos hilarantes lo quitan del deseo de permanecer más dentro de la zona de seguridad. La descarga de hilaridad es real, está purgando por su curiosidad con un ataque de risa “a panza rugiente” —como le escuchó al mismo Olegario Castro decir cuando ríe hasta las lágrimas acompañándose de convulsiones estomacales—. Saliendo de las contorciones se queda amasando la idea de que podría haber ingresado a la edad cuántica, y ya empezó a crear su propio universo desde que se despertó en la nueva ventana que abrió en Villa Ximena. Se aleja de la eléctrica risa especulando que lo peor que le puede pasar a un hombre al persistir en mantenerse dentro del escudo psicológico, que inventó el montañero para defender su intimidad en la loma sagrada, es que reviente de risa.

Caminando libre de volver a intentar abrir los arcanos de la nave de radio Marañón sin la previa invitación de Castro, desciende los metros que lo llevan a la seguridad de lo conocido, a la terraza sur oriental de El Panecillo, donde ejecutará el deseo de almorzar en el establecimiento de corte gaucho, Parrilladas Pototo. Siguiendo el vaho de la carne asándose tras paredes, a salvo de la inquisición de los insolventes, penetra en el territorio de la carne asada al carbón, por instinto busca un fondo solitario para seguir manteniendo esa secuencia agradable y sorprendente que va tomado el día, como esquivando sin esfuerzo lo que pueda echar abajo el momento aventurero, por antonomasia, de su vida adulta. Parece que va encontrando lo que quiere a cada paso que da en la dimensión que le abrió una humilde palabra entregada el instante preciso. Sí, encuentra una bonita mesa apartada de los turistas sobre el balcón sur oriental; una mesa dispuesta para él, aislada del resto, lo acomodará bajo la marquesina que trae la vista distorsionada de una cordillera reverberando en lontananza. Perfecto, ha puesto distancia con las mesas imperiales atestadas de grupos turísticos, asimismo se alejó de la rokola láser que, plegando a los aires fundacionales de la urbe, vierte música taurina porque lo españolísimo de estas fechas tiene como principal ingrediente la fiesta brava. Aquí está atendiendo el almuerzo que creyó iba a quedarse en una quimera juvenil, está rindiendo homenaje al consumado acto de renunciar, está pidiendo la cerveza Club y el cuadril de cebón medio sangrante. No existe otro mejor momento para deglutir carne roja, un buen pedazo de cebón a la parrilla gaucha y la rica Club pasando fría por el gznate; es el rato propicio para que el carnívoro pierda su vista en nudo montañoso mientras mastica a placer un día de toros de casta, un día Victorino. Ha pensado tornarse en vegetariano, seriamente lo hecho en los días que no tolera la visión de que se está tragando a otro mamífero como él. ¿No será que está así de excitado por la carne sangrante porque es su despedida de ella? Ahora sabe que puede sucederle cualquier cambio a su vida, el portal del presente está de par en par abierto para él.

“Sí, hazte vegetariano, porque eso de hacerse insectívoro, ni muerto...”, escuchó la voz serena del amigo de pensión y paisano, Branly Avendaño. Transcurrieron los minutos en un botellín de Club, un cigarrillo negro y el cuadro montañoso que continúa empañándose por el vapor que provoca la canícula estival del Niño.

El cuadril se presenta enorme, a pedir de boca y paladar, impecable en su justo medio, sangrante, y otro botellín de cerveza lo acolita. Estudiando la porción de carne con la vista, el olfato y el cuchillo, resulta un plausible corte a lo Pototo. Empieza despedazando por la mitad el jugoso cuadril, no reprime engullir la suave y rosada porción bovina que más tarde le hará llegar una propina al señor que no colocó la carne en el asador. Se fija en el carro de los postres que pasa morosamente por su costado, como un heladero llamando su atención con las campanillas del triciclo, tilín, tilín... Una buena moza —más que eso le resultaría imposible describirla—, en locomoción lenta, cuidándose de no perturbar su ensimismamiento carnívoro, pasó rosándole con el carrito portando la oferta dulce de la jornada: torta de nuez. Le parece que ya se anticipó a escoger aquello para el instante del postre, no puede ser otra cosa dulce que torta de nuez, se lo manda su instinto que ha dado en el blanco con todo lo que le está diciendo haga por delante. Un buen postre es asunto de rigor para olvidar la carne roja, y quitarse el olor a troglodita; a cochinitillo, decía Papa-Beto. Pototo igual estará generoso con las porciones dulces. Lo dicho, los gringos de la mesa imperial se felicitan por haber tomado la recomendación del día, ¿qué otros elementos de juicio necesita para tomar esa opción?

La carne término medio le devuelve la imagen que ha fabricado del paraíso de los carnívoros: la pampa argentina. Ya alimenta otra vez el prurito de hacer comestible viaje por el vasto territorio de las parrilladas, hartos días y billete gastaría en el circuito de carne y vino tinto que lo perdería por los confines patagónicos. ¿Será posible crear un mundo de glotones, exento de las momias que apretan la nariz en los cristales de la abundancia,

y tragar sabiendo que no existen eternos ausentes del festín...? Barrunta en un paraíso de carne y hueso en la pampa austral, en tanto el carrito de los postres de la buena moza gira distante de la agonía del corte que casi tiene despachado, y no va a dejar nada sobre el plato como esos muertos de hambre que se dejan vencer por las guarniciones, se atiborran de papas con derivados de mayonesa y quedan babeando de llenura sin atacar como neandertales su porción de carne. Atento al último bocado de cebón, apenas termine con su dosis de proteínas, se dispondrá a abordar a la buena moza que circula con la tentación de los dulces.

El carro de la diversidad pastelera retorna a él como si la chica hubiese presentido la urgencia que tenía el solitario devorador de no dar tregua a su apetito por las cosas de comer. La torta de nuez es requerida por el renunciante inspector que añade al postre la petición de un trago de coñac a fuerza de no poder ingerir café. “¡Torres diez, niña!”, solicitó con cortesía no ausente de picardía lobuna, aunque pasó de cruzar miradas con un toque sensual, reconcentrado en la necesidad de crearse el inmediato futuro. Atacando la torta de nuez le vendrá el reflejo del muchacho que tuvo la estrella de ser el degustador, oficial, de las delicias pasteleras de Papa-Beto.

Allende de que la torta de nuez, sacada del horno a convección del Pototo, está por debajo de los bocados dulces del poético horno de barro, sirve bastante para la nostalgia. El coñac arriba en la copa abombada que adorna el digestivo caldo. La copa, entre las manos del catador, es más grande de lo que esperaba, y el contenido supera lo solicitado en la prominente cintura del fino cristal. Tintinea con los dedos el circular borde de la copa, sonrío ya sospechando que la prodigalidad de Pototo se debe al reconocimiento del agente de Registro y Control de establecimientos de lujo, quien hasta ayer ejercía la suerte de ser un calificador de los servicios que presta la elite gastronómica de la ciudad. El inspector ha manejado este tipo de atenciones con ecuanimidad, evitando caer en lo grosero, jamás se dejó tentar por un billetito extra para apresurar la calificación de un esta-

blecimiento hostelero o de comidas y bebidas; mas, del diario, cuando lo reconocen por su función como ahora, no se ha negado a que mejoren la porción del menú o de la bebida que solicitó.

Tampoco dejó una miga del postre. Bebe del concho del selecto coñac Torres diez, enciende el taconeado Full Speed, y musita de cara a la cordillera nublada por el hollín acumulado en la ventana citadina: "Se te acabaron las degustaciones gastronómicas, inspector Samaniego". Hace el mimo de pedir la cuenta con manos articulantes y labios sin voz, la buena moza que no lo ha desamparado recibe en su mirada atenta el mensaje. El retorno al furor de la urbe es inminente, y no tiene una playita donde hundirse despacio en la sombra larga de las palmeras, está condenado a vagar con el sol perpendicular de la mitad del mundo. Los pajonales del Pichincha arden, alguien les prendió fuego. La factura llega junto a dos mentas glaciales.

Fuera de la exclusiva terraza de Parrilladas Pototo, sufre un ataque de incertidumbre, el succulento almuerzo le bajó la guardia al instinto que manejaba puesto el automático de qué hacer después de haber terminado aquí. Es presa de la evocación del ejecutivo anhelante de devolverse a sus tareas de construcción del gran empresario del futuro, sumándose a ese vacío de poder, que devino después de cosechar en la cornucopia, el alarido del dirigente estudiantil de izquierda que tiene que preparar un discurso revolucionario esta tarde. A punto está de correr tras el taxi que lo mude a los predios universitarios a sacar el doctorado vespertino que precipitaría un ascenso en el Ministerio. Mas, fue regresar a ver el domo de radio Marañón y frenar esa súbita náusea, los destellos azulados de la nave anclada en El Panecillo lo encaminan por la cordura del que ya superó la manida normalidad, él existe para la rebelión "en serio", la que se estancó tras la muerte del abuelo, dejándole a manos de un apócrifo destino que se esfumó con la misiva entregada esta mañana. Colige que sufrió la arremetida del moribundo inspector/estudiante que se niega a bajar al sepulcro porque aún tiene el rezago mental

de seguir en lo suyo, triunfar por lo alto con la etiqueta de un arribista de izquierda. Esfumado el apuro ejecutivo baja por las escalinatas con el paso reposado que exige la digestión, no carga la prisa que lo trajo hasta acá para cumplir un plan que esbozó para la ruta de ida, desciende con parsimonia, trepado en la tarde que, diluido el sol quemante de mediodía, se estira sobre los aires frescos que regala la montaña.

Con Papa-Beto habían quedado en volverse granjeros hidropónicos, campesinos de valle subtropical seco, criadores de puercos, criadores de cuyes, criadores de avestruces, criadores del árbol que hunda raíces intemporales bajo la tierra. Alberto Samaniego lo abandonó antes de la fecha estipulada para el retorno al campo, se fue sentado junto a la jarra de café y la cajetilla de tabacos: infarto masivo. No dio cabida a los que le pronosticaron larga agonía en sus pulmones y garganta.

Aligerado del mandato de la banca municipal, —Trabaja, no envidies—, desciende por la escalinata norte confluendo en las vaporosas arterias del Patrimonio Histórico: sudará las angostas calzadas coloniales, disponiéndose a mudarse a Villa Ximena sólo cuando ingrese la templada noche de tierras altas. Visita la iglesia que exhibe hórrida ficción de los círculos infernales, decidiendo que más le impresionan las momias del pintor de la Edad de la Ira. Más le asquea la realidad de las inmundicias que corren por el putrefacto río urbano, conociendo que otrora tal caudal pestífero fue agua cristalina de vertiente montañosa: fuente de placer de cobrizas mujeres prehispánicas. Finalizando su católico peregrinaje por el casco colonial, está listo para matar la tarde en el Madrilón, siguiendo escrupulosamente el plan que elaboró para la ruta de regreso, el plato fuerte vespertino es el café europeo, por antonomasia, de la capital. El establecimiento de propiedad del señor Tomás Vanbeberen, se hizo famoso por los conversadores de oficio quienes, si no tienen dinero para pedir café pueden tomar agua municipal, hervida y con un mínimo de refrigeración, sin cargo a sus desgastados bolsillos.

“Es enorme el Madrilón... ¡europeo!”, le espetaba fanáticamente Papa-Beto, recabando en la gira que efectuó por Madrid, constatando que es la ciudad cafetera, por justicia, sobre el orbe entero. Alberto Samaniego podía dar testimonio de lo que es un auténtico café europeo. “Es necio perderse, no hay otro café como el Madrilón en estos lares tan escasos de establecimientos románticos; di tú, así de añosos por las mesas y los fajos de palabras que no se repetirán...”. Viene barruntando que en el medio cafetero de la capital, no hay otro café que se le acerque al Madrilón, no cargan ese espíritu romántico que reivindicaba Papa-Beto para poder llamar a un local café-café. El Madrilón cuenta con holgadas mesas de mármol, cerca de un centenar de ellas; y unas pocas están destinadas a los jubilados, inquilinos de la Plaza de la Independencia, de sombrero y terno ajados, para que tomen agua municipal sin sobresaltos si no tienen calderilla para los tintos; aún así, en los cálculos que hace Tomás Vanbeberen, ellos se apañan para ser los que más beben café, año corrido. “Entonces, algo mismo, sí facturan”, suele decir el maduro belga cuando su joven amante, Amparito, se queja por la perenne ocupación que hacen de esas mesas los jubilados. Cavila que el Madrilón, más que un café europeo, es una vital costumbre del señor Tomás, únicamente al barbirrojo flamenco se le puede ocurrir llenar mesas con hombres que son ricos en palabras y avaros en facturas.

Tomás Vanbeberen se le presentó encarnando la imagen del pirata del mar de sargazos de la niñez: hombretón osudo de luengas barbas rojizas, adornado con el arete corsario y el tatuaje del lobo druida en el fibroso antebrazo izquierdo. Papa-Beto le dio la clave para que trabase amistad con el ciudadano flamenco, cuando volviéndose a él con la solemnidad de la introducción entre cofrades, dijo: “Teo, el señor Tomás es de los nuestros”.

Ya guía sus pasos hacia el portal de los amplios ventanales del esquinero Madrilón, pronto se verá traspasando el torniquete que hará deje atrás la calzada tomada por la ruidosa normalidad para ingresar al mundo aventurero del señor Tomás. La familiar

figura del pirata belga aparecerá fugaz sobre el mostrador antes de esfumarse por la puerta de vaivén que comunica a la cocina. Apenas cruza el umbral del Madrilón, busca al fondo las mesas de jubilados que dan al establecimiento la ilusión de un eterno dialogo entre el café y el cigarrillo. Allí están los conversadores componiendo la estampa cafetera que consume al primer golpe de vista, están matando la tarde verbal con sendas jarras de agua municipal hervida y esporádicos tintos. Se mueve despreocupado, buscando su lugar en el murmullo creciente y decreciente del café, saluda con el brazo izquierdo levantado al reaparecido señor belga en el lustroso bar de cedro colorado, recibiendo del barbirrojo una efusiva señal de manos largas agitándose y boca sonriente como reconocimiento. Avanza al sitio justo que lo sostenga en las gratas tonalidades del café; encuentra un rincón de vista estratégica, su instinto de recreación está a tope otra vez, ocupando una pequeña mesa diagonal al mostrador de relucientes cráneos de pirañas.

Los aromas del cafeto consiguen meterlo en un estado eufórico, el luengo abrazo arábigo lo incita a un trago que acompañe el perfume predilecto de su primera juventud. El café Zaruma fue el aroma que aupaba la diferencia del estudio del abuelo con el resto de la casa de don Manuel, donde no había vestigios de aquel aire romántico. Asume que la subversión contra el ideal maquinista de la nueva Puerca e Hijos, nació con ese aroma a café. En el Madrilón vuelve a ser el cómplice de Papa-Beto, este ambiente es lo más cercano al escenario de la resistencia a subirse al tren de su padre, aquí puede dar rienda al sentimiento del emigrante que triunfa sobre las imposiciones desarrollistas de una sociedad que observa el porvenir con el espectro gris del hidrocarburo.

Ordena un trago, de Reposado Agustino, a una joven simpática que se le acerca como si le trajera un saludo especial del señor belga. Encendiendo el cigarrillo que venía taconeando en la palma de la mano, echa la bocanada que lo entrega a la

visión de la mayor piraña del mostrador, la calavera que lleva el membrete aborigen paña y, el científico, *Serrasalmus sp.*, cual, sacando a relucir su letal dentadura de serrucho, da fuerza a la nota de la vitrina: *“Aunque la mayoría de los hechos de sangre contra el hombre que se les atribuye a las pirañas son leyenda, éstas son poderosas máquinas carniceras en temporada seca, cuando baja el volumen de los tributarios amazónicos se encuentran hambrientas, y los cardúmenes atacan con voracidad cualquier forma de presa...”*.

Las calaveras de piraña le recuerdan que amaneció deseando como un poseso bañarse en la amazonía. Se siente como un observador de lo que va aconteciendo en este día de altas revoluciones, palpa que hay una concatenación de hechos que avivan ese holograma que se le presentó temprano con detalles que no se aprecian sobre las fotografías de la selvática hostería de selva Remoto, las mismas que huelgan espaciadamente por el Madrilón y que inspiraron tal nítida visión edénica. Y otra vez, aquí, la imagen de boscosa laguna se le viene encima como un rayo de lucidez, está echado en una piragua que se mece con armonía ante las notas de violines que rebotan entre paredes vegetales.

“Aquí tiene su aguardiente”, espetó la voz cálida de mujer sacándole del ensueño, y de paso le extiende un tríptico promocional de Remoto. Regresando a ver a la barra sigue a Tomás que sale de ella con un paquete de trípticos en mano para repartirlos personalmente a un grupo de turistas que se sientan en la mesa X; éste vende el bosque tropical húmedo y lluvioso a los extranjeros que acuden a su cafetería por información firme de la hostería. Las paredes del Madrilón son ventanas que invitan a la aventura de ir a Remoto, Hostería de Selva, enclavada en la cuenca media del río Napo. “Remoto no es para cualquier turista, cuesta lo que vale”, le había dicho Tomás. Tiempo silvestre es lo que promete el tríptico, donde, exagerando esa vocación por lo inédito que tiene el señor belga, dice en sus primeras palabras de presentación: “¡Bienvenido, intrépido expedicionario!”.

Revisando el tríptico que da la bienvenida a expedicionarios tan intrépidos como desconocidos, se queda en el cua-

dro que enfoca nítidamente la nervuda desnudez del barbirrojo, quien posa aguantando el peso de un voluminoso pez por el borde izquierdo del palo que le atraviesa las branquias. Junto al descamisado fundador de Remoto, sosteniendo por el borde derecho al predicho pez, aparece la figura de un altivo cocinero de negros bigotes chinescos colgando bajo la barbilla. El circunspecto gastrónomo nacional contrasta vivamente con el descamisado flamenco, pues, posa vistiendo un impecable uniforme blanco y portando sobre su testa el tradicional gorro de los jefes cocineros. Aunque a ambos los une, en el pintoresco muelle selvático donde posan, el orgullo de la inusual pesca que se logró ese día, el mensaje que acompaña a la foto sustenta la satisfacción que los embarga: *“Este es el primer Paiche que pescamos luego de haber repoblado esta especie, casi extinta, en Pelancocha. El paiche puede pesar hasta 150 kilos, su carne es de las más preciadas en la cocina nativa de la amazonía”*.

Se le ocurre que podría añadir a la sentida nota que da significado a ese botín de carne blanca, que los dos humanos que cargan con el enorme pez también podrían estar en peligro de extinción. Luego se percata que la foto del Paiche reanimado en Pelancocha es la misma que se exhibe con digna amplitud en la pared que sigue al mostrador de pirañas. “Caramba, Teo, que título tan agradable suena ese de *intrépido expedicionario*, algo que vendría espantoso en un panadero, fíjate lo que sería decir *intrépido panadero...*”, escuchó la voz jovial de Papa-Beto. El tríptico de Remoto es una extensión de la personalidad de Tomás Vanbeberen, eso de “intrépido expedicionario” es parte de la sazón que imprime para vender su metáfora del sudor. El cliché de la propaganda de Remoto funciona, aporta los dólares que, tras un chapuzón de selva de los visitantes, sirven para sustentar la idea que tiene de El Dorado. “El Dorado, amigo Teófilo, no es otra cosa que la realización de uno bajo el bosque espeso”.

El vaso de aguardiente agustino llegó cargando el doble trago que le han servido por la simple dosis que solicitó. Contempla el licor de las verdes matas que medio llena el rechon-

cho recipiente, la deferencia no viene por el lado del inspector de establecimientos de comidas y bebidas, sino por la relación de cofrade que guarda con Tomás quien, desde la mesa donde repartió los trípticos, a los estadounidenses que están negociando aires amazónicos, le envía el mensaje mudo de aguanta que vamos a hablar apenas cierre trato con estas corvinas. No hay apuro, se llegó al Madrilón con la certeza de entregarle la tarde hasta que caiga el crepúsculo, se mudará a Villa Ximena cuando el Rucu Pichincha se eche el nocturno capote. Los cañaverales de quinta San Agustín correrán sin tapujos en la atmósfera que va despejando el sendero del porvenir, son un aliciente para llegar algo ebrio al cuarto de arriendo y mañana enfrenar sobrio su decisión de quemar las naves de la normalidad reinante. Aquí están los signos que preparan la bifurcación de los caminos entre el arribista de izquierda y el rebelde expedicionario. Aquí está tomando su verdadero partido, mudando del sentimental de cantina que, emocionándose con el rock sinfónico del Soda-Bar Carrión, escogía la tonada que lo mande a la esfera de la autoconmiseración.

Los aromas del café Zaruma afinan con el murmullo de tinteros; música celta se mezcla con las gollerías que intercambian dos enamorados, evadiendo la altisonante carcajada de la mesa de gringos que atiende el señor belga. Atisba en el mozo que da la vuelta al café ofertando tabacos Toboso; le entra inusual apetito por fumar un puro de la afamada marca que fundó el único vencedor de la legendaria guaca de Quinara, el arqueólogo Teodoro Morris. Escrutando en la mesa de los gringos negociando aires selváticos, sospecha que ellos se alistan a embarcarse en la próxima risotada del que oferta a Remoto. Positivamente, por carambola, el informe sonido de la masificada celebración repercute a su costado. Presume que los próximos inquilinos de la hostería están escuchando sabrosa anécdota de Tomás, es una técnica certera que él usa para despertar la sed de bosque lluvioso en los posibles consumidores de oxígeno tropical. Su real afición por explorar en los tupidos meandros de los tributarios del río

Napo, hace que no tenga que mendigar imaginación para vender circuitos selváticos, apenas tiene que usar retazos de su propia historia en Remoto, la que viene gestando como el adolescente que se escapa del enciclopedismo colegial para experimentar por sí mismo un inolvidable naufragio en la amazonía.

Cuando se allega el camarero enseñándole la blasonada caja de madera que contiene el preciado producto del tabaco de San Agustín, toma un puro y sin dilación procede a consumirlo en medio del creciente interés que enfoca sobre la mesa X donde se explaya Tomás, cual mueve los brazos como si nadara enérgicamente a la orilla que lo rescatará del naufragio. Así visualiza, desde el rincón de las pirañas, al barbirrojo que se incorpora y figura estar dando potentes brazadas, quién sabe si por un río infecto de reptiles antediluvianos. Presume que el final de la anécdota vendrá con el eco de la algarabía de los receptores del relato, mas no le llega esa última expansión hilarante de aquellos a su mesa, la risotada se embarcó en distinta carambola que la anterior, extraviándose por una órbita vedada a sus oídos, tal vez escapándose tras el torniquete que empujan apretujados la pareja que sale del Madrilón.

Escucha la alarma del domesticado estudiante, éste respira con el estertor del vencido, alza a ver con angustia el tiempo transcurriendo en el Madrilón. Se percata del reclamo que hace el sujeto cuenta horas, ese tránsfuga que abandonaba el garboso deambular epicúreo del inspector para trotar al estoico pupitre de la Pontificia Universidad. Está agonizando el comensal del estado, el líder universitario, el postgraduado de Innsbruck, el heredero de La Puerca & Hijos, el fundador de *Quinara Host* con sus once hosterías de lujo cubriendo los once pisos biológicos de la provincia de Loja. Se muere el diurno Teófilo Samaniego, aquel predestinado a hacer una jornada de escaleras arriba, quien iba sin viento en popa hasta que reventó el indomable capitán del mar de los sargazos. Percudidos oficinistas se limitaban a envidiar lo cómoda que era la vida del inspector/estudiante, tan a

mano de la cornucopia. “¿A quién se le ocurre moverse del sitio privilegiado que le dio una cuna de bienestar?, baste ojear allá fuera, en el portal del Madrilón, donde anidan los pordioseros que, en la penumbra de faroles coloniales, devoran los restos pasteleros del flamenco que detesta lo llamen míster...”, cavila que podría decir el *Sicólogo* ensayando a juntar gajos de letras. También medita que cargar la nacionalidad flamenca es inusual en el mundo entero, tal como lo es sobre esta franciscana ciudad; Tomás Vanbeberen será uno de los contados hombres que en este país hablan el idioma de la magna Brujas. Él está prevenido de no gastar el vulgar míster que encabrita al hombre de Flandes. Alguien le dijo que en el exilio, ¡cualquier exilio!, a los amigos hay que encontrarlos para contarles lo felices que somos, ahuyentando los lamentos de emigrante. Y hoy está estrenando un exilio, quebrantando su puntualidad por la carrera a la excelencia en los predios universitarios, montado sobre un instante de original cinismo, subyugando al estudiante que oye el lejano gemido de los deberes del doctorado.

Aprovechando la brisa de plantaciones de tabaco subtropical que le brinda el Toboso, de Malacatos, aprehendido por sus dedos de fumar, trae el retrato del maduro burócrata que una tarde de abril, tempestuosa, mortificada por feroz granizada, enloqueció en su escritorio, justo frente a él, que recién había ingresado al Ministerio. El *Sicólogo*, que ya ejercía su poder de convencimiento como Jefe de Personal, fracasó con el intento de meter a éste en razón, amenazándolo con jubilarlo de sus servicios turísticos si seguía aullando improprios contra su propio gremio; esta peregrina reconvención resultó contraproducente. Tal amenaza, a decir del superior inmediato del exaltado, el jefe del departamento de Registro y Control, precipitó al abismo al correcto funcionario, pues le tenía pánico a la jubilación. Cosa atroz, se desencadenó una furia irreconocible en el veterano servidor público, algo nunca visto según sus propios compañeros de mansedumbre. El hombre enfrentó la postergada inmoliación, ese juramento que hizo de aceptar con altura a esa forma per-

versa de matarlo que consideraba a la jubilación. Tanto dolor le causaba la peste de abandonar su costumbre ministerial que se marchó enajenado, espetándole al género humano: **¡Queda usted despedido del cargo, sin protesta!**

Revive el rostro severo del hombre que mandaba a la desocupación a todo sujeto que se interponía en su camino. La sentencia del insaciable despedidor, emitida con enérgico talante, fue acogida por los corredores de otros enjambres ministeriales por los que se dieron a repetirla en son de chiste a sus camaradas. ¡Queda usted despedido del cargo, sin protesta! De repente, colige que la escueta nota que entregó temprano en el Ministerio, podría haber llevado de regreso a sus compañeros departamentales el episodio del enajenado que botaba a la desocupación a cuanto ser de traje y corbata se ponía en su campo de tiro. Asimismo, su ¡renuncio!, será repetido por los bromistas de turno, propiciando en el *Sicólogo* media hora de explicaciones racionales al respecto. La diferencia es que su renuncia fue un acto extremo de cordura, mañana no irá al trabajo, no irá a sacar el doctorado. Genuino goce lo invade, está haciendo la tarde soñada en el Madrilón, emancipado.

Retoma el cuadro de la mesa de los gringos. Tomás luce sobrio, parece haber cerrado un contrato de servicios con los turistas. El grupo de extranjeros también adoptó una postura circumspecta, bien apoyados con sus brazos cruzados sobre la mesa desierta, limpia de migas y cristalería, revisan lo pactado, dando vuelta y vuelta al tríptico. El asunto se tornó serio, están pagando bien por esparcimiento boscoso, adquiriendo la aventura húmeda y lluviosa a la medida de sus pudientes bolsillos, van a ser socios circunstanciales del Proyecto Remoto. Ya se une al cortejo negociador la amante de Tomás, ella, fungiendo de administradora, intercambia con los futuros expedicionarios tarjetas de crédito por carpetas repletas de información del hábitat de la comuna Puca, allá en la cuenca media del río Napo, y del nicho lacustre donde se asienta la hostería.

Conjetura hasta dónde serán capaces de llegar esos intrépidos expedicionarios; en tanto, éstos, ya relajados, estrechan manos con Amparito antes de ausentarse con la muestra de aventura que les brindó el mimo de Tomás, que tornando sus ojos celestes a su mesa, moviéndose con el sello inequívoco del promotor de soledades prístinas, se aproxima para el diálogo que apenas ingresó al Madrilón propuso gestualmente.

—¡Hombre...! —exclamó estrechando su mano efusivamente, propinándole amigables palmadas en los lomos.

—¿Cuántas corvinas te cayeron? —inquirió tras devolver con el mismo talante el saludo de Tomás.

—No creas que saltaron de la calle para dejarse convencer fácilmente de invertir en Remoto. Son nórdicos, gente que calcula su aporte a nuestro proyecto conservacionista, hace mucho que botaron su mochila veinteañera de la aventura en el tren de la papa frita y el perro caliente —explicó doctoralmente aún de pie, empinando el botellín de cerveza que se trajo para el coloquio.

—Imagino que si son ambientalistas se lo piensan bien, pagan menudo billete para sudar y embarrarse de lodo selvático, donde moverse deviene en una anécdota que desconozco... —acotó sintonizando con lo que leyó del tríptico, atendiendo por reflejo a la invitación automática que le hace Tomás a sentarse y charlar ampliamente—. Acodándose sobre la mesa, observando la copa exsangüe, le urge la renovación de aguardiente agustino en ella. Ordena otro trago a la buena moza que llega después de entregar un encargo en la zona rentable del café. Extendiéndole la sonrisa familiar de un veterano del Madrilón, dice: —La misma dosis, niña—. Satisfecho por la encomienda que hizo, retiene el tabaco en mitad de la boca, sujetándolo segundos antes de despedir gruesa fumarada.

—Hombre... ¿estás de vacaciones? —inquirió Tomás haciendo el ademán de extrañar en el funcionario de Registro y Control el traje reluciente, el saco cruzado y la corbata de seda.

—¡Renuncié! —aulló con aplomo, alegrándose de com-

partir su decisión con alguien que no va devolverle la letanía del *Sicólogo*.

—¿Dejaste el trabajo que tantas satisfacciones palatinas te daba...? —cuestionó Tomás denotando su adhesión al prójimo levantado en armas.

—Renuncié a todo lo que tenía hasta ayer: Ministerio, doctorado pontificio, postgrado en Innsbruck, enlace matrimonial con la novia fiel, a seguir en la residencia Villa Ximena que costea don Manuel. A todo... —replicó sabedor del entendimiento del ácrata flamenco.

—¿A casarte con la muchacha que te espera en Loja, también...? —replicó ya divertido Tomás, halándose de las patriarcales barbas, rompiendo la tensión.

Un silencio arriba con el redondo cristal portando el reposado aguardiente, recibe la generosa copa envuelto en la mueca confidente del otro, tomándola entre las manos aspira el espíritu de los atajitos de caña del valle de Malacatos. Sí, buen partido le aguardaba en ciudad de Loja, la Teresita que es parte del sueño carismático de las Bienaventuradas de Loxa, la joven que reza por él y lo anima a continuar la expansión panadera de La Puerca & Hijos, y reza para que se gradúe y postgradúe rápido para contraer nupcias y ser benditos con una familia en la gracia del Señor. Eso de la Teresita fue un secreto bien guardado, jamás lo comentó en el Ministerio ni en la universidad, pasando por un partido libre y sujeto a lo que disponga el dictador de relaciones sin consecuencias. Teresita quería a un mojigato Muy Prometedor, y eso era él ayer nomás, metido en el macho que acudía a los simulacros de amor para preservar a la mujer que le daría hijos.

—Es una muchacha puritana, en opinión de madre: perfecta para sacarme avante de mis demonios; y en la don Manuel: excelente para hacer que crezca el patrimonio familiar... —dijo apoyándose en el insonoro sarcasmo de sus brazos, y, queriendo que el otro abarque el paquete de sus adioses, se apresura a resu-

mir con una mueca que el corazón no tiene calendario fijo para sus explosiones misteriosas. Pasa de hilvanar larga explicación de lo conservador que se puede llegar a ser en el asunto familia y propiedad.

Tomás retira su mímica de interrogación y, dando un trago largo, acaba con el contenido del botellín de cerveza; martillando el recipiente contra los muslos, planta cara al mozo que transporta una jarra de agua a la vecina mesa de jubilados, pidiéndole le reponga de lo mismo.

—Hombre, sal de paseo, píérdete un tiempo en la selva y verás que regresas corriendo a la seguridad, a los negocios de don Manuel —observó enérgico enfrentándole con el inmediato futuro; mañana, qué iba a ser mañana.

—¿Me llevarías a ser parte del equipo del proyecto Remoto? —respondió retando al señor barbirrojo, a ver si es capaz de remitirlo a las imágenes selváticas que lo despertaron a primera hora, y, esa suerte de precognición, que puso a hervir la sangre del Samaniego que apuesta a la resistencia, de una vez revienta o se queda en un pasajero holograma.

—Te llevo cuando estés listo —resolvió iluminándose el señor belga y, apuntando con el índice al camino a su visión mañanera, remata el asunto—: Mañana salgo a Remoto, voy a preparar la temporada invernal, o sea la temporada de los que vienen escapando del crudo invierno septentrional, y se iniciará con los ambientalistas que me viste negociando, más algún otro que se una a última hora... ¿Qué tal..., te animas a venir conmigo o no, el tiempo que tienes para decidirte es veloz, expira aquí mismo, antes de salir del Madrilón; qué me dices, muchacho?

—Sí... dos veces sí, es la propuesta que vislumbré apenas abrí los ojos a este día... ¡partamos ya! —exclamó sin inmutarse, impregnado con los colores de la rama exploradora de los Mazapanes, dando el paso que consumaría el presentimiento de sonidos y aromas ausentes en los sentidos atrofiados del oficinista, ya puede confirmar que tuvo una precognición antes de

levantarse a ejecutar su destino. Río y bosque; laguna selvática y silencio... En horas hará el viaje inconsulto que lo estremecerá ontológicamente. La paradoja es que lo hace en plena carrera ascensionista a la cúspide del progreso, cuando creía que la sangre industriosa de padre había opacado a la sangre indómita del abuelo, hasta el punto de hacer de la aventura una propuesta contemplativa en el ámbito cervecero del Soda-Bar Carrión. La maestría en Innsbruck, ésa iba a ser la máxima aventura del Samaniego emprendedor. Qué pobre esperanza había tenido entonces en la fuerza del proscrito capitán de Jipiro, quien regresó del subconsciente a desbaratar en un día las ambiciones de años del inspector/estudiante.

Con don Manuel hablaron bastante del futuro proyecto hostelero, fue el tiempo en que se convenció de que había nacido para construir sendas hosterías en la provincia de Loja. Apenas su madre vio en ese arrebatado emprendedor el soterrado trabajo de Papa-Beto; ella presentía que la sangre exploradora de los Samaniego había hecho presa de su vástago, cuando lo escuchó hablar de esas manera fabulosa, no con los pies sobre la tierra, sobre Quinara Host. Mañana no le será ajena su decisión de largar con todo, se cerciorará de que su instinto maternal no se equivocaba, por eso era la prisa que la carcomía por casarlo con la Teresita y atraparlo en la presión familiar; entre dos mujeres del mismo grupo carismático, Bienaventuradas de Loxa, lo hubiesen anclado a la normalidad a pulso de sus fuerzas combinadas, aunque sea en apariencia y que él siga a la sombra cultivando sus vicios masculinos.

Curiosamente, con don Manuel, nunca se acercaron tanto a cuenta del proyecto Quinara Host, rieron juntos a rabiar con una ilusión de estar unidos que no se repetirá entre ellos dos. La denominación del proyecto vino por lo del mítico tesoro de Quinara y, ambos, coincidieron era una forma de rendir homenaje a los dos lustros que Papa-Beto excavó para hallar la guaca del Inca, y, como todos los soñadores que han intentado profanar

tal entierro, a excepción del saqueador Teodoro Morris, fracasó en el intento. El oriundo de una aldea perdida en la vastedad de la pradera estadounidense, Placidville, fue el elegido para llevar su parte del tesoro incaico y hacer esa vida aristocrática que ya es leyenda. Se acuerda bien del nombre de esa aldea, y de que notable gringo también fundó en Malacatos la cofradía de vates, Los Alverjeros; y con los poetas cultivó esa suerte de amuleto de hacer bullir a diario la olla de la sopa emblemática de sus letras, *alverjas con guineo*, como un símbolo de que mientras esté dispuesta al paladar de sus comensales en la Casa Azul, también la producción literaria de los cofrades bullirá dando los frutos dulces y amargos del arte. Algo así le contó Papa-Beto que era un admirador del hombre que había sembrado su oro de Quinara para la verdadera riqueza que cosechó después en quinta San Agustín, tierra de donde provienen el puro Toboso y el Reposado Agustino, que lo tienen relamiéndose de gusto y aupando su viaje a lo ignoto.

Don Manuel —que no atendió la universidad y apenas se graduó de bachiller contable— celebró el nombre de esa futura empresa hostelera, festejando que su hijo, por fin, sí aplicaría el axioma viviente de La Puerca & Hijos: “No busques el tesoro, ¡hazlo!”. Mas esa leyenda axiomática que, en principio, sirvió para apocar la sangre exploradora del abuelo no terminó de cuajar, se volvió contra el deseo vehemente de don Manuel de quitarlo de cualquier aventura que reviva lo que Papa-Beto buscaba en Quinara: “el tesoro de la aristocracia”. El imperativo ¡hazlo!, corre a diario en las máquinas electrónicas de la red de establecimientos de La Puerca & Hijos, y su jornada finaliza en la claridad que brinda el programa contable que se abre con la clave: *hazlo*. La clave del éxito de don Manuel, machacada en el diario de Teófilo Samaniego, se fue trastocando en sólida aspiración metafísica, desviándose del rígido recorrido racionalista del ¡hazlo!; saliéndose del orden materialista de su progenitor, ese que obliga a encontrarse con la fortuna entrada la noche, cuando

en la pantalla del ordenador se refleja el estado financiero de su emprendimiento.

Don Manuel trasciende emoción cuando se instala en el programa que encargó a los programadores de Ecuainforme S. A., para llevar él mismo la contabilidad de sus negocios harineros, siendo plata bien invertida en la asepsia numérica donde se nutre su tranquilidad. El programa de contabilidad que le entregó Ecuainforme S. A., superó sus expectativas, no sólo le da información de la salud tintineante de La Puerca & Hijos, si no que lo divierte en grande con la animación que hicieron de la figura emblemática del mazapán industrializado de los Samaniego, el verraco. El acontecimiento de la incorporación de un programa contable ajustado a la personalidad de don Manuel, se desarrolló en reciente pasado, a principios de pretérita feria de integración fronteriza con los peruanos. Padre lo invitó expresamente a inaugurar con él la figura animada del imponente verraco emblemático, cual abre el programa contable acompañado de una linda puerquita que aparece con una pancarta que no se lee, y detrás viene el desfile de la orgullosa progenie del verraco: una hilera de cerditos rojizos, saludables y bellos marchando hacia la expansión de sus dominios. Y, de a poco, la pancarta que sostenía la cerda con las manos en alto, se va haciendo evidente con el mensaje final, hasta quedar nítido, ocupando toda la pantalla: No busques el tesoro, ¡hazlo!

“Vaya que don Manuel también tiene imaginación para lo suyo...”, recuerda haberle dicho con alegría a su padre, por la ocasión. Ese mes de septiembre se comunicó bien con don Manuel, le contagió su veneración por las cosas útiles como la tecnología de punta que distribuye Ecuainforme S. A., al punto que se convenció de que a esa gente había que respetarla por sus actos de magia. Tal fue su acercamiento a los negocios de La Puerca & Hijos, que pasó desapercibida la nostalgia que le trae la feria de integración fronteriza por evocar la tienda persa que montaban con Papa-Beto; ese septiembre tecnolátrico no vivió la tentación de ir a vender baratijas a falta del creador de las figuras

de mazapán, pues, el puesto de la tienda de dulces persas de la avenida Zamora, lo ocupó un vendedor de ilusiones tintineantes. Ese año no rindió homenaje al baño de humildad septembrino, calzó zapato italiano, vistió corte inglés, concertó una cita con la sensual representante de Ecuainforme S. A., en ciudad de Loja, para tratar con ella sobre el posible futuro, un programa de servicios para su mañana como empresario hostelero; hizo adelantos de factibilidad para el próximo encargo de Quinara Host. Sedujo a la apetecible ingeniera acoplándose a su lenguaje utilitario, abriéndose a relaciones carnales fuera del simulacro amatorio en la eficiente casa de masajes, Geisha. Aprovechó la coyuntura de la novia puritana manejándose por el viejo Londres, cultivando el inglés musical de los británicos en el albergue de monjas españolas de Bolton Gardens.

Abandonó el Madrilón con la alucinada mueca de un astronauta despegando a lo ignoto sideral, no le pesan las dos últimas triples de aguardiente que ingirió, sino la apuesta que hizo con Tomás Vanbeberen. La palabra empeñada: sí o sí quemar las naves que lo anclan en tierras altas. “A las ocho en el aeropuerto”, retumba en sus oídos alejándose del céntrico portal del Madrilón. “A la Pontificia Universidad, jefe”, se escuchó decir por inercia aunque con claridad resonante, reconociendo su voz grave, cortante, metálica, acomodándose en el taxi al filo derecho del asiento trasero para no tener más contacto visual ni hablar con el chofer metropolitano que poniendo maña se abrirá paso a la noche de Villa Ximena.

El casco histórico entró a la ebullición nocturna del viernes con sabor a fiesta fundacional, ciudadanos de a pie se agrupan para asistir a los espectáculos culturales que organiza el gobierno municipal en aras de unas celebraciones menos alcoholizadas y con menos muertos y heridos por accidentes de tránsito, intoxicaciones y reyertas, que el año pasado. La ciudad ya fue

declarada en pie de aniversario de fundación española: "...por favor jóvenes divirtámonos con la cabeza en los hombros, festejemos a nuestra casa grande sin copas demás", dijo paternal el burgomaestre en la radio rumbera del taxista. Cavila en lo poco que conoce está urbe kilométrica fuera de la zona de la hostelería de lujo, él apenas da razón del devenir en los conventillos coloniales del centro de la ciudad, desconoce las casonas de patios rancios con decenas de medidores de luz conectados a inmundos habitáculos; ha visto ese hacinamiento en los noticieros, mas todo lo que sale de la caja televisiva le sabe a fantasía, la realidad en las callejas populares es contundente: hiede. El taxi rueda de la tumultuosa reunión de festejantes del centro histórico a la desbandada estudiantil sobre la opulenta avenida de las estatuas de los próceres. El traslado se resuelve tan pronto que no cree ha pasado el santo día metido, como nunca, entre las callejas coloniales. Ya se apea del taxi que lo pone a tiro de cuarto de arriendo desde la esquina de los jóvenes que bajan o suben por la vereda del Soda-Bar Carrión. Pretende ingresar a la pensión como si nada, como si fuese el mismo hombre de ayer, si le toca saludar con alguien va a bailar con las mismas palabras que se acostumbra a decir con los contemporáneos de universidad, cuidándose de levantar sospechas. Entraría como el suicida que pregunta ¿que hay de merienda? antes de pegarse el tiro de gracia. Sí, va a andar enhiesto, merced a la suficiente dosis de embriaguez que carga por el viaje inminente a la selva.

Ya en el pórtico de Villa Ximena, enciende la grabadora del lenguaje común al sujeto pujante: algo de plata, algo de fornicar, algo de un postgrado no sé dónde, algo de nostalgia sureña, algo de escapar con un verdadero amor al primer mundo. Abre la puerta de la pensión sin precipitarse, los sonidos y olores de ordenada merienda lo reciben con familiaridad, ni un alma asoma para inferirle el lenguaje de ayer. Cruza el primer corredor taconeando en el piso encerado, como queriendo retar al que aparezca a adivinar las cosas de comer que podría haber sobre la mesa. Nadie. Sube ya con ritmo las escaleras que dejan la planta

baja, toma aliento para el segundo corredor y de nuevo ensaya el paso que provoque un cruce de palabras entre conocidos. Nadie. Avista las últimas gradas que llevan al mirador, a la habitación redonda que hace la cúpula de Villa Ximena, reminiscencia de la decadente burguesía que soñó con hacer “La gran nación pequeña del poeta de los faiques y ceibas”.

A salvo en su dormitorio desactiva el escudo protector que le permitió hacer hierática entrada a la pensión, nadie se colocó enfrente para el saludo protocolario. Se alivia de la poca ropa que sudó en su corriente navegación citadina, apaga la luz y se desinfla horizontal sobre el lecho, no intenta poner un orden ante el viaje a Remoto: las cosas que llevará, las disposiciones a la casera, las explicaciones a padre. “¡Las explicaciones a padre!”, aulló aproximándose al pánico, pero ya es tarde para reconven- ciones diurnas, está parado en el trampolín que lo pondrá dentro del mundo onírico. Cree levantarse sobre sus pies, mas cae, y cae, al profundo reposo que le exige su ser entero luego del día que se fue creando a sí mismo. Es presa del desvanecimiento onírico que lo rescata de volcar sobre letras el brusco cambio de timón, el bárbaro viraje a oriente luego de su lógica estancia en el magné- tico norte. El sueño atenaza con firmeza sus miembros exhaustos, atándolo al mullido lecho, liberándolo del inspector/estudian- te que quería hacerlo revisar la ilógica decisión de abandonarlo todo. Ante la carne ausente de conflictos, la conciencia desiste en dar pábulo a la razón herida; su corazón atina a mandar al reloj biológico que lo despierte pasando la quinta hora de la mañana que vendrá. Ya se mece en el mar adentro del capitán que lo con- ducirá a una ensenada de lirios azucenas.



Capítulo II

Llega a la alborada del viaje a Remoto subido sobre el trinar de un ave urbana que acudió en auxilio del despertador biológico. El cuerpo regresa al sujeto denominado Teófilo Samaniego. Mañanera arenga brota del hombre que amaneció lúcido, sin los fantasmas racionales de ayer que pretendieron acorralarlo con la culpa antes de dormirse. “¡Vamos a machacar..., a machacar!”, aulló desperezándose de un salto.

El hombre viene sediento, bebe medio litro de agua de la jarra que tiene dispuesta sobre el velador. Se hunde en las abluciones comunes a su despertar ciudadano, ya recibe el latigazo espartano de una ducha fría; el chorro de agua templada despabila a la carne aún adormilada en las postreras imágenes oníricas de un sangriento amor entre libélulas. Eléctrico remezón pone a circular la sangre de pies a cabeza, predisponiendo cada poro de su piel al servicio de los sentidos. Saliendo de la ducha con el cuerpo alerta, listo a unirse a la lucidez de una mente presta a actuar rápido alrededor del cuarto de arriendo. “Esto es trabajar en equipo”, musitó riéndose del estado atarácico que ayer le impidió cerrar los cabos sueltos del escape al bosque lluvioso.

Se viste con las prendas del viajero entusiasmado por vislumbrar lo inmarcesible, ajeno al azulado amanecer de la ciudad que también parece haber amanecido ajena al hombre que se viste en un punto de ella. Ambos se levantaron ajenos, como un turista

frente a la urbe desconocida que lo hospedó recién una noche en su seno. Con este antecedente de insensibilidad mutua con la ciudad que lo tenía circulando sobre su cara bonita, se encuentra con otro día propicio para su búsqueda de aires selváticos. Se acomoda ante el ordenador portátil Oberón y, apenas pulsa el teclado, le salé un conciso mensaje para el casillero electrónico de don Manuel: “Papacito, estoy rumbo a la amazonía, voy a ser parte de un proyecto conservacionista dentro de la cuenca media del río Napo, en la hostería de selva Remoto, la del señor Tomás Vanbeberen —dueño del café Madrilón—, aquel cofrade de Papa-Beto, ¿te acuerdas?... Un abrazo a la mamá. Su mutua bendición”.

Enviando el telegráfico aviso al casillero de padre relaciona que no demoró para pensarlo, corregirlo y transmitirlo. Dice lo justo sin caer en sentimentalismos ociosos exponiendo su sueño de selva, pasando de resumir su aversión al enjambre de oficinistas entrampados por el progreso. Tamborilea sobre los lomos negros de su esclavo de silicio Oberón, especula con las instrucciones que dejará al muchacho de la pieza de abajo, el paisano que vibra con la ilusión de hacer una maestría en Buenos Aires, e inscribirse a la benemérita Asociación de Psicólogos Argentinos, APA. A pesar de discrepar en lo político con el conservador Branly Avendaño (quien festeja el encuentro con el revolucionario Samaniego, saludándole con un sonoro: “¿qué más?, pequeño burgués”; quien no aprecia a los revolucionarios arribistas, no porque sea enemigo de una “revolución tal” sino porque los revolucionarios después de hacer la “revolución tal” se vuelven ultra conservadores, “¿entonces para qué tanto relajo camarada Teófilo?”), resultó su mejor amigo y compañero de Villa Ximena; el hombre es de fiar por su vocación para entender los renglones torcidos de la mente humana de una manera innata, como el mismo pregona: “nunca seré un psicólogo industrial”, pues, su asunto con el ser humano, es estrictamente personal, de tú a tú. De esto que hace una sencilla misiva de puño y letra, heredand-

do al aplicado aspirante “a psicólogo personal, no a psicólogo transpersonal porque me suena al gremio de los tráfugas” la apetecida cúpula de Villa Ximena, y que él mismo disponga a su albedrío de los bienes ahí acumulados por el despachado inspector/estudiante.

Por fin está dando el paso hacia dentro de su alma inquieta y hacia fuera de su ser hambriento de un giro silvestre. La relación con Teresita se ha sustentado en la cobardía que generó su comportamiento vil, mojigato. No más quites al ceguezuelo hermano, que él dicte sobre su renovado corazón en la selva del aprendiz. Sea, ya te clea la nota que no sembrará más duda en el porvenir de la mujer que tampoco lo ama porque nació para entregarse al Señor de las bienaventuradas de Loxa.

“Teresita, sabes de los demonios que cargó dentro, tú mismo me dijiste en un rapto de bondad que eres la llamada a quitármelos. Ahora, sé que eso no puede hacerse realidad, los demonios nacen y mueren con uno. Así pienso, y tú, porque eres tú, seguro no piensas eso. Me despido, poniendo tierra de por medio, porque somos dos que quieren seguir siendo dos separados constructores de su propios caminos”.

No llena maleta ni macuto alguno, se mudará con lo puesto. Metió dentro de la capacha del ordenador el cartón de cigarrillos Full Speed que sobró de la remesa última de Alberto Samaniego, el tabaco que no alcanzó a evaporar el fumador, conservándolo hasta ahora como un amuleto sobre la repisa de los recuerdos amables. El cartón de cigarrillos de Papa-Beto viene a la espera de la ocasión propicia para estrenarlo, ha reposado cual selecto aguardiente en la damajuana de cristal oscuro que solo se abrirá al día de un real festejo, a saber de don Manuel: bautizo, graduación y boda. Barrunta que esos cigarrillos ya tienen un destino cierto donde ser evaporados. También guardó, dentro del acolchado maletín que transporta a Oberón, todos los calzoncillos posibles de caber ahí y, el bolígrafo negro, que de repente lo acerca a la poesía, volcando en la libreta de cuero tímidas verda-

des del alma encarnada. Lo demás, plata, papeles y artículos de higiene dental se acomodó en el impermeable canguro ajustado a su cintura. ¿De qué se puede olvidar? ¿Qué se puede olvidar alguien cuando quema las naves? No quedó cosa alguna para los bolsillos extras del pantalón verde olivo que aguardaba en el perchero su estreno explorador. El señor belga le advirtió no traiga nada extra, diciéndole que en Remoto sobra de todo lo necesario un poco, de corrido tendrá la indumentaria de un expedicionario: ropa curtida bajo el sol de aguas del medio Napo.

La mañana fresca, que le abre la senda de oriente, está expedita; la juerga del viernes mató a todos los ocupantes de Villa Ximena, no se encontró con alma conocida para inferirle, ahora sí, un afilado adiós en el rostro. La costumbre lo hizo bajar por la vereda del Soda-Bar Carrión a por un taxi, que a esta hora temprana peine la avenida que conmemora la fecha de fundación española de la metrópoli. Ensayó un saludo cosmopolita con el chofer que lo recogió para acatar el emplazamiento de Tomás, "... a las ocho en el aeropuerto", y apenas dan las seis y cincuenta horas está funcionando como quiere su máquina animal. El chofer se anima con la carrera, es ventajoso un servicio al aeropuerto: negocio de ida y vuelta. Se podría decir que ambos disfrutan del paseo, el turista y el conductor. Siendo una jornada no laborable, el hediondo caos vehicular está de asueto, y el taxi circula libre en sentido norte por la desahogada vía que lo depositará ante el terminal aéreo. El carro rueda por el opulento norte que habla de la metrópoli cuatro estrellas, la que sirve para tender lazos de hermandad con ciudades del orbe entero, y cada cierto tiempo lanzar la buena nueva de ya se cuenta con otra hermana en no sé dónde. Los santuarios del éxito se suceden, compitiendo entre sus sicodélicas fachadas de hormigón armado.

Avista al resplandeciente hotel Sancho, cinco estrellas. Aproximadamente hace un año tuvo el honor de ser designado para realizar la inspección de rigor al monumental Sancho, y lo hizo como un profesional: desde el sótano de las bodegas al ático

presidencial. El estelar Sancho fue revisado por el ojo técnico del funcionario de carrera, quien le otorgó de manera oficial las cinco estrellas que ostenta su reluciente fachada. Claro que todo fue un juego de palabras comedidas de parte del representante del Ministerio y de parte de los representantes del Sancho, todo ello pasado por buen vino y selectos manjares, es el ritual de rigor y que deja contentos a los involucrados. Cualquier gil le daría las cinco estrellas al Sancho sólo con verlo, sin portar un plástico lindo que diga Inspector de Recursos Turísticos. Sea, fue un memorable trabajo, ejecutó el concienzudo examen de las entrañas del fabuloso hotel, como mandan los cánones del gremio de inspectores de establecimientos de lujo. Degustó, bajo el cumplimiento estricto de su deber, el amplio menú de la gastronomía internacional del sibarita Sancho, pasando por la alta cocina del exclusivo restaurante La Mancha, hasta el menú de las cafeterías con el signo de la comida rápida. Revisó todo el comestible etcétera que sale de la modernidad hostelera manteniendo el toque castellano que proporciona el Sancho. A esas felices sesiones gastronómicas se presentó con todo su tiempo libre para sentir, encaramándose sobre los sabores y aromas de una cocina "...que pondera siglos de alquimia culinaria", tal como reza en la leyenda del restaurante, La Mancha. Así demoró una semana su viaje por la zona palatina del Sancho; aplaudió cada golosa creación de la Jefa Pastelera, concluyendo en el informe que hizo, para su consumo íntimo, que la partida más agradable del hotel fue precisamente aquella, pues, lo hacía recuperar las cosas finas que salían del horno de barro de Papa-Beto.

Camina holgado por el terminal de vuelos nacionales, entra al establecimiento de comida chatarra que luce semivacío cuando el reloj público le avisa que está con sobrado tiempo para atender el encuentro con Tomás. Se apresura a regalarse una me-

dida gigante de sumo de tamarindo, desde un punto que pueda identificar fácilmente la larga figura del señor belga cuando ingrese. Retrepado en una cómoda butaca, sobre la barra donde una madura pareja de nórdicos le entrega una sonrisa, distrae también su vista con ellos. Los extranjeros muestran curiosidad por la camiseta que lleva puesta; es decir, sus ojos apuntan a la estampa del oso de anteojos que copa el frente de la prenda. Ya le preguntan, en comprensible *espanglish*, si conoce el hábitat del oso ensimismado sobre el devenir epifito de la conífera, *Podocarpus oleifolius*, cual da nombre a un bosque nublado que se halla protegido bajo leyes conservacionistas. Él dice que sí, que la entrada a la reserva biológica está a treinta minutos de ciudad de Loja, y se levanta para enseñar el plano del Parque Nacional Podocarpus, dibujado en el posterior de la camiseta; dando sus espaldas a los turistas, les muestra el mapa que resume la superficie y generalidades del área que abarca desde páramos a bosques montanos de perenne verdor. Verdes que el tampoco ha explorado fuera de los folletos educativos del Ministerio, reteniendo datos para la cultura general que este rato le sirve con los nórdicos, animándose a practicar lengua extranjera, —“las mil palabras del inglés turístico de la academia Támesis” —, relacionando que a lo mejor tendrá que aplicarse en ello si va a fungir de anfitrión de selva con visitantes que habrán leído bien en lengua inglesa y aun rimen con ella. Logra conectar con los nórdicos de miradas risueñas, ellos se dan por enterados del visto bueno que les extendió para que se internen por el Parque Nacional Podocarpus. “El bosque Podocarpus suma ochocientas especies de pájaros, muchos de ellos endémicos, ¡hay más variedad que en los Estados Unidos de América!...”. No terminó con un “ya dije” porque no sabía cómo traducirlo bien al inglés, y hacer el gil con un “ya dije” chimbo era necio; tenía que traducir el “ya dije” en son de broma, de auto burla, para poder remitirlo con el efecto que le da con su español coloquial.

Hizo lo necesario para simular que puede ser un correcto mediador del Podocarpus, los nórdicos también hicieron lo justo: premiaron su competencia retribuyéndole un sí, parece un bello sitio para visitar, vamos a hacer lo posible para ir allá. Linda manera de mudarse cada uno a lo suyo, despidiéndose como los trotamundos, levantando el pulgar hacía arriba. Esto acabó apenas antes de que enfoque a Tomás custodiando un remolque repleto de bultos, ya va a su encuentro, siente que la sangre exploradora va abriéndose camino a machetazos en el terminal aéreo que ha crecido en murmullos viajeros. Tomás lo saluda festivo, bate sobre la espalda del novato palmadas como lo hizo ayer, intercalando palabras que incluyen sorpresa por la presencia del ordenador Oberón. Este va a tener que mostrar es más que un animador en la red ancha de urbe andina, y ser el portátil hecho para trabajos de campo sobre la constante humedad de la cuenca media del río Napo; con ese antecedente lo adquirió, se lo dieron con esa marca de fatiga incrustada a la piel del mismo. Ahora sabe la intención soterrada que lo condujo a comprar una máquina que se la vendió cierto espeleólogo como un útil resistente al trabajo en ambientes de humedad absoluta. ¿A quién se le iba ocurrir comprar un ordenador con caparazón para hurgar dentro de cuevas húmedas, por añadidura asaz más costoso que los corrientes disponibles a vista de mercado, para tenerlo exhibiéndose al tibio ambiente promedio del cuarto de arriendo de Villa Ximena?

Junto al hombre de Remoto se mueve en la hilera de los pasajeros con destino a la cuenca oriental, atravesando los cinturones de seguridad ingresa a la sala de embarque, a las diez menos cuarto horas decolará el avión abanderado con los colores patrios y bautizado con el nombre libertador, Simón Bolívar. Ya acomodado para la espera viene observando una valla publicitaria de "Remoto, Hostería de Selva". El motivo promocional es diferente a la portada del tríptico distribuido en el café Madrilón, en esta valla se hace relevante la sensualidad de una trigueña que saca la cabeza del agua para sostener la mirada antediluviana de un caimán negro que enfoca sus ojos moros. Se pregunta si aque-

lla imagen es la versión de Remoto de la bella y la bestia, inquiere al barbirrojo acerca de la portada, inquieto con ese choque de miradas entre la trigueña y el reptil amazónico: —¿Existen esos dos seres estudiándose en tu versión de la bella y la bestia, o es un fantástico montaje?

—Ambas cosas —replicó Tomás regocijándose, y añade—: Viven este instante en Remoto los dos protagonistas de la gigantografía que es un montaje; la mujer se llama Carmela y al caimán lo denominamos Pablito.

Escucha que lo que enseña la valla está basado en hechos reales, es una reproducción fiel de la fotografía que se consiguió de esos dos residentes de Remoto posando en las aguas de Pelancocha por separado. Ambos son actores del diario alrededor de Pelancocha, y fueron capturados por el lente de Tomás en diferentes tiempos y espacios. La valla es obra de un diseñador gráfico, producto de la tecnología aplicada al mensaje subliminal de atrevesarse a ser un expedicionario y se encontrará con la hermosura que está retando al caimán negro. La donosa mujer habita buena parte del año en Remoto. Carmela es guía de selva, una enamorada del bosque húmedo y lluvioso, y estaba nadando con dirección al muelle de Pelancocha cuando tras una zambullida emergió para la foto que tanto provecho le sacó el diseñador gráfico. El caimán negro, Pablito, es un nativo protegido de Remoto, fue marcado con un micro sonar electrónico que lo delata sobre el mapa lacustre que vigila la científica herpetóloga, Gitte, que se estacionó en la comuna Pilche, los indígenas vecinos de la comuna Puca...

—Hombre... esto de las comunas es algo complejo para entender de una pasada verbal, pero intuiste esos dos mundos de un golpe de vista: ahí están mirándose la bella y la bestia —concluyó Tomás.

Prosigue ante los ojos almendrados de Carmela enfrentando a la mirada del consentido reptil de Pelancocha. Ya sufre el punzón del encuentro cercano con esos ojazos de oasis arábigo, esos dátiles que endulzan a los demonios que trae el cuerpo aco-

razado del sujeto que le tomará cuarenta minutos descender en la cuenca amazónica, ahorrándose largo trote por vía terrestre. Se derrite el caramelo mentolado que tamiza el humo del Full Speed, fuma asumiendo que lleva retraso, sin proponérselo, en consumir su primer cigarrillo del día. Igual, sin proponérselo, echó mano al paquete de veinte cajetillas que guardó para quitarle el cerrojo un día impensado. Antes de subir a bordo del Simón Bolívar encendió el fin de ese fumable amuleto.

Tomás Vanbeberen descansa plácido a bordo del Simón Bolívar, tiene el don del sueño imprevisto, ha aprendido a dosificar las fuerzas de la madurez a través de su alma inquieta. “Llámame Tomás...”, le había dicho desde el principio, cuando era todavía un estudiante de secundaria del Bernardo Valdivieso y vino de ciudad de Loja a la capital invitado a un viaje de reconocimiento por Papa-Beto. Así le fue presentado el barbirrojo en el Madrilón, plantándose ante él esos ojos celestes de pirata curtido por combates mar adentro, ojos de un intenso reflejo vital. Recuerda haberlo llamado Tomás desde que Papa-Beto lo introdujo como “uno de los nuestros”, sin anteponer nunca el señor a su cristiano nombre. Este hombre merecería el grado honorífico de “Capitán” porque ostenta una hoja de vida irrazonable: la de un bucanero irredento. Una hoja de vida así no sirve para responsabilidades insulsas, donde es una montaña sepultar las formalidades de saco y corbata del anacrónico orden positivo. Aunque en las oficinas ambulan jefes con vena expedicionaria truncada, como su último jefe de Registro y Control, ese que hizo votos ambientalistas, presentando para el Plan Quinquenal de Turismo Ecológico su, *Proyecto de desarrollo sustentable de la cuenca hidrográfica Campana*.

Este primer día de cuenca amazónica parece que no va a enfrentar la mueca de conmiseración del jefe ante el novato. El hombre está lejos de recitar el instructivo de las funciones específicas del futuro asistente en los negocios de la hostería; “administrador de Remoto”, eso fue lo que dijo literalmente. Sí le ad-

virtió que el bosque amazónico de corrido puede ser algo difícil de digerir para un hombre afincado en el ego-urbano. Con un buen repelente y aspirinas para una semana, todo es medio lindo bajo el ámbito salvaje; empero, asentarse en la amazonía adentro, respetándola, deseándola como el fruto de la mujer amada, pocos ciudadanos lo consiguen.

—Es el viraje que quiero dar... —fue su llana respuesta antes que Tomás entre en letargo—. Ya no contesta con palabras hechas del anteayer manso sino con la fuerza de su presente subido al día que caminó por la vía informal, cavilando en la casualidad que lo haría estar puntual a la cita con la utopía. Ayer cruzó plazas, visitó la loma sagrada de El Panecillo y entró a los templos católicos: fundamento del Patrimonio Cultural de la Humanidad. Ayer pudo haber sido uno de esos personajes extraordinarios que brotan de radio Marañón, y, a partir de este día, tendrá historias que emulen a las del montañero Olegario Castro en su ascendente búsqueda de infinitos. “¿Qué distancia puede haber entre el redondo cuarto de alquiler de Villa Ximena, a la cabaña al pie de Pelancocha?... Habrá un trecho parecido al que media entre, *Semblanza de mi querido abuelo materno*, de Alarico Chiriboga Urrutia, editado por la apostadora editorial caza manuscritos nacionales, Librillo; y, el clásico ensayo anovelado de Teodoro Morris, *Mis vicios masculinos*, publicada por la editorial Casa Azul, de la cofradía de Los Alverjeros. Sí, dos veces sí”.

Tuvo que hacer lo mínimo para mandarse a mudar, bastó el acolchado estuche de Oberón para no dejar nada a los bolsillos varios del suave y holgado pantalón verde olivo. Menudo equipaje para tan largo viaje. De los libros apilados de a cuatro junto a las barredera del circular cuarto de arriendo y, de las demás cosas que abandonó ahí, se encargará el amigo Branly Avendaño; la nota manuscrita que le pasó por debajo de la puerta le otorga plena potestad sobre los bienes heredados, y podrá si es su deseo rematarlos en el mercado de pulgas que organiza, La asociación de damas brasileñas. Branly receptorá de buen talante el encargo de

diseminar la noticia por la pensión, gozoso de lanzar conjeturas sobre “el paisano que se nos fue de la normalidad”, esa que tanto le sirve para elucubrar sobre lo divino encarnado en lo humano que se desvía de ella. Reirá con ganas cuando la matrona de Villa Ximena interrogue descorazonada: “Jesús... ¿Mudarse sin nada a la selva?... ¡Virgen del Cisne!: ¿Y a dónde...?”.

El mismo Branly le decía que a falta de un amor salvaje anda fornicando con simulacros de geisha, viendo sofisticaciones donde solo hay masajes del perineo a tarifas de Inspector de Recursos Turísticos. Sintonzaba con el aspirante a psicólogo personal con eso de que él se inventaba a la geisha, pues, era la fantasía que necesitaba para no empeorar su relación absurda con la puritana novia amante de la belleza bendita del hombre y la mujer por el Altísimo, la belleza que sólo puede ser adquirida con el beneplácito de un cura. La farsa que mantenía con Teresita se acabó tras la misiva que envió a su correo electrónico: “...Me despido, poniendo tierra de por medio, porque somos dos que quieren seguir siendo dos separados constructores de su propios caminos”. Tal vez debió haber dicho: “...no somos dos que quieren ser uno, somos dos que quieren y deben seguir siendo dos”. Daba igual cortar de raíz con el uno o con el otro mensaje teniendo ambos el “dos” como protagonista; el meollo del asunto era no dejar dudas sobre su ruptura, y sin recurrir a la hipocresía de ojalá podamos ser amigos en un indefinible futuro.

—¡Negativo... negativo! —exclamó de súbito Tomás, agitando sobre la butaca del abanderado Simón Bolívar, queriendo escapar de la angustia propiciada por una discusión por la radio, saliendo de onírica riña a distancia con Amparito que le exige cuentas claras, en buen romance: amancebamiento con todas las prerrogativas de ley que ello implica para la joven serrana. Con los ojos alertas tras abrupto despertar, cuando la orden de prepararse para aterrizar es emitida por el capitán de vuelo, da pistas del sobresalto que lo apartó del sueño—: Tengo en la cabeza la radio que comunica a Remoto con los cuartos del Madrilón..., ya

te tocará desgañitarte por el proyecto que tenemos en tierra Puca, pedirás los útiles que hacen posible los dólares para la conservación de ese mundo aún no perdido.

Los pasajeros reciben el informe meteorológico de la azafata apenas aterrizando en el aeropuerto de la pequeña urbe que custodia el patrimonio subterráneo de la patria. Fuera de la aeronave prima el calor y una humedad aproximándose al ciento por ciento; reina la garúa por el puerto fluvial de entrada a la amazonía llamada a permanecer irreducible. Desembarcando en la sofocante humedad anuda la imagen de un pueblo que se bate ante el lodo que traen las petroleras. En la sala de recepción de equipaje un sobrio nativo quechua saluda con Tomás, a él le estrecha la mano presentándose como Silverio Coquinche, entregándole una porción de calidez sin aspavientos, quizás especulando de entrada en su capacidad selvática, calculando los días que el estudiante aguantará dentro de territorio Puca, presintiendo la transformación que sufrirá cuando las tinieblas caigan sobre la hamaca con vista a Pelancocha.

Junto a Tomás y Silverio se acomoda en el balde de la camioneta de alquiler, entre los bultos de útiles para la hostería, con dirección al muelle del río Napo; aunque la inofensiva garufa prosigue, ninguno de los tres hizo mención de ir en la cabina. Durante el trayecto al pequeño puerto observa al solemne indígena sonreír mientras va masticando un bocadillo dulce de maní de la funda que le obsequió Tomás. Aprovecha el silencio metiéndose en la vez que cruzó a nado la mansedumbre del río Catamayo, allá sobre la frontera sur, por Zapotillo Quemado: la aldea de estrechas calles de piedra, llena de tiestos en los portales de las casitas de adobe y cal. Zapotillo Quemado fue un mirador de los borricos que levantaban, por las dos márgenes del río Catamayo, pintoresco contrabando de hormiga ecuatoriano-peruano. Quizás recupera a Zapotillo Quemado porque es la antípoda de la humedad del puerto Francisco de Orellana, allá un aire cálido seco peina las palmeras que hacen el oasis después de

atravesar desierto de chivos y faiques, esos amos del rojizo paisaje del fin de mundo sureño. Zapotillo Quemado fue degustar delicioso “chivo al hueco”, receta silvestre de carne aromatizada por la *Acacia macracantha*, símbolo de la empresa ideal de Papa-Beto: “Exportar esta exquisitez a Dinamarca, y que los vikingos nos devuelvan el favor con su orden para sociabilizar la riqueza, tendiéndonos la mano mutuamente para aliviar el desencanto de lo que no se tiene en la tierra de cada uno”.

Se interna por el suelo arcilloso de San Francisco de Orellana libre de la perspectiva del doctorado que lo retenía en la zona rosa del febril gusano ahumándose en la hoya de Quito. “Estudiante eres desde el vientre de madre hasta la última transformación de tu carne...”, le dijo Papa-Beto burlándose de los diplomas que un apócrifo hado tenía reservado al heredero de La Puerca & Hijos.

Tomás encarna al corsario que dibujó en la niñez con los colores de la libertad de ir a donde su corazón lo guíe, en esa remota tierra de la niñez ya esbozó la figura del hombre enfrentado a sus miedos con la espontánea fuerza de sus limitaciones terrenales. Rumbo al puerto que abre el sendero a la laguna que simulaba la eternidad del temerario capitán de Jipiro, se reflejó la miseria humana que va dejando la explotación del oro negro, esparciendo por el lugar más destrucción que regalías. Tomás se apea de la camioneta señalando que preferiría nadar por una poza infecta de caimanes hambrientos, a ser buzo de pueblo petrolero. Los pasos del hombre se conducen al Salón Martita, restaurante preferido por la tropa de Remoto cuando se allega al puerto de Orellana. Coquinche desaparece con otros nativos de la comuna Puca que acarrear los bultos de útiles a la panga anclada en las turbias aguas del Napo. Ellos dos ingresan al Salón Martita, que contempla al gran río tributario del Amazonas desde una repisa del malecón. El establecimiento, polo opuesto de los restaurantes de lujo en el itinerario que hacía el sibarita inspector Samaniego, se presenta limpio, sin comensales, a esta

hora de la mañana avanzando al bochorno del mediodía. Tomás lo invita a sentarse junto a una mesa redonda y solitaria que permite vigilar el vistoso puerto fluvial repleto de lanchas de bajo calado. Aplaude llamando la atención del dueño perdido tras las voces que departen en la cocina. El propietario del Salón Martita emerge campechano de la vaporosa cocina, acercándose al balcón los alcanza armado de una sonrisa hierática, oriental, que hace el barbirrojo lo reciba con familiaridad, exclamando: “¡Hola Chino!”.

—Este es el Chino de Babahoyo... —confirmó presentándole al hombre como un súbdito de la ciudad fluminense de Babahoyo—. El dueño del Salón Martita, manteniendo su impasible sonrisa le estira silente saludo, y como apurado se retira hacia la nevera para regresar con ellos portando dos latas largas de cerveza importada, Robin Hood. El Chino convida las cervezas con un dejo de celebración, pues, estará festejando su cumpleaños o cosa así. El Chino, enseñando perdurables calzas de oro de su dentadura, invitado por Tomás ante su gentileza, toma asiento en la mesa redonda. Pasados los minutos que el hombre consideró prudente no decir palabra desde que entraron al Salón Martita, finalmente se dignó a participar algo que vino a ser una confidencia, denunciando la razón de su ensimismada generosidad brindándoles la cerveza importada Robin Hood: él está contento por la nueva presentación que tendrá el negocio a partir de mañana. El Salón Martita dejará de ser un lugar apacible que únicamente sirve para comer junto al gran río, habrá servicio de cantina también, merced a la rokola láser que le llegó como lo último en su género, proveniente de un tigre asiático. Mañana pondrá a funcionar las melodías de amores caníbales que permitirán el licor ruede en las gargantas de los sentimentales paisanos. “Cinco centavitos de felicidad..., no faltará en mi rokola”, aseguró el de Babahoyo en un raptó de locuacidad, llegando al cenit de las palabras antes de empacarse con su sonrisa de lagarto oriental y luego perderse por los vapores de su cocina alistándose para el servicio de mediodía.

El Salón Martita comienza a llenarse de comensales sudorosos que arriban ajenos al giro que dará el establecimiento; hambrientos individuos consumen platos repletos de la buena sazón que le imprime el Chino a su elemental gastronomía. Sofocante sol de lluvia ha reemplazado a la garúa. Se distrae con el desangelado cuadro que cuelga sobre la pared, por cima de Tomás, buscando la gracia del solitario motivo pictórico del salón, que no se presenta seductor, podría serlo mostrándose en un ambiente de pachanga frente al mar. Tal vez mañana, cuando la rokola láser prenda las venas de los comensales con sentimientos cantados por los ases de la rokola, cobren movimiento y sensualidad las mujeres morenas que danzan sobre blanca arena ondulante, entre el turquesa de un sereno mar antillano y las palmeras atestadas de cocos. Así como a él le dio por inventar su día del ¡renuncio!, y lo inventó; el Chino puede estar haciendo lo mismo, a su medida, con el mañana del Salón Martita.

—Un sancocho de bagre —pidió Tomás al mozo cetrino que toma la comanda casi indiferente a los comensales, asumiendo que la obligación de elegir y solicitar es de aquellos, acá no hay sonrisas y atenciones extras que después generen una propina del cliente—. Hombre, la cerveza Robin Hood, me abrió el deseo de un caldillo de bagre —añadió encaramándose en la vista del río.

Él solicitó lo recomendado por Tomás, si es que tenía ganas de algo que nunca antes haya probado fuera del Salón Martita, lo está paladeando aletargado en el toque romántico que hasta hoy le dura al Chino frente a un río majestuoso, cual atrae por su aparente tranquilidad y repele por su furia latente bajo el espejo de agua. Se alivia constatando que le alcanzó para conocer al desangelado pero auténtico Salón Martita; el otro, el que abrirá el buche de los ribereños con la rokola láser no será el mismo, la bulla ensuciará lo fundamental que tiene ahora: una silenciosa ventana al río. Se despacha con el buen estofado de pescado de río, encarando el bochorno que entra con el sol de lluvia. El

estofado ingresa a su paladar con buenos argumentos, se repite el dilecto sabor del palmito apoyando la delicada carne del pez atrapado en el río que contempla.

Tomás, devorando el sancocho de bagre hasta dejar el plato limpio, viene entonando una tonadilla que le resulta conocida en el ámbito de la música ecuatoriana, le suena a un estribillo criollo que él ha cantado en las celebraciones regionales de la Pontificia Universidad, con el trago demás que el burgomaestre recomendaba no tomar a los jóvenes en el taxi de ayer noche. Mas el estribillo que suelta Tomás resulta indescifrable porque lo canta en su lengua materna, el idioma flamenco que nadie habla en este pedazo de mundo. Presume por la tonada que es el lamento de un sujeto herido de amor. El barbirrojo, ante su incógnita, admite haberse apropiado de la canción que el novato sospechaba, y empezó a cantarla como flotando en el tiempo que se va con río Napo.

“Por qué no me dijiste que no me querías para no adorarte...”.

Tomás sugiere al de Babahoyo que anote esa melancólica composición criolla para que la incluya en el repertorio musical de la inevitable rokola láser. Al tiempo irrumpe el hombre naporuna que llama Silverio Coquinche con el mensaje de que la panga está lista para zarpar corriente abajo en el río Napo. Tomás, ahora sí lo presenta al hombre como un elemento clave en el proyecto Remoto. Este rato ya es el chamán de la comunidad Puca, Silverio Coquinche toma otra dimensión ante los ojos del novato de bosque lluvioso. Lo ubica como un hombre de complexión fuerte, bien proporcionado, armónico, de estatura sobremediana, de ojos mongólicos harto pigmentados, en clara concordancia con el marrón oscuro del pelo abundante, grueso, tieso; su rostro amerindio, casi imberbe, no delata la edad que un humano de semblante áspero, de sistema piloso profuso, lo haría. La edad

de Coquinche es incierta, puede andar pisando la treintena o ser contemporáneo de Tomás, quien dice estar caminando por la edad de los conquistadores. Qué más da tomar nota de sus años, el chamán que se precie de llamarse así debe moverse en la flor de la edad: su edad, la edad del conocimiento sobre el territorio de la comuna Puca, la edad del privilegiado rincón donde la hostería de selva Remoto alquila la laguna de Pelancocha a la comunidad que la preserva.

—¡Cuando ordene Silverio nos botan! —dijo Tomás festivo, atendiendo la cálida faz del hombre que luce camiseta negra estampada con la calavera y el rayo del grupo metálico, *Muerte blanca*. Coquinche pasa de acomodarse en la mesa, viene cargando un botellín con una bebida de malta, esbozando una mueca de aprobación a la risa hierática que le remitió el Chino, quien mantiene en el rostro la buena nueva que convulsionará la faz apacible del Salón Martita, por fin su caja de música neutralizará los murmullos de comensales sudorosos, cambiándolos por melodías diseñadas para abrir el buche al licor bendito. Coquinche pierde la mirada sobre el río que lo llevará de regreso a territorio Puca, ahí es el hombre de bosque, el hombre que vive para equilibrar las fuerzas con los espíritus de la selva; acá, en la mancha pustulosa del pueblo mendigo de las petroleras, campea la paz suntuosa de las empresas que exportan oro negro al mundo de hidrocarburo que siembra llanuras de polvo y ceniza.

—Tenemos un saldo pendiente, Chino... —recordó Tomás agitando eléctrico sus luengas barbas y, levantándose sobre sus pies, se aproximó a la caja para estar a salvo y en paz con la tesorera del Salón Martita.

Llegaron los minutos de zarpar Napo adentro. El mediodía oriental exuda en la lancha, que viene semicolmada de vituallas y útiles para el proyecto de selva, enarbolando la bandera inconfundible de Remoto: bosque, río y silencio. Sobre el techo de paja de la embarcación, de unos veinticinco metros de eslora, también ondea la bandera del conquistador ansioso de hallar El

Dorado. El Chino, plantado junto a la barandilla de la terraza del Salón Martita, ya es un punto presto a perderse apenas doblen el meandro que los arrastrará al meollo de la espesura. Consigue acomodarse, encuentra un espacio acolchado entre los pertrechos que carga la nave; recostándose al través puede observar igual al timonel y al puntero intercambiando señas, silbidos, de la popa a la proa y viceversa. El puntero funge de hombre espolón, con el brazo extendido indica el sendero que el timonel debe tomar por la intrincada ruta del Napo bajando al encuentro del río-mar, el Marañón.

El pirata barbirrojo, pegado a popa, cerca al maquinista timonel, escruta en las aguas que de aparente quietud pasan a revolverse arrastrando palos y otros restos de una creciente pasada. Es el capitán del bergantín al que plegó su niñez, cuando un árbol de mango también servía para entretenerse entre la vela cangreja, los juanetes, el foque y el puente principal. Napo abajo, el horizonte no se diluye por serpenteante y ancha corriente fluvial; con la embarcación dando bandazos en su vertiginoso descenso, sus ojos no se detienen tanto sobre el estirado porvenir ribereño si no que se impactan en las márgenes, se deleitan con las paredes de la espesura encerrando el curso del río. Los tapones que ha colocado en sus oídos, tan pronto, lo han quitado del alarido de la urbe poseída por el eructo del oro negro; bajo el acuático sol de mediodía hace digestión en los abismados ojos del estudiante que entró a colaborar con el ensueño que devuelve la magnificencia del bosque reverberando por los flancos del río. Los sentidos han empezado a recobrar sus valores primigenios, excepto los oídos que vienen apagados para que no sufran el chillido incesante del motor fuera de borda. Así, minimizado el poder auricular para que no perturben a los otros sentidos, el resto, a la sombra del techo de paja, son invitados de primera fila al descubrimiento de un mundo perdido para el ciudadano de los apuros entre las cuadras que lo separaban del trabajo a la universidad. Sus atrofiados sentidos inician el proceso de saneamiento postergado y

que una palabra precisa, apenas la entregó en el Ministerio, lo tiene desembocando en esta maravilla: cuadros exuberantes que se suceden ausentes de la prisa. Tan rápido se alejó de la sordidez de su cuarto de arriendo y lo asaltan los aromas selváticos presentidos en el despertar urbano de ayer; después vendrán nítidos los sonidos de la espesura, cuando el zumbido del motor fuera de borda no insensibilice los oídos. No sabrá decir en qué momento los ojos moros de la mujer de la pancarta del terminal aéreo lo sedaron. Duerme.

—¡Puerto Puca! —aulló Tomás señalando el diminuto atracadero a la sombra de gigantesco higuerón. De cara al adormilado estudiante que se restriega los ojos, añade—: Bienvenido al mundo de los elfos de bosque clarooscuro, joven durmiente.

—¿Qué es esto? —atinó a cuestionar somnoliento, aún bajo el influjo de los ojazos hechiceros de la musa que lo entregó a un sueño profundo. Restregando las ventanas que le mostrarán el otro portal de su viaje fluvial, presume que de por medio han pasado horas de río que nunca podrá dar testimonio de ellas.

—Otra realidad —repicó sobrio Tomás—. En tanto él se apea de su primer sueño selvático, abrumado por el cambio de piel que se ha disparado por su flamante tiempo y espacio. La inacción del cuerpo todavía enroscado entre las turgentes sinuosidades de la mujer onírica que lo abrazó, hace que digiera lento el encantamiento de estar, en un batir de palmas, a pasos del portal que da a las profundidades del bosque húmedo y lluvioso de la cuenca media del río Napo. Observa por la tonalidad baja del sol sobre la vegetación que se avecina el crepúsculo, asume que el delicioso perfume femenino lo poseyó casi todo el largo trayecto corriente abajo que hizo la embarcación, ese hechizo de mujer se tragó la tarde. Aquí yace entre la carne floja negándose a despertar al fuego crepuscular y la voluntad del alma de internarse en

la selva para expandirse con la página en blanco que le reserva el territorio Puca. El cuerpo aún no se despoja del goce de la manta aprensible que lo cubrió, su alma se abre desnuda a la hora de fuego de un horizonte primitivo.

Nativos van saltando de la tundra y, uniéndose a los hombres de la tripulación, forman la hilera de cargadores que pasan de la hilaridad del reencuentro con Tomás, al silencio del peso de los bultos hundiéndose sobre sus lomos de bronce. Coquinche vocea órdenes en el dialecto naporuna de la comunidad Puca, movilizando a los hombres con los víveres de reposición que reanimarán la exsangüe despensa de la hostería. La hilera humana se interna por la boca del túnel que avanza a través de un camino elevado sobre el piso vegetal, haciendo crujir las sólidas duelas de chonta que lo conforma. El lamento del serpenteante sendero abriendo brecha por la tupida jungla, despierta el cuerpo del novato que ya anda absorto con los sonidos alados que despiende el túnel. Desprendiéndose del sueño venusino de la panga, se le ocurre que el oscilante avanzar de los nativos, en la penumbra del sendero elevado, es el punto de partida de la memoria boscosa que el aventurero Samaniego compartirá con los jubilados en las mesas casi exentas de facturación del café Madrilón. En breve tendrá ojos para lagartos enamorándose entre lirios amarillos y azucenas, y será testigo del amor mortal de la anaconda que estruja a su amante para robarle la sustancia etérea, y juntará episodios de selva en una sola, continua, historia de hombre boscoso para entregarlas a las ondas largas de radio-libre Marañón.

El crujiente camino confluye con el estero que lo llevará a las aguas despejadas de Pelancocha; un diminuto muelle descansa sobre el reflejo del incendio naranja en la boca de estrecho túnel acuático, donde vidriosos lechugines se apretan contra la barrera de raíces de los trepadores yutzos. El novato enfoca la canoa que imagina monstruosa en su mente recabando en lo primordial, es como una prehistórica hembra cocodrilo de la amazonía rodeada de su reciente progenie: las quillas reclamadas por los capricho-

esos nombres que sus usuarios grabaron a proa. Tomás irrumpe en ese punto jurásico que lo tiene pasmado entre los nativos que cargan la canoa mayor, llama la atención del novel expedicionario, es tiempo de recibir la primera lección de selva, algo que le transmite como, “el número uno de los principios fundamentales de supervivencia dentro de Pelancocha”.

Él atiende las palabras del instructor con el asombro, con las ganas que jamás puso en Economía turística, dictada por el sustantivo catedrático que adoraba la masificación playera. Un canaleta de caoba con finos acabados que esbozan un corazón en punta, es el instrumento que materializa el primer principio básico de Tomás. —¡Jamás pierdas tu remo, muchacho!— aulló para regocijo de los presentes, luego regresó el canaleta a Coquinche y, tomando el maletín de Oberón, lo invitó a coger un puesto determinado en la proa de la frágil embarcación al paso que lo instruía en la manera de abordar avisándole que tan pronto caiga al agua más cuidado pondrá para ser idóneo en su futuro explorador.

Los nativos aguardan el chapuzón del forastero para reír a discreción, mas él les devuelve serenidad al abordar la quilla, y, apenas se acomodó a proa, de espaldas al puesto sobre la popa que ocupará el remador Tomás, sobriamente le solicita a éste un canaleta propio para grabar su nombre. Silverio Coquinche se apresuró a extenderle el mismo remo rojizo que sirvió para la lección verbal de Tomás, esa bella artesanía con formas de la víscera pasible. —¡Jamás lo pierdas aquí, en tu corazón!— dijo el chamán obsequiándole el canaleta que será su amuleto sobre las aguas de su ambular boscoso.

El barbirrojo da golpes de canaleta certeros, silenciosos, como acariciando el agua mansa. La piragua se desliza cadenciosa entre las paredes vegetales que cantan con las aves diurnas agitándose por la retirada a los refugios que las ampara de los depredadores nocturnos. Monos araña saltan sigilosamente en las ramas altas. Él observó a los micos con una risa ahogada, el otro entendió la magnitud de la impresión que el primitivo estero

ocasiona en un novel buzo de sus secretos, pues, a su tiempo, asimismo fue impactado por esa sobredosis de soledad cloroflica y zoológica, cuando enterró al botánico de salón para transformarse en recolector de orquídeas de silvestres. Tomás desistirá de informarle que esos micos tienen el apellido araña, tampoco sumará el dato turístico de que aquellos no son apetecidos para el menú de los naporunas, y que los preferidos sobre la mesa quechua son los monos chorongos. Él también pasará de explicar que tiene experiencia en manejar piraguas, remontándose a sus juegos acuáticos por la urbana laguna de Jipiro. Rítmicos golpes de canaleta se intercalan a los costados de la canoa; él no ayudó a remar, el otro con la mirada le dijo quieto ahí, y es cierto que él nunca se propondría ayudar porque lo único que sabe hacer este momento es galopar con sus sentidos sobre el crepúsculo, nada más.

Amplio espejo de fuego emerge abandonando la melódica penumbra del estero, surgiendo los anillos de Pelancocha con el esplendor que invade los ojos de un sujeto a plena expansión de su verdad, dándose a la muerte de la tarde en aguas abiertas ya deja atrás los fosforescentes lirios. Al fondo del anillo menor se irán descubriendo los techos puntiagudos de las chozas de la diminuta aldea montada sobre una leve colina, bañándose de púrpura, inmolándose entre la foresta y el incendio lacustre. Está enfrentando los íntimos predios de Remoto: "La hostería para intrépidos expedicionarios con billete", masculla para sí repitiendo esa acotación que Tomás hizo en el Madrilón. "¡Qué lejos está el Madrilón!", susurró estando a punto de girar a ver el silencio de Tomás por si pliega a su íntima exclamación, pero no arruinó el silencio de ambos con esa realidad obvia que los mantiene así de absortos que ni siquiera se han vuelto hacia la canoa grande que a sus oídos y ojos se ha esfumado.

Tomás ha hecho lo elemental al no intervenir en el asombro del debutante por un trayecto que después éste lo podrá hacer por sí mismo, tampoco le ha dicho que también pudo haber

llegado sobre la hora de los mosquitos, apenas desembarcando de la lancha al gredoso piso de las playas del Napo, entonces la nube de implacables picadores mordiendo su carne tierna lo hubieran hecho renegar hasta el llanto de su sangre aventurera. Esa hora vendrá otro día para atormentarlo sin remedio, pero esta hora de fascinación —penetrando por vez primera los anillos que hacen de Pelancocha la figura de un ocho cercado por yutzos— ya enmarcó una pintura indeleble.

La noche se toma el ecosistema lacustre, avanzando la canoa en lo hondo del anillo menor de Pelancocha, sintiendo que la fuerza de gravedad de la hostería la succiona sin remedio. Las tinieblas por un rato lo habían perdido al novato en la ficción de ser un pedazo de carne despreocupada viajando sobre la ingravidez de su nave sideral, metido en una caída libre espacial, por la órbita que lo llevaría a los confines de la galaxia. De hecho, pronto lo despabilan, de las tinieblas surgen luces de una potente lámpara de mano, y de esto una voz que está esperando reanimar la despensa de la hostería. Ante el inminente desembarco en el muelle de Remoto, Tomás, rompe el prudente silencio concedido a la alucinada entrada del novato, saludando al hombre de blanco parado entre los faroles de petróleo alumbrando a su rededor, quien le tiende la mano para ayudarlo a salir de la quilla.

—El señor Pompilio nos tendrá una opípara cena de bienvenida dentro del horno...; hombre, es lo primero que pienso cuando veo tal chinesco bigote frente a mí —dijo el barbirrojo palmoreando las espaldas del sobrio sujeto que lo ayudó a desembarcar. Tomás ayuda a su vez al novato a salir de la barca, y lo presenta de inmediato al otro—: Aquí, Teófilo Samaniego, nuevo asistente operativo; acá, Pompilio Dela Cruz, jefe cocinero.

Recoge el creciente aullido de la noche virgen, el llamado de los seres nocturnos que envuelven a Pelancocha lo estremece. Su cuerpo responde a la novedad: tiembla, imperceptible, al

ojo ajeno. Siente que es carne vulnerable en el gemido inmedible de la tundra. El giro que dio a su vida es una realidad palpable; después de la gloriosa entrada que hizo a Pelancocha, la noche salvaje lo ha desorientado. Tomás desapareció con Coquinche y el trajín del desembarco de los vituallas y útiles; el jefe cocinero le entregó una lámpara de mano y lo invitó a seguirlo por el camino elevado central de la hostería. Se informó los horarios de comidas mientras fue escoltado a sus aposentos de caña guadúa, a la choza que será su rústico hogar, la que presenta un letrero inconfundible, ADMINISTRACIÓN. “La hora de la cena vendrá con sonoro aviso del cuerno de la abundancia”, fue lo último que escuchó de Pompillo. Está conforme con la recepción del novato y, buscando salir de ese ligero temblor psicofisiológico que le produjo la ausencia de amortiguadores ciudadanos a la soledad, se familiariza con su residencia elemental; atisba con la lámpara de mano la cabaña espaciosa de la... Este momento va a quitar ese letrero de la puerta de entrada, no podría residir en una choza que se llame así, que le den un número y se acabó, si le dan a escoger sería la choza 777 o 666, y punto... Sacó el letrero; ahora, la ADMINISTRACIÓN, es un pedazo de cartón para la pira, ¿no será una broma de Tomás?; en todo caso lo mete debajo del camastro hasta quemarlo en un punto irreconocible de la amazonía. Suspira bajo el farolillo del balcón que ofrece la vista vaga de una aldea flotando en candiles moribundos, su primer acto de catarsis selvática está consumado, ya se le quitó el imperceptible temblor al ojo ajeno que lo atacó al abandonar la piragua. Oberón encontró sitio sobre un amplio escritorio frente a una gran ventana de bambú plegable. ¿Qué cuadro divino encierra ese bambú?

Relaciona que no ha echado mano a sus cigarrillos después de la parada donde el Salón Martita, —¿qué pasó, cosa rara?—, estuvo casi medio día sin fumar, y gozando de salud echar humo es lo que más hace, no le ha ocurrido esto desde que tiene el añadido de fumador a su nombre. Eso sí va a entregarse a los deseos de fumar sobre la hamaca que huelga en el balcón,

va a maquearse con el claro de luna abriéndose a Pelancocha. No tiembla para nada y la suerte sublunar ahora le sonríe permitiéndole distinguir su posición estratégica en el conjunto de la hostería, a diestra cree distinguir una playa invadida de troncos aletargados cual reptiles jurasicos. Su agudeza atávica lo hace masticar tiempos perdidos, es un longevo bebiendo gotas de claridad de bosque lluvioso. Estuvo ajeno al ajetreo de los hombres que acarrearón víveres ante la mirada glotona del cocinero, ese rato temblaba adentro, enmudeció y se pasmó, fue otro aletazo del fante reclamando sus horas de aula universitaria. Eso fue, no puede haber sido otra cosa aquel temblor nervioso.

Pompilio hizo uso del cuerno tres veces. Los mugidos de la cornúpia le llegaron altisonantes, el primero fue largo y ascendente, el segundo vino descendente y algo corto, y el tercero fue grave y fugaz. Por fin se decidió a lavarse a tientas dentro del cubil enlozado que ocupa el baño; la ducha vino tibia a diferencia del chorro eléctrico, templado, que lo sacudió madrugando en Villa Ximena. El agua que corrió sobre él lo mudó del sudor impregnado en las prendas de fatiga que abandonó por lo que se le antoja tomar de la ropa limpia que halló en el vestidor. Sale al camino elevado calzando chanquetas, más abajo, los nativos armados de linternas ingresan festivos a la edificación grande que guarda las mesas destinadas a devorar y no a degustar como él se había acostumbrado en la ciudad. Penetra al comedor guardando la linterna en un bolsillo con cierre del pantalón de color pastel lavado que hizo suyo, adelantándose al principio de nunca pierdas tu linterna o terminarás maltrecho debajo del camino elevado. El recinto viene iluminado por unas lámparas electrovoltaicas que, asidas a la viga central de la edificación, logran un amplio espectro luminoso. El comedor es panorámico, afuera viene rodeado de un balcón que suma largo pasamano al filo de Pelancocha; éste está montado en el piso elevado que descansa la hostería para ponerse a salvo de las acrecentadas de tiempo lluvioso, constituyendo un mirador de hamaca soberbio, aventajando al de la foto que vio en el café Madrilón.

Acomodándose en la mesa de los jefes observa atónito a la mujer de la pancarta del aeropuerto capitalino, la Carmela de carne y hueso que Tomás la introdujo sin preámbulos ni solemnidades, haciendo lo mismo que hizo con Pompilio repite ante la trigüeña que no encontró sobre el muelle de Pelancocha. —Aquí, Teófilo Samaniego, asistente operativo; acá, Carmela Ojeda, guía residente de bosque húmedo y lluvioso.

Ella saludó con un cauto “bienvenido”, como midiendo los días que el ciudadano permanecerá en la selva, parecido al apretón de manos que cruzó de mañana con Silverio Coquinche, dejando en el aire la cuestión que se hace un residente de la comuna Puca sobre un novato que viene a experimentar: ¿Cuánto durará fuera de sus apegos materiales? Tomás sí le advirtió que el último profesional turístico que se allegó acá aguantó dos semanas, el mismo que hoy visita agradecido el Madrilón porque su paso por la selva le abrió los ojos, botó lo de los servicios hoteleros y mejor funge de respetable ejecutivo bancario, amando ese trabajo y siendo correspondido por éste con seguridad monetaria. Los ojazos de miel de Carmela se contagian de la armónica faz de Silverio que atiende el discurso de las cosas de comer de Pompilio como si estuviese efectuando un acto de magia, explayándose en el variopinto gusto de los hombres a la hora de la mesa.

—Así, tenemos a la señorita anoréxica odiando la voracidad de su cuerpo frente a una despensa nutrida de exquisitos manjares... Más allá montón de andrajosos tragan inmundicias sobre las calzadas del casco colonial, pongamos que junto al portal del café Madrilón, matizando que las sobras del Madrilón son golosinas árabes comparadas con la tifoidea enfundada del mote pillo, papas con cuero y demás cosas finas que sentaron las bases de mi escuela materna en la cocina nacional...

Silverio aprueba con leves cabezadas las palabras del cocinero. Carmela no puede ocultar la gracia que provoca en ella ese discurso que el novato asistente observa con agudeza para

comprender lo que está ocurriendo más allá de las diferentes respuestas faciales de los oyentes de Pompilio, a saber: el rostro atento y sereno de Silverio; la faz divertida y fotogénica de la guía residente, que con intermitente sonrisa aupa las palabras del otro; y el rostro sardónico de Tomás que cualquier momento va a soltar su carcajada beligerante de ya está hablando pendejadas el cocinero. De repente cree que las especulaciones del gastrónomo, quien prosigue con las precauciones para evitar envilecer la sustancia, la identidad que posee cada cosa de comer, de alguna forma van dirigidas a él, o sea, al sujeto que según parece va a ser el jefe operativo de la hostería. ¿Esto fue premeditado por el cocinero orador, o es una pintura surrealista de los otros para él, o es el cuadro que él está inventando este rato para los otros?

—La transformación de las cosas de comer es fusión de mágicos elementos. Géneros indefinibles por mágicos. Quienes han venido desde tiempos inmemoriales engrosando el conocimiento de los elegidos para crear en la cocina, inventando un lenguaje que, como todos los cimentados en momentos de adicción a la buena mesa, es irracional...

Carmela es el centro del óleo que compone la mesa de los jefes, los otros son los elementos que la ensalzan. Tomás, despatarrado, barbirrojo pirata de huesos esponjosos; Pompilio asoma mofletudo, adornado de azabaches bigotes bajando por las comisuras de carnosos labios; Silverio es una estatua de chonta: viajero de la ayahuasca. El pincel de Carmela todavía no plasma al asistente operativo, aunque está dibujando formas a borrador; ella ya se enteró del apetito de esos ojos claros, tristes estrellas glaucas olvidadas de un amor salvaje. Dirigiéndose a él, que aún escruta en los ojos de la mujer enfrentando a Pablito en el montaje de la valla publicitaria, dice señalando al cocinero:

—No entiendas a este hombre, es un cuento de chamán en trance religioso: un rato demonio y al siguiente momento pastor de seres desesperados... Así que eres de *Loxa*, yo también, pero oriunda de Catacocha...

Presta atención a las palabras de Carmela, trae voluntad por entrar a los laberintos verbales de los veteranos de selva; su procesador de lenguajes, ese sensitivo interpersonal, hará las correlaciones que lo pondrán sobre la mesa de los jefes con su propio acento montuno. A esta hora ya pretende los dátiles, los dilatados ojos moros y las rizadas pestañas de la mujer, ya quiere acariciar ese cántaro con las manos; y esos labios: infiernillos que hierven sensualidad. Se esfuerza por disimular los mensajes sicalípticos que brotan de los ojos del lobo, mas la sureña ya se percató de las urgencias del montañés por su mirada melancólica.

—¿Fumas?... —dijo alargando un cigarrillo a Carmela, distrayéndose así del encanto de esos ojos y de las sinuosidades de la trigüeña que, durante el sueño de la lancha bajando por el río Napo, lo abrazaron y lo abrasaron—. Ella aceptó el Full Speed con complicidad, como la adolescente que apenas empezaba a probar a fumar en los primeros bailes de sociedad. Al recibir el fuego de la fosforera se hizo más duro su rostro juvenil, como si la primera bocanada fuera para evocar el pueblo asentado al tope del barranco, Catacocha a la vista.

Saciado el deseo de las cosas de comer se apagó la influencia de Pompilio, su discurso comestible se apaciguo, guardándose para volver en otra ocasión que la selva concederá sin remilgos. Pronto ve a los nativos partir con sus piraguas a otra orilla de Pelancocha, Silverio Coquinche y su gente retornan a pernoctar en la aldea de la comuna Puca. Tomás estira las rojizas barbas ofrendándolas a la media luna, su huesuda humanidad se adapta a la sobremesa en el nocturno fresco, invitando a las últimas voces del comedor a que vuelvan a sonar en el muelle de Pelancocha, donde los conversadores tomarán posiciones balanceando sus piernas sobre el refulgente líquido.

La noche bruja se presta para lo legendario que los conversadores del muelle participan al novato. Pelancocha es el escenario primordial de la religiosidad de Silverio Coquinche, específicamente por su segundo anillo porque únicamente él ambula

ahí, pues, en sus orillas recónditas, yace el sagrado higuerón de múltiples palos (nadie los ha contado, pero serán unos noventa palos acorde al ojo del chamán que tiene acceso a ese santuario vegetal). Donde habita un chamán necesariamente crían en su entorno los demonios ancestrales que hacen de su paso por la espesura una lucha constante. Nunca falta la mujer-diablo que lo acecha buscando debilitarlo con su arma punzante, la carnalidad. En los parajes encantados del ecosistema lacustre, lo tienta la mujer-diablo con las feromonas de su estro perpetuo, emanando fragancias que atacan la libido del hombre. Cuando el voluptuoso ente emerge de los lirios, debe resistir al embate lúbrico de su desnudez con la alucinada fuerza que le otorga la ingesta de ayahuasca, morigerando la carne en brazos con el espíritu combativo que saca a relucir el instante crucial de la resistencia. Un chamán vive para ser asediado por el lúbrico ímpetu de la mujer-diablo, existe para luchar contra el poder succionador de su cloaca, en ello le va prolongar su leyenda de vencedor o ser escarnio de su raza altiva si desfallece y pierde la guerra por mantener el mito y la magia del bosque. Se puede decir que Silverio Coquinche está obligado a producir espiritualidad, le es imprescindible crear un halo de luminosidad en su torno, y, a esa empresa, le debe su estancia dentro de la oscuridad para luchar contra sus demonios. Un chamán debe consumirse al fuego lento del amor imposible con la mujer-diablo; el instante que ceda a la lujuria encarnada, a su tentación de devorarla con la pureza de un antropófago, perderá el control de su territorio: ella lo estrujará, lo secará con mortal pasión.

Una pareja de caimanes es atrapada por la linterna de Carmela, los ojos encandilados de los reptiles centellean, son rubíes revoloteando en el claro de luna.

—¡Allá van dos! ¿Están peleando?... —exclamó bajo Carmela, acercándosele con su melena repleta de perfumes de musa lacustre. —¿Será Pablito enamorando a una doncella...? —interrogó a su vez Tomás uniéndose con su cuota de luz, apuntando el reflector de cabecera contra los caimanes que se revuelven en aparente acto amatorio.

—¡No lo apures!... Él está cortejando a la núbil que encontró para seguir repoblando el *Melanosuchus niger* en Pelancocha —intervino Carmela.

Pompilio ya retorna de su misión, viene acezando gradas abajo por la escalinata que separa el muelle de la terraza del comedor. Uniéndose al grupo los invita a ingerir cerveza del termo repleto de latas negras resplandeciendo entre cubos de hielo. La cerveza copa la atención de los conversadores dejando a Pablito se sumerja sin dilaciones en sus amores de reptil. La cerveza se torna exquisita por la fresca que copa el muelle, el milenario fermento es bebido con presteza. La bebida de moderación cierra la puerta a los monstruos que salen de las borracheras con el aguardiente de las verdes matas, no traerá la resaca de la ingesta de bebidas espirituosas. Aunque la bebida baja en graduación alcohólica le apetece a Tomás, deja sentado su lamento por la falta de variedad por estos lares, pues, sobre el pentagrama cervecero de su país, cuenta hasta doscientos tipos de cerveza.

—Seguro..., la gota la contrajeron los tercios españoles acantonados en Flandes —dijo Pompilio con una mueca sardónica, tal vez rememorando al pariente gotoso que afirmaba era presa de una enfermedad mayestática.

Tomás no se queda en la observación gotosa del jefe cocinero, le habla al novato de lo que le deparará el mañana: —Tienes que levantarte al alba para despejar a carajazos el sueño pesado de Pompilio, y así ajustar a servir el desayuno a tiempo a los intrépidos expedicionarios que adquieren nuestro producto ambientalista.

—No soy vertical en las madrugadas... Figúrate, cuando el cuerpo atraviesa el sueño de la aurora, esperando porque el despertar de los monos aulladores se da dentro del caos de las especies, te apalean para que enfrentes desnudo a tu miseria humana —se defendió Pompilio asumiendo su vocación por el mundo onírico.

—No estás inventando nada, a mí también me gustaría permanecer horizontal sobre la fábula del príncipe encantado, yaciendo en una alfombra interminable de lirios. Pero... ¿cómo escapo de las pesadillas que atacan mis benditos sueños? —intervino Carmela incisiva, clavando sus ojos de media luna en la sombra del novato, cual parece estar botando el lastre de su globo aerostático para sobrevolar la selva.

—De un plumazo, apenas con dormirte, no vas a barrer los demonios del asfalto que cargas dentro... Hombre, los diablos coloniales se dieron modos para entrar a la selva virgen también, mira nomás a estos envases insulsos que desechamos —repuso Tomás estrujando el recipiente que engrosará los cerros residuales de la era de hojalata.

Reponiendo, cada quien, las latas vacías de cerveza destinadas al tacho que dice “para reciclar en Suecia”. Brindan por eso que dijo el jefe cocinero, “por los pequeños placeres de los residentes de Remoto”. Apoyándose contra la barandilla del muelle, le devuelven el silencio a Pelancocha que no da más señas de amor entre caimanes. El cubil urbano del inspector/estudiante viene a hablarle al oído de noches templadas, de soledades aireadas con el simulacro de amor en la piadosa casa de la Geisha, donde invertía la plata de la mensualidad ministerial, congelando así el compromiso con la bienaventurada de Loxa, haciendo oídos sordos al consejo materno: “Hijito, ven a casarte con la Teresita, muchacha de méritos, buena, fiel...”. Acá mastica un bocadillo inmejorable: el silencio del venero frente al fragor nocturno del bosque. Aquí está echando sus redes a los ojos moros de Carmela. El gemido de la espesura resalta la quietud de la

fuelle, madre de los peces satinados que con intermitencia husmean fuera, rompiendo la fina película del agua mansa, tálamo de los amores primordiales de Pablito. Llegará el día que sabrá distinguir el aroma de invisible orquídea, confundido con el sigilo de los grandes carniceros que medran dispersos y solitarios. Ya se ha puesto a calibrar su vilipendiado olfato, sometién-dole a una gimnasia general para que sus células olfativas de lo salvaje vayan recuperando su poder original, degradado en el trayecto entre las cosas elaboradas de comer que proporcionó el Ministerio y la ilusión de papeles para ascender a testa coronada que brindó la Pontificia Universidad. Arrimándose al pasamano aspira hondo del Full Speed, echando ruidosa bocanada por el mutis del muelle. Anteayer sólo animaba la posibilidad de cargar su cuerpo a otro mundo, como un voluntario en lista de espera para ser pasajero de ida a la colonización de una luna de Saturno; ayer fue directo a por esa posibilidad de cargar su cuerpo a otra dimensión de lo humano; hoy ya está arrimado a ese planeta im-poluto que tuvo precognición al alba del día que se derrumbó el inspector/estudiante. Barrunta que desde el vamos, “donde los insectos son los tiranos del espacio”, está cambiando su vida; no así su historia que está condenada a ser un fajo de palabras como las que entran y salen, a vaivén, por el torniquete del Madrilón.

La hostería zozobra ante las tinieblas, desfallecieron los candiles de petróleo apostados por las esquinas del camino elevado. El arribista Samaniego hace befa de las ínfulas redentoras del Samaniego explorador. “¡Cholito, estás jodido!”, escuchó desde la vitrina rutilante del progresista que se burla del bárbaro reanimándose a sí mismo, ése que lo obliga a integrarse en una ventana que irá abriendo cuadros inéditos, sudando animalidad pura. Anclados en las oficinas quedaron los dioramas de las carnosas señoras que rellenan uniformes escritorios de cara al señor que, en los corrillos de la empresa pública, enloquecido por su prematura jubilación, continuará despidiendo al género humano de sus puestos de “trabaja, no envidies”. Las jóvenes señoras de Registro y Control cautivas de bálsamos, presas de perfumes que

impregnan el aire de artificialidad, seguirán apostando a atenuar el paso del tiempo a la hora del almuerzo en el comedor donde empieza a declinar el diurno de oficina hasta dar con el alivio de emprender retirada a la ciudad dormitorio.

Los ojos de Carmela se vuelven a la sombra lunar que él despide ensimismado sobre la barandilla, lo ve como fijando otra vez el ardor de los reptiles de Pelancocha. Ella se estira cual felina sobre el nocturno de la fuente, percibiendo de soslayo la lucha en los oscuros arrabales del debutante. No sabe qué fue él y qué es ahora, pero como él la presintió ella también debe haberlo sentido, si no por qué sus ojos lo persiguieron desde que la alzó a ver en la valla del aeropuerto pichincho. La reunión del muelle se desmorona sin el incentivo de la cerveza, parecía que había cerveza a discreción, pero el termo apenas daba la ilusión de estar sobrado de latas negras, era la imagen que propiciaba el relleno de cubos de hielo. Titilan luceros en el espejo de agua adormilada, la silueta de la náyade que ahí habita se deja acariciar por los yutzos enraizados al suelo arcilloso de las orillas. La triste voz del arribista Samaniego le susurra el brillante futuro profesional del vástago llamado a engordar La Puerca & Hijos. Al tiempo le sonrío satisfecho el abanderado del centenario colegio Bernardo Valdivieso; allí está marchando el muchacho medalla de oro en el concurso nacional de oratoria Libro Leído, aquel que exprimió un relato indeleble de Pablo Palacio *El antropófago*.

La luz cegadora del progreso lo tenía cautivo en la metrópoli desparramándose por fuera de la hoya de Quito; allá venía incorporándose a la masa humana que quiere sobajar al espíritu del humeante volcán andino, cual terminará doblegando al reptante positivista. La idea de un amor salvaje está tomando carnes en la musa de calendario boscoso. Pelancocha-Carmela/Carmela-Pelancocha, ella vendrá a ser su mujer-divina, pues, la mujer-diablo ya sirve a la espiritualidad de Silverio Coquinche. Tiempo, tiempo es lo que tendrá a partir de mañana para recorrer sus íntimos contornos, y abandonarse por el laberinto de su her-

mosura. Carmela no necesita tornar sus ojos a la sombra del novato para avivar la hoguera de sus fantasías carnales. Ella nada ha añadido al veterano ejercicio de desear un sortilegio que no muera mancillado en la piel. El Samaniego pujante ya se mofa de la incapacidad del otro para amar sensatamente, y adquirir un compromiso con visión prometedora, sin vaciar el alma en los conductos de la mujer que está inventando para su amor salvaje.

En retrospectiva degusta máchica con raspado de panela entre tibias y oscuras paredes de adobe, es la recurrente ventana que tiene al segundo grado de escuela primaria. En la penumbra de la cueva del fantasmagórico compañero que existió para él, porque nadie le pudo dar razón de la desaparición de aquel chiquillo cuando después de las vacaciones retornó al tercer año de escuela donde los hermanitos cristianos, fue feliz. Allí, dentro de ese recinto paupérrimo, aromatizado por la alfalfa de los pozos donde se criaban cuyes, en un punto equidistante entre la escuela y la mansión paterna, apareció un manjar que no repitió después. Fue vano intentar producir tal máchica que parecía simple y barata, apenas de añadirle raspadura; aunque se ganó la ayuda de un experto en delicias dulces, Papa-Beto, los resultados fueron desalentadores, consiguiendo un pinol como el que ofrecía cualquier vendedor ambulante de la feria de integración fronteriza de Loja. El mocosito harapiento de la máchica jamás volvió a romper filas con él invitándole a su cueva, la redonda faz de lustrosos ojos de chocolate desapareció con el secreto de su manjar, y con él también lo hicieron las paredes de adobe, el chillido de los cuyes arrinconados bajo las tinieblas. No pudo encontrar el cuchitril a pesar que repasó hasta la fatiga la cuadra de su ubicación, a ver si se abría otra vez ese portal. Fue otro secreto que compartieron con Papa-Beto, quien nunca le dijo que se había inventado esos instantes de eternidad comestible, pero sí le aconsejó que no opaque esa preciosa invitación —que le hizo el escuálido niño compartiendo su banquete sin mediar palabra—, participándoles a los que sufren de una sola y fea realidad porque no lo iban a

entender. La alegría del agujero dulce de la escuela, se transformó en sed revolucionaria atendiendo la secundaria del Bernardo Valdivieso, ya aporcando el terreno para renegar años después del honrado burgués que aumentaría el patrimonio familiar.

El apetito por las cosas de comer perdido con la demolida cueva de adobe de la niñez, retornó sosegado en los años de aula secundaria, regresó con el descubrimiento del salón de la plaza de San Sebastián, Guatería Manaba. “Matriz de la aristocracia de la guata, del sancocho de calamar y el estofado de anguila”, dejó asentado Olegario Castro en la pared de los mensajes que han abonado aventureros como el único beneficiario del tesoro de Quinara, el celta Teodoro Morris.

Los últimos días de secundaria, cuando ser el abanderao del Bernardo Valdivieso avisaba que apenas había empezado la apuesta por ascender la dimensión de la calidad total, presintió que el fin del colegio en la recoleta provincia era el fin de su aire de revolucionario desgarbado e informal, subir a los campos de la Pontificia Universidad era someterse de lleno a las costumbres del burgués de izquierda. Con la universidad murió el jovial lanzador de piedras, quemador de llantas, amigo de los taxistas piratas que lo llevaban con tarifa reducida a visitar a las debutantes chicas del Churo, asomando el “rojillo” aburguesado hasta la médula de sus convicciones socialistas. Con la universidad se diluyó la gastronomía de Guatería Manaba, esos platillos que emulaban tibiamente el festín de máchica ante la atónita vigilancia de roedores en vísperas de ser la delicia regional. Después de la secundaria le fue difícil volver a reconocerse con los revolucionarios de entonces, los descamisados de pelo en pecho. “¿En qué animal te has convertido, eructas a pavo?”, se interrogaba ante el espejo del Soda-Bar Carrión, quitándose la corbata y abriéndose la camisa hasta el pecho, haber si la figura del púber de barricada lo rescataba de la angustia de no ser el mismo que soñaba con hacer mundo antes de encadenarse, el que calándose la boina del

“Che” había dicho que acabando la secundaria se iba a vagabundear por no sé dónde pero con rumbo sur.

El tiempo de luciérnagas y claro de luna se agotó junto con la cerveza en el muelle de Pelancocha, el relente ha demudado la palabra fácil de los rostros cansados de los conversadores que se disponen a dispersarse por las tinieblas. Ha ejercitado su lengua en busca de ese plato único para la carne, espíritu y alma, esos instantes de integración que tan mezquinos fueron por la constante de los días muriendo bajo el volcán: trabaja, muchacho, no envidies. Sonríe evocando el cartel del Che, que el abuelo le obsequió entrando a la pubertad; ¿aún estará pegado en la puerta de la cúpula de Villa Ximena?, con la venia de su nuevo inquilino conservador, Branly Avendaño, a quien le basta ser psicólogo porque le apestan los psiquiatras. Branly, siendo un conservador “por libre, nada de militancias”, admira la dimensión humana del guerrero romántico. Y no es paradójico, más bien es consecuente, pues, Branly, se identifica con lo mítico rebelde, pero no tolera la metamorfosis del guerrero revolucionario en paquidermo ultra conservador. Lo de Branly empata con el pensamiento de Papa-Beto, cual le dijo que no necesitaba ganar una guerra para ser revolucionario; pues, sino moría luchando en ella, terminaría siendo el peor de los conservadores: un ex revolucionario. Igual se puede jugar a ser revolucionario por el túnel onírico, cometiendo estupro con la reina del burdel fungiendo de ofendida doncella.

Ya viene ensimismado por el camino que lo lleva a su choza, siente que anda sobre el claroscuro de la memoria atávica, donde reposa la verdad primordial de su rebelión, esa que vislumbra antes que el sueño lo arroje al olvido para evitarle enloquecer. Con puntualidad ecuatorial despertará el cínico al diurno exclamando, “vive Dios, y el ángel diablo que sirve a su infinita grandeza”. Pompilio se adelantó por la senda elevada que lo dejará en la choza de sus fobias, llegó el momento de atender al reproductor de sus batallas nocturnas, el frenesí sublunar le es

indispensable para el renacimiento a la luminosidad del bosque. Pompilio lidera la desbandada, el crujir de latillas sigue el haz de luz de las lámparas de mano, cada cual se dispersará sopesando la particular lucha que afronta en Remoto. —Hasta mañana —susurró Carmela separándose de la retaguardia del grupo, siguiendo el barandal que la meterá dentro de su morada de guía de bosque tropical—. Pasos más y se esfuma el cocinero de la dieta gastronómica en la metáfora del sudor, donde los nativos están prestos a tragarse su nueva cocina nacional, y los extranjeros dispuestos a inferirle propinas que consiguen avergonzarlo. —Nos vemos —replicó un encogido señor Tomás tras la bifurcación de sus aposentos.

Bajo el mosquitero desata delirios de macho atrapado en la imagen prieta de Carmela. Solidaridad le exige al trepador Samaniego que se divierte con los amores telepáticos del novato. El subidor lo hostiga con su lenguaje grosero: “¡Sírvetela, maricón!... ¿No puedes?”. Hace befa del romántico, aúlla: “¡Fuego en el perineo!”. El Samaniego rebelde, ante el umbral del sueño, ensaya palabras amor.

Niña de cabellos brunos,
mujer húmeda;
bosque de ardientes algarrobos,
balcón del suicida.



Capítulo III

Carmela, a tierna edad, escuchó de los infernales animales mitológicos que habitan en las entrañas del peñón del Chiriculapo, *los chiros*. Amaneciendo con el pueblo blanco encaramado sobre el cerro de El Calvario, saboreó los aromas de faiques y algarrobos viniendo de la depresión donde duerme el tibio valle que se divisa tras abrupto corte geológico, cual divide la nublada serranía con el bosque subtropical seco. Ella vino a la vida al borde del abismo del Chiriculapo, trepada donde una prominente formación rocosa acoge a la aldea centinela: Catacocha a la vista. Tuvo en su padre al suscitador de fábulas de elfos de bosque seco y ninfas que nacen de las chorreras de Soracola, aún se solaza recordando a Luís Ojeda como una extensión humana de los tres pisos ecológicos que sufre Catacocha. Él se fue enseñándole lo que es hacer resistencia a la domesticación. Lo recuerda, joven aún, como el apuesto provinciano que hubiese inspirado a un artista de retratos del alma apurada por remitirse al vértigo, al precipicio que la llama a volar sobre sus pensiles. Él encarnó al hombre blanqueado a la medida de su consanguinidad con los mentados sucos del río, aquellos descendientes de “los españoles de antes”, criollos indómitos que habitaron el valle de Cofradía-Playas-Opoluca, quienes se aislaron creando su peculiar orden cristiano, apartándose del curso estéril de la colonia ibérica y, posteriormente, de los avatares tragicómicos de la incipiente república.

Carmela ha colegido que siglos de soledad forjaron el carácter ermitaño y la clásica altivez de los sucos del río; rasgos genéticos que arraigaron en la constitución indómita de su padre, haciendo que se mantenga enraizado al terruño, apenas aguaiando por las cercanías del cantón Catacocha. Empeñándose para no ser un cosmopolita, entregó rápido su materia al abismo del Chiriculapo. Lucho Ojeda hizo bautizar a su única hija —convenciendo al representante del Santo Oficio de Catacocha—, bajo la chorrera que nace del farallón que sostiene al pueblo asediado por el nocturno despertar de los chiros. Dentro del bosque Sauce-Soracola le implantaron el travieso duendecillo que creció pletórico de salud en su infantil universo: criatura que hoy vaga libre en el nicho biológico de Pelancocha. En el planeta de la niñez cundió la gracia que le profesaron los elfos diurnos del bosque Sauce-Soracola, ellos la ampararon de los espantosos chiros, esos residentes del interior del Chiriculapo que se supone incitan a los elegidos a saltar el momento más inesperado, así como pasó con su padre, llegado el minuto de hacerlo se fue sin dar señas de que él era el siguiente a engrosar la lista de los caídos. Y, ese misterio, es lo que la ha hecho elucubrar sobre el trampolín del suicida.

Su niñez amanecía en la zona limítrofe con el ondulante páramo de la cordillera Oriental, propensa a la cerrazón, pero también generosa cuando abriéndose mostraba lejanías púrpuras, el arrugado paisaje de montes bajos encadenándose mansos sin el pigmento pirofórico de los volcanes del norte. Mirando al sur se metía vertiginosa a los aires cálidos y secos de una depresión que viajaba al desierto que se abre paso desde el Perú. Amanecía a una ventana de clima templado, confundida con la nube que envuelve al suelo del montañés; luego, caminando por los minutos de bollo y leche del desayuno se abría a la ventana de los vientos calientes del sur que despejaban el horizonte subtropical. Su padre era un pequeño contrabandista sedentario, es decir, intermediaba furtivamente para esa innata empresa entre ciudadanos fronterizos: contrabandear. Él adquiriría bebidas espi-

rituosas provenientes del vecino país que se las depositaban en su domicilio, y las vendía a otro que las comerciaba a su vez por la ciudad de Loja. Así, con el favor del buen pisco peruano, no se comió su austero capital familiar, que le llegó intacto a ella cumpliendo la mayoría de edad. El sentido común de su padre mantuvo circulando ese capital familiar en lo único que podía hacer para ganarse el sustento diario, contrabandear el rico pisco peruano, y de esto que pudo practicar lo que le pregona sin cansarla: vivir bien, sumido en la saludable sencillez de lo justo y necesario para hacerlo como el amo de hogar experto que era, acomodándose y acomodándola con gracejo a la funcional casa de madera con vista a los tres pisos biológicos de la aldea natal, cocinando para ambos y sirviendo para ambos un variado y nutritivo menú regional y, sobre todo, donándole a ella, a su niña Carmela, la deliciosa conversación que tenía Lucho Ojeda.

Padre no hizo la menor intención de salir de su zona mágica para ir a enriquecerse o empobrecerse en un lugar donde no tuviera el aliciente de ver allí, dispuesto permanentemente, a golpe de unas cuantas zancadas, el peñón del Chiriculapo que lo invitaba a volar sin pasaje de regreso. “Carmelita, niña, ¿qué seríamos sin el reto de la muerte? Te imaginas vivir sin que la muerte te llame a su seno cada que abres las ventanas, indistintamente, al frío páramo o al calorcito del bosque bajo el barranco... Seríamos autómatas, marionetas del infinito, Carmelita, niña...”. Padre le hablaba así, nunca lo hacía como si fuese una pequeña idiota, al menos lo hizo de ese modo desde que tuvo uso de razón y puede recordar sus palabras para ella y nadie más. Palabras que ella, únicamente ella, tiene acceso a repetirlas cuando le viene en gana porque es el patrimonio verbal que le legó, al que puede acudir con el ánimo que retorna a la música de los pájaros que están ahí conectándose y desconectándose de sus oídos, a placer del demandante.

Cuando pudo hacerlo sola, ella hacía religiosamente un paseo vespertino los viernes (porque ese aire de asueto escolar que se le venía encima la empujaba a allegarse a su intimidad

con el sotobosque), al pie de la falla geológica donde salpica la vertiente de Soracola. Fue el bocado más dulce de su pubertad, a partir de esa edad desconcertante aprendió a guiarse sola por la huella que dejó su niñez descubriendo, por su íntimo deseo de hacer por sí misma el sendero aquel, lo que se perdió por ir sobre mullido galápago. Y fue recreando todo lo que a lomo de mula era tan diferente, cuando su padre iba delante de ella y de la obediente mula; él andaba tieso, a un ritmo sostenido en sus saludables zancadas de habitual andariego, lo hacía sin promediar palabra, apenas regresando a ver con el rabo del ojo si aún seguía ahí su niña de ojazos de miel, absorto en lo suyo, enseñándole con su proceder que las conversaciones de los dos concluían drásticamente donde empezaban los silencios de uno y otro bajo el bosque de los elfos claros. De esto que cuando se adentró sin compañía al circuito de la niñez no tuvo ningún inconveniente para sentirse a gusto con su viaje de a uno a las profundidades donde moran las náyades de Soracola. Así fortaleció su cuerpo que se torneaba atlético, ejercitándolo para el propósito de asistir al poder de su espíritu hecho para verla derruir murallas; para verla percibir el mundo desnuda.

Esos viernes de expansión de un ser llamado a crecer saludable, retornaba a la aldea con el sol inclinándose sobre la soberbia roca del Chiriculapo; con la tardecita herida de muerte ingresaba al pueblo ensimismado ante el precipicio que acogería al siguiente en bajar a la fiesta de los chiros. El nocturno de los viernes se preparaba para la noche aguardentosa de los alados chiros, tales fabricantes de goce carnal que invitan a volar desde el balcón de la resistencia a ser efímero engranaje del tiempo. Ella jamás presintió a esos seres que dicen son los culpables de los suicidios por su poder hipnótico valiéndose de la ilusión que presentan a sus víctimas de viajar a un sempiterno bacanal. No creía en ellos después de que venía de obsequiarse los minerales del venero; habiéndose estremecido con el canto, del pájaro azul y el pájaro brujo, cargaba la poesía que nutre la leyenda de los elfos claros, y éstos nunca invitan a nadie a morir de un atracón

carnal, por el contrario, invitan a vivir muriendo sobre sus para-
jes intemporales.

Los chiros medran por los recovecos de la red cavernosa del Chiriculapo, y, por extensión, dentro de las tenebrosas entra-
ñas del macizo de El Calvario. Bajo ese submundo espeleológico,
en su médula hedionda y húmeda, se encarnan los monstruos
alados que giran alrededor de los aspirantes a engrosar la menta-
da lista de los que cumplieron con su destino aéreo. La chiquilla
no dio crédito alguno a esas habilidades de los chiros; ahora sabe
que esos monstruos son producto del infierno que anida en el
inconsciente colectivo y que cada vez que alguien se sirve del
trampolín despierta el consciente de los individuos sedientos de
contar con alguien que se sacrifique por ellos y los redima con
su sangre de su íntima oscuridad. Lo que hicieron su padre y el
resto de caídos mantiene saludable a un pueblo que exige sacri-
ficios para expiar sus sueños infernales. Ella se exime de opinar
sobre el accidente de su romántico padre, accidente que en vez de
sobajarla la fortaleció. Lucho Ojeda, a fuerza de ser Lucho Ojeda,
accedió penetre en él la seductora propuesta de volar sin prestar
atención a sus demonios, más bien a su ángel de hombre libre
para asumir su destino, inscribiéndose para ser parte de la lista
de los iluminados que saltan porque quieren ser halcones etéreos.

Entrando a la adolescencia, o tal vez saliendo de la pub-
escencia, sufrió el absoluto de padre haciendo uso del flamígero
trampolín; la postrera nota que únicamente ella leyó para des-
pués incinerarla, quedó enmarcada por la ventura de apropiarse
de su porvenir: "Planear sobre una tierra succulenta donde el calor
y la lluvia la hacen rica en laberintos arbóreos". Esa fue la nota de
un predestinado a una predestinada. Ella, a su corta edad, supo
fustigar la ligereza del prosaico Teniente Político de Catacocha,
un tal Aquiles, el hombre atolondrado se empeñó en pretender
explicar "racionalmente" el suicidio de su padre, y se fue en pa-
labras anodinas arguyendo que todo se debió a una apuesta de
borrachos, y que el juego hizo que Lucho Ojeda se precipite al ba-

rranco. Esa versión insulsa del Teniente Político no tuvo asidero, se anotició ya instalada en el apartamento de su tía beata de Loja, ciudad (“...mucho gusto, Petronila Ojeda, nacida para servir a los intereses de la Santa Madre Iglesia mediante el grupo carismático, Bienaventuradas de Loxa...”), que el torpe funcionario pronto se retractó del mundano deseo de explicar la muerte de Lucho Ojeda, “racionalmente”. Los implicados en la versión del doctor Aquiles, la noche que antecedió al fatal amanecer, lo obligaron con su testimonio a que éste recule tales fantasías de gentil hombre obsesionado por dar una explicación lógica a lo que fue un accidente. Esos chisposos jugadores de dominó expusieron, bajo acta notarial, que ¡jamás! el occiso evidenció intenciones de brincar una vez saliendo de la taberna que lo cobijaba lejos del instante fatídico, y menos por una malhadada apuesta material, pues, no era su costumbre jugar apostando billetes. Lucho Ojeda se despidió de ellos casi sobrio, frizando la quinta hora del sábado que cometió suicidio. Él se retiró con juicio, bebió pocas copas de aguardiente a lo largo de la ya memorable jornada de dominó. Cierto que hubo menciones a los finados que descendieron por el también denominado Balcón del Inca, eso es lo corriente en los hijos de Catacocha; tal como, ejemplo, otros ciudadanos hablan sin cesar de los microclimas en la capital cenicienta de los ecuatorianos. Acá, los descendientes de los sucos de río, platican del suicidio con naturalidad, no en vano habitan el pueblo con la taza promedio de autoeliminación más elevada del mundo. Y el chistecito sobre la cuestión no faltó por parte del ausente, él diciéndole a Hernán: “...Te veo medio alicaído amigo Hernán, no será que este amanecer es el tuyo y más tarde nos tocará decir: lo vimos como con verdaderas ganas de ser el próximo pasajero del tren de las esferas”. Alguien que se va a lanzar no anda con ese sarcasmo a cuestas, y él se despidió normal para ir a desayunar con el amanecer en su hogar bendito por la paz de sus ventanas a los tres pisos biológicos de Catacocha; ahí fuera es que se desvió al balcón suicida, antes no había planificado nada al respecto

como cuando se construye el crimen perfecto, ahí sí hay que estar repasando y repasando hasta que se vuelve un tic nervioso que se quita una vez satisfecha la obsesión de matar con minuciosidad. Fue un accidente, algo intempestivo, eso fue.

Lucho Ojeda, durante la alborada de su caída, se apegó a la costumbre de dialogar con la parca solo y también acompañado, buceando en el consuetudinario tema de los amigos que frecuentaba los viernes de dominó. Sí, apenas se brindó con el primer trago de pisco que él mismo proveía a la taberna, y el tema saltó a la palestra: "...Y, amigo Hernán, ¿te vas a precipitar en los abismos o sigues con eso de que apenas cumplo los cuarenta y me entrego a la juega de los chiros?". Sí, con ellos (Hernán y los otros tres del dominó), plantearon ingeniosas presunciones de quién iba a ser el siguiente pasajero del circuito de la locomotora estelar. Hernán dejó asentando en su testimonio notariado que Lucho Ojeda especuló abiertamente con él, Hernán, como el hombre a bajar la pared prescindiendo del regreso, obviando ese retorno que garantiza el arnés y la cuerda elástica asegurada a la estructura metálica de un puente que une un cañón abismal, eslabón que impide la separación del alma a favor del cuerpo que brinca por gusto a la adrenalina con salvoconducto a la normalidad. En esa noche tranquila de dominó ni Hernán, ni los otros tres, apostaron al que sí se iba a matar con la alborada, Luís Ojeda. Fue un accidente, algo intempestivo, eso fue.

En Catacocha se propala en un santiamén el nombre del ciudadano que hace público su deseo de partir hacía abajo del peñón, no importa que sea una declaración abrupta, entre jodida y chistosa, por efecto del aguardiente que desentumece la lengua. Lo cierto es que todo varón que ha alcanzado la mayoría de edad, y deambula por Catacocha, no tarda en proclamarse sospechoso de suicida, constituyéndose una suerte de machos especular con la muerte violenta de los vecinos. Sin embargo, este arte adivinatorio, no ha dado a hombre alguno que acierte con el nombre del cadáver que se contempla, a la hora de la hora, al pie del peñón.

Paradójicamente, mientras más signos se recepta de un individuo propenso a la idea de asistir a los bacanales de los chiros, éste se escapa de ello sumándose a la diáspora lojana, avisando de su íntima predilección de continuar, “hasta que Dios dé”, sumido en los entretenimientos de este mundo. No se puede negar que es un divertimento de varones evidenciar señales de que cierto vecino pinta bien para suicida, sospechar del otro es un ajedrez que se ejercita con fruición. Nadie, cuerdo, apuesta por los jóvenes que sueñan con irse muy lejos de los tres pisos ecológicos de su niñez; pues, ellos sueñan con hacer fortuna allende los océanos, como concluyeron esa noche los cinco jugadores de dominó, orgullosos de resistirse a la diáspora y ser ellos, los que se quedan, los únicos que dan testimonio veraz de los últimos momentos de aquellos que se insertaron en la fama del balcón, aquellos que los hacen sentir más vivos que nunca porque constatan que su pueblo no es fantasma, ahí se vive intensamente la muerte de sus hijos predilectos, los que mantienen enhiesta la saga de Catacocha.

Lucho Ojeda, cursando la mocedad, se enroló en el desaparecido grupo vitalista denominado Centinelas del Sur, cofradía núbil que se honraba proclamando su fe por la Parca, fomentando la idea de volar por libre, a pique, hacia el regazo de los faiques. Los núbiles Centinelas del Sur se desvanecieron con la diáspora sureña, apenas quedó uno para hacer gloria al ideal adolescente, Lucho Ojeda, quien se precipitó a su destino cuando la sospecha que recaía sobre él era remota entre sus amigos de la taberna del viernes que, de ordinario, gustaban de echar a la mesa el nombre del próximo occiso entre ellos mismos y luego buscar en la lista de espera de un pueblo pendiente de novedades mortuorias. Novedades que alimentan ese sentimiento de vivir a plenitud al filo del barranco. Lucho Ojeda se presentó como lo hacía de corrido a la taberna de los viernes, a beber espaciadas copas de pisco, las suficientes para no emborracharse ni que la sobriedad lo bote a la cama temprano, la norma era amanecer sin los ataques depresivos de la resaca, amanecer hambriento y ser

moderadamente feliz con un desayuno campestre en su panorámica villa, era lo de todos los sábados después de una noche donde se echaban las mejores anécdotas de Catacocha en el asador. Fue un accidente, algo intempestivo, eso fue.

A ella, su padre, le transmitió la elegante doble ere de los campesinos afincados al sur de la provincia de Loja. De esos campesinos blanqueados por la sangre de los sucos del río, heredó lo de sacar de la boca una doble ere limpia y sonora como el lamento matinal de un burro lanudo, así su doble ere no transita en las “eres” arrastradas de los oriundos de ciudad de Loja. La doble ere, de los Ojeda, no hizo patria en la tía Petronila que se le viró la lengua de tanto rezar con el carisma de las Bienaventuradas de Loxa. Carmela Ojeda, carga ese acento con gratitud, le place soltar la ere, y más todavía la doble ere, de la abrupta falla geológica que la metía en la geografía caliente de la provincia de Loja, donde arden las llamas crepusculares del rugoso horizonte sureño.

Después de la partida de padre, la reclamó en nombre de la ley a su seno, “...para terminar de criarla en paz con los hombres y sobre todo con Dios mediante el orden carismático de las Bienaventuradas de Loxa”, la tía que había enviudado sin tener progenie. De repente brotó una mujer enferma en su conjunto, que no era ni las pisadas del ideal que se había hecho de su madre muerta apenas la alumbró. La única ventaja era que se trataba de alguien desconocido, una hermana irreconocible de su padre, una mujer que no tenía sus genes sino para llamarse su pariente, con la cual, desde haber hecho uso de su razón, no ha tenido contacto. La tía pacata resultó una perfecta extraña, muy débil para medirse con la chiquilla y peor dominarla. Petronila encarnaba una viudez agria y cobarde tras la pose santificada y valiente de una Bienaventurada de Loxa; saltando de la dispersa familia Ojeda, con la ley en manos de un rábula cualquiera, la pidió para cuidar de ella y su pequeño patrimonio como la Santa

Madre Iglesia le mandó a hacerlo para salvar su alma joven, de entrada, y luego los bienes que dejó “el maldito” como se refería a su padre esa enferma total. Así la vio y la verá, como una enferma incurable que la ofertó al hombre honrado y temeroso de Dios, el que acreditó propiedades y fluidos recursos financieros, residente de ciudad de Loja para no llamarse a engaños y poder controlar esa acción bienhechora que la iba a dejar a punto de beatificación por las carismáticas, pues, su fin caritativo fue propuesto por las Bienaventuradas de Loxa a nombre de la redención del alma de su condenado hermano, “el maldito que en paz aún no descansa”.

Petronila Ojeda emprendió en su fanática obra de casar a la huérfana con el pretendiente que, la Santa Madre Iglesia, otorga. Su tía se hizo del compromiso sagrado de no descansar hasta entregarla a jugoso matrimonio con el buen hombre que se relamía por estrenar a la flor de Soracola en su mansión de nuevo rico, recién disfrutando de los dos lustros que dobló la cerviz en el portal del Gran Hotel Ritz, para venir con lo que vino merced más a las propinas ahorradas que a su propio sueldo de portero que lo hacía existir con las justas por los arrabales de Madrid. La chiquilla optó por no hacer frente a las fantasías de Petronila, para qué iba a desgastarse resistiendo a una enferma terminal, si por sí misma llegado el momento daría el golpe sin decir adiós a la rezadora de oficio. Optó por el silencio, silencio que tan bien la acompañó durante sus paseos de bosque seco, evitando desangrarse en estéril lucha con la cándida mujer que ofertó tan alegre su virginidad. Furtiva, como en los cuentos de contrabandistas que le pasó su padre, se empeñó para hallar pareja de su agrado antes de la fecha estipulada por Petronila y el portero del Ritz, pues, una reunión así sería boda y mortaja ipsofacto. La consigna secreta, así como fue secreto el pacto entre la casamenteras de Loxa y el portero del Ritz, fue escoger a su hombre a través de la fauna citadina y fugar de ahí antes que la viuda alcanforada se imagine siquiera que su pequeño ciudadano no llenaría el

espacio a ocupar en su corazón por un súper alfa, ella no nació para juntarse con mediocridades urbanas. Entretanto, Petronila, la arrullaba con su letanía del hombre positivo, el portero del Ritz madurando ante sus sufridas posesiones, gran rezador y formalmente sin vicios masculinos que se aprecien al ojo inquisidor de las Bienaventuradas de Loxa: “¡Jesús, María y José..., chiquilla, partidos como ese escasean en tiempos de libertinaje!”.

La doncella, a su corta edad, supo ser harto más inteligente que su inhábil casamentera; la chiquilla defendió su libertad de escoger con secreta fuerza y obstinación que le venía de su andariego pasado: esa cascada de encantos sureños no era para el candidato de la Santa Madre Iglesia, su estancia por este mundo no iba a transcurrir encerrada en un hogar barroco como el de su parienta alcanforada. Y el portero del Ritz ahora le resulta simpático porque era parte de la gente que exporta el Ecuador para que se sacrifique afuera y con sus remesas mantenga equilibrada la balanza comercial de la patria frente al mundo. “Por Dios, quédense donde están y sigan mandando plata a este país tragicómico, sois el segundo rubro de exportación después del petróleo...”.

Aplicándose a su rastreo por la acera contraria a la del conquistador provinciano que triunfó doblando la cerviz, sacó a la loba súper alfa a olfatear la presa entre los machitos disponibles por la ciudad de Loja, entre los muchachos conocidos de la urbe: los afables hijos de familia que trataba en las fiestas de sociedad. Se metió a las casas de bien sacando a relucir sus naturales encantos de niña-mujer, iba con los sentidos alertas de la loba dominante cazando al alfa idóneo a su porvenir. Emergió, providencial, el joven ambicioso por surcar el viento de su meteórico destino, el muchacho que se ufanaba de llevar el apodo de Ventarrón, no disimulaba su gusto por el sobrenombre, de buena gana lo hubiese cambiado por su apellido cristiano del registro civil. Ella le dio gusto en eso, nunca dejó de llamarlo Ventarrón mientras duró su amancebamiento.

No podía ser de otra manera para una loba alfa, reconoció al huracanado joven universitario presto a embarcarse en su suerte, lo supo apenas se encontraron donde los carritos chocadores de la feria de Jipiro. Después confirmó ese sentimiento de haber dado en el blanco de su objetivo primordial, y fue ya inconfundible el tipo del alfa que tenía a mano para salir adelante con él. Pasando los días, la siguiente semana de su impacto mutuo con los carritos chocadores que conducían en la feria de Jipiro, pudo observarlo atenta, ya con los sentidos exacerbados de la cazadora. Fue el contacto crucial, el definitorio para ella, el convite que despedía al muchacho que se iba a un programa de intercambio estudiantil, a la aldea de Windville, Oregón, donde el joven Valdivieso terminaría la secundaria. Allí hizo conciencia del impostergable entendimiento con el que sería el exterminador de las fantasías de Petronila Ojeda. Ventarrón, en el banquete de los adioses al joven Valdivieso, conducía los hilos de la principal conversación con el inminente viajero, aleccionándole a base de lo que él sabía de oídas de otros que atendieron tales intercambios y sumando su propia experiencia sobre suelo estadounidense. Acorde al conocimiento de Ventarrón, el joven Valdivieso, se vería forzando a hablar el inglés fluidamente (no importaba tanto lo que diría pero sí era vital que en ello incluya una buena tanda de tacos y obscenidades) antes de tres meses, así los nórdicos no lo tildarían de incompetente y, lo imprescindible para un macho latino, más allá de su papelito de bachiller y las fotitos de rigor que acompañen su equipaje de vuelta al terruño, debía venir cargado de experiencias sexuales acaecidas sobre la perdida villa del opulento norte, poco contaba si todo era producto de su imaginación erótica, el asunto era portar consigo historias calientes con la convicción de hacerlas inolvidables pisando suelo patrio. Con esa mentalidad penetrante, ¿cómo ella iba a desperdiciar a un macho de esos quilates?

Ventarrón devino en el todoterreno que su instinto de loba alfa pudo atrapar. El flechazo de que fueron objeto por el rapaz ceguezuelo en la pista de carritos chocadores del recinto

ferial, se hizo compromiso en la despedida del joven Valdivieso, quien acabó prestando suma atención a las palabras del veterano de intercambio estudiantil en suelo estadounidense, principalmente a ello de cómo debía entrar a una aldea todavía escasa de latinos y salir incólume de ésta: “Óyeme Valdivieso..., el nórdico, si te ve timorato te devora... te devora. Hazme caso, el primer día de clases me llegas esparciendo gargajos, a doble banda, en los tachos de basura apostados por los largos pasillos de la escuela...”. Entonces, la doncella de Catacocha, fascinó con el lenguaje del joven huracanado, su búsqueda había cesado, dio con el ejemplar correcto para el amancebamiento: el aventurero que la pondría fuera del brazo ejecutor de la voluntad de las Bienaventuradas de Loxa.

La feria septembrina de Integración Fronteriza de ciudad de Loja, hizo de celestina ante el amor vertiginoso de esos dos jóvenes dispuestos a sufrir las consecuencias de su unión. Ambos fueron convocados, a la tardecita, a encontrarse otra vez con los encandilamientos de los carritos chocadores, allá en el recinto ineludible de Jipiro. Los dos fueron a matar el deseo que los carcomía, definir el futuro inmediato de su amor. Ella se complace rememorando su abordaje al reconstruido *jeep* Willis, el todoterreno que los llevó a consumir su pasión a un decente hostel de San Pedro de la Bendita. Ventarrón se consideraba aventajado para una lid erótica, adquirió renombre entre los muchachos del Bernardo Valdivieso; pues, siguiendo el cuarto año de secundaria, se anotó un episodio carnal que lo marcó ante la muchachada, fugándose con la experimentada mujer que le enseñó los recursos que debe ejercer un varón en la hora ajena a un compromiso, la común carnalidad de dos que entran a una cita de abrazos sin consecuencias.

Ventarrón llevaba prisa, de ahí el apodo que cargó a gusto de la escuela de los Hermanitos Cristianos a su temprana tumba. Eso sí, contó con el tiempo suficiente para ser moderadamente feliz junto a la mujer que lo cuidó hasta su muerte. Ese joven nacido para correr impactó con ella, marcando calavera ante sus

ojos moros, no duró mucho después de su fuga al hostel de San Pedro de la Bendita y su posterior amancebamiento en su finca de San Antonio de las Aradas, donde empezaban a ser agricultores hidropónicos. Él se fue a galope, no bajó al abismo con el estigma del suicidio pero voló largo con su *jeep* Willis que el mismo había reconstruido para ser el todoterreno de sus amores. Fue un accidente, eso fue la caída del poeta veloz.

Ventarrón le dijo, “Carmelina —así la llamó de corrido hasta el accidente en la curva del montón que hay sobre la abrupta geografía sureña—, fuguémonos ahorita mismo con mi Willis, creo que vamos a congeniar de una y de ahí no queda muy lejos a la jodida felicidad...”. Ella aceptó rauda la inmejorable apuesta que le ofrecía la rayuela de su devenir, no iba a encontrar otro ser mejor dotado para definir los negocios románticos de este mundo. Se dejó ir ante la magia del hombre que tuvo el valor de galopar sobre su época enferma, sin recurrir a trámites que desplumen las alas del poeta. Saliendo de los carritos chocadores por última vez, —ni él ni ella regresaron a ellos—, Ventarrón le extendió un cigarrillo esbozando la mueca golosa del que brinda cariño a una vieja amiga, a la que se la reconoce para halagarla con confidencias profanas aparte del grupo estridente de excolegialas. El guiño en la cara rosada, el cigarrillo saliendo de la cajetilla estirada por la fibrosa mano del macho galante, sellaron el cortejo. Con humo, con vigorosas bocanadas, se firmó el tratado para huir de la suerte que no correspondía a la flor de Soracola. Corrieron a inmolarse en ese sortilegio septembrino, atados al lazo de humo que efímeramente esbozó un retrato de amor solariego: casa/jardín con ventanas a los cultivos hidropónicos de San Antonio de las Aradas.



Capítulo IV

Amanece en Pelancocha. La diminuta aldea se despereza recostada sobre el claro de selva, desatendiéndose de la mortal batalla que los habitantes nocturnos dieron por finalizada entrando la puntual luz ecuatorial. El conjunto de bohíos va tomando los colores que encienden la paja gris de sus techos, viniendo austero a la luz lacustre, acomodándose en el armónico caos que lo circunda dentro del extenso paraguas vegetal que es la amazonía.

Silverio Coquinche habrá amanecido ambulando por los senderos del territorio de la comunidad Puca, remarcando los límites de su influencia espiritual, y así cumplir con el rito que le exige su rango mítico: luchar la vida entera con los demonios que cíclicamente atacan a los de su estirpe, pues, aquellos vienen a ser en la leyenda (aunque con los matices que él les da con la proyección de su personalidad), los mismos entes malignos que enfrentaron sus antecesores derrotándoles pero sin vencerlos a perpetuidad, siendo que mientras respire un chamán deben pulular los diablos que le disputen su égida sobre la selva virgen, si no de dónde se alimenta su gloria y poder. Desde que obtuvo la ancestral sabiduría que lo llevó a ocupar el banco de jefe espiritual, es el hombre más influyente de la comuna Puca; y no va a delegar su poder mientras no llegue un aspirante a chamán a su altura que lo demande, alguien tan arrojado como lo fue él para ser el sucesor del finado Pacha, su abuelo, el que le inculcó el arte

de su casta pasando por encima de su padre que vino impotente para ser uno de ellos, apartándose éste del sacrificio que implica el duro oficio de fabricar magia y mito. No es cosa de simple voluntad, se debe nacer con los genes de un chamán y luego investirse de tal desarrollando un cuerpo fuerte y una conciencia poderosa.

Clareando, el combate de los animales noctámbulos, cesa. Los guerreros sublunares se vuelven a sus madrigueras a reposar la noche de cuchillos blancos, el orden diurno entrega la posta de la vida bullente a los mensajeros solares que entran en volandas, sonoros, a los oídos de los residentes de Remoto. La selva entera emite un graznido anunciando la batalla del mundo vegetal por ascender a la luz. El bosque mira esperanzado hacia arriba, billones de bocas vegetales se estiran clamando su ración vitamínica, su rayo de sol, esa dosis energética que les debe la creación. Bajo el manto arbóreo, a la sombra de los gigantes apuntando al sol, no quedan vestigios del terror de la cacería nocturna de los carnívoros. La selva amanece deshabitada sobre su piso claroscuro, donde yace la hojarasca en constante putrefacción, siendo el usual menú de la frágil tierra arcillosa que sirve para entrelazar, a flor de suelo, las precarias raíces del bosque tropical más extenso del orbe.

Trepando a la luz el bosque se hizo gigante. Creciente trinar se abre paso por los oídos del novato remontando la confusión de un sueño que lo presentaba con paños menores ante carnosas mujeres en aquelarre, dentro de un carnavalesco Ministerio. Un sueñito entre jodido y chistoso, el último de la jornada onírica, prevalecerá sobre otros que a lo mejor fueron superiores en contenido y forma. Durmió de largo, apenas había pegado dos caladas del Full Speed y lo llamó Morfeo a su huerta privilegiada. Ayer cerró la maquinaria del conciente rumiando palabras de amor a la musa de Catacocha; ahora las recuerda con precisión, así sabe que nunca las repetirá frente a ella para que ría con su ocurrencia y a lo mejor le suelte eso que le decía Teresita medio sentía que

él se apartaba de la normalidad de las Bienaventuradas de Loxa, "...no sea loco, ¿quiere?". Está demudando en la lucidez que precede al doloroso despertar de huesos y músculos, tal descarga melodiosa penetrando por las rendijas de sus aposentos lo despejaron de su placer y vergüenza onírica; cree que promediando el sueño de él, cuasi desnudo, frente a sus alborotadas compañeras de Registro y Control, escuchó también rugidos espeluznantes provenientes de la espesura. El popurrí de los pájaros lo saca del mosquitero, sopesando humedades tiernas se incorpora del rechinante lecho, pisando suave sobre el piso de caña guadúa halla sentido a ese decir que tenía Papa-Beto cuando fustigaba a la juventud que es indiferente a la flora y fauna de los pisos biológicos virginales: "Los que no han recibido bien la temprana lección de hablar en privado con natura crían, inexorablemente, mixomicetos dentro de la mollera...".

Con los pies desnudos por el suelo crujiente echa en falta la mullida carpeta del cuarto de arriendo capitalino. Avanza moroso a la rutina de aseo, las plantas de los pies perciben la porosidad del reducido espacio de la cabaña que está hecho de losa para sostener los dispositivos higiénicos; frente al pequeño espejo hundido en la redonda artesanía de balsa que simula un timón de fragata, se percata no habrá más baños de sacrificio con el frío líquido de tierras altas, se limpiará con el agua tibia que le brinde Pelancocha. Contempla el rostro angulado, se palpa la quijada prominente de los Samaniego, la que largos años espera a criar otra vez la barba, no lo ha hecho desde que promediando el año de graduación secundaria ensayó una rala chiva que no cuajó a su antojo, pues, quería una larga y tupida para sobresalir en las fotos junto a los imberbes camaradas bernardinios, posando hieráticos sobre la grada que rodea el bronce del filántropo que dio nombre al centenario colegio de su rebeldía. Fotografías para el olvido, de esos rebeldes ahora ni un pelo, todos desesperados por ser sujetos de crédito en el mercado de los valores transeúntes; fueron fieras efímeras, germen de la domesticación, mucha-

chos ansiosos por ser arrullados por un dios conformista. Así como halló el momento oportuno para festejarse con el postrero cartón de tabacos de Papa-Beto, ve la cierta ventaja que tiene para dejarse la barba sin otro propósito que dejarla crecer por inercia, porque los afeites diarios del inspector/estudiante ya no caben en el hombre que será llamado por su nombre y nada más.

Se abre al balcón calzando sandalias de hule naranjas, ataviado de pantalones holgados, camiseta de algodón extra larga, una que habrá dejado un visitante pancéltico por el letrero que carga, *Fighting irish*, la halló a mano sobre el perchero ahíto de ropa lavada, donde cuelgan prendas que recibieron el sudor de pretéritos exploradores. Jamás imaginó que usaría de tan buen talante un ropaje de fatiga que abandonaron ilustres desconocidos. Asoma al mirador sin los perfumes que lo identificaban por los corredores del Ministerio, ni siquiera echó mano al talco que encontró en la repisa de profilácticos personales para proteger los pies de hongos. Lo aturde el primer golpe de vista al espejo de agua de Pelancocha, es una fotografía matinal nítida que aún no carga el grueso de calor y humedad que la opacará con el avance del día; se estremece sin el lirismo que ayer lo invadió en el ingreso crepuscular que hizo por el anillo grande que asoma intocable, distante a su hermano siamés. Enfoca el muelle donde anidan piraguas que asemejan lomos grises de cetáceos varados sobre un banco de arena, condenados a desollarse ante la llamarada diurna. Distingue la palizada que ayer se transformó en lecho de cocodrilos prehistóricos enamorándose a luz de luna. Respira el bosque, una ráfaga de esperanza lo posee, el espejo no devolvió el nudo de corbata, pasó del perfume que maceraba su cuerpo durante las horas que prestó a una causa rica al paladar por los servicios hosteleros que recibía pero famélica en su desarrollo fundamental. Descansa de la estampa que proyectó el ciudadano pidiendo clemencia al reloj que lo expolia, se quita del hombre veloz que no se detiene a ver en la pequeña flor de selva.

Al principio, lo del Ministerio, fue un aprendizaje dinámico atendiendo los seminarios para la Calidad Total que fasci-

naron al joven provinciano; era el sùmmum del liderazgo regurgitado por los gurús de la felicidad neurolingüística, los nuevos alquimistas de la limonada convertida en oro fiduciario. De entrada se esmeró por emular las convicciones del mundo de las metas productivas, a paso de ganso pujante ascendía por la ancha alameda llena de distracciones que alegraban su estómago con sabrosas viandas en los paraderos de lujo apostados a la vera del camino; la gran meta titilaba a lo lejos sobre la colina, el reverbero de la excelencia lo enternecía. Saturó la mente de metáforas que lo animaban a triunfar cual sobria hormiga sobre la estridente cigarra, olvidándose de la máxima de relaciones públicas entre los muchachos rebeldes: *¡asómate para tragar pálidos treponemas!*

Las ganas de salir a trotar por la selva se disipan cuando el almendrado rostro de Carmela surge sobre el balcón de una de las cabañas vecinas; ella saluda agitando el brazo con una sonrisa del mismo calibre que la que él le infirió, sin mediar palabras, entre los largos metros que separan sus chozas. Ese saludo familiar, exento de protocolo, lo mete en la aldea como si fuese un veterano residente de ella. A esa prudente distancia que se halla de Carmela no puede exagerar sus turgencias, ni especular con los labios que ayer le arribaron como miel resbalando sobre los suyos, ahogándole en un oasis de fragancias moras. No amaneció fanático, ojeroso, ante su boca. Ella se aleja por el camino elevado vistiendo una bata de seda, será que se dirige a jugar con su reflejo en la fuente. Ayer había despertado al soterrado instinto antropófago que le hacía decir, a Branly Avendaño, que no sanaría hasta morder un amor salvaje con la gana que pone su boca por un bife de añejo sangrante. En la selva ha de modificar la dentadura de callejero omnívoro por la de un indígena carnívoro, así podrá acometer en los instantes procreadores como los grandes y solitarios felinos. Allá descende Carmela a por el muelle, despojándose de la bata se dispone a romper el espejo de agua: las ondas de su chapuzón habrán llegado a la conciencia del nombrado caimán negro que habita en Pelancocha. ¿Pablito, la bestia, y, ella, la bella, van a reeditar la gigantografía del aeropuerto? Carmela

nada vigorosa hacia el centro de la fuente; mientras del lado del estero que fluye al Napo se van acercando las piraguas de la gente Puca. Los nativos comandados por Silverio Coquinche se deslizan en formación triangular hacia el muelle, pronto invadirán las instalaciones de la hostería, los caminos elevados temblarán al paso de los bárbaros.

Abandona su choza siguiendo el camino elevado que conduce al muelle, pretende adelantarse al retorno de Carmela, y ofrecerle su mano para ayudarla a dejar el estanque; quiere regalarse el placer de la trigueña emergiendo húmeda de los dominios de Pablito. Carmela regresa al muelle, todavía mantiene buena ventaja ante las quillas de los nativos, resta suficiente tiempo para que sus potentes brazadas la pongan al pie de la bata que envolverá su intimidad con Pelancocha. El acto catártico de la musa no sufrirá la agresión del sátiro soltando su lenguaje libidinoso; el novato es detenido sobre la bifurcación del comedor por el grito del jefe cocinero, quien, desde el pórtico de la cocina, lo invita a desayunarse antes que los nativos tomen el muelle por asalto. Reprimiendo su carrera al encuentro de las sinuosas humedades de Carmela, se frena a corresponder la amable aunque terminante invitación del cocinero, percibiendo que detrás del llamado a tomar los aromas del prohibido café está el aviso de no distraer el recogimiento matinal de la musa. La perentoria llamada de Pompilio acabó con su intención de irrumpir en el ritual de Carmela nadando junto a un vuelo de pericos que atraviesa la fuente. Él también iniciará sus propios ritos, los que proveerá el espacio-tiempo del nuevo hombre de bosque tropical, húmedo, lluvioso. Sería él atrapando lapsos de dicha en los anillos de Pelancocha, rayos puros de placer que contrapesen la infelicidad metafísica de su sangre mortal con su propia ventana de selva que no venderá en los trípticos del café Madrilón.

Carmela da la justa brazada que la coloca ante el muelle, sube por la escalerilla que pende a ras del agua, alcanza la bata de un intenso púrpura que contrasta con el pálido reflejo

del estanque; la seda absorbe la humedad de sus poros abiertos, destellos fluorescentes salpican sobre las duelas descoloridas. Ella desaloja de los oídos los tapones protectores; hace calistenia apoyándose a la barandilla, así no permite el relajamiento de su corazón, lo quiere bombeando fuerte la sangre de su río viviente. Volviéndose a mirar a la flota de canoas que están por atracar, envía mímicos saludos a los nativos y escapa tras el camino elevado que la pondrá en su choza.

El novato ya receptó, sobre el mesón de la cocina, el grato desayuno campestre: café negro, bebidas aromáticas, pan de yuca, mermelada de frutos de palma, zumo de toronja. Cuando se excusó de ingerir café, los ojos de Pompilio titilaron desconcertados, hablando de que no entienden el inicio del día sin café, y sus palabras corroboraron ese aserto de que jamás le falta el aliciente del cafeto por las mañanas y más si se ha desvelado batiéndose con sus diminutos demonios: los insectos que invaden su choza bajo el influjo de las sombras de medianoche para delante. —*¿Don't you want a cup of coffee?* —cuestionó el jefe cocinero, internacionalizando su reclamo, afectando un acento nasal tejano que se ha convencido lo hace simpático ante los visitantes que llegan hasta su cocina con ánimo de trabar una rica conversación coquinaria—. Él no cae bajo la perplejidad por la sorpresa que denota el hombre de la gastronomía selvática, pues, nació adorando los aromas del café filtrándose en agua hirviendo: el café asustado de Papa-Beto.

—Es una tara congénita, un desorden químico me impide beberlo —replicó el novato sin resquemor, apegándose al mesón de la mesa fría, olfateando el espíritu del café que vaga por el recinto como lo hacía por el estudio del abuelo—. Enseguida despachó el sobrante pan de yuca acompañándose de cortos sorbos de zumo de toronja. Mientras Pompilio pareció echarse a meditar sobre “la tara congénita”, con cierto aire de satisfacción por no ser él quien la sufre; el novato, tiene un fallo químico que a él le impediría vivir.

—El café es un imperativo para ver mi día, sólo imagino la muerte después de un día sin café... —replicó grave el cocinero, hablando más para él que pensando en mortificar al otro—. Halándose con empaquetada voluptuosidad las luengas cerdas rizadas de su bigote chinesco, suspiró antes de echarse un bocado de su jarro de café humeante, entendiendo que a ese tema ya no había para qué estirarlo más. Vistiendo un atuendo verde —más cercano a un uniforme militar de comando que al juego de ropa blanca que ayer presentó sobre el muelle para exhibir su rango de jefe gastronómico—, adoptando un rictus académico, empezó a poner al tanto de sus negocios comestibles al que fungirá de jefe de operaciones de la hostería. Le dijo que ya había empezado a probar en su desayuno cositas que por ser simples no dejan de ser parte del espectro de las delicadezas de la nueva cocina nacional que profesa y expande, con todas las complicaciones que implica hacerlo ante el cien por ciento de humedad de la espesura.

Pompilio, peripatético, encerrando con sus manos el jarro de cerámica de color ladrillo, dio otro sorbo del humeante café y, ganoso de ser franco frente al novato administrador, continúa: —Estamos listos para ayudarte, ambos sabemos que la cocina es lo más técnico dentro de la hostelería, si en la ciudad no se maneja bien lo de comer y beber es plata botada sumado a unos cuantos clientes insatisfechos; acá, si no haces milagros con las comidas y bebidas todo, todo, se va al carajo. Empezando por el cincuenta por ciento del alimento perecible que se trae para acá, éste se pudre antes de entrar a nuestra despensa. No basta que un señor nos favorezca con energía fotovoltaica proveniente de los paneles solares flotando sobre Pelancocha; no es suficiente la luz solar a la que tienen acceso los equipos de refrigeración y congeladoras de almacenamiento de la cocina y, por extensión, los aparatos de lavandería, el comedor y el bar. Es duro, muy duro, el oficio de cocinero de selva...

Sonríe con la cajetilla de Full Speed ofreciéndosela a Pompilio, en un acto reflejo de cortesía de fumador a cafetero, suponiendo que si el hombre gusta del café también será aficio-

nada de un buen cigarrillo negro. Pompilio rechazó la invitación a fumar con un mohín picaresco, como reprimiendo su deseo por algo más que un cigarrillo; metido aún en su franqueza matinal, destapa su ademán de rechazo al tabaco diciéndole que solo lo usa como acompañante del hachís que le provoca inhalarlo a la hora de sus recreos selváticos. Recalcando con un ligero cabeceo que fumar algo más que un cigarrillo es una opción que tiene un cocinero de selva temático. Encendiendo su tabaco da una profunda calada que sabe a gloria, ha pasado un largo rato sin fumar; desde que abrió su corazón a la aventura de los anillos de Pelancocha, ha ido disminuyendo la dosis de nicotina que tiene acostumbrando su cuerpo. Apreció la serena franqueza de Pompilio, ahorrándole el discurso de pórtate bien conmigo que yo de la misma forma te retribuiré; apartándose de los cánones de los jefes ejecutivos éste se mostró tal como es frente al calor que se irá fraguando en la floresta. Quién sabe si estos cuadros humanos de selva lo lleven a iniciar una suerte de memoria dentro del cerebro de Oberón.

Creciente crujido de duelas corta la imagen primera que tuvo del hombre tras la pompa del cocinero jefe de la hostería. Los nativos que fueron un retrato impresionista en la lejanía de la fuente, penetraron de a montón por el ámbito contiguo a la cocina. Ahí, al lado, la voz de Tomás Vanbeberen se alza sobre el murmullo de los hombres que parecen ansiosos de novedades; el aviso vendrá al estilo desenfadado del suscitador del proyecto Remoto. Él se apura a dejar el dominio del gastrónomo para encontrar un puesto a la diestra del barbirrojo, su olfato de animal político lo animó a ir por el liderazgo que debe mostrar un administrador de los lenguajes de las culturas que chocan en la hostería donde las estrellas no brillan con el lujo artificial del hotel Sancho; acá no ondean las cinco estrellas que alumbran las necesidades creadas para el sujeto atado al tiempo astronómico. Será que aquí las estrellas fulguran con la luz intemporal de los eones detenidos sobre el acorazado lomo de Pablito. Será que las estre-

llas que vio anoche son las que vienen titilando en su corazón sin artificios, y con ellas se hospeda el presente, el futuro inmediato de los guardianes del bosque.

Tomás se dirige a los nativos con el lenguaje simbólico que usa para transmitir su sueño amazónico; entretanto el máximo interlocutor de la gente Puca, Silverio Coquinche, apruebe su discurso, y lo considere dentro del propósito mitificador de su espacio-tiempo, los negocios de Remoto seguirán el rumbo trazado para sustentar la inviolabilidad del bosque. Los trabajos de puesta a punto de la oferta naturalista del territorio Puca, los resuelve el chamán como una distracción del empeño que pone para mantener sus armas filas contra el enemigo; en la puesta a punto de la hostería para recibir visitantes no halla tensión, allí donde hay que hacer arreglos domésticos se divierte, desahogándose de la tenacidad que pone al defender sus tambos estratégicos levantados dentro la zona de su influencia espiritual. El afán de neutralizar la arremetida de los espíritus enemigos del bosque, es un ritual noctámbulo que exige concentración de su poder guerrero; mientras lo de ayudar a las obras físicas del proyecto que permite el aislamiento y conservación del entorno de sus ancestros, deviene en una rutina de reposo solar.

Tomás concluye comunicando que el fin de semana arribará el grupo nórdico, a quienes les vendió el proyecto que los tiene reunidos en este punto de la cuenca media del río Napo. El café Madrilón es un sueño que la gente Puca se imagina como un portal que se abre cuando el señor barbirrojo les avisa que vendrán seres extraños (como lo fue él mismo cuando se allegó por vez primera a su territorio), y se cierra el momento que aquellos se despiden como amigos eternos, esos que se devuelven al éter. Mediante el discurso de Tomás han hecho conciencia (Silverio Coquinche, y, de esto, su gente) de que esos hombres extraños son el vínculo que sirve al corto plazo de la comunidad Puca para no caer en la vorágine de los pueblos indígenas que pierden su identidad. Ese empeño de Coquinche y su gente por ser fieles a

los valores de la Pacha Mama, es también el ideal que sustenta la vitalidad del señor barbirrojo: preservar el bosque húmedo, lluvioso, tropical, a imagen de los nativos: los propios centinelas de su integridad.

Vendrá un grupo de observadores de aves, pajareros provenientes del septentrional estado de Ohio, estadounidenses que residen en el polo opuesto de los tejanos que imprimieron en Pompilio ese inconfundible inglés nasal. Tomás se abstiene de hacer comentarios sobre las diferencias obvias que un ciudadano de Brujas detecta entre las tribus europeas y la diversidad étnica creciente en los Estados Unidos de una América que se la quiere tragar el averno. La gente Puca no discrimina entre los visitantes respecto a su idiosincrasia, su estigma parece ser el mismo: soledad estridente. Por ello Silverio Coquinche los limpia apenas desembarcan en el muelle de Pelancocha, siendo un auténtico ritual de preservación del espíritu jovial que reina en la hostería, donde la soledad es un estado de gracia matizado con música del aire. En todo caso, los viajeros que llegan hasta acá, son parte del conjunto de hombres que imaginan el mundo amamantado por el oxígeno de la frágil amazonía, y por ello son los socios del sueño irreductible de Tomás. El lenguaje de los senderos de Remoto es básico, universal: bosque, agua y silencio.

Los nativos festejan a su manera, callados, el anuncio de Tomás. Ellos, sin abandonar el sigilo de su raza, se divierten con su pertenencia a la Pacha Mama, la que mantiene alerta su memoria de lo esencial. Ellos alientan el deber de no ser succionados por la atroz esclavitud que traen las regalías del eructo del averno, esa írrita riqueza que convoca a una apócrifa felicidad. Ellos están conscientes de que la explotación del subsuelo mata la unicidad de su sistema biológico. Tomás devino en un pilar de su saludable resistencia, él viene encausando un trueque limpio con sus coidearios de las civilizaciones de occidente, un intercambio exento de marasmo para la gente Puca. El hombre da señas de la lucidez que lo llevó a descubrir que la dicha se resume en bucear

dentro de un espejo de selva. El trabajo comunal para recibir a los extranjeros distrae a los nativos; esa predisposición de mostrar al visitante la obra de su espacio-tiempo, la avala Silverio, pues, el abrir senderos mágicos es un bien que él construye. Apenas los visitantes desembarcan al muelle de Pelancocha, uno a uno es frotado con las yerbas para iniciarlos en la desintoxicación, y quitarles esa aura desoladora que portan los ciudadanos del mundo corre-corre, disponiéndoles para el banquete selvático.

Pompilio sigue el murmullo de los nativos como el asalto de las cuadrillas de hormigas yuturis que invaden rutinariamente su choza, sus oídos se ponen alerta junto a la división de carrizo que divide el comedor de la cocina, no necesita ver para estar atento al grupo que departe amable al lado de su dominio. Su alucinado temperamento lo hace recelar de los indígenas reunidos, supone que algún momento se convocarán para pedir su cabeza al señor Tomás. El cuarto de pinta de sangre colonial que corre aún por sus venas le inyecta desconfianza, aunque nunca deja de saludar ceremonioso, acompañándose de elocuente venia, a Silverio, que responde con similar actitud, parece haber tácito pacto de respeto entre ellos dos. No le resulta nada raro su directa comunicación con aquél, pues, los dos hacen magia a su manera, por separado; él, Pompilio Dela Cruz, con las cosas de comer, y, Silverio, con los espíritus de la tundra. También con los tres jóvenes indígenas que colaboran de planta en su cocina, se maneja sin problemas, los tiene bien aleccionados y éstos muestran aplicación y comedimiento para con sus tareas y, lo que prima, se divierten bajo la propuesta gastronómica de Remoto.

Como degustador eminente está condenado a sufrir el prosaico estómago de los nativos, cualquier rato el mismo Silverio Coquinche se quejará que la piraña frita le llegó sin yucas. Si no tiene pila de yucas sobre su mesa, enfurece el hombre. “¡Vaya indios sentimentales!”, musitó a distancia de la arenga del ácrata barbirrojo, del cual le cuesta creer que se conduzca “al revés y al derecho” dentro del lenguaje de los nativos. No se avergüenza de

su curiosidad, más bien la aupa tras la pared de carrizo y oye con atención lo que se dice en el ambiente del comedor; eso sí lo hace con elegancia, paseándose por el piso de tablones de caoba, y a veces se queda como ensimismado tras las ventanas que dan a la fuente, a las palmeras y los yutzos.

“La cocina es reflejo del estómago del dueño de casa”, reza la leyenda que él colgó en su ambiente anteayer, seguirá a vista hasta que envejezca y la deteste para cambiarla por otra leyenda que le resulte fresca. Tomás se burla de sus apotegmas gastronómicos; de éste último le dijo ayer que aquí el dueño de casa era Silverio Coquinche y no la señora Fernández del ático del edificio “Mantis Religiosa”, ubicado en la prestigiosa avenida de Los Conquistadores. Algo así le lanzó Tomás; esa constante ofensiva del barbirrojo no le aburre ni arredra, aunque no acabe con ventaja en estos lances puesto que por sí mismo llegará a odiar esas leyendas que nacen de un estómago lleno de buenas intenciones. El fino epulón tolera el rudimentario paladar de los nativos porque tiene sus días de apogeo cuando lleva las riendas estomacales de la hostería el momento preciso; o sea, a la hora del banquete al extranjero estadounidense, alemán, sueco o dinamarqués. Allí, aun el señor Tomás, transforma el sarcasmo en aproximación a la melosidad, introduciéndole como el maestro de la alta cocina francesa aplicándose en los rigores selváticos del medio Napo. En sus horas de gracia frente a los visitantes cosmopolitas, surge radiante Pompilio Delacroix, el suscitador de la nueva cocina regional sobre la metáfora de lagrimoso edén.

Pompilio rellena su jarro de café, acompañándose con el pan de yuca que amasó y horneó esta mañana. Mientras sus ojos se relajan en el cuadro de Pelancocha, sus oídos mantienen la atención donde los nativos organizan el día para darle el punto de caramelo a los senderos turísticos, como el que conduce al Pajarero mirador, esa joya de carpintería aérea que diseñó y construyó Tomás Vanbeberen, para que el grueso de observadores de aves que se allegan a la hostería tengan asegurado su pasaje

al mundo alado. Él siente ese cosquilleo que precede a la elevación de su espíritu sibarita, en los aires cosmopolitas que dan a Remoto los visitantes. Ha venido observando el proceso entero del proyecto de la comunidad Puca, eventualmente podría llevar los negocios de la hostería, sin embargo es incompatible con los nativos cuando están agrupados en el comedor, incluso los tres muchachos de la cocina que se divierten con su aire de gurú, le dan las espaldas cuando se trata de los asuntos comunitarios que maneja Silverio Coquinche.

Tal vez esa tensión intercultural ha dado pábulo a su paranoia. Aunque siente que cada vez son más atenuadas las visiones de agonía en manos de los nativos. “Antes eran insufribles”, musita halándose de los bigotes chinescos, aliviado de que viene apartándose de ese horripilante delirio, la ficción de su muerte por indígenas enardecidos ante una ofensa difusa que le imputan sin más. Ya se calma con apenas volver su visión a los anillos de Pelancocha, allí nunca flota la imagen de su cuerpo atravesado por lanzas guerreras. Abandonando el jarro de café en el borde del mesón de mármol, toma la chaira para afilar el cuchillo carnicero que sacó del maletín que guarda su predilecto juego de cuchillería japonesa. Sonríe trayendo la faz del novato administrador absorbiendo con ahínco la pata del cigarrillo; fue conmovedor verle impedido, siendo éste un ser que disfruta de los aromas del cafeto, de tomar café por la disfunción química que dice padecer. O sea, al hombre le fascina el perfume del café negro pero está condenado a no ingerirlo en poética conjunción con el tabaco negro. Así funciona la lógica del absurdo, es como el lenguaje hiperbólico que usa con los jefes ejecutivos de cocinas consagradas en la urbe capitalina, pretendiendo que entiendan porqué la selva es una suerte de pleonasma cautivante.

—¿Qué son los espejos de agua apareándose con los yutzos?... —aulló observando el cuchillo carnicero que está en su punto para destazar, al par que recibe con una mueca doctoral de resignación a los sonrientes jóvenes nativos que lo saludan casi

marciales, casi al unísono: —Buenos días, Pompilio Dela Cruz—. No disimula la satisfacción que le provoca el saludo formal, muy correcto en la pronunciación de su apellido cristiano, que le da su gente de cocina; así les pidió se dirijan a él por respeto al orden jerárquico de una gastronomía que se precia de hacer milagros bajo la espesura. Los jóvenes han compaginado con la idea que les ha remitido Pompilio: la cocina es el centro neurálgico de la hostería, si falla este emporio de sensaciones que ataca el olfato y paladar de los visitantes, entonces se hunde el sueño del señor Tomás. “¡Así de compleja es nuestra misión!”, vive recalcando a los suyos. Ya se olvidó de la aprensión que provocó la asamblea de nativos; la serena vitalidad de los muchachos prestos a meterse en la disciplina del ámbito gastronómico, lo animan a regresar a ver con cariño a sus peroles humeantes. Este instante importa el caldo oscuro que van reducir a fuego lento dos días, concentrando sus jugos hasta que se transforme en la salsa madre de su cocina regional, y sea el espeso ingrediente multiuso sobre los platillos que aquí se elaboran. Una vez lograda la salsa madre se la dejará enfriar y luego la enfundarán en porciones que van al congelador para ser usadas conforme su plan de menú lo requiera.

Habiendo partido los comuneros a las entrañas de la floresta, Tomás, a dorso desnudo, descalzo, blandiendo sus luengas barbas patriarcales, platica con Silverio. O más bien el chamán escucha arrobado al botánico que da testimonio sobre las doscientas clases de cerveza que hay “por decirte, dentro de las tabernas de mi ciudad de origen”. Tomás lleva el sello “en tránsito” sobre la frente, y, cuando fija como su residencia a Remoto, ejerce su derecho a prescindir del traje de correcto ciudadano y vestir el bien conservado traje del anarquista flamenco. Esa sanitaria costumbre de desconectarse con su mundo capitalino es denostada

por su joven amante Amparito, para ella es una forma de huir de la civilización lo que él hace sin su bendición en suelo Puca, pues, también se puede ser ambientalista por Bélgica, y disfrutando allá de su cultura hedonista. La señorita le exige, a cambio de sus caricias de mujer bien educada para ejercer el arte de Afrodita popular, una pronta residencia en Bélgica, y ser partícipe de los honores que el progreso hace a esa magna ciudad. Caminando fuerte sobre la madurez de “los conquistadores”, Tomás, el autárquico, proclamó para sí que está más duro de amarrar que antes, cuando era un joven anarquista callejero, amante del grito de barricada y de calmar su ímpetu en los pechos de una mujer sin afanes arribistas.

Amparito, bien dotada para salir avante por los campos de Eros, insiste en quebrar la resistencia del ácrata con sus encantos andinos; ella, no fue diseñada para rechazar las delicias contemporáneas, y si alguna vez enarboló la bandera de una romántica del ambientalismo ahora su ambición se hizo a los tiempos, coligiendo que se puede amar lo silvestre estando bien lejos de sus rigores. Cuando la rutilante señorita fue a por el maduro señor Tomás, tras la barra del concurrido café Madrilón, se presentó como una adelantada hija de familia luchando para evitar el sótano social, mostrando desenfadada místico tatuaje de un buda en el ombligo y otro de un atrevido dragón indagando en su manzana de Eva. Así trabó íntimo conocimiento con el hombre del Madrilón, encandilándole con sus avanzadas ideas para los transportes del perineo, acomodándose, de inicio, al discurso de que para preservar los ecosistemas de la cuenca amazónica se tenía una sola vía: entregarles la custodia del bosque a los indígenas que viven bajo los valores de la Pacha Mama.

Coquinche, saliendo de su hierática posición de oyente, discurre en algo que le da placer hacerlo: el cambiante clima de los trópicos. Él apuesta que va a ser un día de garúa intercalándose con soles intensos. No había que dejarse llevar por el diáfano nacimiento de la mañana, la selva donó un plácido amanecer al

novato administrador, pero ella cambia de humor como los hombres. Avizora latigazos de fuego tras el agua, y aguas amables tras el fuego, durante el diurno ecuatorial; con la tardecita vendrá la fresca que los aliviará del bochorno de la espesura. Es normal que la canícula penda sobre sus cabezas tras su viaje al mediodía. El chamán se complace con sus asertos sobre el tiempo, concluye que habrá hora de llovizna y hora de sol, así caminará el día sudoroso. Por fin, Silverio, deja atrás su aproximación climatológica para solicitar algo que pare de afligirlo a la hora de comer, su reclamo se traduce en una sencilla necesidad, ya presentida por el jefe cocinero:

—Queremos que el ají pique más... nos gusta el ají bien picante...; y, nos hemos olvidado de las yucas, aunque nunca faltan yucas en la despensa —dijo sereno, esbozando una mueca de no conocer la razón para la última inconsistencia con el punto óptimo del ají y, sobre todo, la increíble ausencia de las yucas.

—¡Hora de ají y yucas! —aulló Pompilio encerrándose en una risilla nerviosa, tras el parapeto de carrizo que lo aísla del comedor.

El novato está aplicándose en la tarea de observador que le dio Tomás: “Tú tranquilo, dedícate a husmear como si fueras invisible, imagínate que vas a levantar un estudio de factibilidad del Proyecto Remoto, partiendo de cero...”. Y eso ha venido haciendo desde que desembarcó del sueño con su náyade, corriente abajo del río Napo, está percibiendo que la operatividad de la hostería viene repleta de minucias picantes como la que echó en falta Silverio Coquinche. “La suma de detalles personales hacia cada cliente hacen que un restaurante gastronómico sea de primera o última categoría”, piensa que debía rezar otra pancarta de la cocina de Pompilio. Tomás lo invitó a conocer la choza que diseñó y que le está dando los acabados para hacer de su hogar

un dulce hábito. “Hogar”, había dicho con énfasis el barbirrojo, enganchándolo a la mansión que contempla con sus nuevos ojos para entender la desnuda existencia de la gente Puca, esa gente que le está abriendo la ruta de lo ignoto.

El engranaje del proyecto de su vida, de la vida del señor Tomás Vanbeberen, se echó a rodar la noche que extravió la hora astronómica del reloj suizo marcando el calendario de un mundo anacrónico: el tiempo anodino de la prisa. El oriundo de Bélgica recalca que empezó a extraviar la hora precisa de su reloj astronómico entrando en el estero selvático que precipitó el deber que lo tiene por estos pagos. Goza con el recuento de la fundación de Remoto, reviviendo la barca destartalada que lo hundió en los gigantes nenúfares del Estero de la razón perdida, así nombrado desde que ocurrió tan significativo suceso. Esa vetusta quilla no aguantó el peso de su temeridad y se partió en astillas, se rajó bajo el claro de luna de su noche decisiva para hacer o no hacer una hostería al borde de una fuente sagrada. Estaba bogando sobre un tramo de agua quieta, entre fosforescentes lirios, cuando naufragó. La Yacu Mama no se lo tragó por su voluntad de entregarlo a los redentores trabajos del proyecto Remoto, esa serpiente mítica lo remitió a un perdurable amanecer de monos aulladores; así lo tradujo Silverio, quien, a partir de entonces, se prestó a ayudarle en su sueño como si fuera el suyo mismo.

—¡El pánico es resucitador! —aulló contándole al novato como fue que su piragua se fue a pique y, antes de que Coquinche acuda al rescate del naufrago, se topó con la imponente cabeza caballuna de la Yacu Mama. Sigue convencido que ésta emergió del agua y se quedó mirándole con fijeza humana a no más de un metro de sus ojos hipnotizados por tan brutal hallazgo, petrificado ante esa belleza temible. Silverio, cuando lo subió a su piragua, no tardó nada en creerle que sufrió ese encuentro fascinante con tal monstruo, fue como si él mismo lo hubiese vivido, celebrando alborozado por su integridad física le aseguró que fue Pacha, su abuelo paterno, quien le infirió esa

portentosa mirada en el Estero de la razón perdida. Eso fue, el ambulante espíritu de Pacha no le estrujo a muerte porque estaba ahí para hacer que Tomás Vanbeberen cumpla con su proyecto de vida. Silverio Coquinche, entendió que ese mensaje le concernía a su gente también, era el momento de actuar vinculándose a ese hombrón barbirrojo para que su estirpe no sucumba bajo la ignominiosa despersonalización que trae la soledad estridente, la que él con profunda preocupación vio en el aura de los extranjeros que se presentaron por su comuna a donarles baratijas de hidrocarburo.

—Hombre, por ello persisten instantes en que la Yacu Mama se me aparece con el lenguaje del sueño pero a pleno sol, despierto, así tal como estamos tú y yo aquí... Los ojos fulminantes de la monstruosa serpiente de repente se me prenden sin fumar lo que Pompilio fuma o beber de la ayahuasca del ritual chamánico de Silverio. Sé que ella —o él— está para recordarme la misión que tengo —repuso, Tomás, observando el puntiagudo entramado del tejado de su nueva mansión, vibra con los detalles postreros de la obra del carpintero aficionado, está por habitarla y vale especular cómo quedará esa creación de sus manos—. Acá se está graduando de carpintero, esto lo distrae de la inminente ruptura con las fragancias de Amparito que se ciernen sobre el horizonte acuático. Será la cabaña madre que se eleva un tanto de las demás chozas dormitorios, dominando desde sus balcones la fuente que lo pierde en lo femenino perdurable. Frente a la magnitud sensual de los anillos de Pelancocha no extraña el arte erótico de Amparito, hace rato que se esfumó sobre el lecho la pizca de amor que sazónaba su intimidad, desvaneciéndose a grandes zancadas el cuadro familiar que ella lo viene presionando para montar en un canal de Brujas. Halando de sus barbas patriarcales se instala bajo el día que intercalará horas de garúa con el sol aguado, el que evaporará sus huesos hasta volverlos protoplasma precámbrico. Él será un velero que sobrevive a la descarga de calor y humedad del diurno, protegido de las nubes

de implacables vampiros diminutos brotando de las playas ribereñas. No hay método para contabilizar las horas selváticas, él no invierte a plazo fijo lo que le pasa por la mente al hombre de bosque tropical.

Tomás lo animó a dar albedrío a los instintos enjaulados en la ciudad de humo, a que tome un machete, a que calce botas de hule de caña alta y explore solo por la inconfundible senda de la laguna del Manco, caminito que viene a punto para un novato emprendedor, permitiéndole entrar por sí mismo a la espesura. Atendiendo su precocidad se interna bajo el bosque, va hundándose sobre la hojarasca como con la gracia que le provocó la primera vez que hizo anillos de humo del Full Speed. No hay transición entre las instalaciones de la hostería y las fauces del sendero que lleva al Manco, cual, según le advirtieron, lo encontrará mimetizado entre blancos lechuguines. Sigue la sugerencia de ambientate, descubre distraído. No hubo una colilla de cigarrillo para enterrarla en la hojarasca, agarrando ritmo de caminante sus pulmones respiran extasiados, como un fuelle inactivo que de improviso se satura de oxígeno. La trocha que disipó la garúa hace que vaguen libres los sentidos por los olores y sonidos que va despidiendo la fronda, solazándose con las caricias del sol selvático. Por los pasillos del Ministerio no había manera de vislumbrar este impacto psicofisiológico de fanerógamas escondidas en el ecosistema amazónico; mientras camina, invisibles capullos, están abriendo sus fragancias. Tan pronto se arrimó al sendero de la laguna del Manco y aspira los virginales efluvios de las ondinias que medran dentro de su círculo íntimo. Aquí, transpirando, elimina toxinas que acumuló el hombre de las píldoras energizantes, ese que venía haciendo un diario motivado por los proverbios de la Calidad Total. Y bien estaba encaminándose en los estamentos donde hacen su apogeo los denominados

facilitadores, esos intermediarios entre los bienaventurados y los que aspiran a serlo. En suelo metropolitano, lo único que atenúa el paso del teatro facilitador, era su paso por donde la Geisha: pagaba bien por morder labios amasados con el acento caleño que garantizaba el agasajo del perineo desde los preliminares de vestíbulo. El bienestar pregonado por la Calidad Total, no pudo deshacerse de la sangre inquieta del rebelde, cual, aparecía como un cadáver insepulto, pero bullía bien en sus profundidades, tanto que preparó con minuciosidad el día del ¡renuncio!, el día irreversible. No se puede decir que la erupción del bárbaro se dio en un momento de descuido y debilidad del inspector/estudiante, pues, se hallaba ascendiendo a zancadas de facilitador, hasta el último fue un sujeto digno de crédito.

Aquí está con sus pies manejándose en una muestra de la indomable amazonía —la que atónito observó a través de documentales ambientalistas hechos por hombres extraordinarios, como si se tratase de la exhibición de un planeta alcanzable apenas por sus ficciones—. Tenía la visión abstracta del espectador de sillón de la indomable amazonía, ahora camina solitario en la senda del Manco, exudando toxinas sobre manida hojarasca. Aunque perdura la imagen que lo estremeció por la pantalla: la nutria gigante devorando su escamosa golosina, sirviéndose un raro manjar: la punta de la cola de un resignado caimán que, extenuado, se dejó mutilar. Fueron imágenes nítidas la de la nutria sirviéndose fracción terminal de la cola del vencido y humillado reptil, cual, de soberbio cazador antediluviano pasó a ser víctima de un mamífero que, a toda luz del tamaño y la fuerza, era llamado a ser su presa. Ignora cuanto tiempo gastó el testigo en robarse esa fiel realidad, pueden ser años de asechar con su cámara para obtener la recompensa; será que él también presenciará un duelo entre un lobo de río y Pablito, el caimán símbolo del tiempo perdido en Pelancocha. ¿Le alcanzará su hora de selva para encontrarse con la escasa nutria gigante del Amazonas? Pompilio le había dicho que no se engañe con fáciles visiones de panteras,

jaguares y otros espléndidos mamíferos, “éste es el planeta de los insectos, un reino herpetológico y pajarero”. Los grandes felinos están al servicio de la mitología de Silverio Coquinche.

Tropieza con un gran tronco en ruinas atravesado por la trocha, propina golpes de machete al carcomido madero que se desgaja sin ofrecer resistencia. Le vino un saludable divertimento abrir el vientre del putrefacto cadáver vegetal, años que no ha herido plantas con un filo machete, años de no abrir camino por la penumbra de una selvita a falta de una selva, aunque sea la montada a propósito para el deleite de los ojos en un patio trase-ro, como la que tenía Papa-Beto y que después de su deceso fue demolida para ser quieto pasto, como el césped de un campo de lápidas. Así, por el receso del rescatado machete del atajito de nís-peros, se percata de la solitaria presencia de una enorme hormiga azabache: “¡la conga!”, luce descomunal al lado de la multitud de termitas que se apuran por las entrañas del árbol caído. Se estre-mece evaluando el poder de esas tenazas inyectando largas horas de suplicio bajo su inerme piel. Sapos croan, mimetizándose con la verdosa piel de la selva, como un coro de lamentos alrededor del yerto palo; esos arrugados cantores ingresan a la memoria que el novato abre a lo herpetológico; después, no sabe cuándo, le serán familiares los encuentros de oído y de vista con tal fenó-meno anfibio. Podría decir que los sapos le dedican una canción tan ronca como desesperada al árbol devolviéndose a la tierra. “Me hundí en lo abyecto, chapotee dentro de charca pestilente, evacué pálidos treponemas...”, a su vez cantó él alejándose de su parada, sorprendido porque no aprovechó el momento para echarse un cigarrillo a los labios. Tan absorto estuvo propinando machetazos al palo devorado por hongos y termitas, con la apa-rición de la solitaria conga y el croar de los sapos tan cerca pero invisibles, que se le olvidó echar mano al paquete de Full Speed. Está dando bocanadas de aire irreconocible para el ciudadano de tierras altas.

Se pregunta si serán capaces sus neuronas de almacenar esta sobredosis de oxígeno para los ratos peores. Las flores rojas

que adornan un árbol cuyo nombre algún rato le enseñarán, lo hace que olvide el pardo cadáver vegetal con su vientre alimentando diminutos. Está respirando la vasta diversidad de especies arbóreas que habitan por hectárea cuadrada en este suelo virgen, escuchó el dato del Ministerio de Turismo: como cien o más diferentes árboles por hectárea. Le va a tocar revisar la cifra con Tomás, cualquier rato tendrá que repetirla sin titubeos a los próximos visitantes. Anda junto al convaleciente sentido de olfatear, el claroscuro paraguas vegetal va disipando el crónico entumecimiento nasal del callejero, quien se refugiaba en los aromas del Full Speed para escapar de los mefíticos olores del parque automotriz rodando sin cesar. Presiente reminiscencias del olfato exacerbado del recolector-cazador de los albores de la humanidad, se imagina trotando con la alerta máxima de los sentidos de un animal bípedo recién posesionándose en la cima alimentaria de los depredadores. Anda suelto de la acepción económica del vocablo “¡Civilizado!”, que se ha fijado con mayúscula, y signos de exaltación, en la memoria del Samaniego boyante por las avenidas que se ahúman junto a estatuas de próceres ya ininteligibles. Si atiende el mínimo de días que requiere permanecer aquí para ser elevado al grado honorífico de residente, estaría en capacidad de verse a sí mismo como un astronauta que pisó por vez primera otro globo azul, latente, sobre el mapa de las esferas. Aquí está siendo pionero; así, si mañana, un mañana de pesadilla, vuelve al caos citadino porque se extinguió Remoto, recurrirá al poder cuántico para hacer abluciones introspectivas en un flamante suelo Puca, y, ahí, dentro de la estupidez artificial de un cruce vial saturado de semáforos, será lo que quiere ser.

El “indígena” Samaniego pasó a cuchillo, degolló a placer, a los emisarios de la normalidad que se allegaron hasta aquí transidos de furia por su desertión pero haciendo uso de su lenguaje mojigato. Tales siervos del orden establecido le pidieron medida, rectificaciones porque le auguraban que seguiría siendo el mismo de antes del lapso salvaje: “... sí, joven hombre, date el

paseito prometido al rebelde, oréale unos días nomás, cálmale con una sobredosis de sudor vegetal; llénate de sabrosas anécdotas primordiales para que nos las cuentes con un buen vino y regios canapés, vas a ver cómo todos los tuyos te vamos a celebrar las salvajadas que nos participes. En aras de nuestro talante ecologista nos afiliaremos a la fundación del señor Tomás Vanbeberen y con puntualidad abonaremos la cuota anual para estar a salvo y en paz con esa corriente ambientalista que nos llena el espíritu, aunque riña con nuestros bolsillos...". Atrás, al pie de espinosos dundos de hoja ancha, quedaron degollados los fantasmas de Villa Ximena. Empero, esos mensajeros, dejaron abierta la ventana de sus mañanas laborables apuntando al joven Muy Prometedor en la vía rápida. Un espejo devuelve el diario acicalamiento, vistiendo la línea estilizada que escogió para ganarse el adjetivo de elegante, untándose el bálsamo tras la rasuración del rostro cerrándose con la perilla. De Villa Ximena salía impecable a gastar las horas ministeriales que lo separaban del doctorado en la Pontificia Universidad, regresando entrada la noche a la cúpula de la pensión abrumado por la responsabilidad de los paradores turísticos que sumaría al patrimonio harinero de La Puerca & Hijos. A grandes rasgos así era la rutina de sus días laborables: amanecer con el pecho hinchado de ambiciones empresariales, anochecer desinflado por las presiones del corazón herido, añorando poder trasladarse de la tarde a la noche como un cocuyo: iluminado. Muchacho había captado esa íntima, imperceptible, mutación del alma, subido sobre la hamaca de la casa de campo familiar en San Pedro de Vilcabamba. Fue cuando tomó conciencia de su mortalidad y que el río Uchima era un fugitivo longevo a la sombra del cerro Guarango; ahí se estremeció con las titilantes luciérnagas en el agónico rebuznar de pollinos paciando bajo la fresca que despiden los faiques.

Avista el destartalado muelle del Manco, es como si lo humano hubiese sido desalojado de ahí hace eones, está erguido a las puertas de un pozo encantado que aún no se atreverá a tocar para que le abra el secreto de sus silencios animales y matices

arbóreos. Se contenta con ver un estanque cubierto de lirios, lo subyuga la idea de que debajo de su belleza, verde y blanca, anidan caimanes prestos a aprisionarle apenas se coloque a tiro de sus trompas repletas de puñales. El reconocimiento de las aguas mansas, que se dejan ver más allá de la barrera de lechuguines, tendrá que hacerlo en una canoa que no halla a golpe de ojo, debe haber una o más piraguas latentes entre la vegetación acuática que rodea al muelle, y este momento se inhibe de buscarla porque no trajo su amuleto, el precioso canaleta que le regaló Coquinche. No había previsto deslizarse en la quietud del pozo del Manco, que arribó asaz más pequeño comparándose con cualquiera de los anillos de la laguna madre que alberga a la hostería; pero vino con mayor misterio, es un portal que lo traspasará apenas sea ducho con su remo y quilla sobre las aguas abiertas al pie de su bohío. No se empalagó con la vista de ese portal que se le presentó como un reducto de iniciaciones que vendrán a él inexorables, dio media vuelta y regresó trotando por el mismo sendero que lo condujo a su primera escapada a las cercanías. De repente se observó saliendo de las fauces de la tundra para desembocar sin escalas en lo que viene a ser el retorno circular a la cocina de Pompilio, donde se introdujo a la sinfónica música de los inmortales que escucha el jefe gastronómico, quien anotó sus creaciones sobre la pizarra, el menú de hoy para la gente Puca.

—¿Qué más quieren estos imberbes? —cuestionó el hombre de los bigotes chinescos, percatándose de su presencia como la de un futuro comensal. Enseguida, emulando un giro de director de orquesta sinfónica hacia los violinistas, lo invita a detenerse frente al pizarrón, procediendo a leer en voz alta—:

Menú ancho y espeso
Caldo de manguera,
tiras de buey marinado,
bocado de ángel,
zumo de tamarindo.

Carmela entra en la cocina vistiendo una larga blusa celeste con lunares blancos, es una mariposa aleteando por los límites del terreno epicúreo de Pompilio. Mariposa ajena a las tareas que Tomás impartió a los nativos con la venia hierática de Silverio; ella, tras el benefactor ejercicio natatorio de la fuente, se fue hacer su caminata, llegando a donde se desayunó con su acostumbrada ración de frutos secos. Como la bandada de papagayos que mudan de árbol a árbol, asimismo la mariposa selvática se mantiene rotando dentro de su intrincado bosque. La vaporosa fronda de la orilla opuesta de Pelancocha empató con la mirada acuática que retuvo de los profundos ojos del novato saliendo de la cocina, cruzándose ya los primeros mensajes diurnos de frente, cara a cara, mimo atento que no cayó en palabras que lo destroce, actuar con sus propias máscaras es el destino de los residentes de la hostería. Perdiéndose en el bosque aminoró el deseo de un hombre que tape los rescoldos del huracanado amor que compartió con Ventarrón. La foresta enmudeció la carne en brasas, la música alada la calló; sus pasos sobre la fresca hojarasca volvieron a ser inéditos, fue la mujer que dio saltos ingravidos sobre su coto de esparcimiento. Pisar la selva húmeda es una realidad que superó las fantasías de la niñez sureña, cuando la diminuta piscina de arroyo se transformaba en inabarcable mar repleto de coloridos peces. Abandonando la tierra de sus muertos prematuros, no volvió a sentir el punzón del ciego y rapaz en su pecho de mujer de bosque adentro.

En la espesura marca el terreno de la hembra que rechaza los avances vulgares de un macho ciudadano, aquel que a cuenta de su arrojo para renunciar a minucias materiales quiere invadir su intimidad. Allí redujo el fuego que cargaba en sus ojos tristes el joven que ahora no tiene que rescatarla del crepúsculo de Pelancocha, pues ella ya dejó de huir de sus fantasmas violentos, los incorporó a su menú diario de hojarasca. Vino de trotar airoso por la senda que dio la vuelta a la llovizna que se quedó sin pasaje al aguacero. Se repite el círculo de precipitaciones intercambiándose con la canícula, lo que obliga a la pluviselva a devolver

vapor a la troposfera, generando así su propio ciclo de lluvia. Allá fuera es parte del territorio de los elfos oscuros; internándose en el abanico de luces trepando por las capas boscosas, puede cantar sin voz: “¡A galopar, a galopar!”.

Ya está funámbula por la cocina que se halla reduciendo los secretos del caldo oscuro, el que mañana reventará en la salsa que le dará ese no sé qué cosmopolita a los platillos de Pompilio. Ella husmea, cual gata hambrienta trepada sobre las mesas de trabajo, en lo que el jefecito ha preparado para hoy dentro de los calderos hirvientes. Muerde un pedazo de hogaza untado de mermelada de mora. Llenando de café el recipiente de cerámica decorado con un feliz rostro bovino, apretando su jarro de la vaquita sonriente, inquiere sobre las transformaciones que se dan por la mesa caliente, recalando en el menú del pizarrón de tiza líquida, solazándose con la terminología gastronómica del otro, llamando cada vez su atención los nombres pintorescos que se les puede dar a las cosas de comer. A Pompilio le halaga la curiosidad que siente la musa por sus creaciones culinarias, le place explicarle que el caldo de manguera que expone en pizarra lleva la pieza del toro que sirve para que este plato también sea nombrado con propiedad, en establecimientos asequibles al bolsillo popular, *Levántate Lázaro*. Ella se aleja del espacio bullente de las marmitas con el conocimiento de que el caldo de manguera es una metáfora comestible de la fuerza del toro, la imaginación la pone el comensal, cada cual sabrá medir ese poder conforme a su destape hormonal. La cocina fabricó lo suyo, le dio elocuencia a una humilde sopa, y por obra de la exaltación de lo masculino se hará un manjar de la parte reproductora del buey.

Pompilio libera a sus jóvenes ayudantes de la disciplina coquinaria, van adelantados en el cronograma de sus específicas tareas de fogón, y se alegra porque los muchachos saben buscar-

se su propio recreo; el menú ancho y espeso de los residentes está listo, y el caldo oscuro continuará reduciéndose al fuego lento de la salsa reina que brotará de su sacrificio. El silencio se toma el recinto de los peroles, entretanto la mascota del cocinero, la adolescente boa Pancha, continúa reposando dentro del cesto acolchado por cáscaras de huevo. El jefecito fue a por su recreo selvático en dirección de la garúa que acaricia Pelancocha, se dirigió a servirse de la canoa que lo pondrá a flotar sobre un remanso sin orillar-se, anclándose allí con vista a gordas palmeras. Viene navegando seguro de su rumbo, un rincón de la fuente lo aguarda para el esparcimiento de mediodía, nada humano se interpone entre él y el pescador campante que será en breve. Ya se ancló, llenando de carnada los anzuelos los echó por la borda completando el cuadro del pescador que lo relaja, preparándose para el goce de la humedad absoluta. Acomodándose a popa, silbante, arma el cigarrillo del hachís de su propia cosecha, proveniente del regio cañamo que engordó en su jardín secreto. La amable garúa aupa el disfrutar de las volutas de humo que echa distraído al claro de selva, alargándose con el tiempo estático de la magnífica cosecha de hachís que disipa ante una fuente exenta de paranoia, donde no le llegan las secuelas de pretéritas alucinaciones por el abuso del consumo de hongos en las pampas aledañas a la Escuela de Alta Gastronomía Ilaló, donde además de sacar el diploma de Jefe Ejecutivo Cocinero, se entregó a consumir del sacramento de Dionisos.

El artesanal hachís que lo enorgullece por su bondad excepcional, fumado con propiedad sobre Pelancocha, se ha hecho un ritual que lo desintoxica, pues, lo está quitando de las horripilantes alucinaciones que lo castigan por el abuso que cometió, contra su carne y mente, en su veneración al dios de los hongos. Así está venciendo a su pavor a las aguas turbias, permitiéndose el súmmum de ingravidez en la piragua del pescador campante. Fascina con el hecho de que el hachís que confecciona es de uso personal intransferible, es como tener el sello de un real vino de

origen que no se vende a los simples sino a las divinidades catoras de lo extraordinario terrenal. Este aserto lo aproxima al ámbito de Silverio sin recurrir al terror de la ayahuasca; tiene la seguridad que un vuelo de ayahuasca lo entregaría a la locura, sin retorno. Conoce el efecto devastador de los hongos alucinógenos cuando no hay límite para su ingesta, más de una vez vio erupcionar al extinto volcán Ilaló, contempló a ese apacible y rechoncho animal andino estallando con lava incandescente que arrasaba a la pacífica aldea de Guangopolo. Y esa visión de terrible belleza también sembró un infierno dentro de él, todo por su afán de querer repetirla sabiendo que retornaría a la realidad de un prado. Después de años de haber abandonado las ricas tortillas de hongos que se montaba —al amparo de las amplias instalaciones de la Escuela de Alta Gastronomía Ilaló—, para las excursiones del estudiante a lo divino-infernal, todavía se presentan formas menguadas de su largo alcance alucinógeno en ciertas madrugadas de espaldas a Pelancocha, es decir, con los pies en las tinieblas.

Él atiende esos lejanos reclamos de las pampas aledañas a la Escuela de alta Gastronomía Ilaló, cuando trastoca una idea corriente —de esas tantas que puede sufrir un santo longevo de Vilcabamba sobre la hamaca de su patio andaluz— en una horrenda figura persecutoria. Estar en las fauces de Pelancocha sin alucinaciones es una prueba de control, no únicamente por lo de la fobia a las aguas turbias sino porque está luchando contra el pavor infantil a los arácnidos, y a los insectos que todavía bombardea con los químicos letales de Dragón o Relámpago. Horror que le fue inoculado en un hogar de piso reluciente, esterilizado con un aroma constante a limón; allá, dentro de una ciudad dormitorio de la hoya de Quito, donde el infierno lo encarnaba el calor y los bichos que este instante lo rodean.

Aguzando el oído percibe golpes de canaleta, reacomodándose en la piragua enfrenta esa distracción que lo mete ante un pesado, torpe, chapotear. Ya enfoca al inexperto navegante que viene rompiendo el sigilo de los habitantes del bosque, cual

se acerca a su solitario recreo. Vocea un alto temiendo ser enves-
tido por el intruso: —¡Detente ahí!—. De nuevo un grito del jefe
cocinero pone límites a los atrevidos movimientos del novato ex-
plorador, quien reprime el impulso de su quilla atinando a poner
la reversa con el canalete como lo hizo en el pantano de Jipiro,
persiguiendo colegialas. —Aguanta..., voy para allá —resolvió
Pompilio elevando anclas, recogiendo los anzuelos aún con sus
carnadas intactas, enfilando la proa hacia el otro que atendien-
do su reclamo se enfrenó—. Las canoas casi se empatan, el no-
vato aparece en calzoncillos, empapado, su nave está haciendo
aguas. Pompilio sonríe rememorando sus primeras escapadas a
Pelancocha, cuando chasqueando los dientes vencía el miedo a
su fondo oscuro y se iniciaba con el manejo del canalete, ese útil
que no empuñó antes en aguas turbias, enajenado por su fobia a
la naturaleza invisible. Divertido por el estado caótico del otro,
viendo su inundada barca, da por superada esa intromisión en
la paz que se regalaba con el fumable inductor de su sobriedad.

De súbito, el novato, saltó al agua y, hallando placer por
ello, procedió a zambullirse una y otra vez en lo que ayer, ins-
tigado por el lúgubre relente, se le figuraba un pozo infecto de
carnívoros voraces encabezados por Pablito. Pompilio observa
perplejo el divertimento del otro, apenas se recupera de la extra-
ña sensación de ver a un novato hacer lo que él todavía está lejos
de hacerlo, le señala la piragua diciéndole que lo valido es man-
tener el piso seco de la nave y no ganarse el epíteto de arrojado
saltando por la borda. El otro recibe el balde que lo pone a achicar
las aguas que amenazan con llevar a pique su frágil embarcación,
mientras su cuerpo empieza a añorar el paquete de cigarrillos
que inexplicablemente abandonó en la hamaca de su cabaña.

Pompilio da vueltas a las puntas enruladas del colgante
bigote, asumiendo el rictus del maestro que se decide a compartir
las técnicas para dar los golpes de canalete que evitan ser presa
de las bestias feroces que se crían bajo la piel de Pelancocha. El
novato revive las imágenes de Silverio Coquinche obsequiándole

el canaleta que no ha de perder; tornando los ojos a la básica herramienta, la toma entre sus manos haciendo el ademán de algún rato que no sea ahora partiré hacia los confines del segundo anillo de la fuente, el que nadie lo explora. Restituyendo el balde de achicar al cocinero se aleja con el sol de aguas que va superando a la garúa, sintiendo el pulso del canaleta enfila hacia el muelle advirtiéndole que ha llevado un tiempo considerable sin echarse un Full Speed en los labios.

Pompilio reanima su relajamiento acuático, echa otra vez los anzuelos por la borda y retoma la postura del pescador campante. Con gratitud se acuerda del termo que mantiene refrigerado el sorbete de naranjilla, que le sabrá a gloria además de refrescar el tufo que le dejó el cáñamo bendito en la boca. La húmeda comunión con Pelancocha está de regreso, ¡al diente!, no echará otra mano al hachís, tomó la dosis justa para mantenerse a prudencial distancia del delirio incontrolable que le provocaban sus excesos psicotrópicos. En su ansiosa existencia capitalina, se fumaba uno y quería irse de largo hasta consumir la bola entera de un cáñamo atroz por barato y fácil de conseguir, vivía para mantenerse controlado bajo esa muerte lenta, para no volver a las contundentes alucinaciones de las sabrosas tortillas de hongos de la escuela gastronómica. Por añadidura, no había bolsillo de jefe-cito que aguante su propensión a evadir el sucio mundo callejero; aún no descubría sus dotes de alquimista, recién en suelo Puca —inspirándose con el autárquico Silverio— concibió y ejecutó el deseo de fabricar una sustancia psicotrópica a su ambición, y con sus propios medios artesanales. Acá, en el infierno que imaginaba durante la niñez de pisos esterilizados que lo protegían de alimañas tropicales, por vez primera pudo hacer eso que madre —quién le pasó su bendita mano para la creación de delicias nacionales— le recalcó con asiduidad: “Ahorra para los malos tiempos que nunca faltan”.

Se quitó el gusto de ascender por las cocinas internacionales, para hacer eso que mandaba el sentido común de madre, y, donde ella le advirtió se hallaba el portal al paraíso de los arác-

nidos, o sea la cuenca en la que residía el averno de su primera juventud. Aquí está haciendo el real viaje al equilibrio que en vano buscó con los hongos del cerro Ilaló, que por sí mismos no hubiesen sido destructores si los hubiera sabido usar con el criterio que maneja ahora, y no para forjar un bacanal interminable a cuenta de lo sagrado, confundiendo los preceptos de un ecuánime Dionisos. Ya no está chiflado por firmar el papel con sus “creaciones” culinarias para un restaurante de cuatro y más tenedores; le es indiferente el artificial olor a pinares de los espacios sujetos a la belleza forzada por el glotón cosmopolita; perdió el ímpetu por alcanzar el sillón de “Jefe Ejecutivo” en una cocina de renombre europeo, con horizonte a una carta de menús que definiría el grado de su excelencia. El halo salvaje que envuelve a la cocina de Remoto acabó con el deber de verse actuando donde el espíritu gastronómico le da lustre a una ciudad que funge de posmoderna; aunque no mató la altanería del jefecito pavoneándose con su uniforme de parada ante los visitantes que se derriten por sus creaciones palatinas, persistiendo en su forma atorrante como una costumbre que lo afirma. Las espontáneas sesiones fotográficas en las que deja hacer al lente de los visitantes, confirman su aserto de que para ser un jefecito internacional no necesitó más que una selva.

De la radio de la hostería salta la voz de Amparito aullando: ¡positivo, positivo! Ella está reconcentrada en los cuartos del café Madrilón, se comunica a gritos con Carmela. La joven citadina avisa que el grupo de turistas está reconfirmado para partir hacia la selva en día próximo. El novato está ahí para recibir la lección de hacer la radio; vino holgado con los pantalones que sudó otro explorador de una talla mayor a la suya. Carmela —que estuvo a punto de hablar con él cuando salía de la cocina por la puerta posterior y ella entraba por la anterior que da al comedor— lo recibió en silencio, saludando con un ademán amis-

toso que no incluyó el roce inocente de mejillas. Introduciéndole directo con el uso de la radio, le enseñó a berrear por esas cosas imprescindibles para dar vueltas de tuerca en la operación de la hostería. Encendiendo con una medida indiferencia la pasión en los ojos del aprendiz, ella resumió que hacer la radio es una constante que sirve, sobre todo, para entablar complicidad con el interlocutor ciudadano lanzándole ondas psíquicas que surgen del torrente de emociones provocadas por el bosque húmedo y lluvioso. Más bien eso fue lo que él coligió de lo que le dijo ella de una radio que es el hilo umbilical que mantienen los residentes de Pelancocha con el enjambre humano asentado en la hoya de Quito. Ella le contó que los nativos de la comuna Puca no sufren la radio, Silverio se negó a hacer un sentimiento de esa comunicación fría que no le entalló nada; la sola vez que aceptó una invitación a servirse de las ondas radiales para solicitar una lupa, no pasó de balbucear casi consternado: "... aló, aló, aló... Amparito...", luego salió del recinto ofendido por la máquina parlante que parecía querer robarle el alma.

Los contados diplomados, provenientes de la serranía, que cayeron en territorio Puca para hacer lo que llamaron su conscripción hostelera bajo el dosel amazónico, usaron la radio para clamar ser devueltos a la dulce primavera/otoño de sus murallas artificiales dentro de los valles interandinos, sucumbiendo de cuerpo y alma, más pronto de lo que pensaban, ante la exagerada vida de lo silvestre. —Hacer la radio es, ejemplo, solicitar veneno insecticida para avivar la guerra personal que libra el cocinero con las nocturnas columnas de hormigas rojas invadiendo su choza... —recitó, Carmela, en los oídos atentos del novato.

"¡Cambio y fuera!", retumbó en su ámbito interior después de hacer la radio, internándose otra vez en la selva por la trocha que la evasiva mirada de Carmela le indicó para llegar al Pajarero mirador. Ella no hizo mención de acompañarlo, la propuesta de un romance selvático quedó postergada sobre los nidos de oropéndolas pendiendo del cedro colorado. Camina distraído,

no corre prisa por toparse con esa obra señera de carpintería del barbirrojo; anda sin el apuro de una meta, va anudando la imagen de las garzas rosadas que vio en su ida por vuelta a la poza del Manco. Acaso ya es un viejo habitante de estos pagos, podría tener cinco, diez mil años de edad, reencontrándose con la garúa inocua que todavía no le da razón de lo que es el diluvio amazónico. El bosque le viene como un niño travieso, un hombre melancólico, un gigante adormecido o un enano avariento escondiendo su tesoro.

Pompilio aguarda la hora de servir el tardío almuerzo arrellanado en la hamaca del balcón de su choza. Ya termina la jornada única de trabajo de los nativos internados por la floresta, entretanto se genera el espacio y el tiempo para el lápiz que persigue un motivo de selva inmutable, ambicionando el dibujo que aprisione el mundo amazónico bajo el ojo del creador. Concluirá su reflejo del caos evolutivo apenas expire el artista del lápiz: "... un rato antes del fin de esta obsesión monocolor me serviré un entremés del Todo", murmuró ante su retrato selvático, dejándose guiar por el instinto sumergido en las lúbricas líneas del anillo inmediato de Pelancocha, pasando sus manos por la quietud de la fuente que se pierde tras un horizonte de carbón arbóreo. ¿Cuántas variantes tiene de su erupción surrealista frente a Pelancocha?; ha contado más de setenta cuadros pero ya no se detiene a ver en su aparente uniformidad, llanamente se embriaga con las sutiles formas epifitas que anidan sobre el gigantesco árbol de Lupuna, que este rato es un cuadro aparte de sesenta y cinco metros de estatura. "¿Dónde el calor..., dónde la humedad y el claroscuro del bosque?", se cuestionó amargamente el aficionado dibujante, deseando que su interminable retrato a lápiz del planeta del sudor erupcione como él mismo lo está haciendo por dentro.

La hostería, adormilada en los albores de la media tarde, se remece con los llamados del cuerno de la abundancia invitan-

do a la mesa. La cornúpia acoge a los aborígenes que coinciden llegar al tiempo de su reclamo, ya andan hambrientos por el camino elevado que los pone ante el comedor. Desfila la hilera de hombres, mordidos por el voraz apetito que traen de la jornada de mantenimiento y reconstrucción del sendero al Pajarero mirador. Cargando el lodo y la humedad de la selva en sus dorsos desnudos, se toman el comedor desordenadamente; conforme entran a los aromas que despiden las marmitas de la cocina, se va disipando la faz sombría del hambre para dar paso al creciente murmullo de camaradería que propicia la hora de las cosas de comer.

Pompilio manda a servir el tardío almuerzo a primitivos estómagos que no descifran la palabra degustación, ellos devorarán. —¡Saquen el caldo de manguera! —aulló entre la algarabía glotona de los comensales, vigilando la escena desde la ancha puerta de guadúa que comunica su dominio con el comedor, meditando en su complejo destino de gastrónomo, pues, aparte de fusionar géneros alimenticios para satisfacer el instinto devorador de la gente Puca, debe dibujar el rostro de la oferta culinaria de Remoto. “Un jefecito tiene que enfrentar la reacción del degustador que pone el billete o, si no lo carga, del que pone su corazón; al final, éste último, es el juez que dictamina el valor de sus creaciones para el arte de comer...”, musitó observando a los ávidos comensales que desaparecen el caldo de los hondos recipientes de calabaza, acompañándose de una rotunda salsa de ají rocoto que hace que Silverio le extienda una venia de estamos conformes, esto sí que pica lo suficiente. Esos platos de calabacín regresarán limpios a manos de sus ayudantes de cocina y por añadidura meseros para la ocasión y todas las demás que se presentan en el servicio al comedor. Aunque de los nativos no suele escuchar alabanzas de voz a su gastronomía, como las que recibe de los extranjeros que degustan el “menú largo y estrecho”, el resultado le reconforta por el cero desperdicio que devuelven los primeros: platos casi lavados.

—¡Saquen el buey...! —exclamó entregándose a repetir la sensación de estar entre hombres que pertenecen a un mundo irreconciliable con el sujeto objeto de la ambición de ver, apenas, desde el palco de los cuatro tenedores—. Tomás, cuando lo entrevistó para el cargo de jefe cocinero que sepa manejarse entre diferentes culturas, fue rápido: lo observó de pies a cabeza unos segundos, habló con él de todo un poco unos minutos, y firmaron un contrato. “¡Estás hecho!”, le avisó palmeando su espalda con la sorna que, a partir de ese instante, no abandona el barbirrojo al dirigirse al jefecito. Así, misteriosamente, vino él a dejar el mundo de los fogones urbanos, el magnífico servicio de cuatro tenedores, respondiendo al desquiciado impulso de truncar su viaje a la cresta del éxito en la cocina europea. Y lo extraño de todo esto, días después de que fuera investido como el octavo miembro de la exclusiva Unión de los Caballeros de la Buena Mesa. No supo mantener la brújula hacia el pudiente norte, donde se dedicaría a especializarse más y más con lo europeo, olvidándose de las delicias nacionales, subiendo peldaños sobre la alta cocina de las tribus atlánticas, alcanzando ahí el no va más de un cocinero internacional. En los días que saboreaba el dulce fruto de la gloria, calándose el bonete y el collar de la Unión de los Caballeros de la Buena Mesa, llegó ese curioso anuncio a sus manos, metido dentro de los clasificados del semanario *Siembra*; alguien de la gente del Hotel Suizo se lo pasó para que lo deleite con sus corrosivos comentarios contra lo selvático, a cuenta de la lógica del absurdo.

“...Pretendemos un Jefe de Cocina, que fusione la alta cocina internacional con las diferentes culturas que confluyen en nuestra hostería, la que se halla refundida dentro de un punto de la cuenca media del río Napo...”, fue lo medular del llamado que hizo añicos el sueño europeo de Pompilio. El hombre que encalleció el dedo índice de la diestra con cerros de ajos y cebollas, el que maneja el cuchillo a ojos vendados, el de las creaciones culinarias de antología, cedió a lo posible que se disfrazaba de

imposible. Aquí está parado frente a los nativos, los que ríen a gusto cuando, el jefecito, saca a relucir sobre su pecho el gran collar chapado en oro de los caballeros de la mesa epicúrea.

El novato vio a los nativos esfumarse por el espejo de Pelancocha, se fueron avanzando en la tardecita al encuentro del cálido regazo de la aldea Puca; allá les aguarda el rito reparador de la chicha que repartirán las mujeres de su tribu. Entretanto, el simulacro de aldea aborígen forjada por Tomás Vanbeberen, respira la hora del té y la tertulia que sobrevendrá entre los residentes prestos a anudarse con la noche. La fuente, libre de garúa, se mece con el aire fresco que vino de la gradiente andina disipando el desquiciado sol de aguas. Las formas de los dundos espinudos de anchas hojas le llegan al dilatado balcón del comedor; los yutzos que copulan en las orillas despiden aromas de ocaso, se estremecen con la caída de la tarde. La luz languidece sobre el espejo de agua, se depura con el clamor de los habitantes diurnos recogiendo en sus nichos mientras los bichos nictálopes se alistan a medrar junto a las tinieblas. Él se acomoda al desmayo del día, ya está sobre la hamaca que lo incita a resumir lo que va de su día solar, bebiendo del té de naranja que brindó el cocinero en un largo pote hecho para mecerse ante el policromático horizonte de los anillos de las náyades. El balcón de las hamacas corre tras el sol de los venados que halan a las horas diurnas hacía el valle de la oscuridad, y con ese cortejo de musas aéreas se van también los espectros del reloj ciudadano que ya no le ordenan ir a los predios universitarios. “¿Y, pelafustán, cómo te fue en tu primer día en Remoto?”, interrogaría con acritud el pujante Samaniego, esgrimiendo una mueca de rabia e impotencia por haberse sometido a los impulsos del indomable Samaniego. “Fue un día exagerado..., he construido otros barquitos de papel para el capitán de Jipiro. ¿Si ves el carrusel alado de las horas solares hundiéndose en el

incendio que borrará la lejanía arbórea de la otra orilla...? Con que sí eres capaz de percibirlo; entonces, sobrepasé ya la edad de los recintos que me tenían petrificado; diga usted, licenciado Samaniego, el circuito de rotunda fealdad que hacíamos a pata: Ministerio-Pontificia Universidad-Villa Ximena, y viceversa”.

La noche se incrustó en la cabaña de Carmela que acabó posponiendo el aseo de su cabello para otra hora más propicia, hace rato que se disponía a ello para distraer la pegajosa pesadez y la modorra de la media tarde. El ocaso la pilló en la hamaca de su balcón, cavilando con los insectos que se inmolan ante la lámpara de petróleo de la choza vecina, donde su neurótico ocupante izó la bandera pirata, avisando a sus diminutos enemigos que está ahí para luchar con ellos.

—¡Encomiéndate Pompilio!, llega a una transacción honrosa con el enemigo —espetó Carmela al escucharle maldecir al otro frente a su balcón—. Saliendo de la hamaca, incorporándose a la agradable oscuridad que reina por su lugar, procede a cepillar su larga cabellera. Apoyándose en la barandilla, observa la luciferina sombra del jefecito quien, a diferencia de ella, trata de alumbrar lo más que puede la penumbra de su choza.

—¡No te veo!..., para variar —refunfuñó Pompilio buscándola con su potente lámpara de cabecera, la de pillar sapos y ranas cuando hace el nocturno circuito herpetológico junto a la científica danesa Gitte, radicada en la vecina comuna del Pilche. Circuito que, con la anuencia de Tomás, va a proponerlo a los visitantes de la hostería, ofreciéndose a ser él mismo el guía total.

—Pasa ya de encandilarme, hombre; tú sabes que me acostumbré a la oscuridad, sólo enciendo una luz para lo estrictamente necesario... Para eso tenemos doce horas solares, ¿o no?

—¡Además de musa, nictálope! Es inmedible tu afición a las tinieblas, no puedo creer que seas capaz de estar así de cam-

pante, sin encender una vela en este salvaje murmullo... Sí, he intentado ser un ciego ante ellos; o que sean parte de lo contemplativo nocturnal. ¿No sé?, algo como cantar rancheras y alucinar con los diminutos por lo inabarcable que me resulta el árbol de Lupuna, y compartirles mis chicharras del bendito cáñamo. Deberías probar mis chicharras, es lo mejor que he logrado para mi exclusivo consumo, garantizado, y no produce resaca moral.

—No me provoca, ahí tienes que no me provoca...

—¡Por Cristo! No puedo ser como tú o el señor belga o el novato... Verás que éste último ya se enteró que eres una musa.

—¡No seas payaso, jefecito!

—Eso ríete, ríete, me encanta... ¿Cómo explicas ese equilibrio que dice tener Tomás con mántidos y demás alimañas mordedoras?, me saca de quicio su impasibilidad. Lo mío es el sapo cancionero, algo como la tonadilla congelada del serrano que triunfa en el extranjero.

—Nos falta todavía para ser dignos habitantes del bosque.

—Así estoy yo, como el camaleón urbano que aquí se traba y no se mimetiza con la jungla, no funciona como uno quiere que esté de calibrado. Cuando más acoplado creo estar, vienen las hileras de hormigas a cagarse en mi existencia —insistió, Pompilio.

—Y tú, claro, estás listo para dar la pelea, presto a descargar el frasco entero de insecticida, ¡Relámpago!, sobre las hordas de rojillas —repuso, Carmela, obedeciendo a la necesidad que tiene el otro de una arenga de alguien que se halla a gusto con la oscuridad selvática.

—No te sorprenda, es parte de la lógica del absurdo, la lógica del absurdo que me es propia y que vengo ejercitándola con cierta saña en algo que podría denominarse como un cuento psicológico de fuste, ¿qué te parecería?: *El extraño caso del cocinero Delacroix*

—A lo mejor al novato le da por abrir un archivo así en su portátil... Suena bonito eso del extraño caso del jefecito Delacroix.

—Oberón, así se llama el cerebro electrónico que guardará los archivos X del joven Samaniego. Qué te digo, estoy como ascendiendo al cielo y de pronto se desbarata el canto de los querubines cuando escuchó los tambores de guerra de las rojillas reclamándome en el averno, y no resisto la tentación de que los metros cuadrados de caña guadúa que rento a la selva, con el letrero de dulce hogar, se hagan un infierno...

—¡Qué tipo! —interrumpió divertida Carmela, iluminada por la risa que no persigue el otro con su lámpara de cabecera, y añade gravemente—: Oye, ¿no será que tu vida es un sueño?

—Desde que la vida es sueño, es moneda corriente que la gente se crea despierta; en este tiempo de ingenuidad tenemos la costumbre de amanecer con el afamado realismo mágico. Más que dormir me agrada la sana intencionalidad de no volver a apearme de la cama, y salir sin darme cuenta de cómo y a qué hora partí a la vida interminable —concluyó Pompilio, apagando la voz tras el adiós que alejó a la invisible Carmela.

En la choza que ya no enseña el cartelón “Administración”, el novato ha girado en las redondeadas pantorrillas de su musa. Él ya ingresó a la memoria de Oberón a la prieta trigueña, la que imaginó retozando a la sombra de un amor acuático. Ya figuró llevársela a la canoa grande; ahí estaban ellos dos ingrátidos, bajo el tenue reflejo lunar del muelle. Abrió las primeras páginas de su nocturno selvático, dentro de Oberón; dio un nombre femenino a su archivo: Carmela. Tecló largos párrafos, haciendo eso que tantas veces ha dicho que iba a hacer: “Algún día voy a escribir, nada lúcido, mi propio caos”. Después de este fragante día de observación, le salieron unas lindas obscenidades. Las voces de pasamano callaron hace rato, pero la risa de ella no cesó de incitar al animal que tiene entendimiento en los asuntos del perineo.

El jefecito hizo el coloquio que él reclamaba para sí con la trigueña, pero él nunca va hablar así con la invisible del pasamano; es más, no debe hablar así con ella. El silencio, luego de vencer la tentación de borrar lo que ingresó a Oberón, lo sobrecoge. Ya se aparta del toldo, quitándose del camastro pone a salvo a Oberón dentro de su capacha prometiéndose librarlo, “mañana mismo”, de esa información que lo tiene hartado pesado al burro de carga de archivos “¡importantísimos!”, esos de la Pontificia Universidad. Sí, todos ellos se incorporarán al éter. Sale al balcón a ver si el eco de los parlantes vecinos se fue por el camino elevado hacia el comedor. La cabaña de Carmela devuelve silencio y tinieblas; la del jefecito avisa que está en algo porque se va apagando su resplandor temprano, el crujido de puertas de caña guadua evidencia que estará por mudarse a la morada que cuenta con energía eléctrica merced a la dotación de los paneles solares. Pronto, en la cocina, se enciende una luz que sirve como un faro ante la uniforme oscuridad que envuelve a la diminuta aldea. Ya el cuerno suena, por un instante cree que los caminos elevados se van a llenar de crujidos y voces de los hambrientos nativos a punto de asaltar el comedor. Se queda esperando esa respuesta alegre, masiva, de la gente Puca. La hostería está vacía, el llamado de Pompilio es para los otros tres residentes que no la abandonaron.

Una creciente tonadilla de tierras altas lo alienta a salir a su encuentro, se dirige al camino elevado que ya no gasta las lámparas de petróleo de ayer; pronto la presencia jovial de Tomás lo rescata de la aprensión del novato, sí ha tomado la órbita correcta que lo depositará en el comedor. El barbirrojo lo puso sobre el camino que más adelante transita Carmela, dirigiéndose todos tres donde se consumará el sobrio saludo de bienvenida del jefecito. El comedor luce gigantesco, es como una nave anclada a la espera de los cosmonautas que irán tomando sus posiciones de partida hacia el firmamento, siendo exploradores que han quedado extasiados con las muestras biológicas que recogieron del planeta descubierto por error: un fallo en el salto espacial que

programaron rumbo al planeta Horcón, los depositó al pie de los anillos de Pelancocha. La frugal merienda transcurre entre sorbete de naranjilla, pan mestizo, queso fresco, mermelada de mora y nada más. Todo amparado por el aroma exquisito del café Zaruma que el novato tiene prohibido ingerir. Encaramándose en la anécdota que los veteranos residentes fueron desarrollando para hacerla una rica ficción presente, puede decir que le encantó lo del animador de televisión que trajo una nórdica que ayudó a dejar sentada su virilidad, sobre las astillas del tálamo de la choza número seis. Celebró tanto como los otros que se pusieron de acuerdo en las palabras rueden a tono con la intemporalidad del bosque lluvioso. Mañana tendrá su historia de media noche para estrenarla, en las ondas largas de radio-libre Marañón, sacudiendo las consciencias de lechuceros, éstos atentos a lo de un manso ornitólogo que de repente arrojó a su charlatana mujer al avispero de una palmera patigua.



Capítulo V

Amanece lloviznando y la hostería se bambolea en una corriente nublada, es cascarón boyante sobre augusto brazo de mar. El novato se precipitó al canto lastimero, oculto, de la panhuana que lo entregó al diurno alado, esa inagotable melodía del bosque. Un holograma de piratas queriendo abordar al buque contrincante quedó inconcluso, tampoco cuajó la voluptuosa ínsula donde aguardaba el mortal lance por el tesoro. Todavía no se cuele en sus sueños la musa de la pluviselva, antes es menester construir el castillo con el dragón que la resguarde (tras el espeso velo sulfúrico de los de su raza) de la lascivia de los falsos redentores. Se estira en el camastro que cruje desgonzándose al unísono con su cuerpo, estremecimientos guturales conjugan con la estructura de bambú y paja de su camarote. Alza cabeza buscando el paquete de Full Speed, toma un cigarrillo taconeándolo en la palma izquierda; podría decir que por el placer de venir de un sabroso sueño es que requiere del tabaco, como una suerte de celebración por el fresco despertar, a falta de una copa de aguardiente agustino. Amaneció con la mentalidad alegre de un imprevisto día de asueto escolar, y, más que las ganas de fumar —echado como lo hacía en su adolescencia festejando la sorpresiva vacación que ordenó la autoridad competente, “en aras de salvaguardar el orden público y la integridad de nuestra gloriosa juventud...”, viene presto a recuperar la sensación de ganarle un día al yugo de las

paredes de la secundaria. Tiempo ha que no sufre esa necesidad imperiosa de abrir los ojos y fumar sobre el lecho tibio, como un ritual de homenaje al día que el caminante podría hacer un alto para ver pasar las horas lluviosas desde las ventanas de su choza, sin entrar al dosel que encierra a Pelancocha. Su primera dosis de nicotina, en lo que fue el estadio de acción del inspector/estudiante, venía de traje y corbata ante el escritorio ministerial, lo hacía para deshacer el nudo estomacal que le provocaba ese enjambre humano acoplándose a sus casilleros laborables. Esto de escuchar entre sueños el preludio de ruiseñores, antes de ver la choza donde amaneció, lo hizo renacer, por gozosa añadidura a lo del asueto colegial, a los días del basar que montaron con Papa-Beto en la feria de integración fronteriza. Ahí venía descansado y fuerte, listo para botarse a las calles enfiestadas y a tragarse el mundo con las delicadezas de mazapán del abuelo, que no tenían parangón en la oferta harinera binacional de entonces. Sosteniendo el cigarrillo en la comisura de los labios, pliega el mosquitero y se reacomoda sentándose contra el espaldar del elocuente camastro. Echó ganas en la primera calada de aires de asueto colegial mezclados con feria de integración fronteriza; la bocanada expiró furibunda. Deleitándose con los anillos de humo que se expanden en la habitación, relaciona que la cajetilla está a medio quemar, no estrenó otro paquete al llegar a la mañana, rompió la costumbre citadina de acabar mínimo una cajetilla diaria. Sin aportar para ello el menor esfuerzo, ha hecho a un lado diez unidades de su regular consumo de cigarrillos, constataando los nueve que sobran hacen realidad el notable bajón de su dosis cotidiana.

Está dentro de este océano verde que rodea su choza flotante, el bosque tropical que se extiende hasta el delta del río Amazonas. El continente de las orquídeas se prolonga cinco mil kilómetros desde su situación actual, donde corre el proyecto ambientalista pragmático que se opone a la devastación del eructo del averno y a los madereros. Aquí podría estar aproxi-

mándose a un inefable método para que el tabaco abandone al fumador en dos jornadas silvestres de antología, a razón de diez unidades por día, apenas hospedándose en suelo Puca y sin que haya previsto alejarse del vicio que sí podía compartir con Papa-Beto. Quizás ahora que tiende un puente a la idea de abandonar el tabaco, evitando acudir a la voluntad que padre le inculcó es la promotora de las buenas costumbres, lo deje por otro opiáceo más contundente: oxígeno de bosque tropical. Saltando del lecho, dirigiéndose a los diálogos de retrete, presume que los demás residentes estarán en lo mismo: arribando a un diurno donde las siluetas de monstruos antediluvianos que pululan con la noche se han diluido.

“¡Ánimo!”, aulló en el balcón. “¡Ánimo!”, repicó haciendo honor a la arenga que el sargento Mafla le inyectaba en los sábados de conscripción militar de la secundaria. “Mi sargento Mafla no se rendía ante sus monstruos...”, musitó divertido, casi encontrándose con el compañero de banca, tiza y pizarrón que lo acolite en la recuperación del holograma del enérgico militar, y darse mutuas razones de porqué ese hombre dio la talla de personaje. Mafla, siendo un guerrero consagrado del conflicto bélico del Cenepa, se rebajaba a dar ánimo a un grupo de muchachos inapetentes de gloria espartana, cuales venían a cumplir con el servicio militar desinteresados de cualquier otra gloria que no sea la que inspira la carne tumefacta. Jamás pensó que conocería un sucedáneo de la selva que el guerrero les describía, próximo al éxtasis, como un intrincado ejercicio de vida y de muerte. Mafla destacó como un cuerpo de asalto a la vanguardia invasora, resultó vencedor de un combate de pelotones en la Cordillera del Cóndor, por la cuenca del río Cenepa; el guerrero recalcó que la lucha se dio en un piso biológico tan complejo como la cuenca del río Metcong que no conocía; así le había aseverado el viejo chicano, veterano de Vietnam, que vino a cubrir el evento bélico para una cadena televisiva, por encargo de la prestigiosa COATHI, Cadena Orientada al Televidente Hispanoamericano. Si Mafla estuviese junto a él, le diría que el territorio Puca es un campo

minado de musas (por decir una figura que nunca lo habrá visitado en su catre espartano), al lado de la feroz irregularidad de la cuenca del Cenepa. ¿Sería capaz, el sargento de las Fuerzas Especiales, de aullar ¡ánimo! a los nativos Puca, esos que celebran cada jornada como el día de la desintoxicación nacional?

Visita de nuevo el cubil de aseo mientras la llovizna parece arreciar en la plomiza mañana. Los minutos que dedica a la higiene y acalamiento del cuerpo se han reducido al mínimo, pronto reaparecerá por el balcón vistiendo la holgada ropa que ya se está impregnando con su propia fatiga. Transita por el camino elevado hacia la cocina escrutando en Pelancocha, a ver si la musa emerge de su lecho y le inyecta placer a sus ojos y estremecimiento a su cuerpo. Desde que salió al balcón la buscó con el ahí sí ¡ánimo! de acechar, fuera pudor, en su ejercicio natatorio que no se atreverá a interrumpirlo como pretendía ayer y para bien fue detenido por Pompilio, quien supo hacerle entender dos veces que debe buscarse sus rituales y no inmiscuirse con los ajenos. Fue una lección de supervivencia tan sapiente como la de no extraviar el canaleta, Pompilio lo salvó de hacer el ridículo con una mujer que no está para galanterías insulsas. La vista de la fuente devuelve agua al cubo, suspira ya aspirando los aromas de café Zaruma que lo meten en el recinto donde canta el jefe cocinero. Allí, los olores a chicharrón con yuca, se han tomado la porción de tiempo que les corresponde esta mañana. Hora propicia para desayunarse con yuca revuelta en chicharrón. “Rica yuca con mapagüira...”, dijo el hombre que lo invita a desayunarse con tal especialidad regional, entretanto se entretiene dando las justas vueltas que debe dar a la mezcla pastelera que manipula para que se transforme en delicada masa de hojaldre. Masa que pondrá a reposar dentro del refrigerador para lograr la fina textura de las mil hojas, la que usará para los bocados de príncipe a probar por sus gastrónomos internacionales.

—Hermoso día para encuadrarse en el ocio de panorama húmedo, la vista mojada de Pelancocha es una invitación a no hacer nada más que encerrarse en ella, ¿qué me dices? —dijo

Pompilio apretando los dientes por el deseo de oler unas tostadas de su pasta mil hojas, tostadas cargando en su vientre champiñones bañados con queso gorgonzola.

—Me es tan familiar el humeante café que copa tu recinto que estoy por averiguar si ya me he curado del mal que me impide disfrutarlo... ¿Quién sabe?, fíjate que he bajado mi dosis de tabaco a la mitad sin mosquearme, y estando en pleno uso de corriente salud —replicó el novato, enseñando la cajetilla medio vacía de Full Speed que aún está vigente.

—Te creo, lo hiciste tan campante como me ves aquí con el hojaldre. Si te contará las transformaciones que he sufrido en este planeta (porque tiene razón el señor belga en llamarlo “planeta del sudor”), no me alcanzaría la mañana. Acá uno se desprende de cosas que jamás pensaste se marcharían así, tan callando. Dímelo a mí que en la ciudad no podía ahorrar dólar por estar limpio de “cosas mayores”, metiéndome un cáñamo de pésima calidad... —añadió Pompilio haciendo un guiño por eso de la pésima calidad del hachís callejero, destapando inmodesto el íntimo orgullo que siente por su producto artesanal, sin fines de lucro, que algún rato compartirá con el joven que viene decente, confiable, como para desde el principio ser serios entre jefes, cada cual rindiendo lo suyo.

—Sé de lo que hablas... los vicios masculinos son asunto de cuidado —observó el novato, guardándose de explayarse en el presupuesto aparte que el pequeño burgués tenía para invertir donde la Geisha, manteniendo así a buena distancia el deseo de comprometerse con Teresita. La misma Teresita que ya debe haber despachado su escueta misiva de adiós, esas letras que supieron cargar el toque de locura que la desanimará de insistir con un demente que se pierde en la selva teniendo todo a su favor para triunfar por la senda de un hombre que ame su trabajo, su profesión, su familia, su iglesia, sus posesiones, su roce social... ¡Jesús!, un joven Muy Prometedor, que de la noche a la mañana, se mudó a un desquiciado que quiere vivir a lo bestia.

—¿Ves?... la masa va tomando consistencia —dijo el jefecito propinando suaves palmadas al hojaldre y, entrando en franca complicidad con el novato, añade—: Cuando se agote el tiempo de las vueltas del hojaldre, retornaré a los reconcentrados perfumes de la salsa madre, es una reina que debe estar coronada antes del arribo de los extranjeros.

La mañana prosigue donando aguas virginales a Pelancocha. Silverio Coquinche desembarcó entre el juvenil revuelo de los nativos, quienes se dirigen en grupo a la cocina portando su tesoro: un gran pescado, el bagre lechero que el jefecito, al ojo, calcularía sobrepasa el quintal en peso vivo. El fresco regalo del gran río es donado a la cocina de la hostería por Silverio Coquinche. La acción de los nativos conmueve al jefecito que relaja su porte solemne; traer carne fresca arrancada a las aguas del río Napo, es un acto cumbre de cortesía entre hombres del bosque. Pompilio, acicalándose los bigotes orientales, contempla al pez que obsequió la selva, estirando a éste sobre la mesa de mármol para trinchar. Después se excusó un instante para colocar el punto y aparte a la masa de hojaldre, palpándola por última vez la cubrió con un paño blanco para entregarla a obligado reposo refrigerado, confiando el tiempo terminará de hacer su obra pastelera. De regreso con el grupo de nativos que aguardaban su loa de rigor ante el pez pescado, procedió a cantarle a las cualidades palatinas que éste posee, acompañándose de una amplia mueca de agradecimiento por haberse dejado capturar; asimismo alabó a la gente que trajo toda esa carne blanca que él transformará en delicias regionales.

—¡Hombre, estamos de fiesta! —espetó Tomás emergiendo en la cocina, tras la espalda cobriza de Silverio, cual recibió con sobriedad el pláceme y la breve oda que hizo el cocinero de la bienaventurada pesca—. ¡Carajo, vaya bicho tan grande han conseguido! Vamos a tener ceviche de pescado para largo, ¿qué dice el jefecito del festín que nos daremos? —añadió el barbirrojo frente al regio bagre lechero que empezaba a ser despellejado y limpiado por el personal de cocina.

Superada la emotiva recepción del gran pez, la actividad en la cocina se concentra en las tareas útiles a los fines gastronómicos; apenas el tumulto evacuó el recinto, Pompilio, exhortó a su equipo a meterse a la realidad de los peroles bullendo. Siendo el brequero del tren coquinarío de Remoto, aplica sapiente los frenos cuando la locomotora corre el riesgo de descarrilarse por el relajo de sus operadores. Entretanto, en el comedor se efectuó la masiva ingesta de café con yucas, y sobre la mesa de los jefes se posesionó el indefectible tema de las condiciones climáticas, concluyendo que el diurno pinta para una jornada de mantenimiento de techumbres. Silverio pronosticó un día aguado de corrido, con aguaceros intermitentes —exento del sol de garúa que ayer los tuvo entretenidos en los senderos turísticos—, sugiriendo es una jornada que se predispone para realizar labores puertas adentro, ideal para quehaceres domésticos.

Atendiendo la sugerencia de Coquínche se organizó la jornada de los nativos para ejecutar el control de las cubiertas de paja, repartiéndose a la fuerza de especialistas en las distintas chozas que alojarán a los visitantes. Silverio cuidará de la flamante cabaña que alberga la biblioteca, cual está a punto de inauguración, hallándose como dice el señor Tomás en los acabados subjetivos. Al chamán le gusta referirse a esa fase estética como los complementos naturales de la biblioteca y, los días lluviosos como este, se inspira para colocar el punto donde otros chamanes actúan con sus mensajes cifrados, haciendo de “la casa que habla” un viaje como el que la selva y los luceros hacen cuando se unen en las noches de luna. “La casa que habla es tú responsabilidad, tú estás a la cabeza de esa transformación de las palabras en lenguaje...”, le comentó Tomás al novato, en alusión a lo que, grosso modo, le había dicho a Silverio, quien se encantó con la idea de un hogar para los libros.

El novato ingresó al ambiente laboral del día de aguas, la fuerza humana de la hostería gira en lo simple, los nativos hacen el mantenimiento de las cabañas que alojan al Proyecto Remoto, ese ente que permite a la comunidad Puca guardar su integridad mediante la conservación del territorio de sus ancestros. El ácrata belga los empujó a usar su osmosis con el bosque para prevenir ser destruidos por el enemigo de los espíritus libres, el depredador positivista, el sujeto desnaturalizado que pasó a ser un engranaje del poder adquisitivo. Estos trabajos manuales pondrán a prueba al embrión de hombre boscoso, recién adaptándose a las esenciales destrezas que pide de su cuerpo el ser natural. Aquí medirá su capacidad de entregarse a lo elemental para que de Teófilo Samaniego reviente el hombre a secas, y ya no más de las recetas del hombre succionado por la Calidad Total. Esta vez sí se vino la lluvia pertinaz que lo tiene al abrigo de una morada que recita; el cuerpo pedía una hamaca para ver a Pelancocha, mas siguió a Silverio que lo trajo a deleitarse con los adelantos de la casa que habla. Aquí la prisa se hace un suave bogar por su río interior, en el viaje al fondo de la luz y las sombras de los anillos selváticos. Aunque no va a extraviar su época, los turistas se la traerán en bandeja.

Entrada la mañana, la cocina brindó a los nativos tibia horchata que vino libre de los fermentos rituales de la espirituosa chicha que prepara Pompilio para recibir a los extranjeros. Los hombres de la minga elevan un cántico de alabanza al espíritu del día lluvioso que los tiene haciendo labores de recreo puertas adentro; lo han tomado como una jornada de festejo tribal y se distienden con la dulce horchata. El novato acabó desistiendo de la idea de ver llover en Pelancocha, desde la hamaca del balcón de su cabaña. La agilidad de Silverio para atar los cabos sueltos de su obra arquitectónica lo tiene absorto en la techumbre, mientras él viene hojeando el sencillo libro de pasta verde que sostiene entre sus manos. Coquinche le entregó ese libro pidiéndole que le dé su criterio sobre el contenido de las letras estelares de la obra, a

ver si le dice algo el título sustentándose con el dibujo que adorna la portada: violines danzando con mariposas en un paraje ribereño. El nombre del pequeño libro retumba por el recinto, vuelve a surgir sonoro y solemne de los labios de Coquinche: *“Viajando por un largo río de silencio”*. Tras segundos de dubitación el novato aprueba el primer mensaje del libro con eléctrico ademán: —El título es contundente, osmótico... —le dijo a Coquinche, que se quedó satisfecho con la respuesta, tanto que le prestó el ejemplar bajo un plazo fijo de devolución a su anaquel; el chamán se lo remitió ya vestido como el guardián de la casa que habla—. Acaricia el momento que se apoltronará en la hamaca para leerlo sin ser perturbado, ante el umbral de la unción; va a ser el primer libro en el que navegue entre los silencios de la selva, viniendo de un estado moroso con las letras que conmueven, casi no ha leído desde que Papa-Beto se fue tras una fragante nube de tabaco y café. Silverio, con la agilidad de un felino, se paseó por la viga central de la cumbreira, revisando el entramado de paja, comprobando con orgullo artesanal que no existe filtración alguna en su obra, ese aserto lo hace exclamar con decisión: —¡Es hora de abrir la casa que habla!

Se dirige al comedor calculando la mañana gris a sobrepasado el meridiano, cargando con esperanza el libro verde que recomendó el ya en funciones bibliotecario de Remoto; camina envuelto con el chubasquero, calzando botas de caña alta, como el residente de un buque que aparenta ir a la deriva pero que tiene rumbo fijo, el capitán al mando sabe que su nave no está yéndose al garete; y él tiene la certeza de estar por encontrarse con la hamaca que acogerá su prurito de entrar en ese río de silencio que porta calentito en la cintura, tiene a vista un recreo que lo mantendrá meciéndose hasta que lo sacuda el llamado a la mesa. Una corriente de aromas orgánicos avisan que la cocina está produciendo, no puede evitar hacer una parada donde se entretiene con los anillos de cebolla perla que se rehogan en rubias lengüetas del aceite virgen de maíz, a ese paisaje de dorada cebolla se le

unirá el púrpura del pimiento morrón hecho rizos. Pompilio es el alquimista que fusiona aromas y colores que sueltan la esencia de su escuela gastronómica, y no escatima su verbo a los jóvenes aprendices, cada oportunidad que se le presenta para ejercitarlo sobre la marcha de una receta, el maestro pregona: —Respeten el orden que se establece para las cosas de comer, cada ingrediente debe ofrecer lo suyo, cada uno de ellos tiene su tiempo de gloria en la sinfonía de los aromas y los colores que hacen un platillo que se precie—. Los rosáceos filetes de bagre lechero se enharinaron, luego se doraron en la paila donde antes languidecieron sedosas cebollas enredándose con colorados rizos de pimiento morrón. Se cuece el pez a fuego lento, y el jefecito mezquinándole los líquidos, dándole de beber lo justo de vino blanco para que la salsa se alegre con moderación sin perder el control emborrachándose. —Ven, muchachos, esto está dentro de las cosas finas de comer. Estos son los placeres de un día aguado, ¡cosas finas!

“¡Cosas finas!”, repitió para su capote el novato, quedándose con los rostros arrobados de los alumnos que no perdieron detalle de la vívida lección del jefecito. Alejándose de la cocina encuentra la hamaca que reservó con antelación en la variedad que ofrece el balcón del comedor. Acariciando el libro que le prestó el guardián de la casa que habla, se estira libre del chubasquero, por fin tiene para sí el cuadro gris de Pelancocha que está recolectando aguas a granel. Saborea el título de la pequeña obra que ya lo hizo conectar con la mente de Silverio Coquinche: *Viajando por un largo río de silencio*. El ingrátido bamboleo de la hamaca simula la quilla deslizándose en ese largo río de silencio que abre el libro verde, sufre la sinuosa travesía que realizan tres monjes capuchinos unidos por las revelaciones que les concede la pluviselva. Navegando desde el nacimiento del serpenteante río Tiputini, hasta su desembocadura en el río Napo, rebasará el sueño del estudiante que imploraba un pasaje a Europa para realizarse. Ir corriente abajo por ese escondido tributario de la cuenca

amazónica será como subirse a un itinerario estelar, dando saltos espaciales entre el infinito de criaturas esféricas.

Suena el cuerno de la cocina, y con ese mugido bienhechor vendrá el banquete que regaló el río para alumbrar la tarde plomiza. El “sudado de bagre lechero”, correspondiendo a la generosidad del pez, cuajó como la mesa caliente de Pompilio quería. En el comedor se organizó, para el tardío almuerzo de jornada única, la modalidad de sírvase usted mismo que se impone cuando hay abundancia comestible. De esto que resalta la buena olla de barro repleta con el estofado ubicándose en el centro de la mesa, flanqueando al manjar principal sendas fuentes de yuca tierna y cuencos de ensalada de palmito y ají; todo bajo la etiqueta de sírvase usted mismo, ¡qué rico, más! Descendiendo a la media tarde, arreció la lluvia desembocando en furioso aguacero, el que probó la impermeabilidad que goza el recinto, aunque el temporal acalló el murmullo feliz de las criaturas volcadas a engullir el sacrificio del bagre lechero. Como quiera Silverio, en la mesa de los jefes, se dio modos para hacerle entender al novato que ese aguacero feroz era un digno colofón al diurno vasallo de las aguas, pronosticando que a la tardecita iba a escampar y Pelancocha reverberaría con el sol de venados.

El novato resume el diurno abismado en la fuente que creció de nivel; ésta luce renovada después del remojón, parece haberse deshecho de las toxinas mostrando un cutis terso de bebé. Igual el soto que rodea a los anillos de Pelancocha viene con musgos rojizos, begonias púrpuras, bejucos trepando gigantes palos de coronas rosadas. Se une a la comparsa de nubes sanguinolentas yéndose por la otra orilla; la hora escarlata se estira voluptuosa en la fuente purificada, mientras los satisfechos estómagos de los nativos navegan airosos al encuentro con la aldea Puca. El incipiente alarido de los nocturnos reunió a los residentes de la hostería, que se dieron cita en el proscenio para ser espectadores de la noche que se acerca con el tufo de los carniceros. “Es el momento justo para dialogar con la muerte, sin resquemores...”,

musitó el novato embebido con la desaparición de la hora de luz radiante, la que fue mezquina desde que amaneció al gris aguado de una selva invisible. En su inmediato pasado de multitudes motorizadas regresando a sus ahumados dormitorios, camino a la Pontificia Universidad, le atacaba el deseo de ir a la rokola del Soda Bar Carrión, a por la canción que dé viada al primer litro de terapéutica cerveza. Esa sensación de enfermiza soledad que le traía el crepúsculo crepitante de la metrópoli, se va disipando con la vital soledad que experimentó apenas se deslizó en el estero de Pelancocha, marcado del amuleto que le dio Coquinche para que lo cargue en el corazón del capitán de la Mercedes Orgelina, la fragata del mar adentro de su mañana. A partir de este minuto ya tiene nombre su barca, Mercedes Orgelina; mañana mismo lo grabará en la proa para que se codee en el muelle de la fuente con las otras unidades de los residentes, verbigracia con la Brujas, de Tomás; la Ana K, de Pompilio; la Regenta, de Carmela. Entonces, con la ayuda de Silverio, pondrá a punto a la Mercedes Orgelina para que no haga aguas como ayer cuando estuvo por colisionar con la Ana K y estropear el momento de inercia que gozaba Pompilio, bajo el abrazo de un eminente hachís que él, Teófilo Samaniego, también por inercia, llegará a probarlo en el instante propicio y sin necesidad de hacerlo para curarse de “cosas mayores”, como lo hace el jefecito. El hecho de estar aquí, es una terapia sanativa que no requiere de aditamentos psicotrópicos. Por de pronto le sobra el límpido espejo crepuscular para meterse en el alarido de los mántidos; le basta fumar de su Full Speed para digerir el “sudado de bagre”, echarse aquí una potente calada del tabaco que le dejó Papa-Beto es un lujo privativo de él, de nadie más que él.

—¡Hombre!, no es la primera vez que he tenido esa visión... —recalcó Tomás levantándose con parsimonia, buscando

la ventana para lanzar el escupitajo que rebasará la barandilla del balcón y, con suerte, terminará en la quietud rebosante de Pelancocha. Retornando con su enorme sombra a la mesa añade—: De hecho creo que tiene un significado que está claro en la lengua vernácula del inconsciente, vamos... si lo quieren leer así.

—Natural, pues, lo que no entiendes a la luz del día bulle en las marmitas del inconsciente —dijo Pompilio peripatético con su jarro de café humeante en las manos—: He ahí la razón de que con los ojos abiertos practiquemos la lógica del absurdo.

—¡Carajo, jefecito, absurdo es entenderse contigo, es como estar cantinfleando! Al cabo me resultaría divertido, si no fuera porque más de una vez pierdo la paciencia cuando nos ponemos a porfiar —replicó Tomás, esperando a su vez la respuesta del lenguaje corporal de los otros dos contertulios—. Carmela le dirigió la misma mueca de aprobación que a su turno recibió Pompilio, y el novato ha optado por mostrarse no beligerante en los juegos verbales de ambos, sabiendo que a la postre les dará la razón a los dos como suele hacerlo Carmela, divirtiéndose con ello.

—Cuando nado en aguas turbias (si ustedes quieren puede ser algo como el remanso del Manco o el Estero de la razón perdida, donde estuve testa con testa con la anaconda de sus pesadillas), ahí no tengo aprensiones que me paralicen de terror, puesto que esa inyección de incertidumbre que emana de lo invisible mantiene engrasados mis reflejos —dijo Tomás retomando el tema onírico que lo inquieta, remitiéndole una mirada cómplice a la trigueña que sabe en su piel de lo que él habla, y añade tras recibir el beneplácito de ella—: La emoción de zambullirte en una laguna si no infecta sí contando con una corriente población de pirañas, anguilas eléctricas... amén de nuestro protegido Pablito, te reanima, por decir algo que no describe las sensaciones que rinde lo impredecible. En Pelancocha nos zambullimos a placer —nuevamente llama la atención de Carmela simulando el nado canino con sus manazas—, es como la pileta delantera de nuestro hogar (mucho más del hogar de Carmela), pero con la diferen-

cia que existe la probabilidad de ser atacado por los bichos tal como existe la posibilidad de que me pise un carro saliendo del Madrilón, pues no hemos sufrido la mordida de piraña alguna, ni Pablito nos ha perseguido para cercenarnos las patas. Sí, jefecito, no tengo aversión a las aguas oscuras, a pesar de la noche en la que mi quilla colapsó y me hallé, hipnotizado de horror y fascinación con la cabeza de la Yacu Mama tan grande como la cabeza de un caballo... Silverio insiste que fue una prueba de amor de su venerable abuelo, yo insisto que fue una prueba de resistencia a la locura que me hizo el finadito Pacha...

—Ahí radica la cuestión, nuestra diferencia: no eres valiente, eres temerario, señor belga —intervino Pompilio con afectada indignación, siguiendo a su conato de ira una risa nerviosa que no cuajó en carcajada, desdibujándose tras un acceso de tos.

—¡Qué tipo! —aulló Tomás remeciendo sus quijadas en la cresta de una carcajada rotunda que sí llevó a su término. Tras lacrimosa pausa, se dirige circunspecto al meollo de su discurso—: Creo que se debe a que las bestias temibles que hacen de la selva un portal mítico apenas se dejan ver, estamos en que no te encuentras al jaguar “Otorongo” así como al lobo de la fábula infantil, ¿me entiendes?: el Otorongo es recatado, no le apetece tragar contacto con el hombre, salvo para comerlo si éste demuestra debilidad y está a mano de un apetito impostergable.

—En eso de las bestias mayores del bosque tenemos ópticas similares, pero si me hundo en Pelancocha será para saber que he superado mi fobia a las aguas oscuras —dijo aseriándose Pompilio.

—Se nota que estamos al revés, a mí me viene divertido nadar en aguas terrosas porque la bestia de mi pesadilla brota de una fuente diáfana. Ese monstruo me salta de un fondo cristalino donde distingo cada piedra que rozan pececillos tomates de ojos negros centelleantes, bellísimos. Esa piscina de aguas transparentes de manantial andino me subyuga con su dríade, como a Silverio lo tientan los encantos de la mujer-diablo que lo acecha

en los remansos floridos (aunque en lo de él hay conciencia de que la lucha de fondo es por la supremacía espiritual de su territorio, de por medio está su endémica batalla por la luz ante las tinieblas) —observó Tomás, remarcando el conocimiento que tiene el chamán de lo que le espera en el bosque, donde a menudo está siendo invitado a desfallecer por las potencias oscuras, y qué mejor provocación a caer que la figura femenina que lo tienta a probarse con la suerte de la fertilidad.

—Aquí tenemos otro testimonio de la lógica del absurdo; entonces... resulta que estamos al revés —dedujo Pompilio con-temporizando, recibiendo oportuna aprobación de la mujer que de alguna manera viene a ser la moderadora de las discusiones que se suscitan entre él y el señor belga.

—No presiento el pánico aunque se repite en mis pesadillas —continúa hablando el señor Tomás—. Por principio no entró con la guardia alta al ver a la succulenta mujer, de eso se trata el olvido, volver una y otra vez a idealizarla con el mismo ardor de un hallazgo largamente ansiado. Ahí asoma la bella, toda impactante y forrada del misterio que te atrapa en un ambiente relajado que te desarma ya. La doncella me conduce a la roca que sirve de trampolín para hundirnos bajo los placeres de una piscina de riachuelo...

—Amor salvaje... yo también quiero un amor salvaje; acá, el joven Teófilo, no se diga, sus ojos lo delatan a leguas —inter-rumpió jovial el jefecito, haciendo un guiño al novato que ya delató su ardor por la trigüeña, quien no se inmutó ante la alusión mejor le dio viada con sus sonrisas y miradas furtivas—. En esto, el señor Tomás, haciendo un ademán de cada quien se las arregla como puede en los negocios del corazón, prosigue desahogando su erótica pesadilla:

—¡Cada vez pasa cosa igual, y cada vez me olvido de que detrás de ese “amor salvaje” se halla un “amor antropófago”! —aulló levantándose, propinando un manotazo sobre la mesa, gesticulando para el novato, quien debe entenderlo como un ten cuidado con lo que deseas cuando estás en la antesala del paraí-

so—. La dríade me invita a seguirla al lecho acuático, se lanza del trampolín de piedra arqueando el cuerpo sensual, sus ancas de potra silvestre me llaman a holgar con ellas en las aguas transparentes. Me dispongo a saltar, sin oponer resistencia a la tentación de ser parte de ese cuadro edénico con la cobriza Eva, y es el momento en el que se me hiela la sangre. ¡Hombre!... ¡hombre!..., surge de la nada la enorme y brutal criatura: una especie de escualo con descomunal dentadura carnícora y ojos tan humanos, tan gigantescos, pero ojos furiosos como de espinaca hervida. Esa horrible bestia alcanza a la bella que no huye de él, hasta parece que quiere ser agredida por éste. El caso es que la somete bufando de apetito carnal, desparramando su babosa trompa sobre sus pechos, olfateando la tierna carne dorada antes de emprender en lengüeteadas lúbricas. La pesadilla se congela ahí, cuando quedo ansioso por visualizar la carnicería de la doncella, o sea el clímax de un idilio bestial.

—La deseaste tanto que envidias no ser el fenómeno de ojos de espinaca hervida para devorarla; al final, lo que ambicionas, es ser el destazador de la doncella —concluyó Carmela, ganosa de aportar con algo suyo a la interpretación de la pesadilla de Tomás.

—El infierno es el tormento terrenal de la carne... —canturreó en voz baja el jefecito.

—¡Amparito es mi infierno! —vociferó el señor belga, agitándose por la proximidad del arribo de la depredadora urbana a su lecho de selva. Barruntando en la entonación que le dio Carmela al vocablo doncella, quizás ahí está la clave del feo fin de un sueño llamado a ser glorioso. Alejándose de la mesa de los jefes, buscando el ventanal para evacuar su flema, ya no se engaña más, repite bajo—: Amparito es mi pesadilla.

—A cambio, yo localizo en aguas fangosas a la bestia de mis alucinaciones boreales —voceó Pompilio apartándose también del grupo con aires de premura, dirigiéndose a la cocina como si tuviese algo pendiente que hacer del otro lado de la di-

visión de carrizo que separa al comedor—. Reapareciendo en la puerta de cara a los conversadores, se detiene exhibiéndose con la púber Pancha posando sobre sus hombros, y exclama: —¡Aquí está mi amor salvaje! —levantando la cabeza de la anaconda, aún manejable por su corta edad, prosigue diciendo mientras se acerca a ellos—: Esta chica me adora, pero en poco tiempo podría ahogarme de amor si me descuido y la dejo que se enrosque por mi cuello... No hay nada que hacer con el instinto: me quiere bastante, lo sé; pero llegará el día que se perderá en los confines de los anillos de Pelancocha, insatisfecha del roedor que le proporcionamos querrá una presa tan grande como este cocinero, y que se cuide también el acorazado Pablito, nos engulliría sin problemas digestivos a la hora de calmar su espaciada hambre. Pero... —parándose frente al estudiante, lo anima a que acaricie el objeto de su curiosidad, la mascota del jefecito que ya comió bien hace un mes y falta bastante para su siguiente cena—, ¿cómo no amar a la Yacu Mama, aún corriendo el riesgo de que mañana ella podría trastocar sus caricias de amante-niña en letales abrazos de amante-anaconda?

Las voces del comedor se fueron acallando tras la distensión que trajo Pancha, a ninguno de los conversadores les llegó una invitación al muelle para brindar con la *Leche de la mujer amada*. La llenura por la comilona del pez persiste y la contemplación de la fuente no va a ser pretexto para vaciar las preciadas botellas de cerveza flamenca, las que están reposando en la bodega de vinos que se sirven a los visitantes con billete. Los residentes de Remoto caminan hacia sus respectivas cabañas, ya sintonizan con el rumor de la selva, el fuelle amazónico los torna en nautas de sus íntimas soledades.



Capítulo VI

Le perturba que el señor belga se haya ofrecido a ayudar a que enfrente las aguas turbias donde anidan sus fobias, pues, éste, hace gala de tener empatía con todo lo que se mueve en territorio Puca. Tomás, aunque no nada a día seguido, cuando lo hace es ruidoso y blasfema de puro placer para marcar la diferencia con la silenciosa devoción de Carmela. Bien dijo el mismo barbirrojo, ellos dos se meten en un elemento que no es connatural a los bípedos implumes, y así se dan gusto nadando sobre aguas que si no están infectas de voraces carnívoros, sí los hay suficientes para asustar al más aguerrido de los ciudadanos. Este hombre que se la pasa a cuerpo de rey en la urbe capitalina y, por añadidura, hace billete con el divertido café Madrilón —donde reside ocupando unos cuartos dignos del Patrimonio Cultural de la Humanidad que lo rodea—, también es amigo de las alimañas. Este sujeto que tiene pasaje a su buhardilla de Brujas (otro Patrimonio Cultural de la Humanidad), y puede alzar el vuelo hacia allá cuando le viene en gana, hace lo inaudito para alguien cosmopolita: fascina con los habitantes más numerosos y crueles del bosque, los insectos. Ya lo observó en su transición de ciudadano ejecutivo a indígena pragmático; Tomás se baja, de su comodidad patrimonial sobre la hoya de Quito, a su rústico hogar amazónico, como si se fuese de recreo. Allá, en la metrópoli, sin llegar a usar saco y corbata, funge de elegante intermediario entre las civilizaciones.

occidental y la comuna Puca; negocia el futuro aislamiento de este rincón cósmico, enmarcándole dentro de lo que legalmente se llama, Proyecto Remoto; acá, metido en la noche selvática, vive descalzo, apenas vistiendo ropa vieja, volcado a sus anotaciones botánicas, a la luz del candil, sin mosquitero porque los insectos voladores pasan de atacarlo por gracia de un convenio que ha hecho con ellos, a saber: no los persigue y los temibles picadores le devuelven el favor.

Zambullirse en Pelancocha, sería como dar el paso que define un ataque a la cumbre del Nanga Parbat, vía la siniestra Vertiente Rupal, sin opciones a una heroica retirada. “Es decir: ¡o subes o mueres!”, musitó emulando el lenguaje de los góticos de radio-libre Marañón, lenguaje que le sirve para hacer su montaña de la desintoxicación confrontando a sus miedos. De un chapuzón en las turbias aguas de Pelancocha, moderaría el horror atávico a la vida detrás —al fondo— de lo que no puede ver. Durante el ínterin de ese suceso pendiente que está dentro del espectro del “algo tiene que pasar” (es obvio que debe ser la culminación de su voluntad de hacerlo porque como él les diría a los propios del ascensionismo, libre y desnudo, de nada vale que sea empujado escaleras arriba si va a caer como un costal de huesos y putrefacciones, con la misma viada, porque nunca quiso subir), se halla luchando a muerte con los bichos, refriega que data desde su estancia acuática en la matriz. Madre Conchita —aparte de grabarle su vocación innata por el ahorro bancario, esa platita que está ahí para confortar al precavido cuando llegan los malos ratos... aunque sea en forma de golpes psicosomáticos— le inculcó el impulso de eliminar a los arácnidos y por extensión a todo vampiro capaz de penetrar su epidermis para succionar del río viviente del jefecito. Y todo ello creció bien sazonado con la constante alerta de madre Conchita contra los bichos, manteniendo el hogar hecho un anís además de no escatimar el uso de químicos repelentes ante la perenne “invasión de los arácnidos”.

El pronóstico racional de sus íntimos de la buena mesa, de ubicar su futuro en la cocina europea, se fue al garete. Aquí está reduciendo a fuego lento esa aversión que le pasó madre Conchita a todo ser extraño a la domesticación humana. Sí que exageró porque vino a dar, a lo macho, en la metáfora del sudor... (Acaso no fue él quien primero denominó así al dosel amozónico, o fue el señor belga quien lo hizo eximiéndose con ello de toda explicación sesuda de este caos primordial. No, no..., él tomó ese aforismo de las alocuciones de Olegario Castro, quien a su vez se habrá inspirado para ello del hombre que dijo que la pampa argentina era la metáfora de la nada). Y aquí está haciendo frente ya no a la "invasión de los arácnidos", que a la postre jamás consumaron su amenaza de tomarse el hogar materno por el ¡detente! que puso madre Conchita, sino al planeta de los arácnidos. Y él es el invasor, el que viene batiéndose contra sus pequeños demonios cada vez menos pero cada vez con mayor intensidad, esparciendo insecticida en el perímetro que le es permitido hacerlo: su dormitorio, donde se escenifica el campo de batalla de los mundos. Entre pocos metros cuadrados, de un suelo de carrizo chancado y paredes de caña guadúa, se concentra su sórdida lucha con los bichos de la infancia que madre mantuvo fuera de su alcance visual todos los días del año. Ha comprobado que aun en las pulcras cocinas de cuatro tenedores de tierras altas, un moderado calor es reproductor de cucarachas que ni botando una bomba de hidrógeno sería suficiente para exterminarlas de raíz, no se diga acá: sobre el planeta del sudor (lo del planeta del sudor sí es parte del lenguaje del señor belga). Su aparente supremacía en la guerra que lleva con los diminutos le regala segundos de goce, consciente de que la guerra real para extirpar de su domicilio a las huestes enemigas está perdida. Eso sí, ha gozado cada batalla que ganó al insomnio a costa de los diminutos que penetran impasibles a su choza. Mata a placer, más allá de que no hace mella a los ejércitos que permanecen intactos debajo de su cabaña de caña guadúa, y vuelven a penetrar en su jaula con la indiferencia no de ayer sino de hace una hora.

Lo de la metáfora del sudor es un aserto que de entrada marcó la impronta del jefecito en la mesa de los jefes que él no usa cuando Silverio está ahí sentado porque no hay espacio para la energía de dos encantadores. Cuando cocinó por primera vez en la hostería le inquirió con acento mundano al señor belga, ¿qué hacemos con las cucarachas?; y éste le replicó con otra pregunta que no admitía respuesta, ¿cuáles cucarachas? No había dónde equivocarse, ése era el lenguaje del planeta del sudor, sino se acomodaba a él ya podía mandarse a mudar como otros cocineros que no aguantaron la presión de los mundos que cohabitan de cara a Pelancocha. Sobre las instalaciones de la hostería nadie usa insecticidas, apenas en el perímetro de su cubil puede neutralizar insectos a discreción. Es una costumbre adquirida temprano, mas, aunque difícil de erradicar, está llegando a su clímax de asesino. Durante toda su historia criminal de diminutos no ha matado tanto como en su cabaña de selva, y así como llegó a su límite con las tortillas de hongos y de porrazo las dejó para no quedarse colgado la vida completa a sus magmáticas alucinaciones, también este paroxismo de repente se esfumará. De hecho no ha sentido ese deseo de exterminar con la premura de los primeros días, quizás esto sea el preludio al desdoblamiento que construirá el puente entre la lógica del absurdo del encarnado jefecito y la universalidad del inmortal Pompilio Delacroix. Acorde a su teoría, al desdoblarse, se trasladará a terrenos platónicos que no alojarán la pesadilla que el señor belga recrea con su cobriza dríade; allá, la claridad, vendrá libre de demonios que pertenecen a la zona oscura, eso de mezclar los terrores nocturnos con los amores diurnos es algo espantoso. Allá no tendrá cabida esa mirada sicilíptica de la mujer que lo invite a fornicar antes que la devore la humana codicia del monstruo de ojos de puré de espinaca.

En ese punto, de casi vislumbrar el “algo tiene que pasar”, cuando había bajado la guardia enterneciéndose con la probabilidad de no eliminar bichos con premeditación y alevosía, enfoca los comandos vanguardistas de las hormigas yuturis, esos

temerarios individuos están bordeando el ala anterior derecha de su cama circular. “¡Alerta, son fuerzas especiales de reconocimiento!”, exclamó para su capote, poniéndose tenso pero moviéndose con el sigilo de un exterminador en masa, olvidándose de que esto de jugar a General de las Mil Victorias está llegando a su necesario término. Esos comandos recogen información para la posterior invasión de campo arrasado que ejecutan las hormigas guerreras, las temibles yuturis. Prende el palo-santo que aromatizará la ineluctable batalla que se avecina a golpes de tambor de las hordas enemigas, su desvelo será homenajeado por el té de hachís, es el aliciente que se ha mantenido ajeno en estas últimas noches de continencia y sueño fácil. Se coloca la mascarilla de protección contra los químicos letales que dispersará y la lámpara de amplio espectro de cabecera. Enciende el infiernillo de montaña, el de campamento base que usarán también en el domo de El Panecillo los góticos, para hervir el agua del té y saborear con antelación el acre aroma que emanará multitud de cadáveres yuturis tras el enfrentamiento entre mundos.

La selva le abrió un feroz apetito por lo esperpéntico, el choque de culturas que se da en suelo Puca lo observa a través del cóncavo espejo del jefecito, el que prefirió a la trillada y opulenta gastronomía de occidente lo de fundar una cocina sobre el ombligo exudante del mundo. Silverio encarna la espiritualidad del hombre boscoso; y él, Pompilio, encarna la magia de las cosas de comer, transformando la prosaica idea de tragar a lo bestia en una caminata por los aromas y sabores del mundo que lo rodea. Es por eso que Silverio le guarda una notoria deferencia en lo espiritual, y no porque él cocina rico como diría el estómago lleno y agradecido de una pasajera amante que no gusta de enamorarse con el vientre crujiendo de hambre. Cada quien con su arte domina, el gastrónomo por la fusión de las cosas de comer como el chamán en mantener estable la fuerza para rechazar a sus demonios.

La alerta máxima cunde por su cubil, tras la masacre que perpetró contra los comandos vanguardistas de yuturis, intuye

que vendrán las legiones combinadas con hormigas candelilla. Las huestes de la especie candelilla intentarán saquear sus lenjuelas transnacionales de chocolate, las que mantiene frescas dentro de la gaveta del velador junto al lecho que sirve de base circular para cometer la ofensiva aérea que barrera con los invasores. En paciente acecho aguarda a que se lancen en masa porfiando por alcanzar el tesoro dulce; cuando se den al asalto final, él desatará el bombardeo químico a mansalva, ajeno a la misericordia, no dará respiro a las legiones rojas. Será cosa de segundos y luego yacerán moribundas por el desigual combate de mundos. El temerario enemigo no tiene derecho a la gloria, sólo escuchará el monólogo triunfalista del jefecito, reventando de placer ante el ocaso guerrero de las fuerzas diminutas.

Sellada la derrota del ejército combinado de candelillas y yuturis, todavía ajeno a una transición al relajamiento, se percató de la asquerosa presencia de las malditas bastardas que ya le han hecho probar el poder de sus tenazas, esas negras feroces que les dedica especial asco —son extremadamente robustas y no atacan en formación de legiones como la demencial especie de la candelilla—, éstas incursionan en pelotones dispersos a capricho, son las guerrilleras taracoas. Cambiándose al otro reflector de cabecera que le sirve para encandilar miniaturas en su circuito herpetológico, va neutralizando pelotón a pelotón guerrillero, los ve retorcerse como si les cayera aceite hirviendo del cielo por orden del divino Pompilio. Las sobrevivientes taracoas retroceden en desbandada, se repliegan rumbo a sus trincheras donde, reagrupándose, volverán doblemente feroces y suicidas.

Es el momento de echar un largo sorbo al té de hachís que se conserva calentito en el termo de campaña; le gusta saborearlo así de amargo, libre de azúcar, a falta del mate pampero de los gauchos literarios se fabricó su propio té de jesuitas. La noche se puso estupenda, ha reprimido las incursiones enemigas infligiéndoles severo castigo. El perfume del palo santo disipa los vahos de los insecticidas *Dragón* y *Relámpago*, elementos que promocio-

nan la ofensiva química que enfrenó la arremetida de los diminutos picadores. En el ínterin revisa el material bélico atomizador, rellenando las respectivas bombas con los fulminantes *Dragón* y *Relámpago*; pues, el propósito de matar, hasta el advenimiento del sueño dulce que atrapa al guerrero vencedor, prosigue en firme. El pie de fuego está vigente, a la sombra de un arrabal de los bajos de la choza de caña guadúa, estarán parlamentando las taracoas con las columnas de elite del ejército de las hormigas que recién se incorporaron a la lucha las denominadas, *olla de ají*. Las olla de ají son fanáticas de la muerte, estarán ansiosas por caer intentando desalojar de su cueva a un dios intruso, al que combaten porque no le temen a pesar de su fuerza arrolladora; éstas tienen bien ganada la impronta de crueles desguazadoras, también ha sufrido su fea mordida, que deja en la piel el ardor que provocaría un ají untado sobre una herida abierta.

Se bate a medianoche con los invasores rojillos, bajo el riguroso silencio que se ha acostumbrado a llevar esta suerte guerrera para no molestar a los vecinos. El señor belga estará nutriéndose de la literatura que atrae al geniecillo del sueño, apenas quitará la vista del venturoso libro para extrañar la cintura ardiente de Amparito, la cobriza diabla que lo incita a cometer antropofagia en la pesadilla de agua dulce. Las chozas de Carmela y el bisoño administrador vienen sumidas en la maraña onírica de sus ocupantes; los cuerpos aletargados estarán rumiando calenturas asidas a lunáticos amores de lechuga, o enredándose con la orgía de las serpientes. No para mientes en la escuadrilla de zancudos atravesando la sombra desencajada, siniestra, que proyecta su cuerpo levantado en armas sobre la cama redonda. No lucha con los zancudos que de por sí huyen de los contaminados aires que circulan por el campo de batalla; cuando venga el magnífico sueño que premia al luchador desplegará el mosquitero y, sin necesidad de colocarse tapones de cera en los oídos, acabará insensible a su perverso zumbido.

Las huestes de olla de ají despiden emanaciones salpimentosas en su desquiciado avance, esgrimen sus tenazas pres-

tas a dejar picante huella sobre la carne del jefecito... Ya cruzaron la línea de seguridad; él arremete con su Relámpago entre manos, ocasionando atroz mortandad en el infatigable enemigo. “¡Silencio, maldito loco!”, creyó escuchar el reclamo del señor belga quien, una sola vez —comenzando su estancia en Remoto— le recriminó acremente por su nocturna esquizofrenia, espetándole: “¡Vete al culo del diablo con tus manías!”. No, todo está en orden, desde esa firme reconvención su lucha aprendió a ser callada, interior, imperceptible al resto de los residentes de la hostería. Ese amenazante “¡silencio, maldito loco!”, fue un reflejo de la culpa que siente porque el señor belga duerme a gusto en la selva, casi como el perezoso sobre su cama de bálsamo. Está consciente de que a partir de la inapelable advertencia del barbirrojo, dejó de hacer audible —al prójimo— su guerra privada con los arácnidos. Se desatiende del inexistente mandato del supremo jefe de la hostería, pues aprendió a manejarse, puertas adentro, como la ira de un dios ebrio de víctimas pero inaudible e invisible a las mismas. Sus íntimos alaridos sádicos apenas retumban por los oídos de su conciencia, el enemigo no los escucha, ellos insisten aunque tengan entre tenazas otra batalla perdida dentro de una guerra ganada al jefecito que se plantó en la choza de la locura.

Vienen a él nuevas y relucientes multitudes de picantes rojillas, en estética combinación con las negras escuadras móviles de las guerrilleras taracoas; él no intercambia sus alaridos de muerte con los gritos suicidas de sus víctimas. La bomba de *Dragón* se acciona achicharrando hordas invasoras, lenguas de fuego alrededor de su lecho han formado un ¡detente! divino. Es el momento que la suerte de matar requiere de un premio dulce tras el bocado de su té jesuita. El puñado de lentejuelas de chocolate que se echó a la boca se derrite provocando éxtasis en el paladar del guerrero, relajando el impulso de terminar de vaciar los dos dispersores insecticidas sobre el caos enemigo. Toma otro trago del té amargo que limpiará el paladar disponiendo al gusto para recibir fresco, al dulce opiáceo de chocolate transna-

cional. Va cediendo su ímpetu exterminador. Tras el tercer puñado de lentejuelas diluyéndose en sus fauces, empieza a moldear la figura de un lecho suave acogiendo al agotado guerrero que ya ha escarmentado lo justo a las criaturas objeto de su abominación. Continuar rociando *Relámpago y Dragón*, sería resignar su triunfo por abandono del héroe del campo de batalla.

Cesan las hostilidades, una escoba madrugará a barrer los cadáveres de su dormitorio devolviéndoles a la tierra húmeda al pie de la cabaña; no hay batalla con los diminutos que deje huella física después de la labor de su escoba y el palo-santo. Otros puñados de lentejuelas de chocolate tras otros tragos del té acabaran sedándolo, hasta arañar la santidad. Ya se irá reciclando el aire enrarecido por los nauseabundos químicos que soltó; mientras, cuenta con la mascarilla que le proporcionó Amparito con el aviso de “está hecha para detener el paso del ántrax”. Tendido en la única cama redonda que hay por estos pagos, medita el capricho que se costeó merced a la buena voluntad de Amparito, la que lo provee de veneno y chocolates, la que de algún modo lo quiere cómplice de ella en Remoto, donde su influencia es mínima ante el señor belga, pues, sus encantos femeninos que en el café Madrilón debilitan a su amante vestido de ciudadano, acá pierden su eficacia con el poder insoslayable que ejerce sobre el ácrata la sensualidad de la metáfora del sudor.

“La selva es la esencia de lo femenino”, le va a decir al novato, bajo cualquier pretexto, para que le robe esa frase de Perogrullo y la confunda en las crónicas selváticas que ya dijo haber empezado a meter dentro del cerebro apenas atareado de Oberón. No hubo otro botín de guerra más que el de tomar a puñados las lentejuelas que saben a santidad tras cada bocado del té amargo. El lamento de los sapos le viene angelical entre una garúa que, cobijándole junto a un agradable descenso de la temperatura ambiental, lo adormece dentro las sábanas y la oscuridad a la que se rinde como un niño feliz.

El reclamo de los sapos avisa el pronto arribo de los extranjeros, acercándole a las horas donde domina su arte coquinar y, por añadidura, a ser reconocido como un jefecito internacional; no faltarán las aventuras que le traen consigo aquellos que confirmarán lo de “algo tiene que pasar”. El hedor del bombardeo químico se va retirando con los reflejos combativos del jefecito, quien acude al último trago de té para luego agasajarse con el dulcísimo placer del postrero puñado de lentejuelas bajando por el gaznate, mientras ralos zancudos se estrellan en el eficiente mosquitero. El genio que desata los sueños lo visita pasada la medianoche, entra en su mente con el aguacero que apaga los rescoldos de la lucha. La batalla fue rendidora, ha matado lo suficiente para merecer el reposo del guerrero sobre el lecho de cáñamo de la lógica del absurdo. La tregua le regala cuadros luminosos de fuente posdiluvio; cribando aromas vegetales se queda con el de las rojas flores de los yutzos. El frenesí de la “invasión de los arácnidos” se diluyó con las emanaciones del arca onírica del jefecito, bamboleándose graciosa en la metáfora del sudor.



Capítulo VII

La mañana entra por la ventana de la cabaña del novato que se halla todavía retozando sobre el lecho. De madrugada, aún en las tinieblas que preceden a la luz, abrió sus oídos a los rugidos de bestias que no supo identificar, aunque por su potente alarido diría que estaban cerca de la hostería. Se incorporará a la luz de la claraboya que enciende el todo de Pelancocha, alentando la transición activada en su piel, depurando el letargo de las pésimas costumbres del inspector/estudiante, esos años de insulsa hibernación, viendo la vida pasar de largo entre los deberes del sibarita del Ministerio y los ideales del sujeto que ocupaba un banco bajo el ala izquierda de la Pontificia Universidad.

La sangre suscitadora del bernardino está buscando su punto de hervor, le vendrá bien calarse la boina del Che y, desviándose de la ruta a las matemáticas envilecidas del colegio, podrá unirse a la proclama del anarquista que decía algo que, entonces, le sonaba a un ideal genuino pero no alcanzaba a definirlo en profundidad. Durante los recreos de adoctrinamiento revolucionario, el anarquista gritaba: “¡Muerte a la deshumanización del bípedo reinante!”. Y eso funcionaba como una consigna para la hilaridad de los camaradas del FUI, Frente Unido de Izquierda, quienes tampoco comprendían esa suerte de desmovilización de los movimientos convencionales, que era lo que en realidad él quería practicar ante una militancia decadente y depredadora. Fue parte de una izquierda de librito de bolsillo de cómo acabar

con los recursos de la Pacha Mama, a la par o más rápido que el catálogo de calamidades que ofertaba el ala derecha, y a ver quién llena más pronto el monumental cementerio del hombre-cosa.

Remoto es el centro de aprendizaje del que no desea escapar el estudiante, salvo le ofrezcan pasaje de ida para ser un pionero, y campesino de burbuja, sobre Marte. Caminito a la cocina no ve a la mujer que rompa el espejo de la fuente que ha plegado a los aromas de café mañanero. En ese espacio de las cosas de comer habrá alguien bebiendo del humeante jarro refractario. Alguien que le dirá, “parece que anoche pegó otro diluvio por la pequeña aldea”.

El jefecito luce distendido ante los vapores del fondo oscuro, cual sigue reduciendo a fuego lento su destino: la salsa madre. Armado de una espumadera retira los residuos del sustancioso caldo, como evacuando una capa de algas que están ahogando un pozo bendito de aromas y sabores. Con oficio da un golpe de café en sus labios, perfectamente ocupado con la diestra y siniestra.

—Así es, amigo Samaniego, esta salsa viene a ser una porción del absoluto gastronómico... Y la masa de hojaldre sí dio la talla que esperaba —dijo Pompilio, acordándose de que el otro nunca se va a igualar a él con un jarro de café humeante en la mano—. En todo caso sí estuvo pendiente de eso porque no se le salió algo que él espeta de cajón, sobre esta hora, si se topa con alguien de su consideración: *¿Do you like a cup of coffee?* Así funciona la lógica del absurdo, es muy comedida con el jefecito, le hace quedar bien con sus congéneres. Prosigue extendiéndole el mañanero resultado de esa manifestación harinera al joven descafeinado, quien toma gustoso un crujiente volován que acompañará el soleado té de naranja que se decidió a ingerir. El novato comenta que el primer cigarrillo de la mañana vendrá después de haber salido de su choza, y concurrirá con el sorprendente dato de que sobró un tabaco para hoy de la misma cajetilla que abrió anteayer.

—Rico el volován, amigo Pompilio... —observó el novato, entusiasmándose con la proximidad de un surtido de pasteles que recién salieron del horno.

El cocinero se acomoda en el incansable cuadro de Pelancocha purificada por las lluvias de ayer, está vigilando el avance de la escuadra naviera que comanda Silverio Coquinche. —¡Ya vienen! —aulló tapando con un mantel el charol de golosinas pasteleras que se difuminarán pronto en estómagos agradecidos, y añade a propósito de alguien que es un apéndice de la fuente, sin quitar sus ojos de la ventana, pinchando el ego del estudiante que hace mutis por el foro—: Carmela se adelantó en su baño hoy día... es increíble esa mujer, cómo cuadró tan bien a la propuesta enriquecedora del señor belga. ¿Te imaginas a una mujer así contigo?...

Por el camino elevado se allega al comedor Silverio Coquinche quien, al tener contacto visual con el jefecito, saluda con el ademán pactado espontáneamente entre colegas. Pompilio responde con un gesto extra que invita al otro a pasar por la cocina. Silverio, quitándose del grueso de nativos, antes de cruzar el umbral del comedor se dirige goloso a recibir lo que hay detrás del elocuente mimo extra del jefecito, va al encuentro de los bocadillos que éste le estirará con la enjundia del que ha sido elegido para hacer alquimia comestible. Silverio escoge de las cositas finas de hojaldre con el talante de un chamán que debe dar su aprobación a los adelantos de otro igual que no compite con él en la dimensión de los espíritus de bosque oscuro. —Rico... rico... rico... —resolvió el catador arrastrando con fuerza las eres.

Pompilio acogió satisfecho la sensibilidad que muestra Silverio por su arte, que viene siendo un complemento a la magia mayor que el aborígen dispensa en territorio Puca. —Es de la pasta de hojaldre que dejé listo ayer... —acotó el jefecito haciendo que el otro relacione en la memoria la masa pastelera que lo vio finiquitar cuando se allegó a la cocina para donar el tesoro que a su vez le donó al pescador el río Napo—. Los jóvenes ayudantes de cocina, también invitados a probar de esas gollerías de cuya

producción son cómplices y admiradores, aportan su porción de homenaje verbal al placer que les prodigó la pasta de hojaldre. Mientras echen mano a una charola llena de fragantes bocaditos, los muchachos aprendices, estarán del lado del jefecito, avivando la certeza de que proviene de un lugar donde fabricaba canapés para la mesa de los dioses, pues cada bocado que sale de su márgen no admite rechazo.

Pompilio viene halagado cuando las distancias —que él pone entre el animal que cumple con el deber fisiológico de tragar y el hombre que hace de la mesa un instante dionisiaco— se acortan. La frontera entre culturas contrapuestas se achica cuando el líder de la comunidad Puca entiende que la fusión de alimentos no radica en el simple seguimiento de la receta promocionada por la revista que hurga alguien ganoso de instruirse mientras usa el retrete, sino en reconocer a la ondina que trae la frescura del río para limpiar el paladar y permitir la expansión del gusto con los detalles que distinguen a un grosero epulón de un gastrónomo. Si tuviera a Oberón para sí grabaría estas sensaciones dentro de su cerebro antes que las pierda con el día, el nombre de su archivo sería, “Mi lógica del absurdo coquinaria”. Pero el esclavo de silicio tiene un amo y señor, al que lo viene trabajando con su lenguaje para que incluya al “jefecito” en sus antimemorias; está seguro que él y su cocina serán abono de lo que después saque Teófilo Samaniego, a manera de los ensayos anovelados que publica la cofradía de La Casa Azul. Teófilo podría encerrar bajo un título, a todo y a todos los que hacen posible este verídico aislamiento: Pelancocha.

Tomás entró en la cocina descalzo; con el sigilo de un jaguar rodeó la humanidad de Pompilio, quien se había subido a la música del rock sinfónico que gusta, cantando con la gracia del reo de bosque lluvioso mientras lavaba inocuos champiñones que los pondrá instantes en agua hirviendo para escaldarlos antes que den relieve al platillo que tiene nombre, Bagre a la horrelana. Tomás, sin perturbar el entretenimiento metálico del jefe-

cito, haciendo un guiño de éste está cucú a los joviales ayudantes, pasó de largo al comedor masticando el volován que tomó de la charola semivacía. En la mesa de los jefes se pone de acuerdo con Coquinche para el diurno que se abrió manso, los nativos retomarán su labor pendiente en los puentes de la senda al Pajarero mirador, la obra de carpintería aérea que atrapa mayoritariamente a los visitantes colectores de fotografía alada.

El novato especula —marchando al final de la fila que forman los nativos adentrándose por la foresta— en el génesis de la cuenca media del Napo. Ubica al bebé que fue alumbrado en tierras altas, brotando de la caldera dentada de un animal andino, siendo un cándido hilo de agua que, atravesando la portentosa esponja del pajonal, formó un riachuelo que a su vez se hizo río abandonando los circos volcánicos, y luego corrió rumoroso al encuentro de la amazonía. Eso es una visión de un milagro: el nacimiento del agua dulce sobre tierras altas, con sus pequeños riachuelos pedregosos fruto del sudor de la cordillera. Manantiales que surgen de las lágrimas de colosos en franco proceso de deshielo de sus glaciares: eso es una visión del desperdicio. El sol veraniego levanta vapor de la inerte hojarasca, las vitaminas que otorga la luz penetran por los intersticios de la bóveda verde, se filtran zigzagueantes como un rayo de vida para los poros húmedos de la piel vegetal, que refulge de placer por la ambrosía que alivia su palidez. “Dame luz yo te devuelvo oxígeno”, tararé receptando los rugidos de amplia resonancia que reconoció, eran los que semidormido escuchó esta madrugada. Alzando a ver se frena a escudriñar alrededor del ramaje de las copas arbóreas, busca instruirse con el tamaño vivo de los simios que, en razón del estremecedor rugido que emiten, los figuró enormes sobre la alborada donde fue sorprendido por sus inolvidables reclamos, cuando creyó que podía ser un clan de leones merodeando por la hostería.

Devolviéndose a caminar a marcha forzada, alcanza a la hilera de hombres, sin avistar a esos primates aulladores, aunque el rugido persiste en sus oídos con nitidez.

—¿Dónde se han metido? —interrogó el novato ante la presencia de Tomás, éste se paró a ayudarlo a resolver su duda sobre el peculiar reclamo de esos monos que aparentan esconderse en los inmediatos alrededores.

—La bulla que escuchas no está al virar la esquina, se emite tres o cuatro kilómetros de aquí, o sea bien adentro. El dosel es la cámara acústica que permite la expansión de las ondas sonoras de los berridos territoriales de aquellos —replicó el barbirrojo.

—Ya tomé conciencia que se trata de esos primates aulladores mentados por el tríptico que promociona a la hostería. De madrugada, por unos segundos, me dio la impresión que se trataba del rugido de leones africanos, no entendía que el reclamo de esos monos puede venir de tan adentro y llegar con tal fuerza primitiva a mis oídos —asintió el novato, relacionando que ha recibido cientos de lecciones en los cubiles del conocimiento abstracto, píldoras tan razonables para ascender por el escalafón social, todas ellas edulcorantes que ayudan a trepar las torres de la excelencia pero inútiles al momento de atender la realidad primordial; una cosa es leer la tundra como un punto turístico y otra estar consciente dentro del alarido del bosque.

El señor Tomás Vanbeberen es biólogo y botánico; él sí tomó clases que aplica dentro del bosque tropical. Llevando sus manos al rostro, rastrillando sus luengas barbas, continúa diciendo en relación al mono aullador: —No es grande, más bien menos que mediano... El chimpancé africano se lo comería sin mucha dificultad, este primate tiene como máxima defensa esos alaridos que demarcan sus zonas familiares.

Más allá, los nativos siguen por el sendero derecho de la bifurcación de trochas visibles; Silverio se apartó del grupo

tomando la senda de la izquierda. Tomás dejó ir al novato por el camino del chamán con un ademán de diviértete, arréglate la vida como puedas. Mientras él se entretuvo aminorando la marcha para también poner distancia con los nativos, ganando un instante de soledad una vez desvanecida la sombra de aquellos. Ahora va por libre, aspirando la jungla que se asemeja al perfume lascivo de Amparito... Amparito liberando olores que lo enloquecen, atrapándolo en los telares que le tendió por la espesa garganta del deseo. La profusión de la fronda lo empapa de ardientes visiones; despierta en el macho cabrío desahogada sed por las intimidades de la casadera quien, ¡oh! cruel paradoja, aborrece el bosque lluvioso, y con él todo lo que huele a silvestre virginidad. "En agosto próximo nos casamos de lo que no hay, ¿no es cierto, Tomas Vanbeberen?", viene ella amenazando, hilando sin tregua la telaraña alrededor de su presa, porfiando por el pasaje a Bélgica que encarna el barbirrojo que ha bebido a placer de su néctar andino. No puede decir que ella fue falsa en sus pretensiones, desde un comienzo evidenció su capacidad de tejedora y, luego de los hechos consumados entre sábanas, el propósito de su magnífica telaraña. Ella tiene clavada, merced a sus tumefactas bondades, la voluntad de "salir adelante", y "salir adelante" es dar el gran brinco al charco sin irse por banda, o sea dar el salto milimétrico al primer mundo de las tribus europeas: caer en un barrio de la alegría y bienestar de los propios europeos y no en los arrabales inflados de emigrantes; "¡para andar gacha y sin papeles me quedo aquí, Tomasito!". Y es tenaz; estruja tal adjetivo con el fanatismo de una iniciada en tenacidad por abandonar todos los mundos que están detrás del primero, y único, para el que tiene ojos. Cuán voluntariosa es la muchachita que él no pudo evitar disfrutarla; sí, era como darle carne fresca a un vampiro famélico, no iba a desperdiciar una gota de sangre de ella. Quiso creer que podía amoldarla a lo suyo porque el ácrata de entrada no ofreció nada concreto, pero le dejó entrever de que a cambio de carnalidad cabía la posibilidad de hacer una existencia racional en Brujas.

Amparito fue constante en lo del amor carnal; “aquí me lo pillo al chivo ácrata”, habrá dicho ella cuando se dio cuenta de sus innatas cualidades para batallar sobre el campo venusino. Y ahora debe hacer efectivo lo del puente y pasar al otro lado del mismo; ya no le apetece acostarse en el lecho de un amante bajo los farolillos de un Patrimonio de la Humanidad “tercermundista”, ella quiere despertar subida en el otro Patrimonio de la Humanidad, el primermundista de Brujas. Amparito quiere y debe ser ciudadana flamenca por la gracia de su ardiente vocación para transportarse entre sábanas; “yo trabajo para salir adelante”, suele decir hilando con su sensual huso andino en las pelirrojas barbas del primer mundo. Buena moza echó sus redes apostando a los encantos que la celestina —que lleva adentro— exacerbó, pugnando para que el maduro flamenco capitule, entregándole las herramientas de la autocracia para colgarlas en la vitrina del barón domado. “¿Cuándo vas a hacer una vida normal? Hazme el favor, todo un Tomás Vanbeberen...”, reclama la imagen provocativa de la moza, asaltando sus fibras íntimas de macho cabrío. “Trato de estar lo más lejos posible de la normalidad...”, replica el marmota luchando para sofrenar la apetencia que tiene por las partes pundonorosas de la eficiente ejecutiva de tierras altas. Ella insiste, susurrándole al oído, las bondades que redoblaría allá; “fusionándose con las delicias del primer mundo”, como diría en este caso el cocinero.

Amparito desespera por un futuro antagónico al de un residente en la hostería de pluviselva: “¡Sin diluvios ni calores infernales, hazme el favor!”. Ella exige, por todos esos gratos servicios que le ha proporcionado a los negocios internos y externos del señor Tomás, su recompensa tangible en la vieja y rica Europa: “¿Cómo no sujetarme, ejemplo, escúchame bien Tomasito, incondicional, a la normalidad reinante en tu ciudad natal?”. Pobre Tomás, ¡he ahí su pesadilla!: su ávido hongo gris, el calvo ególatra, solo mide su espacio-tiempo en desfogar su fiebre sobre las dulzuras de Amparito llamándole a yacer en la diáfana piscina

de río... "Me da ganas de desguazarla, mejor dicho de fagocitarla bajo el haz de luz que revolotea expedito con la música del pájaro piquetero de cresta colorada... ¡Hombre, carajo, ya estamos delirando, señor Tomás!", masculló buscando unirse a los comuneros y sudar olvido en el puente que comunica culturas reconciliables, al son del martillar intermitente del pájaro carpintero.

Carmela recibe reposada los vientos tibios del veranillo lacustre. Temprano realizó su ejercicio natatorio en la fuente, a distancia del zumbante revoloteo de los zánganos; así pudo estirarse sobre la hamaca para disfrutar la animación completa de las piraguas de los nativos haciéndose una realidad simbiótica con el pozo de luz ecuatorial. Goza cuando se adelanta lo suficiente al arribo de los nativos al muelle; lo suficiente para verlos, bien instalada en su balcón, nacer de la silente crisálida de la fuente. Más que preferir nadar sola, es una necesidad categórica tener su intimidad con ese espejo del alma; amanece con los poros abiertos al agua que depura sus toxinas. Ya está avivando el deseo de seguir a los hombres que marcharon a la selva, y meterse tras las visibles huellas de aquellos sobre la hojarasca descomponiéndose contra el piso arcilloso. Puede llenar su hora tercia colándose en los trabajos de mantenimiento que los nativos realizan, allá con los puentes del sendero al Pajarero mirador.

Liviana, eximiéndose de pasar por la cocina para no dejar ir en palabras esta hora aún fresca, cargó en el canguro una ración de frutas secas y el botellín de agua de anís para desayunarse dentro de la espesura. Se encuentra dando ágiles zancadas por la trocha que serpentea hacia la laguna del Manco; de improviso se apartó de su intención de ir tras la huella de los nativos. La impronta de la irreverente chiquilla que se dejó guiar por los elfos del bosque seco de Soracola, la hizo cambiar, sobre la marcha, el sendero que había proyectado seguir en la hamaca. Provocándole

júbilo ese viraje impensado, inyectándole el placer del paseante que activa su conductor interior haciendo añicos la rectitud de planes, la inflexibilidad de las bienaventuradas de Loxa que pretendió imbuirle Petronila Ojeda.

Sus ojos se hunden en los relucientes lirios que saturan el derruido muelle del Manco —éste es su muelle por antonomasia; el otro, el nuevo, hasta que no repose y tome el aire añoso de lo que degrada la selva cubriéndole de mixomicetos, está libre de romanticismo y de esto no apto para su embelezo—. Tomando la embarcación, la Regenta (repitiendo el mismo nombre grabado a proa de la piragua amarrada en el muelle de Pelancocha), flotando sobre el remanso ahíto de lechuguines, se acomoda a popa quitándose las botas de caucho. Calmosa da golpes de canaleta despertando aromas merengues de flores azucenas ancladas a su acuático silencio, solazándose con abrir efímera estela por la alfombra de lirios que vuelve a cerrarse tras la canoa en su trayecto al centro de la fuente.

—¡Oh, Manco!, eres un encanto para una persona a la vez, o máximo para dos en caso de ser silenciosos amantes... Más gente es arruinar tu figura de pozo de luz chamánica. ¡Oh, Manco!, eres tan frágil ante las manos del bípedo desarrollista, como este planeta lo es en correlación a las fuerzas del universo... —recitó aguardando la reacción del espíritu de la fuente.

—¿Tanto así? —replicó el Manco.

—Bueno, dime que no sería así.

—Desconozco esa agresión de la que hablas, acá sólo se allegan seres simbióticos como tú, estoy dentro del círculo que guarda Silverio y nadie ha osado perturbar mi paz desde que eché raíces aquí .

—Imagina solo cinco bípedos gritando y lanzando tiros al aire, y botando latas de cerveza y vomitando y blasfemando, sobre tu lecho immaculado... Amigo Manco, verías el infierno artificial, como cualquier sujeto consciente en una esquina urbana rebosante de furor metálico. No, no hagas caso de mis aprensio-

nes, no imagines lo que aún no puedes imaginar; no vine a mortificarte con la visiones de tal averno. Permanece así, como estás ahora, porque apenas con sospecharlo ya perderías parte de tu divina estatura.

Una bandada de *shanshos* rojizos mudan de árbol desbaratando el mutis de los lirios. La embarcación se desliza proa al banco de arena que aguzando la vista sobresale henchido, como un grisáceo cadáver de pez prehistórico en descomposición. La piragua se entrapa sobre la masa gris, equilibrándose por el centro de gravedad del despedazado animal de arena; ella se levanta calzándose las botas, asiendo con ambas manos el canaleta lo clava en el suave piso apenas cubierto de agua; bajando de la canoa se para sobre el punto de equilibrio energético del Manco. Saca el botellín de agua de anís y se echa un buen trago antes de vaciar la ración de frutos secos que la nutre. Chapotea sobre el banco de arena, tiene un amplio campo visual de la orilla donde la tenue corriente se ahonda y desfoga la fuente estrechándose, formando un enmarañado estero que desemboca al río grande. El banco de arena es un mirador circular que pronto la anima a prolongar su vista en el cortejo idílico que se le presenta sin previo aviso: una pareja de dantas intercambian mensajes químicos de amor con sus prensiles trompas. "*Tapirus terrestris*, enamorándose...", musitó observando a esos poderosos mamíferos en cortejo nupcial, preparándose para entrar en acción preservadora de su estirpe. Usa la canoa inclinada como el sillón ergonómico del palco de lujo que le permite atestiguar el ajeteo de los amantes, los que no han puesto trabas visuales a su idilio lacustre. Ella es un espectador de excepción, viene mimetizada con el espejo de agua, como si fuese un ser amorfo tendido en el céntrico cúmulo de arena del Manco. Graba a destajo remitiendo imágenes, sonidos y olores al casillero de la memoria que dice: lucha procreadora de tapires, por recrear. Así copia el conjunto alrededor del acto copulativo, y los detalles: minucias sensitivas, imprescindibles, de cara al futuro testimonio que dará del suceso, de los

amores del *Tapirus terrestres*, cuando se desatan las tertulias de los residentes de la hostería, donde se ha implantado una suerte de memoria oral colectiva de lo que los impresiona en su transcurrir selvático.

Carmela recibe la orden de salida que le da la brújula de los genios de bosque claroscuro, no es prudente abusar de la hospitalidad del Manco, que gastando la hora tercia le obsequió instantáneas de un amor mamífero, escenas que podrá rumiar a largo plazo. Arremangándose el pantalón bombacho hasta las rodillas, apoyando los pies desnudos en la arena, empuja la quilla fuera del banco de arena. La Regenta se desliza con el aire que trae el río Napo al venero. Una escuadra de caciques entre negros y amarillentos, aterriza en los abanicos de la palmera morete de la orilla del decrepito muelle. La barca abre una estela rompiendo la uniformidad verdiblanca de los lechuguines, paisaje que de nuevo volverá a encerrarse en la fragante vegetación que vela al vetusto embarcadero de su predilección. Abandonando, la Regenta, se interna en el bosque deshaciendo el familiar sendero que reventó en la estancia laboriosa de Pompilio; donde el aroma del café mezclándose con los bocados pasteleros la halagan tanto como el chúcaro veranillo que refresca, avanzando al medio día de Pelancocha.

—¡Bendita tú, mujer, llevas horas flotando en lacustre compañía de los elfos...! —exclamó el jefecito sin terminar la idea que se le atascó por meterse a imitar lo que a su entender debía ser el dejo de los faunos tropicales, esos que rinden con melodías de amor a las doncellas extraviadas por el bosque—. Perdón... —dijo carraspeando, y prosigue incorporando una reciente ocurrencia, que neutraliza la anterior idea inconclusa—, quise decir que estás bien acompañada con tus dos escuderos: el marqués Pelancocha y el caballero Manco.

—En horas así, los vientos del río Napo, te transportan al Amazonas —repuso Carmela, acogiendo de buen talante las ocurrencias del jefecito, ya reprimiendo el impulso de contar su

encuentro cercano con el cortejo nupcial de los tapires, emulando los secretos de la cocina dejará que el suceso repose para que coja cuerpo como la masa de hojaldre, asimismo que concentre su espíritu a fuego lento cual salsa madre. Este veranillo le trae la sensación de que un flamante amor silvestre está germinando ahí dentro; después del paso arrollador de Ventarrón, durante su transición de niña a mujer, creyó que esa puñalada inquietante no la volvería a sufrir su irreductible corazón.

—La suerte de estar marcada para moverte en lo natural no te deja ser de otra forma... Si te conté lo del beodo aspirante a poeta de mi pueblo quien, sin dejar de dar a entender a sus vecinos que es un firme candidato a hacer uso del balcón del suicida, evita el matarse porque está concentrando su valor —como lo hace tu caldillo oscuro para ser una salsa madre—, y así poder llamarse a sí mismo: ¡Poeta! —manifestó Carmela al filo de la risa.

—*Yo soy quien soy y no me parezco a nadie*, ¿no sé si fuiste tú misma quien me pasó esa frase célebre del mismo aspirante a poeta? El asunto, amiga mía, es que se puede abandonar este mundo sin recurrir al suicidio, tengo otra manera de irme obviando el revólver en la sien —manifestó Pompilio, desestimando la autoeliminación material, sabedor de que hay otras maneras de esfumarse, viviendo a tope. Y añade—: Por inercia, me ha sido otorgado el placer de zafarme del mundo con el gancho de regresar a la cotidianidad de este manso cadáver que es el jefecito... ¿Quién dijo...?

—*Somos cadáveres conversando con otros cadáveres...* —espetó Carmela, gozosa de poder soltar aquello que tan bien le sale platicando con el jefecito.

—Qué más podía decir ese genial fantasma del pasado que nos legó eso a los penitentes fantasmas del futuro —resumió Pompilio con un mimo que incluía a los residentes de la hostería.

—Sólo que de familia me viene esa dulce afición por la muerte súbita. No te cohíbas por lo de mi padre, vengo de un

pueblo donde nadie se sorprende por tener un íntimo pariente suicida, y, el que no lo tiene, ¡créeme!, muestra su desencanto, y echa en falta esa suerte que hace la saga de los caídos en el Chiriculapo —concluyó Carmela.

Tomás participa en la tarea de reconstruir un puente averiado del sendero al Pajarero mirador, sudoroso está acarreando artesanales duelas de chontadura desde el punto de abastecimiento. Ha venido sustituyendo las piezas podridas o resquebrajadas del puente, ayudando a la obra con el entusiasmo que pone en sus manos para la realidad ordinaria que hace de Remoto un lugar extraordinario, tangible. Pájaros carpinteros persisten en sus ráfagas de golpes secos, provocando la espiral de música que lo enraíza al bosque, saboreando la certeza de no abdicar ante el peregrino albur de Amparito. Mientras se va concluyendo la pequeña obra civil, él atraviesa el puente a brincos comprobando la solidez de éste con la fuerza de sus pesados huesos. Lo hace con vocación; pues, pasando el puente, se halla el mentado Pajarero mirador, su obra maestra de altura: el observatorio ornitológico que se sitúa bajo la copa de un gigante arbóreo, el lupuna, *Chorisia insignis*.

Cumplido su afán de sudar olvido, se allegó al pie del árbol de lupuna que acoge al Pajarero mirador, trepó con ágil confiabilidad la escalera que lo depositó en el observatorio dispuesto sobre la plataforma de madera —a cincuenta metros de altitud, diez menos que la cúspide del árbol anfitrión—. Ya acomodándose en su obra de ingeniería, viene agradecido por la fidelidad le tiene su amante incondicional, aquella que le proporciona lo que es menester darle a un ácrata: todo y eximiéndole de trámites que enturbien su deseo de volar. Aquí tiene un refugio que abastece su necesidad de aire aéreo a su albedrío, que le sirve de hogar cuando se propone perderse de los negocios del señor Tomás

Vanbeberen. Sobre estas alturas se aísla a cuenta de la pasión que tiene por estudiar el comportamiento de las aves dentro de su hábitat; y, en esa paciente afición, si los dioses lo quieren así: gozar del descubrimiento de una nueva especie voladora. “¿Habrá diseminados más de estos frágiles jardines en el universo?”, cuestionó abismado bajo el techo vegetal de su mirador. Y responde ante la galería de las especies: “Hombre, no hay duda... seguro que sí, esto es irrefutable. La evolución no iba a arriesgar apostando *Todo* al bípedo terrestre, tendrá desperdigados planetas de un azul enfermo —como el nuestro—, o ya exangües en las miasmas artificiales de las unidades de carbono allá dominantes; y habrán otros tantos tan azules como lo fue éste —el nuestro—, donde sí se habrá posado una verídica inteligencia y sus respectivas unidades de carbono respiren aires benditos, con los pulmones intactos de sus Amazonas”.

Amparito reniega de los interrogantes aéreos del inquieto Tomás Vanbeberen, no les da espacio en el diario racional señalado por su brújula. Esas cuestiones cargadas de complejidad no tienen cabida dentro de lo simple de su designio, seguir el calendario de la mujer que quiere verse mujer en Europa, y hacer de su residencia sobre el primer mundo una refrigerada selva, donde el famoso mirador de su nombre a un impecable museo de pájaros carpinteros. “Tomás Vanbeberen, me haces dudar de tu procedencia primermundista, tienes todo para ser dichoso en una ciudad de ensueño, patrimonial e impoluta, y me sales con que quieres volverte indio amazónico”, protestó el holograma de Amparito; ahí conmovida, haciendo pucheros de repudio por su terca resistencia a concederle el bienestar de una súbdita de Bélgica.

Tras escabullirse del grupo de nativos (queriendo alcanzar a Silverio lo perdió fácil de vista, dándole por explorar a su

aire un largo instante, jugando a marcar una ruta circular con raspones de su machete en los árboles, aunque asegurándose que las voces de los hombres ensayando intermitentes tonadillas quechuas no se diluyeran del todo ante sus oídos), retornó a ellos para seguir la senda que al cabo lo llevó a posarse junto a las escalera del Pajarero mirador. Estando al pie del monumental árbol de lupuna, se decidió a escalar el palo como la solitaria conga que clava sus tenazas en el humilde escarabajo, lejos de los tambores de las hormigas guerreras. De lo alto del dosel desciende la carcajada de Tomás, que lo distrae del ritmo ascendente que había logrado. La figura del barbirrojo aparece sobre la repisa del soberbio observador; cual sabio monarca del reino Puca, lo interroga con ecuanimidad: —¿Ya vas fabricando referentes que te hagan parte de este laberinto, después te hemos de sorprender poniendo nombres a tus agujeros?

El señor Tomás se empeña en ser cómplice del futuro arbóreo que pretende inferirle el existente Teófilo Samaniego al ciudadano Teófilo Samaniego. Futuro que lo avizora de pie, apoyándose a la repisa del Pajarero mirador. La mente de Teófilo Samaniego se activa ante el techo del bosque húmedo, cerca de la cima que reunirá sus pedazos, fuera del ego-urbano. Es cosa de echar a la grieta del olvido al oficinista de ayer, para ir a dar con el balcón de los instintos aristocráticos, en la repisa donde se reanima el mono pensante maqueándose entre bejucos.

Pasó el tiempo allá arriba y, de la bóveda verde, brotó el eco de la cornúpia de la hostería, colándose en la algazara funám-bula de diminutos primates; “monos chichicos, *Saginus nigricollis*”, observó Tomás.

El novato se descuelga del refugio aéreo, rumiando afinidad con el ornitólogo que habita en las alturas de un mirador. Tocando el piso húmedo de hojarasca procede a desandar el sendero de los puentes reparados, siguiendo el aroma del tardío almuerzo que penetra por el bosque al encuentro de los hombres, quienes transitan por la tarde con el olfato puesto sobre el bagre

lechero, preguntándose qué habrá hecho de éste el alquimista de la mesa de las culturas yuxtapuestas. El cuerno hace el postrero llamado a los hombres exudando sobre el ombligo del orbe; el retorno a la diminuta aldea lo tiene embebido en juncos, tangeranas, chambiras, setas y orquídeas que hilvanan el lenguaje que él hará suyo cuando se dé a los espíritus de la tundra. Quiere un diálogo que se prolongue allende las murallas vivas que rodean a los anillos de Pelancocha; así, si le toca cursar otra vez por el ego-urbano, será lo único que reverdecerá por cima de esos lares insípidos.

Pompilio recibe a los hambrientos comensales con el plato único, del menú ancho y espeso de este día, el que se pasea ante los ojos azabaches de Silverio, ya tomando nota del pez transformado en *Tostadas de bagre al punto de champiñón y romero*. La tarde camina con el almuerzo copioso (hojaldre relleno de bagre, champiñones y una pizca de romero), entretanto el venero halaga a los comensales poniendo a circular la brisa ribereña, enfrenando así la canícula que legó el mediodía ecuatorial. Los ávidos comensales no dejaron que nada se desperdicie sobre la mesa, cosa que ensalza al jefecito, más allá que él hace hincapié en llamar, a la manifiesta sencillez gustativa de los nativos, la degustación troglodita.

“Nos fue bien con la degustación troglodita, los mandamos contentísimos a su aldea”, musitó el jefecito tomando posición a popa en la piragua Ana K, haciendo uso del recreo, echando su redes a la fresca que cundirá con la tardecita. La hora es propicia para el campante cazador de trofeos, el que pide de Pelancocha una piraña que sea digna de cortarle la cabeza y ponerla a disecar para que su noble calavera sea objeto de admiración en una vitrina. Suave y tibia brisa lo tiene en una bonancible tarde, viajando al instante de anclar dentro del cuadro que amerite recurrir al sin par hachís de su autoría —tal son las

bondades conseguidas con su producto psicotrópico— que no dejan las secuelas persecutorias del chuchaqui moral. “Ahí se ve la diferencia con el pésimo material que pescabas por las tiendas de abasto de los simples. Era como beber a lo bruto de un alcohol pésimo en vez de una buena copa de un aguardiente noble, algo distinguido como el Reposado Agustino que no hace sufrir al estómago y a la mente del catador. Entonces, con lo barato te quedas ciego o te mueres más pronto si insistes pasarlo a granel por el gazzate, con lo fino no sufres si sabes beberlo como un ser vital”, expresó ante un auditorio de paranoicos que escucharon con embeleso algo de su saber para no sufrir resaca moral... “No me es posible transmitir mi conocimiento así nomás (¡hay que ser legales, cómo se imaginan les voy a dar la fórmula de mi íntimo placer para que después la vendan como chifles y degraden el auténtico valor de un secreto: su inviolabilidad!); digamos, para concluir, que más allá del punto de adobo la clave radica en tener una materia prima de excepción, privilegiada”.

Fumando de su propio e inigualable cañamo, no para mientes en la taranta que lo tenía acomplejado bajo la cocina de cuatro tenedores capitalina, eso de embarcarse, ¡urgente!, hacia los nacionalismos de Europa, e ir por la gloria de internacionalizarse con los fogones de las selectas casas de comidas de los vascos, de los celtas, galos y vikingos. Flotando en las aguas de la aversión a lo insondable, junto a la quietud del remanso donde ancló la piragua —vigilante pero escondido de la ruta de la orilla donde desembarcaron los nativos regresando a su lugar—, le provocó hilaridad la vieja obsesión de ir a husmear en los infiernillos al otro lado del charco. Entre estos anillos se hizo un jefecito de respeto; “antes de...”, vivía como un proyecto de serlo a falta de diplomas cosechados en la escuela europea. La paradoja es que lejos de las tribus que hicieron de la cocina un arte, devino en aclamado jefecito internacional; su nombre ya circula por cierta guía turística de porte mundial. “Lo conseguí ensayando con el gusto de los extranjeros, y, para mi capote —como dicen

los buenos literatos—, practicando con los rústicos estómagos de la comunidad Puca y las tripas valientes de los residentes de la hostería. Ahí tienen jóvenes asistentes al vigésimo quinto foro panamericano de la *Degustación troglodita*, otro dato insoslayable de este cocinero que, como ustedes, estuvo haciendo de todo en la Escuela de Alta Gastronomía Ilaló (incluyendo los pecadillos propios de la edad del epulón aspirando a las alturas de la cornúpia), quien ha sido proclamado Maestro Internacional, con mayúsculas. Cómo no —ovaciones vuestras aparte—, si las creaciones que expongo al juicio de los nórdicos resultaron universales”.

Bamboleándose en la Ana K, tira con método de la elemental caña, por inercia del campante pescador que esta vez no echó a babor y a estribor la bola de anzuelos con carnadas. Así, el desnudo anzuelo, espera que una inverosímil piraña lo atrape por reflejo. Rara vez entabla lucha con los peces sin la ayuda de gusanillos, pero ahora quiere un trofeo de guerra, y un trofeo es una piraña demente que clave su trompa en el hierro pelado. Y de repente las hay, son las que se preservan en vitrinas como las del Madrilón; suicidas que se prenden de la guadaña.

Echando la última calada del cáñamo expirante en su cachimba mata-chicharras, alucina con el fulgor de un pez prendido al limpio anzuelo: el poderoso hocico de una piraña lucha rabioso con el metal que le promete larga agonía. Recogiendo la corta línea amarrada al amarillento carrizo de pescar, procede a colocar al pez en el piso de la canoa, tomando las precauciones para mantenerse a distancia de su dentadura carnívora, tiene aliento para llevarse un pedazo de él al escaparate de los decapitados. En segundos le acorta, a la rojiza guerrera, su inútil resistencia con certero golpe del hacha de mano que trajo el cazador de trofeos; la descabeza para obtener la reluciente calavera que donará a la vitrina de alguien que se solace con su feroz figura. Sin apremios obtuvo el trofeo que vino a buscar más allá del pescador campante que casi nunca atrapa peces cuando se llena de hilos con sendas carnadas. Se abstiene de arrojar al agua los restos de la sa-

crificada piraña, sabe del arrebato que provoca la sangre en los de su especie; además, para que su espíritu guerrero no lo persiga, le hará honor devorando su carne rosada, como un filete apanado. Cerciorándose de que la carnicera dentadura del pescado está inerte, toma la desproporcionada cabeza y examina el poder de esas mandíbulas cortantes, es cierto que le cercenarían de un tajo buena parte del dedo índice.

Tibia brisa tiende un puente a la tardecita y ésta hará el suyo a los fuegos fatuos del crepúsculo. Pelancocha hace la figura de un ocho atado al estrecho estero que desfoga en el río Napo. Ingiere el sorbete de naranjilla, arrobado por el suceso del pescador que se lleva su trofeo del cuadro selvático que escogió para cerrar un diurno que resultó la antípoda del diluvio que se entronizó ayer. Relajado en su rincón, observa dentro de su inmediata lejanía. Ya enfoca a la quilla que revolotea al son de la impericia de su timonel, por la línea que divide a los anillos de la fuente ubica al bisoño administrador, cual asoma dispuesto a forjar su propio “yo estoy aquí” en la cuenca media del Napo. El novato tiene el aura de los hombres marcados por los amores difíciles, llegará el momento que por instinto se coloque bajo su estrella en este territorio intemporal.

Recogido con el tesoro que carga el pescador campante, se aleja del rincón que lo hará decir cuando desembarque, regresando a ver desde el muelle, “yo estuve ahí”. Vendrá el momento de desembuchar lo de la demente piraña que, contra pronóstico, mordió el anzuelo desnudo, sin que medie el engaño de una lombriz. Dando golpes de canaleta va bordeando la ensenada de lechuguines, evita entrar en esa mórbida vegetación acuática, donde él conecta la imagen de la Yacu Mama acechándole. Camuflada dentro de esa alfombra de lirios imagina, en un atroz mañana, a Pancha, su mascota constrictora. La imagina convertida en un monstruo devorador, un reptil que desconoce al mamífero que la levantó desde su tierna infancia, el que la vio crecer entre su regazo y la mullida cesta de cáscaras de huevo. Por la en-

senada de lechuguines figura a una Yacu Mama presta a rodearlo con sus poderosos anillos constrictores, de esas que estrujan a su amante ahogándole más y más en cada aspiración vital de éste, hasta transformarle en carne triturada, un bocado que la mantendrá cinco meses haciendo una dulce digestión.

Otra canoa, esta vez manejada por manos expertas, asoma rauda ante su campo visual, distrayéndole del espanto de imaginar a la manejable serpiente que exhibe como su “amor salvaje”, metamorfoseada en la abominación de Pelancocha. La barca que difuminó la traición de Pancha, se desliza airosa bajo el timón de una veterana de selva; la figura de Carmela se pierde en el rumbo que ella a dispuesto sin percatarse del hombre que la observó ya superando la ensenada de los lechuguines. Recuperando su posición en la tardecita deja de dar golpes de canaleta para ensimismarse con el real bufeo que muestra su lomo rosáceo ante su retina, allá se mueve el cetáceo amazónico. El delfín rosado se zambulle para reaparecer aún más próximo a su atónita humanidad, entablando un contacto visual entre mamíferos curiosos de la otra especie, emitiendo esos sonidos característicos que el jefecito asume son para trabar amistad. —¿Eres la encarnación del espíritu de Pelancocha? —interrogó abriendo sus brazos con un ademán de abarcar al flamante amigo—. El bufeo, incorporándose sobre su cola en las aguas mansas, abre sus aletas dorsales, devolviéndole el mimo de “un abrazo”. El bufeo, tras ese abrazo silbante que recogió el hombre como si en ese instante entendiese que no está solo sobre este planeta, dando un olímpico salto hacia atrás, se marchó por el haz de luz que se hundió a occidente. —¡Bendita concurrencia! —atinó a exclamar deglutiendo la estela ensoñadora que el ser ribereño dejó a su partida, anotando en la celda de la memoria, donde guarda los segundos de felicidad pura del jefecito, el contacto con un protagonista de la fábulas de Silverio Coquinche.

Aproximándose al muelle con golpes de canaleta acompasados, relaciona que la tardecita le ha dado puntos de orden que incorporará al dibujo donde, el artista selvático, viene redu-

ciendo el absoluto diurno de Pelancocha. Sí pudiese elegir el momento de morir, entonces ya estaría muerto. Presiente que esta noche no visitará el guerrero que despierta con el redoblar de tambores en los campamentos de las hormigas rojas y negras.

Teófilo Samaniego se dirigió brioso a la orilla donde columbró que podía rematar un diurno abrasante en el regazo de la fresca. Embarcándose en la quilla Mercedes Orgelina, siguió el vuelo de garzas rosadas que terminaron asentándose sobre un guabo repleto de frutas. El explorador controló el temblor de sus cuerpo con rápidos golpes de canaleta, expulsando de a poco la impericia del timonel pudo desembarcar bien, libre de aguas, en la orilla donde halló el muelle de los nativos y a sus piraguas semejándose a cetáceos cometiendo suicidio. Apeándose de la montura que a esa hora lo conducía a la carrera por el doctorado en la Pontificia Universidad, siguió la fresca huella que dejaron los hombres de la aldea Puca. Se internó en el ambiente que rodea a la morada del chamán, caminó aliviado de la puntual náusea que lo acompañaba a las desangeladas paredes del diploma. Respiró el asombro de encontrarse, sin trámites, con la cabaña de Silverio Coquinche —el hombre que se reconoce en la milenaria conciencia del chamán—, quien dominaba con ojos de lechuza su chacra íntima. Allí lo recibieron dos chiquillas de rojos atuendos, portando sendos monos chichicos aferrados a sus cabellos azabaches. El rostro bronceado, intemporal, del líder de la comunidad Puca, lo observó hierático desde la balaustrada. El novato saludó con la venia respetuosa que vio hacer al jefecito cuando le obsequiaron el bagre lechero. Coquinche llamó al intruso por su nombre: —Ven, Teófilo Samaniego, acércate nomás... —dijo animándole a pasar al rincón del chamán, con el gesto de puertas abiertas a un corazón amigo—. Sube joven... —añadió gesticulando con las manos hacia las dos alegres muchachas, indicándoles

que escolten al invitado por el zaguán que conecta a las profundidades de su morada—. Éstas lo empujaron con suavidad a la espaciosa sala del piso alto donde, de a poco, dentro del claroscuro del aromatizado recinto, visualizó hamacas, lanzas, cerbatanas y el etcétera que se debe a un orden cósmico que lo atrapó a golpe de intuición. Silverio Coquinche, ofreciéndole asiento sobre la esterilla ubicada en el centro de la sala ritual, atizó las resinas que se consumían dentro de un cuenco de barro colgando de la viga cumbreira.

Acomodándose en la esterilla, entrecruzando las piernas, perdió noción del tiempo externo; recogido por el ambiente hipnótico que le extendió un anfitrión ausente. Los aromas del sahumero mantenían la estancia libre de alados picadores, mientras la tardecita entró en diáfana conjunción con el incendio arbóreo bajo el canto lastimero del tucán. La hora crepuscular inició su cabalgata a su inmólación. El silencio del rincón brujo no fue perturbado por las vestales que, al inició, depositaron en sus manos un ancho recipiente de calabaza cargado de ritual vinillo. La ingesta de chicha lo transportó a un encuentro con el estudio encantado de Papa-Beto, envolviéndolo el dulzón aroma de sus libros, tabaco y café Zaruma.

No se apuró ingiriendo el estupendo vinillo; tan relajante y rosado fermento no abrió las venas de sus demonios ciudadanos, no experimentó mínima presión por acompañarse de un Full Speed (en el Soda-Bar Carrión, era un cigarrillo por tres cuartos de litro de cerveza, y en una parada de dos horas podían ser diez botellas de pilsener). Estuvo a punto de comunicarle al chamán ausente que esos diablos callejeros no son poéticos en pasajes creados para el amor salvaje. De antuvión se halló repitiendo el nombre de la trigueña, la chicha le fue inyectando la imagen de Carmela enfrentando, sin despegar sus mórbidos labios, la mirada de mundo perdido de Pablito. Echó sus tristes redes a la silueta lobuna de la trigueña frente a él, empeñado por atrapar su aroma íntimo en los abismos de su carne prieta dibujándose entre

el incienso. La sangre arrebatada de Teófilo Samaniego bulló en el bosque primigenio de su masculinidad, fue carne viva por los conductos húmedos de la hembra que escapó a la lista de espera para descender al lecho de faiques y chumberas, vía peñón del Chiriculapo.

En la morada de Silverio emanó la fuerza del existente que no sucumbió a los mandamientos del gusano positivista. La energía que resumió sobre la esterilla de un crepúsculo abstergente, engrasó los resecos sentidos de la noche del cuarto de arriendo capitalino. Entrar en Carmela, a sus ardores de bosque seco, fue expulsar las urgencias del trepador de escritorio, trocando el simulacro de amor que se costeaba donde la Geisha en un indeleble fervor a una mujer venusina. A la sombra del sahumerio lo invadió la certeza de estar recibiendo el peso sensual de las esferas; ahorrándose meses, años, siglos, de sonrisas y miradas petrificantes con la trigueña. No supo cuando se quedó con el sentimiento de que la selva lo poseyó con el cuerpo de la mujer amada.

Afuera, los animales diurnos del bosque, languidecieron con la opereta de golondrinas, abriendo el telón de un amor salvaje sin precedentes, quitándole de sufrir el cortejo prenupcial a una quimera. Una luz cegadora le envolvió con frenesí de muerte, podrá recurrir a esa energía acumulada para vencer al poderoso descreimiento que lo había hecho negar al pequeño burgués del amor de mujer, huyendo del intento de poseer a una princesa pudrible. Sobre ese punto afrodisíaco del inusitado lecho amoroso en el que se transformó la tardecita, habiéndose hundido una eternidad dentro de los ductos fértiles de la selva, retumbaron las trompetas que lo devolvieron a los murmullos de la noche, a la esterilla que retuvo los olores íntimos de la trigueña que no estaba más ahí. De a poco recuperó la gravedad de su cuerpo, devolviéndose a su soledad dentro de la mansión de Silverio Coquinche, quien reapareció tan rápido como el aleteo de una

lechuza; así mismo fue cuando apenas lo dejó instalado con la chicha en sus manos, se esfumó.

Los ojos del anfitrión refulgen bajo la tenue luz que despidе la fogata que reemplazó el sahumerio del crepúsculo, esa antiquísima mirada le avisa que se ha consumado un idilio cósmico. Silverio, guardándose de emitir huecas palabras, inapetentes ante la contundencia de los hechos, lo invita a seguirlo fuera de su morada que luce desierta: se han ido las chiquillas con los diminutos monos sobre sus testas, cuales lo recibieron festivas en la chacra cuando arribó a su cita con el hechizo de mujer. Ya se halla caminando por el bosque satinado; va raudo, concentrándose en seguir el ritmo del nativo que se adentró ágil por el sendero bañado de un hilo de luna, éste acostumbrado a andar bajo la noche sin muletillas, confiando en sus instintos de nictálope. Llegando al embarcadero donde ató a la Mercedes Orgelina, ve un águila arpía que sobrevuela la fuente. —Dale canalete por esa línea de luna... —habló pausado Coquinche y, señalando el límpido haz de plata que cruza perpendicular hacia la otra orilla de Pelancocha, añade—: Allá están tus amigos esperándote.

Apenas sentándose en la popa de la canoa, y el chamán ya no estaba para contestar su postrero ademán de gratitud a su alucinante hospitalidad. Tomando el canalete siente que no le asaltan los miedos irracionales, que sí sufría bajo el comfortable nocturno de la cúpula de Villa Ximena, cuando meditaba en el futuro del joven Muy Prometedor. Efectuó la travesía con la serenidad de un timonel aventajado en lagunas de selva, asimilando el ulular de las especies que desató la selva para hacer el nocturno de Pelancocha. Sin desviarse del haz de luna que le indicó Silverio, alcanzó fácil la orilla de los residentes de la hostería.

Insectos temerarios se precipitaban contra la bujía balanceándose en el muelle de la otra orilla. Bajo la mezquina luz del petróleo, Pompilio, las escuchaba achicharrarse mientras vigilaba el retorno del novato, cual desembarcó de la Mercedes Orgelina como el orgulloso jinete que se apea de su corcel árabe tras haber

palpado las estrellas. Aunque estimando el gesto solidario del hombre que le extendió otra bienvenida nocturna en el muelle de la hostería, no le fue dado un ingreso furtivo a su cabaña y desaparecer con el mundo onírico que presente será atento esta noche.

—No es la primera vez que me toca hacer de faro frente a los desaparecidos... —aulló el jefecito señalando la lámpara en lo alto de la pértiga, y añade con un dejo de sospecha—: Le pregunté a Carmela que arribó hace rato, más o menos por el mismo rayo de luz que tú tomaste, si te vio puesto que ambos enfilaron con la tarde para el embarcadero de la aldea Puca, pero ella nunca supo contestar si se topó contigo allá.

—No sé cómo caí, y en qué tanto me entretuve, donde Silverio Coquinche... —atinó a replicar el navegante, impedido de evocar con lucidez a la turgente hermosura de las esferas.



Capítulo VIII

Entra en el amanecer de puntillas para que los pájaros madrugadores la arrullen con la fresca claridad que se va asentando ante sus ojos. Esta hora temprana trae la ilusión de un día tibio, soltando una brisa ribereña que propone de inicio una jornada templada, donde la canícula ecuatorial esté de vacaciones y el sudor del bosque venga ecuanime, cargando de mínima humedad la medula espinal de los residentes. Se acoge a su hora de alivio entre aires benignos —como la colegiala que no va ir al rectángulo escolar, teniendo por delante una clase viva de biología—, ya mismo estará colocándose el gorro de neopreno que cubre la melena ensortijada y los tapones de hule que protegen sus oídos durante el ejercicio natatorio en la fuente. Temprano es la niña que cohabitó a la par con el nublado piso de veterana cordillera y el bosque seco del valle de Cofradía-Playas-Opoluca; trepada en la vista de la chorrera de Soracola que marcó su pubertad, avanza a la visión de un festín de agua dulce sobre Pelancocha. Ella pisará el crujiente camino elevado que la pondrá en el muelle, su trampolín al mundo de Pablito. No sirve el lógico reclamo de la bienaventurada Ojeda que pretende evitar que su impura sobrina haga del prosaico chapuzón un ritual pagano; mas, la católica razón de la tía pacata, se achica ante la sed que le provoca el espejo de agua que acuna al millonario reptil de sus ojos.

Hace cuenta de los grandes animales feroces que la podrían engullir dirigiéndose, ejemplo, hacia el paraje de La razón perdida, pero jamás se ha encontrado con ninguno de ellos. Parece que estos existieran únicamente para animar las fábulas que Silverio le participa de esos carnívoros, pues, su capacidad de mimetización dentro de los oscuros verdes de la floresta es evidente: no los ve por ninguna parte. Todavía no se ufana de haber observado al jaguar Otorongo, ni al perfil hipnótico de la Pantera onca; se ha reconfortado con el pavor de presentir a los grandes felinos, y a veces dar fe de haber escuchado sus lamentos, tal como los graznidos recónditos del paujil o el rugido del inofensivo primate aullador despertando a la comunidad Puca. Alguna vez le fue posible tropezar con el oso hormiguero que, absorto en devorar una colonia de termitas, no se molestó por su presencia y, apartando la vista del curioso bípedo, usó sus afilados puñales para romper el edificio dormitorio de su diminuta merienda. Lo que sí revolotean en el balcón son mariposas azules que espantan a sus depredadores agitando alas que dibujan amenazadores ojos pardos, ellas aletean por la dulce sombra que anticipa la ola de calor.

La irreversible presencia de los visitantes le produce un indefinible escozor, como la picante dentellada de la hormiga *olla de ají*, sensación que ensombrece la luz sobre su lecho. La arremetida de los nórdicos en territorio Puca, rompe el equilibrio que viene cosechando a través de su incesante diálogo con los violines de Pelancocha. Cuando arriban los bípedos cosmopolitas, es ella la que siente haber atravesado colosales barreras geográficas, para observar la antípoda del caos biológico de la cuenca amazónica: el caos de los fantoches del siglo motorizado. Ella es la que figonea en las exóticas personalidades que visitan la hostería (“más costosa del bosque amazónico”, como se enorgullece en clasificarla Tomás Vanbeberen); así lo viene haciendo desde la niñez, cuando le llamaban la atención los ralos pasajeros caucásicos que se allegaban a Catacocha. El más querido y recordado

de esos caminantes fue Paul, el celta luchador, como él gustaba denominarse; éste fue el más mentado de esa época de genios de bosque seco, siendo uno de los dos extranjeros que optaron por abonar con sus largos y sustanciosos huesos la tierra que cobija a los caídos del Chiriculapo. Mañana, *los intrépidos viajeros*, aparecerán enfundados con pálido asombro, cargando los útiles para llevarse la selva en instantáneas. Deteniéndose ante la maternal silueta de la fuente, llena su mente del reino dulce amenazado por el bípedo exterminador; otra vez sus ojos, a flor de agua, imaginarán estrellarse con la mirada penetrante del escurridizo Pablito.

Tomás, iracundo, cubriendo de juramentos la imagen sicalíptica de Amparito que lo invitaba a holgar en el séptimo sueño, desemboca a su diurno. Pasados los minutos que dedica al estiramiento de su extensa osamenta emerge al balcón, donde la seductora silueta de Amparito se fue evaporando con pretérita aurora. Ingente luz ecuatorial lo va asentando en la realidad canora del bosque, las formas lúbricas de la serrana se diluyen con el desencanto. La erótica subliminación entre sábanas del amanecer, se torna en voz empalagosa sobre el luminoso balcón de la fuente; ya la escucha conminándolo a residir en Brujas, ciudad símbolo de su ambición de conquistar el primer mundo. Él hace rabiarse al holograma de su amor serrano, asegurándole que sí tiene grandes aspiraciones sobre la tierra: —Aquí me pongo ebrio de vida —le espetó abriendo los brazos a Pelancocha—. Esa cantinela saca de quicio a la ejecutiva con pretensiones sobre la tierra allende el charco, haciéndola vociferar lo suyo: —¡Sí, Tomás Vanbeberen, tu meta terrenal es la de hacerte indígena!

El aserto de Amparito, contra su íntimo deseo de estar cabalmente equivocada, es la verdad que ha rescatado en el subconsciente sobre su relación sentimental con el oriundo de

Bélgica. Ella —aunque se empeñó por combatir la borrachera existencial del hombre que presiente no la salvará— le confirmó esa vocación que halló “sobre la flor de la edad”: la de ser un indígena de Remoto y de esto, por inercia, un intermediario en la oferta de instantáneas de bosque virginal, un mediador en el intercambio de billete por el aislamiento sustancioso de la comunidad y el territorio Puca. El hombre vende espejos de selva a precio de oro, los socios de su proyecto al fin pagan lo justo para mantener la vigilia de Silverio sobre el suelo donde da la pelea a los demonios ancestrales, los que pululan merced al valor “de una empresa que bordea la excelencia”, según el confiable criterio crematístico de Amparito.

Ella lo presiona con las tentaciones de la mujer-diablo citadina, la que tejó la red que la llevaría a tomar chocolate en Flandes, y prosperar lejos del caos de las especies que aborrece. No es mujer de calmar la sed por los ríos orientales que se nutren del sudor de la cordillera de Los Andes; ella se queda con los mansos silencios de los jardines controlados en parques dentro del límite ego-urbano, donde medren conejos y venados de bronce. La enferma el murmullo incesante del bosque húmedo y lluvioso. Amparito le pinta días felices por los calles del viejo continente, donde él echaría a crecer una respetable barriga meciéndose en la comfortable góndola de la civilización europea, lejos de la obsesión por lo esencial que vende a los pudientes foráneos que acuden al café Madrilón, ¡oh ironía de los tiempos!, a pagar duro por jugar al salvaje.

Se atrasó al desayuno con Silverio Coquinche en la mesa de los jefes, y de allí a hablar de los caprichos climáticos bajo el claro de bosque donde yace la hostería ambientalista. El rumor de los nativos desfilando a la espesura lo apartan de las telarañas que fabrica Amparito, apurándose a seguirlos toma una funda de chifles para distraer sobre la marcha a su estómago. El ambiente se ha llenado del cosquilleo que provoca, en nativos y residentes, la hora inminente de los visitantes. Llegando al sitio de los

trabajos manuales se beneficiará del sudor acoplando duelas a un puente, colocando letreros en los senderos y parajes que él ha disfrutado poniéndoles nombre. Allá crece el antídoto para repe-
ler la constante arremetida psicológica de la mujer que lo tienta a destruir al ácrata solidario con el creativo carpintero que se inte-
gró a la comunidad Puca. Brinca con estrépito sobre el pequeño puente que él aprendió a acondicionar con la sapiencia del indí-
gena. Mientras ayuda a poner transitable la oferta —para que la demanda satisfaga su sed del misterioso encanto que provee un bosque primigenio—, se prende del repertorio del arrendajo imi-
tando voces de otras aves que se ocultan para también divertirse con el engaño.

—¿Qué menú ha dispuesto el señor Pompilio? —inquirió Carmela en la cocina buscando con el olfato la respuesta—. La estancia gastronómica del jefecito devuelve un delicioso vapor azucarado, como de molienda en el valle subtropical andino que guardó para sí, cuando su padre la llevó, acabando la escuela primaria, de vacaciones al frondoso valle de Malacatos, donde pudo palpar el refinamiento y magnificencia de quinta San Agustín. Esos días que se hospedó en los aposentos del poeta J.M. Riofrío, visitó con largueza el jardín botánico que legó el doctor Teodoro Morris. San Agustín, mantiene viva la leyenda del célebre Saqueador del tesoro de Quinara, hombre que acabó sus días sobre el caserío septentrional de Placidville, empecinado por dejar a la posteridad la crónica del virus que poseyó a su aldea natal, la que cometió suicidio enterrándose tras el sueño hedonista de Vermi Hood. El misterio que encierra la desaparición de Placidville —caserío que fue ecologista, hasta su inmolación, en la pradera Brecha de Búfalo—, la fascinó mediante la lectura del ensayo anovelado de Morris, *Crónica del virus del sentimentalismo*. Dicha obra fue dada a conocer al mundo por su mujer, Ana de

Cazaderos —la única sobreviviente de ese holocausto cibernético—, heredera de la aristocracia de San Agustín y, por derecho, líder de la literaria cofradía de Los Alverjeros y presidenta de la editorial Casa Azul, con sede en el parque central de Malacatos.

—Toda la sabiduría, adquirida en las cocinas que visité desde que madre Conchita (¡oh, creadora de mi detergente y golosa niñez!), me dio la responsabilidad de espumar con método el loco de cuy, está aquí, dentro de estos caldos que reducimos a sustanciosos cubos puestos a congelar hasta el momento propicio de recrearlos como una salsa que de vida al... ejemplo, Rodaballo a la buena mujer —recitó Pompilio entre peroles, afilando el cuchillo trinchador con la chaira.

—¿Tanto tiempo se requiere para dominar el arte de transformar un conejo, digamos... de Puenbo, que aparece en la carta gastronómica como un Conejo a la belga? —cuestionó divertida Carmela, evocando esa vasta lista de sugestivos nombres que encierra el programa de menús del jefecito, quien no se pierde explayándose con las cosas de comer.

—Los que han pretendido alcanzar, a dos trancazos, el conocimiento coquinarario han caído en la comida chatarra —replicó circunspecto Pompilio y, procurando que sus palabras reflejen la real complejidad que conlleva la transformación de los alimentos, añade—: Las secuelas de esa falta de visión la sufre la nariz, filtro de impurezas; y las papilas gustativas, fabricantes de placer. Esa ralea de cocineros insensibles neutraliza las cualidades intrínsecas de los géneros, envenenan su naturalidad dándoles unos sabores ilusos, convirtiéndose así en simples expendedores de bazofia cancerígena.

—Es obvio que las masas sólo quieren tragar —acotó Carmela.

—Inconscientes, como en todo lo demás, toman agua y no saben que están bebiendo un milagro de la naturaleza... —repuso el jefecito con un ademán de los muchachos nativos sí aprecian lo que dona la Pacha Mama; cuales, aunque envueltos en una

sonrisa hierática, parecen seguir muy atentos la conversación. Apartándose del sincrónico uso de la chaira, le ofrece una ración de pan de yuca a la joven que motiva su discurso del arte sobre la mesa, añadiendo para todos los presentes—: Guardémonos de exagerar con las mezclas de sabores, al punto de no reconocer lo que pone cada ingrediente de una receta. Un buen jefecito debe sentir... ¡sentir!... cada uno de los elementos que fusionándose hacen una creación gastronómica, es un principio fundamental inalienable.

—Tratándose de la gente de Remoto, las cosas de comer van de acuerdo a la realidad de nuestros primitivos días —repicó Carmela, infiriéndole al jefecito un guiño de me estoy remitiendo a cosas como el pan de yuca que me llevo este instante a la boca.

—A un estómago primordial hay que alimentarlo con naturalidad, huyendo de combinaciones pesadas. El menú de hoy es consecuencia de aquello, fíjate lo que tenemos escrito en pizarra... —sugirió Pompilio.

—¡Perfecto! —exclamó Carmela, echando sus ojos sobre el menú del día, avistando también el espejismo de los bejucos del calor que van trepando por la piel tostada de Pelancocha—. El menú “ancho y espeso” se asienta en la ventana de agua que apenas se mece entre ruidosos tábanos; la película de la fuente va perdiendo la frescura del amanecer, alojando sobre su quietud la imperceptible lucha por la supervivencia de milimétricos residentes. Apeándose del cuadro pegajoso del reino animal que se prolonga en la película de agua, rumbo al bochorno del mediodía, se alejó de la cocina de Pompilio dirigiéndose a la rutina de la radio, escoltada por mariposas blancas alzó a ver a la ecológica reunión de gallinazos que han detectado el cadáver a limpiar hasta los huesos.

—No entendí lo último... ¡cambio! —gritó Carmela haciendo la radio.

—¡Digo que mañana estarán con nosotros personas muy importantes!... ¿Estamos preparados?... ¡cambio! —aulló Amparito desde los cuartos capitalinos del Madrilón.

—Positivo... positivo. ¿Quién viene a perturbar nuestra paz?... ¡cambio! —repicó ella con obligada curiosidad.

—Gentes como Rudy y María Robinson. ¡Óyeme bien!, son los dueños de la renombrada revista estadounidense que está a la vanguardia de los foros verdes, *The American Voyageur*. Sólo imagínate eso chica salvaje, sus reportajes sobre el ecoturismo sustentable vienen a ser éxitos inmediatos en los Estados. Ahora, copia lo que te mandé a la hostería hoy...

Ajeno a la radio que hace Carmela aprende a implementar cambios de ritmo en las trochas de selva. Se acogió a la senda que va a uno de los tambos de Silverio, tales chozas se han diseminado de manera estratégica en territorio Puca con el fin de controlar el legado de sus ancestros. Apartándose de los nativos, anhela tropezar con uno de esos refugios colgantes que le recomendó visite el mismo Silverio, que ya va posicionándose como su guía espiritual. Así penetró en el follaje umbrío que acabará remitiéndolo al tambo que aún alentaba el sahumero que dejó su reciente ocupante. De a poco identificó los aromas del incienso que ya aspiró en la morada del hechizo de mujer, intuyendo que éste debió haber pernoctado aquí tras haber patrullado las cercanías, amalgamándose con los habitantes del bosque. Terminó cediendo a las voluptuosas imágenes venusinas que el familiar sahumero propició, recuperando vívidos dioramas de su glorioso paso por la mansión del idilio cósmico, solazándose en el vértice de las fragancias púdicas de la trigueña. En eso, reconcentrado con el hechizo de mujer, irrumpió en la penumbra dionisiaca un tufo a bestia montuna, devolviéndole a la realidad de una espesura que se calló para que el maullido de un gran gato lo transporte sin transición al pánico.

Petrificado ante la ronda que un jaguar hacía al tambo, puso al mínimo sus funciones vitales figurando hacerse intangi-

ble; siendo que el inicial pavor fue cayendo en un sabroso letargo onírico, que el sahumero y el silencio de la penumbra auspiciaron. Cuando despertó se habían desvanecido los gemidos del temible Otorongo, y con ellos el terror a ser devorado vivo por una bestia hambrienta. Quitándose de la choza observó que la mañana seca había cedido a una llovizna que levanta minerales de la hojarasca del túnel vegetal. Ya desembocando en el sendero que conduce a la hostería, se reúne con los nativos que le dan cuenta del transcurso del tiempo astronómico. Ayer, minutos de amor, fueron siglos de tomar la ambrosia que nunca antes se le dio bajo los pechos de una mujer amada; durante esta jornada se mantuvo horas intangible en el tambo, y no recuerda más que los segundos de miedo animal antes de caer dormido. El llamado del cuerno de la abundancia le dice que está corriendo tras el almuerzo de una tarde lluviosa, que el sendero de hojarasca secándose al sol pasó a ser jabonoso camino de arcilla.

La cornúpia tornó en conversadores a los sobrios nativos del medio Napo. En la mesa de los jefes, Silverio Coquinche, escuchó atento el relato parcial que le hizo de sus "alucinaciones" al abrigo del tambo, poniendo énfasis en el sustantivo Otorongo para obviar hacer mención alguna a sus fantasías eróticas. El hombre no sólo se interesó en su recuento sino que, saliendo de su semblante hierático, se divirtió como un cabrito haciéndose cómplice del espanto que le produjo la invisible presencia del felino. Silverio, lo tranquilizó participándole que el sí se percató del sigiloso andar de su finado abuelo en dirección al tambo: fue el viejo Pacha, así como se le presentó al señor Tomás a él también le dio su susto. "Pero nunca se come a los amigos", recalcó Silverio, riendo con sus ojos de chereco, azabaches y redondos.

Suspendido sobre el muelle flotante de la ribera del Napo, el jefecito cavilaba en el estómago evolucionado del hominino, ese

que primero fue carroñero y que saltó del amplio territorio de los nómadas al fuego y lanzas de los cavernícolas para de ahí tomarse el comedor donde se consuma la voracidad del mismo hombre pero con el añadido de moderno heliogáballo. La tardecita se ha colado en el tornasol del gran río saturado de aguas frescas que rendirán su tributo al Amazonas; mientras los nativos aguardan impacientes la panga, que arribará con los comestibles que hacen falta para atender por lo alto a los extranjeros que compraron su pasaje al mundo perdido de Pablito. Cesando la llovizna, que martilló buena parte de la tarde, arribó el sol de aguas que hace de la húmeda greda de la ribera del Napo una factoría de mosquitos: diminutos picadores que aguardan la orden de vivir con frenesí su efímera existencia. Esa latente amenaza crepuscular de los vampiros de la arena mortifica a la gente que apremia por el desembarco de las vituallas. La tardecita entró a su agonía cuando apareció la lancha entre las anaranjadas paredes vegetales del opulento tributario amazónico, atracando en el muelle flotante antes que se desate la nube de *arenilla* sobre los cargadores que, echándose a sus lomos pesados bultos, huyeron despavoridos de la mancha de dípteros que se quedó sin probar su sangre.

—El señor belga y el novato se han esfumado... ¿Estarán bajo el influjo de la ayahuasca, correteando en el bosque oscuro tras las tentadoras curvas de la mujer-diablo? —interrogó Pompilio con sorna, ya a salvo y en paz sobre el plácido muelle de Pelancocha, disfrutando de la tranquilidad que le dio el haber recibido, personalmente, los víveres que harán las delicias nacionales para los extranjeros—. Me dices que vienen los tales Robinson, unas eminencias de las revistas de viajeros a los puntos virginales y calientes del orbe... ¿cómo era el nombre de la revista, *english please*, doña Carmela?...

—*The American Voyageur*... ¿Tú crees en los papeles que firman esos añiñados del ecoturismo? —replicó Carmela distraída, asumiendo que en este ajetreo crepuscular, poniendo absoluta distancia contra la cruel nube de mosquitos que regala el río

Napo, cada quien vela por su integridad sin preocuparse por el sufrimiento del prójimo—. ¿Cuál se digna a ver al que falta en la canoa? —terminó inquiriendo a voces.

—Mas allá de si los tales Robinson valen la pena por sí mismos y no debido a la fama de verdes que les precede, un reportaje de nuestra hostería en *The American Voyageur* y tenemos para rato a Silverio haciendo la fábula del Otorongo, ¿qué me dices? —repuso el jefecito haciendo suya la proyección que le da el señor belga a eso de un desarrollo para el aislamiento, sabiendo que en lo de fondo coincide con el principal de Remoto.

—A la hora del corre-corre miramos por nosotros mismos —insistió Carmela que intuye el miedo de los otros, lo intuye y de alguna forma les ayuda a controlarlo porque no le agrada ver en el terror ajeno, espanta más que el propio.

—El miedo es comida de todos los días, es mi fiel compañero, me está diciendo te vas a morir y las hormigas no dejarán nada a los gusanos de las mariposas que dibujas desde la hamaca —dijo jovial el jefecito.

—La noche está cerrada, ¿por qué no ayudamos al faro de la pértiga moviéndonos a través del muelle con nuestras lámparas de mano? —propuso Carmela escrutando en la oscura quietud de la fuente.

—Bueno, demos luces de bohemia a los extraviados, es la tercera vez que lo hago para el novato —asintió el jefecito haciendo titilar a su lámpara, y añade—: Pero no digas que al señor belga le agrada retornar pronto a la cordura, es hombre de engordar en la estulticia.

—¡Cínico! —exclamó Carmela, desatando una risa nerviosa que se fue diluyendo y, aguzando el oído, percibió destemplados cánticos rompiendo las calmas aguas—. Los ocupantes de la piragua van tomando forma en el haz de luz que los atrae desde el muelle, sentido estribillo llega a sus oídos, Tomás y el novato canturrean a dúo: “*Por qué no me dijiste que no me querías para no adorarte...*”.

—¡Hombre!, tenemos comité de bienvenida —aulló Tomás disponiéndose a desembarcar con la brisa peregrina del río Napo—. El águila arpía sobrevuela Pelancocha, buscando con sus dilatadas pupilas la presa que sucumbirá ante sus garras. Los habitantes de las sombras luchan sobre la arena donde tienen que prolongarse o morir, el diurno recogerá a los victoriosos en sus guaridas. Los sapos persisten con su millonaria música reclamando su capullo de selva; el pájaro yacami emite un solo de trompeta en su reino de tinieblas.



Capítulo IX

Los extranjeros aterrizan en el puerto fluvial animosos por entrar a fotografiar la realidad pasmante que, Amparito, prometió como un aperitivo del paquete de selva prístina que adquirieron. Desde los aires anublados poco pudieron hacer para emocionarse con el paisaje, cubiertos los trámites de salida del aeropuerto local, retrepados en los asientos de la coloreada ranchera que los trasladará al muelle donde aguarda la embanderada lancha de Remoto, ávidamente persiguen la pincelada del pueblo que abre el portal de lo selvático, buscan esos contrastes tercermundistas que los mueva a cosechar imágenes curiosas. En el corto trayecto al bullicioso muelle de Orellana, el señor Rudy Robinson brinda a sus compañeros de viaje el abreboca de realismo pasmante que habían deseado apenas posaron los pies sobre suelo amazónico.

—Aquí tienen mis amigos el primer ejemplo flagrante de realismo pasmante —espetó Rudy sonriente, convocando al grupo nórdico a seguir su aserto—, observen las fastuosas instalaciones de las petroleras contrastando con este pueblo anacrónico, miserable, anegado en miasmas...

Amparito suda en el muelle su desagradable reencuentro con los sueños selváticos del señor Tomás Vanbeberen, no supo que decir para atenuar —ante sí primero y luego que eso se refleje al grupo caucásico— la insoslayable verdad que, apenas descendió del aeroplano, profirió a gritos el perspicaz Rudy Robinson.

Ese tipo de comentarios la afirman en su decisión irrevocable de ir a colocar un punto seguido refrescante —o un factible punto final— a su relación sentimental con el flamenco salvaje; “venimos resueltas a ser prácticas, Tomasito”, le dirá poniendo énfasis en dar término a lo sentimentaloides de su “¿noviazgo...?” Allí está el meollo del asunto, su error, no hubo un noviazgo comprometido con el enlace matrimonial, ella se apuró a soltar su material afrodita sin promediar papeles, al amor carnal se lo debe ayudar con la firma de un juez y la debutante fue todo confiar en sus atributos palpables para después dar el golpe. ¿Y no será tarde ya?, pues, el hombre que se aprovechó de la flor citadina puede estar rendido de amor a su orquídea amazónica.

Ella quiere poner agua de por medio con el pestífero puerto, mueve a los tripulantes para ello, procurando que la lancha zarpe rumbo al teatro de su batalla crucial con Tomás Vanbeberen. Prefiere los aires de río al bochorno de este pueblo de barro, quitándose de la vergüenza que le provoca el bullir de un asentamiento humano que le repugna. Este puerto de enlace es inevitable para acceder a la hostería que por fuerza mayor visita, pues, ésta le está arrebatando su sueño europeo, y allá va a dar una pelea a muerte, o sale avante de esta confrontación o resigna sus derechos sobre el hombre que involuntariamente la empujó a estos trances. Sí, ella es mujer de ir para adelante en lo que se ha propuesto y, Tomás, aupó su sueño de verse como una súbdita de Bélgica. Tanto oyó a éste hablar de su primera juventud, en la magnífica ciudad que vino a ser su campo base para de ahí pasearse a placer por la vieja Europa. “Con el membrete feliz de anarquista de posguerras mundiales se bandereó a lo macho, gozando mujeres a lo macho, tragando aguardiente a lo macho... ¿Qué rico, no?, y, como el chivo maduro ya se divirtió a costa de su buena estrella, ahora sí me sale con la lindura ambientalista de ¡Amparito, mejor hagamos indígenas!”.

El motorista por fin da la señal al puntero para que despeje el paso fluvial y ponga proa al gran río, el bote fue zigzagueando con sigilo por la maraña de pequeñas embarcaciones

que forcejeaban para zarpar en el corriente río Napo o atracar en puerto Orellana. Amparito se precipitó con furia a la aventura selvática que definirá su devenir al lado del hombre que la ilusionó con eso de dejar entrever una vida de pareja europea. Tiene claro que él no dijo exactamente eso, pero tampoco de sus labios brotaron un no tajante dejando todo bajo un compás de espera que, a la larga, vino a ser peor que un no absoluto porque le rompió la paciencia, y llegó al basta, y no es que ella lo quiso entender de esa manera, lo ha venido analizando a fondo y no existe otra forma de ver su mañana junto al señor Tomás Vanbeberen. “O me das una buena vida en Europa, o nada más contigo. ¿Oíste, oíste?”.

La lancha corre río abajo serpenteando entre la turbia atmósfera de las paredes vegetales acercándose al medio día ecuatorial. El grueso de los visitantes lo forman el compacto grupo de estadounidenses aficionados a la ornitología; permaneciendo, aparte del conjunto pajarero, la fina estampa de Nahúm: sefardí de tupidas barbas negras, quien tomó asiento a popa privilegiando su deseo de contemplar la tundra a su aire, y de paso hacer lo ineluctable, por inercia de su mente conductista: escrudiñar en esos nórdicos comedidos, hombres de buen talante afiliados a sendas fundaciones ambientalistas. Nahúm recoge con sedienta alegría las sinuosas imágenes del tributario amazónico, sus ojos se atiborran de agua dulce, el líquido precioso que extraña en su boyante granja hidropónica —donde cada gota de agua es responsable del milagro agrícola de un suelo de por sí reseco y agrietado—, fundada a mediados del siglo pasado, sobre las colinas de la Baja Galilea. Granja que nació por la sed de hacer pionerismo de sus padres que preservaron, para ellos y toda su descendencia, su noble origen sefardí que se remonta a esos parientes que fueron vilmente expulsados, allá por el siglo XV, de la imperial ciudad de Toledo.

Nahúm, cuando descansa del exultante espejo de selva ecuatorial, posa su curiosidad sobre los adormilados pasajeros enfilados en los asientos a proa; viene intercalando esos cuadros de abundancia de agua dulce con la obsesión del psicólogo por escarbar en el infierno del vecino. Ya ubica a los principales de la revista caza bosques impolutos, tropicales, del orbe, *The American Voyageur*; enfoca con nitidez a los dispares Robinson. Los consortes Rudy y María, exhiben con disimulo su desacuerdo existencial, pero sobre ellos se cierne una antigua porfía que data de la condena de mantenerse en las cuatro paredes de un matrimonio momificado, un cadáver apenas sostenido por la cultura de la fantochería hasta la muerte. Apuesta a que los Robinson se toleran por compromiso social, y que esa mutua acidosis que comparten aquellos dos se debería a lo dispar de sus fenotipos que avisa una incompatibilidad de genotipos. Le entretiene sobre manera poner así de contrarias a esas dos personalidades que se colocan próximas al paroxismo del hartazgo. Selváticamente, figurando, diría que el señor Robinson se presenta caucásico, en la flor de las momias, portando una expansible tripa de culebra parada; la señora Robinson le viene andaluza, aún salerosa, metida en carnes mediterráneas, aproximándose a la apetitosa madurez de las dantas que calcula deberán haber muchas y regias por estos pagos.

La embarcación se deja guiar por el brazo experto del hombre que funge de puntero, siendo una suerte de espolón que instruye al timonel ayudándose de silbidos para evitar bancos de arena, troncos, remolinos, y demás imponderables que presenta el río Napo. La gente Puca que conduce la lancha hace uso del cabal conocimiento navegatorio que han adquirido desde su infancia ribereña; conocen el efecto de las torrenciales lluvias acaecidas en la ruta que ayer nomás repasaron, las crecidas últimas traen astucias debajo de la aparente calma del espejo de agua que es hoy el río. Los pasajeros disfrutaban de la sierpe de agua ya echando fotos, ya adormeciéndose sobre sus acolchados asientos bajo la cubierta de la embarcación; ellos vienen abanicados por el

tibio aire que los aparta de la extrema temperatura ambiental, sin percatarse aún del bochorno ecuatorial, en una mañana nubosa que se fue despejando hasta dar con el mediodía radiante, cual trajo el refrigerio que repartió Amparito.

La tarde fluvial ingresó a los ojos de los visitantes con los entusiastas ademanes de Amparito anunciando que estaban ingresando en el territorio de la comunidad Puca. Pronto la nave se arrimó con pericia al muelle flotante sobre el río Napo, a la sombra de los múltiples palos de un higuerón. Niños, ataviados con sus atuendos naporunas de fiesta, se encargaron de la inocente acogida, formando la calle de honor que ha venido teniendo éxito en pasadas jornadas de encuentro con los extranjeros. Los presentes huéspedes también recibieron la grata impresión de estar abriendo el escenario donde se efectúa el desarrollo para el recogimiento de la comuna Puca. De aquí para adelante se traducirá, fuera atenuantes, la propuesta del señor Tomás Vanbeberen, haciéndose tangible el trueque de dólares por efectiva conservación de un pedazo primigenio de foresta amazónica. La permanencia de Remoto sobre suelo Puca, y del territorio Puca sobre El Dorado, estriba en que los “intrépidos expedicionarios” que apuestan por su proyecto se carguen el alma de instantes e instantáneas que los estremezca, y cuando regresen a sus cubiles del ego-urbano no vuelvan siendo los mismos, que sientan que algo cambió en su talante humano.

La efusiva recepción de la niñez Puca desató la reacción esperada de simpatía por parte de los visitantes quienes, con la venia del líder de la comunidad, reanimaron su arsenal de cámaras digitales (a excepción del sefardí Nahúm) procediendo a disparar a discreción sobre las caritas risueñas e inocentes de los futuros guardianes del bosque. Con antelación fueron advertidos que los adultos no toleran ser retratados, pues, a partir de que reciben su confirmación de hombres del bosque pertenecen

al espíritu del Amazonas. El nativo confirmado como existente boscoso va madurando en su alma una orquídea que, al cabo de sus días humanos, reventará para permanecer invisible sobre un musgoso árbol; y, de esta manifestación mutable, se colige que su alma se corrompería si es raptada por los cerebros de las máquinas reproductoras de imágenes.

Silverio se adelantó con los nativos transportando en sus lomos el equipaje de los pasajeros, perdiéndose por el camino elevado que conduce al estero de Pelancocha. A continuación, los visitantes, aflojando sus huesos, transcurrido el instante que les hizo proferir sus primeras exclamaciones en territorio Puca, se internaron por el túnel vegetal hasta dar con la canoa que cargó con su asombro cosmopolita. Deslizándose por los meandros del estero de los monos araña, sujeto a flamantes interjecciones de admiración, desembocaron en los anillos de Pelancocha, donde el silencio de los espectadores se abrió a la tarde colaborando con el ensayo del edén.

Recién, sobre el muelle de la hostería, los viajeros retornaron a su lenguaje común, encontrándose con el alter ego del ciudadano que les vendió el bosque húmedo y lluvioso en el café Madrilón. Tomás Vanbeberen los recibió con la sonrisa amplia del que sabe de los ¡ah! y ¡oh! que profirieron los extranjeros ante la poesía que destilan los anillos de Pelancocha. El responsable de Remoto les extendió su bienvenida a dorso desnudo, descalzo, tal como se muestra en la foto del tríptico que fue repartido durante su paso por el café Madrilón. Después, Silverio Coquinche, al par de investirlos de socios honorarios de la empresa de preservar tal encantamiento lacustre, procedió a realizar la limpia de rigor de los huéspedes, de uno en uno los fue exorcizando para que no contaminen con la enfermiza soledad de los rascacielos la soledad divina de los bohíos de la hostería.

El ácrata flamenco no decepcionó a los forasteros; él es el hombre, en carne y hueso, de la contraportada del tríptico, el otro, el negociante del Madrilón, vendría a ser su alter ego. Aquí

está, al natural, el mentalizador del trueque oxígeno por dólares, agasajándoles con la chicha de la casa antes de que sean conducidos a sus individuales aposentos (excepto la choza matrimonial correspondiente a los Robinson) a que hagan uso de su tiempo de reflexión y retrete. El discurso del Tomás Vanbeberen semisalvaje, apuntaló el creciente deseo de definición que vino cargando Amparito desde puerto Orellana; no hay cosa que agrie más sus tripas que el lenguaje desnudo con el que se presentó su amante, ese barbirrojo con ademanes de bucanero la tiene desencantada, no va más con eso que acaba de espetar éste en público, ante gentes cosmopolitas que recibieron sus palabras con humor silvestre, como si entendieran que el otro tiene esa vocación que le brota de las fibras insobornables de su corazón: "...mi intromisión en la comunidad Puca se debe a que deseo ser un indígena de los trópicos...".

Nahúm se arrellanó sobre la hamaca del balcón de la choza que le asignaron, la quietud de la número tres lo refundió en los bucólicos instantes que descuenta a la abultada tarifa que pagó por esta suerte de viaje extraordinario; tiene claro que la distancia entre la depresión del Mar Muerto y la cuenca amazónica es planetaria. Y valió el precio enteró del pasaje apenas se enajenó abriéndose a los anillos de Pelancocha, otros podrán decir que fue un desdoblamiento, pero de hecho fue un aislamiento total porque únicamente él, y nadie más que él, flotaba en la fuente. No sabe de los otros, él ya formó un grupo aparte, ésa es la ventaja de ser pionero, ya hizo lo suyo y seguirá haciéndolo por su cuenta y riesgo. Los arreboles del sol de venados se reflejan en el espejo de la fuente, la tardecita es una pintura de bosque naciendo del agua. Pasa revista, con sus catalejos de atrapar pájaros, el horizonte de yutzos que hacen la barrera de raíces entrelazadas en las circulares orillas fangosas de Pelancocha. Se

augura a sí mismo una fructífera estancia en la propuesta conservacionista del señor flamenco que no tuvo empachó al comunicarles que quería hacerse indígena amazónico. “¿Dime vos, no se puede ser más serio con la vida de uno?”, musitó regodeándose en su español americanizado, que lo hace peculiar entre el grueso de extranjeros anglófonos.

Apeándose de la hamaca con el fin de cargar su cachimba —en sí un arte mudéjar del viejo Toledo— con tabaco rubio, acabó apoyándose en la barandilla del balcón. Echando bocanadas de su reliquia árabe, embebido con el silencio tornasolado de manantial, escuchó ciertos silbidos agudos que lo llevaron a peinar con la vista las cercanías del entorno acuático. Y, como brotando de la fábula de Pelancocha, enfocó al bufeo que, siendo real, asume debe ser un residente de los anillos de agua que navegó hace poco como si fuese el portal a un delicioso solipsismo. El delfín rosado está dando espectáculo gratuito que él no recoge en instantáneas electrónicas porque es el único del grupo que no vino a echar fotos, sino que está aquí para ingerir a raudales lo amazónico y almacenar esa riqueza intangible; después tendrá todas las horas a su favor para ir deshaciendo el ovillo de sensaciones primitivas: allá, en su granja de la Baja Galilea, a largo plazo. Así lo hizo, hace quince años, con su viaje a Bután, cuando fue tras las huellas del Loco Divino y su indeleble poesía del *trueno flamígero*; y todavía sigue develando en la mente sus misterios. Las pausas del fotógrafo aficionado arruinaría su memoria a largo plazo, mataría el seguimiento contemplativo que hacen sus sentidos sin interrupciones, perdiendo su espontaneidad por esa obligación que tiene el turista de llevarse imágenes electrónicas del paquete de selva que adquirió.

Grabó los atléticos saltos y las vocalizaciones del bufeo. Exagerando podrá agregar a la celda de lo lírico que, al balcón de la choza número tres, salpicaron gotas de agua del espectáculo montado por el delfín rosado. Lo cierto es que los pájaros diurnos, en alboroto crepuscular, fueron tras sus nidos y, él, Nahúm,

aprovechó para ralentizar el conjunto alado junto al bufeo desapareciendo por una estela argentada. Supone que los que habitan este portal de los anillos sabrán entender lo que él presenció antes que los animales esféricos, de la Vía Láctea, centelleen.

La hostería encendió farolillos que dibujan los caminos elevados que llegan a las chozas de los visitantes, cuales reaccionan con voces de alivio al llamado de la cornúpia, la mesa imperial los reunirá para el yantar que desembocará en la definición de su mañana selvático. El comedor se va llenando de crecientes voces angloparlantes, cuales imprimen la tensión que extrañaba el jefecito. Los consortes Robinson ya se adueñaron de las imágenes del bufeo que Nahúm les pasó como abreboza de las emociones que ellos buscan para la revista *The American Voyageur*; aunque ellos no se contentaron con la versión de un solitario delfín rosado danzado en el crepúsculo de Pelancocha, pues, tomaron nota del suceso en plural: "...una pareja de delfines rosados derrocharon sensualidad antes del ocaso del espejo de selva...".

Amparito vino al comedor portando un fragante compás de espera. Apaciguada por los abrazos que le prodigó en la penumbra de su bohío el hombretón barbirrojo, postergó para más tarde su decisión de no seguir soñando con los canales de Brujas, y reclamar su botín antes de ceder otra vez a los apremios del amor carnal. No puede dejar de sentirse estimulada por su poder de acción en el acto copulativo, el hombre no resistió a su contoneo apenas salió de la ducha con una camiseta larga apretándose a su piel (la prenda no le servía para enfrenar su perfumada desnudes, siendo que la hacía irresistible, exacerbando sus turgencias de mujer bendita por la naturaleza); así caldeó los ojos del fauno que se abalanzó a morderla entera hasta que los humedales del deseo los abraso. Si su relación con Tomás apenas se circunscribiese al instante de pasión volcánica, ambos serían dichosos animalitos de los huertos del Señor. Empero, esa

gracia que la hace dominadora en el lecho, donde yació vencido el filibustero que la raptó bajó la promesa de un renacimiento primermundista, apenas dura el tiempo que son cautivos de la burbuja erótica. Después, o sea todo el resto de cada día, que viene a ser a resumidas cuentas el futuro en pleno, se cierne el espacio donde no empatan.

Le halaga que Tomás la urja en ardores magmáticos, es una muestra inequívoca que ella prendió fuego sobre su corazón bárbaro, hiriéndole con sus favores de hembra diestra para el juego amatorio. Pero vivir a plenitud, como ella quiere, es la factura que debe pagar el hombre que la hizo tan segura de su dominio carnal. Pasada la fogosidad de los amantes, éste retorna al discurso que ya le vino descarado hoy tarde, no podía creer cómo él hizo público su ambición de hacerse indígena. El palpito de estar dando la última batalla, en la guerra por la conquista de su bienestar, persiste y, contra pronóstico, le dio fuerzas posponer la confrontación de ideas de lo que, cada quien, tiene por un mundo feliz. Tiene claro que el desenlace de su futuro, con o sin Europa, es un hecho; en un máximo de veinticuatro horas sabrá, sin atenuantes, si le tocó dolor o dicha al término del plazo dictaminado por su razón. Mañana, bajo otro crepúsculo de selva, estará sufriendo las consecuencias de su “no doy más Tomasito, así como vamos mejor es decirnos adiós ya, este rato”. No será tiempo desperdiciado, aprendió lo suficiente de él, de ese ácrata insobornable, al fin puede mandarse a mudar del sueño del viejo continente a otra instancia que sí le depare resultados tintineantes. “Mudarse es aventura”, le ha dicho él muchas veces. Tuvo bastante del ser que vive por sus tareas conservacionistas, “... hasta aquí nomás Tomasito, ecologista sí, pero siendo residente por todo lo alto en el barrio de la alegría del primer mundo”.

La mesa imperial, colmada de exquisiteces de la cocina de Pompilio Delacroix, se mostró a la altura de la curiosidad de los visitantes por degustar las viandas que ofrece una hostería ambientada en la garganta del bosque lluvioso. El jefecito, chapu-

ceando con el inglés nasal de su apego, instruyó a los comensales en los detalles de cómo logró esa fusión de lo clásico, representado por las “salsas madres” del arte coquinaro europeo, con la sutileza gastronómica que heredó de su madre Conchita. El discurso de la fusión de los alimentos provocó la simpatía e hilaridad de los huéspedes, campeando por el comedor la camaradería como en los tiempos de los banquetes de los caballeros andantes. Entrando de lleno en la degustación del menú, bajo la atenta pesquisa del jefecito, “sus creaciones” fueron sometándose al criterio palatal de los nórdicos, quienes, gesticulando, le decían que su instinto epicúreo no se equivocó, quedando de nuevo a salvo ese prestigio internacional que consolida desde la primera impresión gastronómica de los catadores. El jefecito relame su golpe fundamental en los paladares cosmopolitas, regresando a la cocina ya no ve necesario abusar del chapucero inglés nasal que castiga, sin proponérselo, al luminoso inglés que jamás comete por desconocimiento del idioma que no ejerce en los laberintos de su lógica del absurdo. Siguiendo la costumbre propina sendas palmadas a la gente de la cocina, batiendo elogios sobre los lomos dispuestos al regocijo de sus jóvenes ayudantes; ellos también celebran el ambiente festivo que irradia el comedor, son parte de la causa de las reacciones que les rebota después de que la alegre concurrencia degustó el menú largo y estrechó, bajo la modalidad sírvase usted mismo.

A la hora de los bocaditos dulces arribó la cítara de Pompilio, instrumento al que acude en noches de inspiración como esta, cuando el pláceme de los extranjeros a su cocina lo incita a mostrar otra forma de sus habilidades. Las gollerías de hojaldre se acompañaron con las sencillas notas que derrama la cítara en manos del músico aficionado, el cual arregló una suerte de popurrí basado en el cancionero popular de tierras altas para compartir su sentimiento selvático. El jefecito ya deslumbró con su versatilidad a la principal ejecutiva de la revista *The American Voyageur*, María Robinson. Transcurrido el melódico postre, con-

cluyó la hora estelar de las cosas de comer; Tomás invitó al grupo se traslade a la sobremesa en el salón de juegos y bar de la amplia cabaña contigua al comedor, donde se hará la presentación de las alternativas a escoger para el inmediato devenir de los intrépidos expedicionarios, resaltando las cualidades de la pluviselva a su disposición.

Nahúm no lamentó haber perdido autoridad sobre el suceso del rosado delfín haciendo cabriolas antes del crepúsculo de Pelancocha, jamás imaginó que ninguno del grupo de estadounidenses se percate de ese acto elocuente y gratuito frente a sus narices, nadie de los otros visitantes salió al balcón. De esto que fue un alivio que los Robinson lo descarguen de andar resumiendo otra vez, con palabras, su hallazgo; ellos le hicieron el favor de divulgar el hecho, exagerando a su gusto la original versión de la contundente realidad, apropiándose del bufeo que Pompilio le avisó que ayer nomás lo vio pero que nunca antes había detectado su presencia en Pelancocha, asumiendo que se trataba de un jovial antepasado del jefe espiritual de la comunidad Puca, asunto que lo acabó de impresionar porque siendo real la visión del delfín se mantuvo en lo fabuloso. No hace mención de ahondar en el suceso con los estadounidenses, cuales llenan sus expectativas de grupo mediante la doble versión de los Robinson. Multiplicar la realidad es la costumbre que aprecia del hombre contrapuesto al circuito positrónico del programado humanoide que lo reemplazaría en sus ficciones futuristas, cuando aquel engendro cibernético cubriría su diario ausente de aventura y él se quedaría con la suerte de existir perecible: encarnado.

El grupo estadounidense acordó, por unanimidad, anotarse a su especialidad boscosa, volcándose al espacio/tiempo de la ornitología que tiene a su cargo la guía de selva Carmela, y que Amparito paladinamente tomó como su opción de entrete-

nimiento también, ensalzando la oferta de la avifauna del territorio Puca, aportando datos vulgares sobre ésta. Los huéspedes festejan, apostados en el largo bar de cedro colorado, bebiendo mojitos de la casa, la garantía que les dio Amparito de que van a repletar el cerebro de sus cámaras digitales con una inigualable variedad de aves por hectárea cuadrada de bosque. “¡La taza más alta del mundo silvestre!”, había exclamado radiante por las codiciosas miradas que viene echando, el señor Rudy Robinson, a sus sinuosidades de fémina. Nahúm escapó del círculo de los pajareros refugiándose en el balcón de las hamacas, ahí respiró el nocturno de la fuente, recogiendo el eco de los habitantes de la espesura; barruntando que la realidad, a golpe del espejo subluñar del venero, es el eje de la obra maestra que se basta girando sobre sí misma, reflejando un universo de erupciones internas.

María Robinson ya se estremeció con el alarido de los bichos noctámbulos, escalofríos resquebrajan la mascara mundana que niega su lado primordial, la energía de los carniceros que percibió del bosque profundo la sacude hasta arrimarla en el filo de la estulticia. Pompilio ha tomado nota de los estremecimientos de la mujer mediterránea, acudió pronto a rescatarla de sus temores, blandiendo la experiencia del veterano de selva pretende ganarse la confianza de quien mostró su gentileza elogiando, en sobrio dialecto andaluz, lo que salió principalmente de su cocina y de paso de la cítara. El jefecito tiene el convencimiento de que es buena señal el temor a las criaturas del nocturno primitivo, siendo detergente la porción de espanto subluñar para disfrutar a tope el diurno de los pájaros. Con vocación relaja a María Robinson, recurriendo a la exposición de sus propios temores subterráneos, presentándole para que se distraiga los ojos luciferinos de Pablito y sus congéneres blancos y negros. “Allá posa rodeado de su harem el emblema de este mundo perdido”, dijo

enfocando con su lámpara de mano esos rubíes que sobresalen del agua. Así él fue recogiendo el chinchorro que atrapó la atención de la señora, que, por alguna causa insondable del hado, le resultó muy atractiva; enrulando sus chinescos bigotes observó que está llevando por el sendero correcto el diálogo, pues, la andaluza de quilates residente en Columbus, Ohio, viene dando cumplidas señales de entendimiento con su discurso apaciguador. Ella, refundiendo el ilustrado inglés que imprime a la revista *The American Voyageur*, se integró al apetecible español del jefecito. Al cabo, haciendo un paréntesis a la ansiedad carnívora que infirió el tórrido gemido del bosque, le regaló otra vez a Pompilio la música seda que él no se cansaría de escuchar, privadamente, “tú a tú”, de esos labios carnosos que se le antojan frutales en la intimidad de dos desconocidos.

—Venga, chaval, tu menú largo y estrecho (ves cómo lo he memorizado de entrada): delicioso; vamos, que fue una degustación de sabores y colores de mantel largo... —y añade de lo que cree es un complemento de su cocina—: Bueno fue el popurrí folclórico que montaste con aquel instrumento griego, ¿cómo llama el aparato?

—Cítara, y es verídico que es un invento de la Antigüedad —replicó raudo el jefecito.

—Bueno, majo, hasta el momento, vamos, esa fusión vuestra que he llevado gozosa al paladar, es lo mejor que me está ocurriendo en este fin de mundo —repuso con sutil coquetería la señora Robinson; cambiándose luego a un mohín de sardónica sorpresa al encuadrar a su esperpéntico consorte, Rudy, trabando amena conversación con la facilitadora de los negocios de la hostería, Amparito.

—Muy halagado por tu gentileza a tono con tu mediterránea donosura; mas, en esta candente y húmeda lejanía, cualquier bocado es bendito —se excusó con modestia Pompilio, disimulando el júbilo de su ego-cocinero cuando atrapa a determinados congéneres a través de las papilas gustativas; y más todavía tratándose de la atención que captó de la mujer cosmopolita

que puede publicar su nombre, o mejor aún, un reportaje que se aproxime a la realidad del jefecito, en la revista *The American Voyageur*. Hay física y química entre ellos dos. La piraña que ayer le sirvió de trofeo pasó a la información que le fue entregando a la mujer que muestra especial interés por sus vivencias. Vaya que se encantó con lo de la adolescente anaconda, Pancha, la que crió en la calidez del cesto de cáscaras de huevo de la cocina, y que ocasionalmente la obsequia dándole a succionar, del biberón que perteneció al ofidio bebé, leche entibiada con un chorro de miel de abeja.

María, de a poco, va transfiriendo su angustia por la inaudita sed carnífera que la atacó —“con los ojos abiertos”—, a una fascinación por la espesura que aúlla allende el cerco de yutzos que aprieta las sinuosidades de Pelancocha. Una fuerza misteriosa le está introyectando el calor de la fémina que hace fechas sepultó por su trájín mediático; ya presente que dentro de la tundra deambulan esos hermosos y grandes felinos que la cautivan bajo sus sueños salvajes, cuando más civilizado y boyante es su entorno en la ciudad. Pero ahora no está jugando a ser primitiva dentro del mundo onírico de su residencia poseída por los útiles electrónicos de punta, sino que con los ojos abiertos imagina convertirse en una fiera orgásmica. Respecto a la acumulación material, con Rudy, nunca riñen porque tienen todos los aparatos, propiedades y valores fiduciarios, multiplicados por dos. “Uno para mi otro para vos”, es la regla sin excepciones que los mantiene como una pareja ejemplar en el ámbito de las convenciones verdes. Lo cierto es que cohabitan dentro de una esfera hecha para dos que no tienen la menor intención de ser uno más uno, dejaron de intimar hace años, son dos conocidos que, tras la efímera pasión que nació y murió en la noche humecante de Nueva Orleans, formaron una sociedad de hecho para el hedonismo ambientalista que parió a *The American Voyageur*. Muerto el deseo por el hombre del cuarto de al lado, su libido, creó su propio escenario de amor felino en la inmedible tierra de los sueños.

La comprensión acude a los labios del jefecito cuando María le participó, como si se tratasen de viejos amigos, aquel fervor onírico recurrente que, sobre estos pagos de fábula, resultan tan familiares como necesarios. Imagina a la ecuánime ambientalista tendiendo una emboscada a su pálido consorte; ella metamorfoseada en tigre, desguazándole ante sus ojos. El suspiro de Pompilio viene con el recuento de la campaña insecticida de su cubil; le participa a su discreta confidente la guerra que libra, exento de gloria, contra los ejércitos de diminutos bombardeándoles con sus fieles aliados *Dragón* y *Relámpago*, reconociendo que su sórdida y estéril lucha no tiene ni pizca de la majestuosa ferocidad de un cazador nocturnal como el jaguar. Cómo no, si el magnífico gato se mimetiza con la fronda para que nadie de testimonio de su afán carnicero, sólo la persistente cámara de los biólogos residentes en la selva capta esa solitaria existencia para remitirles su fotografía a revistas como *The American Voyageur*. Sus demonios selváticos son diminutos, vienen por millares a tomarse la choza del jefecito; metiéndose en sus flaquezas despiertan al demente que presenta risible resistencia, “al auténtico poder de estos pagos: los insectos”.

Tomás repasó por los recorridos ambientalistas que viene ofreciendo en el reciente pasado, desde que convenció a Silverio Coquinche de optar por una salida honrosa ante la arremetida exterminadora del bípedo explotador. Moviéndose en las esferas del poder público, vendiendo su idea conservacionista ante los foros internacionales, y ganándose el apoyo de la coyuntura nacional por una cuenca amazónica intangible, consiguió que se declare al territorio de la comuna Puca una reserva biológica de la misma humanidad que destruye el bosque tropical, húmedo y lluvioso. El recreo ambientalista y científico, “exclusivo, únicamente para expedicionarios con harto billete”, que implementó —aunque le molesta como el zumbido del tábano— recauda el

dinero que permite la integridad del hombre boscoso que encarnan los individuos de la comuna Puca. Ese ideal conservacionista está permitiendo que Silverio Coquinche mantenga incólume su capacidad atávica de preservar el hábitat de sus mayores. Coquinche tiene claro que los intrépidos expedicionarios que pagan lo que vale el nicho biológico de Pelancocha, son un factor que dirime para que se prolongue el espíritu de su poder, en tiempos que el Satanás de los cristianos eructa a petróleo.

Cuando los primeros extranjeros se allegaban al café Madrilón para indagar sobre el destino de selva, Remoto, él resumía el sudor de una aventura amazónica en el básico apotegma que encabezaba el entonces díptico que promocionaba la hostería recién abriéndose al mundo, espetando: “¡Usted es el límite!”. Pasado el periodo de prueba del proyecto, afirmándose en el subyacente instinto nómada de los modernos viajeros, dejó atrás la primaria máxima de promover ilimitada actividad entre los huéspedes, para admitir con el actual tríptico publicitario que, apenas pisando suelo Puca, el visitante es un “¡intrépido expedicionario!”. De esto que, la contemporánea naturaleza de la hostería, invita a los visitantes a ponerse cómodos en el espectáculo de la luna domesticando a los caimanes.

El señor Tomás distrajo a los visitantes con el génesis de su proyecto ambientalista; siendo que él concibió la figura de oxigenar al hombre insatisfecho tras la artesanal barra de cedro colorado del próspero Madrilón, acercándose por una recomendación de un misionero capuchino al eje de Pelancocha: agua, bosque y silencio. Lo de su encuentro en el Madrilón con el sacerdote capuchino (entonces aquél hombre venía residiendo por el río Napo, sobre la isla de Pompeya), no fue casualidad sino destino, siendo que acá se transformó con la luna selvática del estero donde, providencial naufragio, lo llevó a extraviar la razón de regresar a su país de origen. Él, sin las presiones de Amparito, había tomado la triste decisión de retornar a la ciudad natal cargando la inmensidad de su vacío interior por no haber emprendido en su proyecto de salvación de sí mismo, eso de volverse indígena ya había tocado las puertas de su corazón pero sin deslumbrarlo todavía.

Si alguno de los presentes se atreviese a ir tras la fábula nocturna del bosque tropical, se le arreglaría un circuito herpetológico y, de igual manera, se le podría proporcionar un amanecer en un tambo de Silverio. El bar es una galería de voces anglófonas declinando la oferta sublunar del principal de Remoto; ellos, el grupo de Ohio, son observadores de aves diurnas, el nocturno del bosque los ahuyenta como a zancudos rebotando en una piel empapada de repelente. Sin embargo, del alegre murmullo pajarero negándose a un encuentro cercano con el espíritu nocturnal del bosque, se levantó la palabra disonante de Nahúm que, articulando un loable español con acento austral, se precipitó a apuntarse a la propuesta que el barbirrojo hizo por ese acaso si alguien de los presentes hiciera honor al pretérito axioma de la hostería: ¡Usted es el límite!

Nahúm sí se avino a la inefable propuesta de Tomás; lo hizo complacido de no haber sido defraudado por la literatura de Remoto, y poder servirse de las palabras que lo trajeron acá, porque eso fue lo que llenó su corazón del tríptico que receiptó en el Madrilón, fuera del grupo estadounidense. Apenas leyó lo que convenía a sus ambiciones de aventura amazónica, se decidió a venir por su palpito: “... si es del caso, atrévase a tener encuentros cercanos con la magia nocturna del bosque...”. Pronto estará enfocando fosforescente piel de criaturas millonarias, hidratando al sediento agricultor de la Baja Galilea. Es un placer dionisiaco esta suerte de purificación que viene experimentando a todo pulmón de sus sentidos. Su piel, esos dos metros de poros abiertos a la abundancia líquida de los trópicos, se había resecado sobre las colinas que contemplan las ruinas de lo bíblico; desde su escape a la felicidad interna bruta que acumuló en un Bután libre de la podredumbre que dejan las caravanas de excursionistas himaláyicos, no se ha vuelto a humectar como ahora con el cancionero de sapos enamorando a invisibles orquídeas.

María Robinson viene aprovechando su vigorosa vigilia, yace vigilante sobre el lecho individual que la separa cuatro metros del catre donde duerme, a fuerza de una amable píldora, su consorte Rudy, “el insufrible ojo azul”. Ella viene cavilando sobre su liberación del abyecto cuerpo en el que se concreta el, a fin de cuentas, inofensivo Rudy. No es un ser perverso pero, echando a ver el manido matrimonio que llevan auestas, él ya es el maldito que se ha materializado como una carga inapetente, el hombre que hace fechas no la hace vibrar con el deseo que llevó a la cumbre a su amor, cuando se dio la tectónica copulación de Nueva Orleans. El resto fue bajar al subsuelo de la esterilidad donde se consumó el florecimiento de *The American Voyageur*. Esa costumbre de tolerarse en una unión independiente donde dos acumularon, con equidad, bienestar y encomiables buenas intenciones ambientalistas, esta noche ha llegado a su límite máximo de acritud. El descenso a su feminidad ha sido fulminante, con lo puesto se ha bajado de la montaña de la frigidez, la que costó años pisar su ápice subiendo toneladas de útiles que al fin resultaron inservibles para vivir.

Aquí se atreve a darle un rotundo sí a la figura del adulterio en la piel bronceada del versátil jefe de cocina, el señor Pompilio es la revelación que desea hacer bajo el reino nocturno del jaguar. ¿Por qué no, con sus ojos nictálopes, lo atraparía en un mullido paraje del bosque? Aunque es ave solar consuetudinaria, una bípeda de fuertes inclinaciones vegetarianas en su alimentación regular, esta noche será la gata que emite su alarido guerrero más allá de un bosque onírico. La prueba es que está despierta y tiene los ojos dilatados; los oídos y el olfato alertas, exacerbados. Está más atenta a todo lo que se mueve y la rodea; no ha encendido ni un fósforo y observa fijamente la pálida faz oblonga de Rudy, oye su respiración saliendo como un fuelle oceánico de su abultada tripa, sus ronquidos silbantes le llegan como un anacrónico tren del oeste pistolero, y huele la carne fofa de cristiano bien alimentado, ajeno a la comida chatarra, y su vaho no le sabe

nada mal aunque esté matizado por el repelente de mosquitos; lo relaciona con el fiambre agridulce de cerdo que no ha tasgado en años. Igual, años que no comparte un dormitorio con él sujeto que ha sido bastante menos regular que ella a la hora de los ejercicios calisténicos. Ella está aún dura, ya se percató que su carnosidad puede desordenar las hormonas de un atractivo gurú de la “Nueva cocina ecuatoriana”; mientras allí lo tiene a Rudy harto desproporcionado, con un vientre abultándose cada vez más bajo un enjuto tórax, culo de tabla y extremidades larguiruchas rematando en pies pequeños y regordetes para su gran talla. Un monstruo, pero un monstruo que este rato despide un delicioso aroma a chanchito adobado en finas yerbas. ¿Será por el repelente de insectos?

A cuatro metros de su nariz se aloja esa masa gelatinosa durmiente que no ha levantado orgasmo de ella desde la noche que se instaló la frigidéz en su seno, aunque supo darse recreos de sensualidad durante ciertos sueños de alcoba independiente. Ese mismo hombre caído ante la inacción erógena, cual la inutilizó para la copula de ojos abiertos, en este punto de esta noche dinamitera, le insta a devorárselo. Qué irracional sed tiene por su sangre brotando del yugular, qué ganas de cercenar sus partes blandas de puerco macerado con vino tinto de excepción, y tragarlas con el deleite que pondrán sus hambres atrasadas de hembra alfa cuando se lo trinque a Pompilio. Aquí está negando el entendimiento de la mujer ganadora del sueño americano. Sentada, cual esfinge, sobre el crujiente camastro de bambú, vigila el profundo sueño de Rudy. Ella no se esfuerza en mantener un sepulcral silencio, el reposo de su precavido cónyuge está garantizado por potente somnífero que venció a su temor de una noche sobre la tierra de nadie. De esto que no se cuida de maullar y lamerse la trompa del gusto que tiene de sentir (absolutamente despierta, ¡oh, vivífico insomnio!, haciendo la gran diferencia de otros insomnios ordinarios) a la pantera, a la gata que a veces poseía su mente dormida para rescatarla de su atroz estacionamiento en los espejismos del éxito. Quién como ella ganándose el

menú gastronómico vegetariano por las plazas, cinco estrellas, de los comunicadores verdes.

Años que no observa así de placentero y relajado el rostro de Rudy, hasta le trae ternura eso de servírselo inerte y entregado a las visiones que le ha deparado Morfeo. Será que su verdadero propósito de trasladarse sin escalas a los brazos del sueño, fue olvidar que ella, María, existe y así flotar a su albedrío en el erótico mar de Amparito, quien, habrá despertado, de un contoneo de sus caderas flamígeras, el subconsciente lúbrico del señor Rudy Robinson. ¿Por qué no, si ella —sin ayuda de píldoras— está marcando el fin de su deleznable diario marital? Rudy bien puede estar resucitando su libido tal cual ella lo está haciendo, y ambos vienen sufriendo un proceso irreversible de desentumecimiento del perineo a partir de que Silverio Coquinche los limpió con rituales escupitajos.

El ulular del bosque animándose con la cacería de medianoche le llega familiar a los sentidos de la pantera, su instinto predador revienta en la ambición que mastica su fervor carnívoro. Ya da un salto, ya de un golpe de colmillos ha triturado la traquea del caucásico, ejerciendo máxima presión en sus mandíbulas letales ha succionado el postrero suspiro del hombre que se fue dichoso en la serenata de los mántidos. Tragárselo a Rudy sin remordimientos, aunque sea una ficción, es un placer orgásmico que no tiene valor después de la sequía de instintos primordiales que ha sufrido la eminente ecologista. Por fin aprecia el instinto de conservación, devorando al otro es que da muerte al destartado matrimonio que se sostenía merced a lo tangible crematístico de sus reivindicaciones verdes.

Vaya epílogo dignificante para ambos. Degollar al sujeto que amó en la noche pachanguera de Nueva Orleáns, fue volver a ese primitivo estadio donde protagonizaron el nocturno amoroso que no se repitió sino para despedirse liberados. Sacando su aliento salvaje del cuello indemne del bípedo que no llegó al grado de víctima sino más bien al de resucitado, jadeante aún por el éxtasis al que la llevó su intención, se aleja de una oveja

que no tendría oportunidad de capear su mordida destrozando la yugular. Por fin experimentó con los ojos abiertos lo de ser a conciencia carnívora, no chorrea sangre de sus colmillos pero nadie la quitará del sabor de la sangre que acabó de mojar sus fauces. Esta noche, ajena a las ciudades diseñadas para sepultar los instintos del nómada, le transfirió la sangre de la mujer que abandonó África.

Ha proclamado por los círculos ambientalistas que es una “religiosa verde”; y, por vez primera, de carne y hueso, siente que lo es quitando las comillas en la nocturnidad de Pelancocha. Investida de “religiosa verde”, atendió las fastuosas convenciones internacionales para salvar a la Tierra. Dentro de esas esferas que se respira amor por las manchas vírgenes del planeta, ha bogado para que los bosques de la amazonía —que es su fuerte a la hora del discurso conservacionista— den un gigantesco paso para inaugurar la postmodernidad en lo ecológico, en función de la recreación humana. A saber, transformar en lo posible la cuenca amazónica, dividirla, y que quede parcelada para el entretenimiento del ser humano, neutralizando la primitiva lucha de las especies con el advenimiento de bosques civilizados. Tal monumental empresa ambientalista la animó a declararse “religiosa verde”, motivada por el ambicioso discurso de las parcelas.

Se escucha hablando así no para los foros mediáticos, por alguna intencionalidad de transmisión de sueños a otro congénere, eso mismo le dijo a Amparito en el Madrilón y, ésta, celebró sus palabras como si fueran suyas. La joven Amparito parece haber nacido para apropiarse de su teoría y de algo más que ronca en el camastro contiguo, bien embadurnado de repelente antimosquitos. “Nuestro sueño es hacer circuitos que sean vendidos, en forma masiva, por las megalópolis del primer mundo, garantizando al consumidor un bosque amazónico domesticado, ¡musical!... Selvas habitadas por bichos que conserven respetuosa distancia con la humanidad. Mandaría a eliminar, ejemplo, insectos, arácnidos y ofidios; haría que llueva lo justo, la fronda

criaría moderadamente, y los árboles llegarían a un tope uniforme de diez metros; manejaría la humedad ambiental del soto en un punto que satisfaga la creciente demanda de ocio humano bajo una intemperie controlada...”.

Para su aspiración ambientalista era capaz de fabricar situaciones como las que le participó a Amparito; sin embargo, el holograma de Rudy engullido por la pantera le arrancó de cuajo ese afán de expropiarle a la selva sus grandes animales carnívoros, y volverlos de cualquier manera vegetarianos. Aun hace horas, su teoría del paraíso diurno iba así de radical; mas, desde este punto aparte que puso frente a Pelancocha, será incapaz de retomar el sueño de un paquete turístico en bosques con felinos rumiantes, allí apacentándose con el resto de vegetarianos del parque amazónico. Nada de ese mundo, ¡musical!, que encantó a su émula, Amparito, superará el poder orgásmico que su zoantropía le otorgó, destazando la carne mórbida de Rudy. El tropical antojo de tragarse a su flácido consorte, rendido éste en su mundo onírico, fue un imperativo de su íntima naturaleza, reacomodando sobre la marcha el tablero de su existencia.

Cursando la medianoche fenecen las últimas luces de los farolillos de petróleo dispuestos en las esquinas de los caminos elevados, configurando una aldea fantasmagórica que medra con el futuro acechando allá fuera. Sobre el muelle persiste la doctoral voz del jefecito, éste ha levantado un ameno coloquio con el sefardí Nahúm, departen como si fuesen compañeros de banca y pizarrón en vísperas de un viaje inolvidable a la Islas Encantadas. Pompilio se halla entusiasmado con lo del recorrido herpetológico que escogió Nahúm, tanto que le parece que fue él quien tuvo la idea de ir a cosechar aventuras del espíritu nocturnal de la cuenca del Napo. Terminando de liar el cigarrillo de hachís, se lo cedió al huésped para que lo inaugure, otorgándole

el privilegio de gustar un producto refinado que no se encuentra por las calles de los adictos miserables ni en las plazas fastuosas de los adictos afortunados. Lo que le está brindando a Nahúm, es un tesoro fumable de estricto consumo personal, de ahí la deferencia que le está haciendo por esa sabiduría que mostró a la hora de escoger su ambición boscosa.

—Amigo Nahúm... estas son cositas finas, una delicadeza única, no te produce la paranoia del cáñamo corriente... —asentó el jefecito ofreciéndole el encendedor al otro, y añade definiéndose en lo mismo—: Viene a ser como un clásico vino de origen que te regala el aroma, el sabor y la textura, de una tierra bendita, irrepetible; y, cuando lo ingieres con la devoción del que sabe lo que tiene pasando por el buche, va expandiéndose lentamente en todo tu ser las viñas del dios Pan, conduciéndote a un éxtasis sin pasaje de regreso a una resaca metafísica. Así figuro es la diferencia entre la ambrosía y la comida para cerdos. Puedes asegurarte una rápida borrachera con cualquier porquería fumable y, después de obtener centavitos de dicha etérea, embarcarte en un itinerario infernal redondo, donde el cuerpo y el alma sufren tormentos indecibles. Si habrás escuchado la historia persa de la secta de “Los asesinos”, quienes fueron los que le dieron el nombre al *hachís*. Con ese devastador antecedente ahora, lo mío, es levitar bamboleándome en los brazos psicotrópicos de Pelancocha.

Nahúm se prende del cáñamo creyendo en la alquimia del jefecito. No le es extraña esa milenaria sustancia, a semejanza del vino puede ser de palacio o popular, habiendo vasta variedad de productos opiáceos como los edenes y avernos que las almas viajeras de los consumidores de *hachís* visitan. Él no es un asiduo consumidor de *hachís*, lo ha probado de repente y, con certeza, nunca lo adquiere, contentándose con el conocido placer que brota de su cachimba y el beber una buena copa de vino tinto durante el almuerzo. Disfruta a diario de un caldo que puede costearse sin apuros en su lugar, consiguiendo vinos decentes de origen chileno o argentino, que, sin pretensiones principescas, son muy comedidos a la hora de satisfacer su gana. No le nació rechazar la

invitación del jefecito, lo toma como un ritual entre compañeros de aventura; acá no se trata de iniciar una juerga sin restricciones que inhabilite al futuro noctívago; debe mantenerse sobrio para deglutir cada segundo de su apetencia selvática y que en ese estar su integridad —cuerpo y alma— se entregue a los aromas, sabores y texturas del plato fuerte: ranas y sapos nocturnales. Aspiró con delicadeza del pitillo, algo ceremonioso como suele serlo con el tabaco de su cachimba y a la hora de catar el vino del almuerzo. Es ignorante de las íntimas delicadezas que debe portar este hachís de alcurnia, no obstante, a la primera calada, supo que estaba ante la aristocracia del cáñamo.

El pitillo regresó a la diestra del alquimista que descubrió el justo medio en la sustancia que lo redime del infierno. Con su hachís no hay cabida al escenario del espanto, que sucedió al edén de los hongos del cerro Ilaló, el que lo condujo al filo de la autoeliminación. —Esto no te quema... —musitó Pompilio guardándose el recuento de los años que abusó de la ambrosia de Dionisos, zsiendo expulsado del edén por su bulimia, por no saber dosificar las virtudes del ocio—. Aspira confiado de su frutal cáñamo, libre de la ansiedad que entre los peroles de la escuela gastronómica lo llevaban a consumir sus célebres tortillas de champiñones de la pampa. Allá no tenía otro afán que el de alucinar tras de un paraíso que, a zancadas de loco furioso, lo ponía en el borde de la sima infernal a observar su después de los bacanales.

—No sé cómo se me iluminó la sesera... —dijo pensativo el jefecito enrulando sus bigotes chinoscos, los que se abren a una formidable dentadura regalando la risa que no llegó a ser atronadora como se aprestó, en un principio, a recibirla su interlocutor. —Sabes..., el nocturno herpetológico ya ocupa un puesto preponderante en la memoria hablada de mi lógica del absurdo —añadió retornando el pitillo a su compañero de aventura, el sefardí que lo entiende a la perfección y, a su vez, se hace entender muy bien con su lenguaje judeoespañol—. Este Nahúm se ganó su respeto desde que marcó distancia con el franciscano diurno

de los alegres pajareros. Y, lo también reseñable, es que el señor belga, con toda la sorna que le dirige de palabra y ademanes, confió en él para afianzarlo en su calidad de guía principal del circuito herpetológico de Remoto. Será porque Tomás igual anhela que, por excepción, alguien se apunte a ello; pero eso mismo muestra su interés por lo insólito puesto que no deja de ofrecerlo a su público.

La noche halagó al jefecito en tres frentes: cocinero, galán y explorador. Ya está tumbado sobre el reparador espacio de su cama redonda, cual lo acogió ligero de equipaje. El hombre yace inmerso en una inimaginable paz con sus noctámbulos enemigos. Hileras de hormigas desfilan por la cabaña sin encontrar la feroz resistencia del exterminador; esa indiferencia hacia los diminutos ejércitos de ocupación lo conmueve, es la señal inminente de que algo le tiene que pasar. Quizás le aguarda un portento en la aventura que se ofreció a llevar a cabo en favor del noble sefardí, internarse en el nocturno de los sapos y ranas es una dimensión desconocida que lo aparta del visceral empeño de masacrar a los diminutos pululando en su delirio guerrero. Festeja, el hasta ayer impensable armisticio, tomando un puñado de las lentejuelas importadas de chocolate que Amparito le proveyó con largueza. Tras el mosquitero, asumiendo la posición de loto, repasa el glosario de las Sagradas Escrituras rastreando la acción bíblica del profeta Nahúm; ya empieza a figurar que la presencia, del enviado de la Baja Galilea, tiene un propósito que se revelará por la senda de los anfibios.



Capítulo X

El despertar de monos aulladores se estrenó en los oídos adormilados de los visitantes, cuales advirtieron ese espantable llamado sobrecogidos. La selva es génesis, viene a la primera luz con el rostro terso, humectado; alzando a ver hacia arriba con anhelo, desde sus endeble raíces, por la porción de vitaminas que dará colores, claroscuros, a sus pálidas intimidades. Conforme levanta la mañana, el rugido de los primates, va cediendo a la conjunción de aves mudándose de sus nidos, yendo a por su consuetudinario menú, sea el néctar del cáliz, semillas, frutos, insectos, carne palpitante o la carroña de los caídos.

La procesión de visitantes confluye en el comedor pasadas las siete horas. María Robinson, desviándose a la cocina, halaga al distendido jefecito con un fresco mohín familiar, llegando a él para atender su invitación a desayunarse entre peroles, peripatética, con la confianza de una residente de Pelancocha, y así ir fraguando una bonita página del ambientalismo que se practica en el corazón gastronómico de la hostería.

Tomás instruye al novato administrador para que haga frente a los extranjeros, con sorna lo invitó a que ponga en práctica la teórica hospitalidad del licenciado que estuvo a tiro de doctorarse en la Universidad Pontificia. Teófilo Samaniego, encaró a los visitantes con la mueca de su sangre aventurera posesionándose de su reto de reemplazar al señor belga; siendo que está

llamado a tomar la posta en su proyecto, cuando éste se ausente de la operación de la hostería, y debe hacerlo ya si es que tiene ambiciones sobre este frágil ensayo del edén terrenal. “Para ser parte de los residentes de Pelancocha, es imprescindible regenerarse uno mismo primero...”, le dijo Tomás en los días que lo mandó a observar y nada más. A partir de la llegada de los visitantes se ve ya diferente a ellos, parece que les llevará años de ventaja en lo de retornar a los valores ancestrales de los sentidos, aquellos que iban camino a petrificarse junto al hombre urbano. ¿Dónde está ese ser extraviado en sus sueños trepadores? Hace tan pocos días reinaba sobre su tiempo, y, asimismo, hace contados días que ha ganado décadas hacía la búsqueda de lo esencial. Andaba por la zona equivocada, igual después de veinte años de infeliz matrimonio con Teresita, hubiese tenido que abandonarlo todo (casa, familia y propiedades) para seguir su instinto navegador. En una megalópolis se puede morir de viejo sin oler barrios enteros, de los que anidan al hombre-número; acá tomó el pulso del bosque —de esos cinco mil kilómetros adentro de la amazonía— de un golpe de vista desde lo alto del Pajarero mirador. Así, de repente, como esta siendo la norma de Remoto, pudo llevarse a los labios la miel edificante de la estulticia infantil. La lección arbórea que encajó sobre ese atalaya de bosque húmedo y lluvioso, fueron más que mil discursos que pudiere lanzar el flamenco que espetó reluctante, ante los oídos de sus socios capitalistas: ¡Quiero ser indígena! De hecho podría ser el anuncio que receptaron sus padres y Teresita en ciudad de Loja. A otros les da por gritar, bajo un cursillo de “Sugestión para atraer la dicha con la fuerza de tu deseo”, ¡quiero ser rico! Ya entrando a la cocina a husmear por reflejó del futuro administrador de las operaciones de la hostería, se quedó con el axioma que colgó Pompilio: “Las cosas van saliendo conforme entran”. Aprender a llevar las riendas de este negocio existencialista es la tarea más grande que emprende su instante corpóreo; merced a la sangre exploradora —que surgió irreductible de la cloaca a donde había sido con-

finada por el pusilámine inspector/estudiante— compareció al día como un veterano de selva, tañendo las campanas por una jornada ornitológica.

El jefecito, liberado de chapucear en lengua extranjera, manejó aliviado la chaira por no hacer el esfuerzo de hilvanar frases expresivas con el prosaico inglés que maneja. Aunque, apenas vio ingresar a la cocina al sefardí Nahúm, quien anda suelto a su albedrío por los predios de la hostería, a la espera de su turno noctívago, le espetó el recalcitrante y nasal: —*Do you want a cup of coffee?*—. También tenemos aguas aromáticas en caso de sufrir desordenes químicos que te impidan ingerirlo —añadió perca-tándose al acto que se había valido, por distracción, de la extraña limitación cafetera que le reveló el bisoño administrador.

—Café negro, sí gracias —replicó Nahúm entreteniéndose con los anuncios entre peroles humeantes.

Pompilio, extendiéndole un jarro de café Zaruma al sefardí, asume la suerte que lo eximió de intercambiar pensamientos decorosos, en un inglés ínfimo, con la señora María Robinson. Y también puede entregarse a una amena charla con Nahúm, quien lo transporta al compromiso que tienen esta noche con la extraña belleza de los batracios. —Te recomiendo mucho reposo; es decir —insistió el jefecito—, tómate la jornada de sol como si fuese una de guardar, agitándote lo menos porque la excursión de los sapos sale a las veintitrés horas... y, es justo decírtelo, el relente te afloja la carne y esponja el hueso. Yo voy a darle bastante carga a la hamaca, hemos sido precavidos y el menú está para casi servirlo, los muchachos de cocina apenas tendrán que disponer de tiempo para ello, además se manejan muy bien si se da el caso de una ausencia más larga de mi parte—. “¡Algo tiene que pasar!”, retumbó para sus adentros, creciendo en su aserto de que el circuito de los anfibios puede esconder un prodigio, merced a la presencia del enviado del la Baja Galilea. —¿Más café negro, señor Nahúm? —ofreció al tiempo de rellenar el recipiente vacío del otro; luego, apostándose ambos, junto al portal que divide la

cocina del comedor, les desearon una dulce jornada solar en el bosque a los aficionados a los pájaros que se dirigieron al camino elevado, mientras ellos dos se sujetarán al programa del mínimo esfuerzo diurno.

Amparito viene abanderando el discurso de hacer de la selva amazónica el parque recreacional de los amigos de los pájaros, coincidiendo en lo fundamental con los criterios ambientalistas del señor Rudy Robinson que hasta ayer, a su vez, empataba con la idea musical de su consorte María de un místico mundo vegetariano, libre de carnívoros acechando en la hermosura del bosque. Sí, aun ayer, la tragicómica relación marital de los Robinson iba incólume; mas, como las cosas sentimentales pueden cambiar de un día para otro, no le causa sorpresa a ella, Amparito, de que así como ella con Tomás están a punto de rompimiento, aquellos dos igual pueden estar trabajando callados en su derecho a separarse. Ella se percató que María Robinson está bajo un punto de ebullición próximo al suyo; eso sí, marcando las diferencias, la una está de regreso de la cumbre del bienestar económico y la otra está dando todo de sí para coronar esa misma cúspide. “¿A lo mejor debilitado, el señor Rudy Robinson, por el franco desdén de la señora María Robinson, busque un refugio en el bosque de frescos placeres que puedo ser yo mañana... o, quien sabe, ahora mismo?”, así tradujo el instante Amparito, ya incrustada en la hilera de los individuos que avanzan por la senda del Pajarero mirador. “Es hora de mover las fichas con vigor”, insiste ante sí la mujer dispuesta a salir avante, encajando con valor su derrota, consciente ya de que una victoria redonda sobre el señor Tomás Vanbeberen es una ficción. “El predicho quiere ser indígena y se acabó”, rumió adelantándose en la fila india y colocándose apenas a un paso arriba del señor Robinsón. Ayer, en el yunque de los abrazos venusinos, moldeó a su antojo al fogoso ácrata, creyó

—por última vez— que tenía listo el pasaje a Europa. “No más sentimentalismos, Amparito, si peleas otra vez hazlo con los resultados a favor por los ojos, leyendo con atención lo que firmas..., mejor ataca al que esté débil, ¿no hacen eso los animales puros?, al que esté propenso a ser desplumado con tu pasión erótica, y que, ¡ojo!, papeles en mano, esté presto a sujetarse a tu reinado”, se escuchó arengándose por la ejecutiva que por el bosque húmedo está materializando su próximo objetivo. La misma selva que le robó al hombre de su sueño europeo le está proporcionando la sabia solución a sus desvelos. Basta de insistir más en derrotar bajo sábanas al anarquista que con el alba recupera su fuerza manteniendo intacto su amor por el caos de las especies; olvidándose, tan pronto se desprende de sus campos venusinos, que le debe un despertar maravilloso en el viejo continente.

Temprano, el estruendo de los primates aulladores, la trasladó al cuadrilátero donde pierde la pelea con la selva que cautivó el corazón de Tomás Vanbeberen. Ella disfruta de la suave marcha boscosa, entusiasmándose con los vívidos comentarios naturalistas que hace Carmela a los extranjeros; en las paradas de rigor para tirar fotografías, también se une con su propia cámara digital como si fuese parte del grupo que atrapa la espesura. La enternece saber que está despidiéndose de los asuntos del señor belga, y en cada instantánea que echa a los duendes del bosque va marcando sus adioses. Carmela sí aparece como una habitante de la selva, desde que reside en Pelancocha se ha convertido en un precioso motor del proyecto de vida de Tomás Vanbeberen, denotando su armonía y sincronización con el latido del bosque que a ella, Amparito, le viene tan extraño como a los huéspedes que marchan alertas por el mullido sendero hacia los pájaros.

Llegando a la base del soberbio árbol de Lupuna y su plataforma aproximándose al techo del bosque —ese icono de lo alado que se plantó en el corazón de la selva—, Amparito, reveló a los abismados exploradores que, Tomás Vanbeberen, a fuerza de ver desde el Pajarero mirador, sacó a limpio la decisión de

arrimarse a lo que proponen los ambientalistas ante los foros del primer mundo; pues, mantener este caos en su estado primitivo, exige recursos monetarios del exterior para que sujeten a la comuna Puca a sus raíces del bosque. Esas palabras las dijo Amparito con la sincera emoción de la mujer que alaba el espíritu de alguien que ya no le hará daño porque se están despidiendo, haciéndolo en el momento justo para que los mutuos recuerdos de lo que experimentaron con sus cuerpos, bajo un abrazo férvido, no se estropeen por todo lo demás que los separaba por eso de las metas terrenales que a cual proponía. El grupo de pajareros también interpretó con beneplácito la intervención de la buena moza, aupando la emoción que los embarga cada vez que son mencionados como contribuyentes directos de la fábula de un fenómeno que se extingue.

Nahúm, atendiendo el consejo del jefecito, se apartó de la fatiga fútil en las horas punta del sudor boscoso; él se debe al nocturno encuentro con los representantes de la madrugada terciaría. La algarabía de los alegres pajareros se diluyó por el bosque, dejándole absorto con la relajante soledad de Pelancocha. Apostado sobre el muelle, protegiendo su testa del rigor solar con un cremoso sombrero de paja toquilla, lanza el hilo de pescar atado al palo de una escoba cesada en sus funciones domésticas. No hay oro en el mundo que pueda comprarle este instante de agua dulce y silencio. Con el palo de escoba, haciendo la mímica del pescador, recoge el hilo y lo vuelve a tirar, manteniéndose en esa distracción sin codiciar el premio a su aparente ejercicio. Ese cuadro de un hombre aguardando la suerte lo favorezca con un pez, es el pretexto para escrudiñar en las tupidas lejanías del venero. Se felicita por haber ideado la postura que le permite hacer efectivo el ocio que recetó el polivalente jefe cocinero. Ya vendrán horas de intensa actividad sublunar, en tanto se sirve de la acuarela de Pelancocha, sus ojos retienen el entorno de los

yutzos introduciéndose por las entrañas de la voluptuosidad. Apenas respira sobre el muelle, él existe para su permanencia en las colinas de la Baja Galilea que lo vio nacer, pero se quedaría una eternidad girando con esta fuente sagrada. Aquí rellena las jorobas del camello con el agua dulce de Pelancocha. Saciando al bíblico animal, se sostendrá digno encima de él, de regreso a las turbulencias que azotan el espíritu de su alcuernia pionera sobre el valle de Izreel.

Pompilio canta bajo en la cocina, donde él y sus jóvenes ayudantes no tienen inconvenientes para plegar al silencio eufónico que da solaz al sefardí, éste haciendo un cuadro aparte al filo de la fuente. El jefecito también se guarda de quemar energías en vano, su técnica aplicada a la programación de menús sirve de maravilla, casi no tiene que moverse porque su cocina funciona como él quiere, es un reloj solar. Sonríe remitiéndose a la retahíla de técnicas que le embutieron a través de la Escuela de Alta Gastronomía Ilaló, siendo que su poder de acción reside en una sentencia que madre Conchita le inyectó, desde que flotaba dentro de ella: "Ser precavido es un tesoro". En la ciudad le sobraba tiempo por ser precavido, por eso tenía horas para agotarse pateando el asfalto, haciendo una maldita costumbre la de cansar su cuerpo con la ilusión de que lo ataque el pesado sueño del gastrónomo de elite de tierras altas. Acá es precavido para hallarse pletórico de fuerzas para el reto nocturno que asumió; ayer gozó de un reparador sueño, aprovechando el insólito armisticio que se plasmó en la choza de la discordia con el mundo de los arácnidos. Hoy le está dando un puntapié al sanguíneo jefecito que rompe en la cocina por el aplauso coyuntural de los visitantes; el caminante del algo tiene que pasar dio prioridad a la señal que recibió con el arribo del enviado de la Baja Galilea. Hacer nada para inflar la vanidad del jefecito es un bocadillo que poco se ha animado a degustar; sin embargo, ahora se va a retirar del oficio sin deglutirlo hasta el hartazgo.

Carmela se mezcla con los nórdicos reforzando la información ornitológica que ha venido proveyéndoles desde horas tempranas. Vistiendo el traje de guía de selva calificada por el Ministerio de Turismo, domina en lo que no requiere de esfuerzo mental para hacerlo: presentar la selva tal como la respira. Ella fue residente de Pelancocha desde la fundación de la hostería, recuperando con esa acción a la libérrima mujer que inició inquietante aventura apenas su madre abandonó este mundo antes de destetarla. Su padre no hizo más que darle la educación natural que ella agradece en la garganta del bosque tropical húmedo que empató con su aprendizaje bajo el bosque subtropical seco, tarea que fue suspendida —cursando la adolescencia— por el vuelo irreversible que emprendió padre hacia las nubes cargadas de minerales, aquellos que abonarían la depresión de Cofradía-Playas-Opoluca, cayendo abruptamente desde su ventana de páramo. De padre no la persigue un sentimiento trágico por su repentina muerte, aunque nunca fue descartado de la lista de posibles caídos que de cajón abarca al universo masculino de Catacocha en edad de autoeliminarse (con las sospechosas excepciones del caso, puesto que ha habido hombres que nunca fueron tomados como candidatos a brincar al vacío, y lo hicieron burlándose de los más duchos del tema de especular con la muerte ajena). Anima de él un retrato vivificante que, al evocar, despide el grato sudor de lo fundamental que le inculcó en los pisos biológicos de su terruño natal, donde se le abrió la puerta del camino a la originalidad que sigue transitando por este jardín rodeando al Pajarero mirador. Esta mañana, la pluviselva, nuevamente trajo los aromas del pequeño valle sembrado de molindas, que le regaló padre celebrando su transición de niña de la escuela primaria a pubescente señorita de la instrucción secundaria. Estos aires mañaneros la hospedaron en el valle que le dio a probar la miel de las panelas de San Agustín: la quinta-jardín que sirve de diorama cimero cuando quiere repasar la molienda de caña de azúcar volatilizando fragancias por la tierra donde

cunde la aristocracia de los poetas. En el parque de Malacatos, bajo el portal de la Casa Azul, hizo fiesta de la olla de alverjas con guineo que se exhibe permanentemente, al mediodía, entre semana hábil, para el inmediato consumo de quien quiera, sirviéndose del emblemático potaje de la cofradía literaria de Los Alverjeros, paladear la esencia de sus letras.

Teófilo Samaniego, haciendo la senda del Pajarero mirador, bebió del terrenal placer que la donosa figura de Carmela le otorgó; ella posee los centavitos de amor que vanamente buscó, con los réditos del elegante inspector de establecimientos turísticos de cuatro a cinco estrellas, en la casa de masajes de la Geisha, donde, tantas veces se ha repetido durante estos últimos días, “entretenía a su casto noviazgo con la bienaventurada de ciudad de Loja”. Se ha dicho hasta el hartazgo que, el estudiante de la Pontificia Universidad, apenas se había movido para cumplir con los servicios higiénicos del perineo, fuera del cerco que impuso su industrioso padre luego de la ausencia de Alberto Samaniego, debilitándose así la sangre exploradora de la estirpe de los maza-panes en beneficio del sueño paterno de expandir los territoriales productos harineros de La Puerca & Hijos. Años después de ese lapso académico que lo llenó de anécdotas, si contraía nupcias con Teresita, le hubieran servido para imprimir las arrugas que la experiencia concede al rostro de progresistas cadáveres; pero esa transición que le venía eterna quedó como un idóneo período de prueba para emerger en el proyecto que hizo suyo a pocos días de haber entregado su ¡renuncio!, en el Ministerio, y dejar sin piso al doctorado por la Pontificia Universidad. Abandonando el simulacro donde la Geisha, para hacer eso que don Goyo llamaba “arrojar la piedra”, también se desvaneció su compromiso sentimental con Teresita, que sabrá compensarse la angustia que le provocaba un novio díscolo. Frente a la trigueña de ojos moros se hace humo la trivialidad de la urbe y sus interminables rasca-infiernos en lontananza; la viajera del Chiriculapo lo delató como aprendiz de hombre boscoso.

Corriendo el meridiano, con la ayuda de los nativos que vinieron cargando las mochilas con juegos de polea, cuerdas, mosquetones y arneses, además de las raciones de marcha y bebidas de los espectadores, arribó el tiempo de las instantáneas posándose en la repisa del Pajarero mirador. Habiendo subido con el mínimo esfuerzo todos los caminantes, al magnífico observatorio ornitológico, mediante la seguridad que les brindó el equipo de escalar instalado sobre el gigantesco árbol de lupuna, se produjo una pausa de admiración antes de entregarse al intermitente ronroneo de la fotografía colectiva. La paz de los suspiros se toma el Pajarero mirador, cada uno de los espectadores entraron en posesión de un pedazo de la plataforma de sus anhelos alados, entregándose a la tarea que los trepó a la obra maestra del carpintero Tomás Vanbeberen. Arriba del entramado del bosque todo es inflarse de imágenes y sonidos del apogeo de los seres alados. A eso vinieron y por eso se nutren del billete que pagaron para vislumbrar de que mantener vivo este mirador zoológico es un viaje opuesto a la histérica prolongación del hombre en su colmena. En las alturas del Pajarero mirador, se respira la existencia del trasgresor de la prisa, ese solitario que hace sonar el cuerno de la abundancia contemplativa, llamándose a sí mismo, a la mesa de los retoños de la Pacha Mama.

Amparito se echó la tarde en la espalda, saliendo del ensueño colectivo que propició la obra señera del carpintero de Brujas, movió al grupo a descender para retornar, bajo suave garúa, al tragaluz de Pelancocha. Merced al ingenioso dispositivo de cuerdas y poleas que montó Carmela con la ayuda de dos nativos, bajaron del techo del bosque en un suave deslizamiento vertical. Una vez sobre la hojarasca, sumergiéndose por la vaporosa fronda, se les habrá abierto el apetito de refrigerada comodidad, quizás degustando visiones de ergonómico sillón acompañando-

se de un helado de pistacho bañado con crema de avellanas. El holograma de las cosas dulces del hogar se irá diluyendo en el pegajoso túnel que los dejó a las puertas de la hostería, ya desmayando la tarde para ingresar a los ardores crepusculares. El diurno se esmeró con los amigos de los pájaros que no batieron barro en la trocha ante la ausencia de aguaceros, ellos han recuperado con sus cámaras fotográficas las bases del proyecto que ya auspiciaron y, en el futuro, lo harán con su testimonio de ahí estuvimos. Hay consenso en que la avifauna, poniéndose de acuerdo con los primates, montó un espectáculo de quilates.

A decir de María Robinson, que estuvo como ausente de ida y de vuelta, entregándose de lleno a los favores de la introspección, importándole un chereco los avances de Amparito en la libido de Rudy, recogieron suficiente material primitivo como para llenar toda una edición de *The American Voyageur*. En el comedor se reparten jarros de zumo de tamarindo seco con gollerías de hojaldre, entretanto María Robinson luce renovada después de que anoche su felina feminidad destajó al “ojo azul”, bebiendo su tibia sangre y saboreando sus partes pudendas. Puede decir que en su personal fábula, la pantera, se está imponiendo a la feroz ecologista, esa enemiga de los carniceros selváticos. María Robinson empieza a manejar su metamorfosis con íntima voluptuosidad, dando paso a la gata que crecía soterrada en el dormitorio que no visitaba su impávido consorte; liberando a esa fiera condenada a engordarse ante la mortecina luz de la ecologista de salón. Tras largo encierro entre los asexuados abrazos del éxito editorial de *The American Voyageur*, sacó a escena a la devoradora de hombres que encandiló a Rudy en la noche pachanguera de Nueva Orleans; esa hembra brillante retornó con inusitado poder uterino, inaugurando los días de connivencia con la felina que habita dentro, y aquí está estrenando su dualidad, felicitándose

por su apetito voraz, repitiendo a discreción de las golosinas pasteleras, de sal y de dulce, del señor Pompilio.

Bajo la hora del té resuenan los nombres científicos y aborígenes de las aves atrapadas en los cerebros de cámaras electrónicas, logrando cuadros de serena hermosura con las bondades de lentes concebidos para la precisión fotográfica. Amparito, sufre el agobiante peso de la proximidad del nocturno, la oscuridad la pone frente a la convicción de no reanimar un sueño en el cual ya no cree, constituyéndose un peso abrumador el mundo que gira alrededor del escurridizo Tomás Vanbeberen. “¿Dónde está él..., alguien me puede informar del paradero del señor belga?”, quiso gritar para ver si de una vez la ilusión de Europa se va con los graznidos de rojizos *shanshos* despidiéndose de Pelancocha. El sacrificio que hace acompañando a la bobalicona sonrisa de los visitantes aprobando su día de selva tiene un precio fijo, ese que lo ignora el ausente guardián de la Pacha Mama. —Así es este hombre de endemoniado, ahora que parece haberse conseguido un administrador igual a él, se desatiende de todo... ¿Dónde se habrá refundido la bestia peluda? ¿Alguien me puede decir el paradero del monje loco...? —dijo acompañándose de una risilla nerviosa, mostrando su desobligo ante la faz del jefecito que se guardó bien de hacer comentarios de valores—. Ella bebe de la infusión de yerbas tranquilizantes que Pompilio brindó en un artesanal cuenco de calabaza, confía que así irá moderando su exabrupto que, después de un día tan amable con su capacidad de reacción y enmienda, atacó sus entrañas con una dosis de inseguridad. Conforme la infusión calmante va haciendo su efecto en sus nervios crispados por la presión del deber, fue apaciguando la imagen del indomable Tomás Vanbeberen apuñalado a traición por el positivo Rudy Robinson. Es impostergable que sus fuerzas de mujer se reúnan para el objetivo que tiene la certeza de alcanzar sin intromisiones sentimentales de la pizca de amor que sí puso en su relación explosiva con el señor belga. Ante sí tiene a un Rudy Robinson vulnerable, y, a todas luces, domeña-

ble. Como consorte del estadounidense, otro sería su crepúsculo en Pelancocha, surgiría la Amparito visitante, sobresaliendo por sus encantos venusinos ante el grupo de amigos de las aves, descontando la tarifa abultada de la hostería con instantáneas robadas al Pajarero mirador. Sería, “Amparito Robinson”, enmarcando la cuenca media del río Napo, ella llevándose las pinturas de bosque amazónico a los foros verdes de los dadivosos Estados Unidos, y a los teatros ecologistas de la Comunidad Económica Europea, y a las convenciones mundiales del medio ambiente en las megalópolis de los tigres asiáticos. Así, dándose aires por los mejores hoteles del orbe, jamás dejaría de ser una ecologista a muerte, desde la seguridad de su tribuna en *The American Voyageur*, protestaría con voz de trueno: “¡Por Dios!, nos estamos tragando el bosque tropical, húmedo y lluvioso”.

Amparito trabó amistad con el señor belga cuando pescaba socios, “solventes”, para la multinacional fundación ecologista WUSV, por sus siglas en inglés; allí se ganaba una comisión por vender a gusto el sentimiento de sembrar tantos árboles en la ciudad de humo como los inquilinos que alberga la hoya de Quito. En principio —con la sangre redentora de sus veinte años prietos hirviéndole en su feminidad— sufría por el cáncer a los pulmones que gasta la Pacha Mama, denostando con ardor a sus congéneres por el criminal exterminio de la naturaleza virgen. Su joven corazón se revelaba contra el monstruoso presente del hombre hecho papilla en la cresta de la ola consumista; sin embargo, promediando su carrera universal a la excelencia, acumulando niveles por los predios de la facultad de Administración de Empresas Turísticas, se rindió a su instinto trepador, aferrándose a la tesis de que el orden globalizado únicamente vela por el individuo asido a las peculiaridades de su progreso. Y acabó renunciando a la romántica sembradora de árboles urbanos, cuestionándose, positiva, ante sus atónitos excompañeros de la transnacional conservacionista, WUSV: “¿Qué importancia tiene el bosque si los

tesoros naturales están en el subsuelo?... Apenas el indio quiere seguir viviendo como indio: no veo futuro a esa propuesta”.

Bajo la fogosa relación, en la penumbra de alcoba patrimonial, que trajo su encuentro con el hombre de Flandes, creyó poder mantener una chispa de romanticismo para sus futuros días ya entregados al poder de las cosas digitales, ese último reducto de su cándido pasado de vendedora de árboles urbanos sublimó la noción que se hizo de Brujas. “Llévame a Europa, Tomasito, allá seré la mujer ecologista que reclamas”, le dijo eso de tantas formas que se avergüenza haber sido tan pedigüña, ahora que ha asumido era inevitable el desencanto ante el avasallante temperamento del señor belga. Los días de ver y oír en el correntoso diario del café Madrilón, le avisaron que lo de ser subversivo era algo consuetudinario en él, irse contra la época de los templos que la deslumbran era innato en él. Tomás Vanbeberen no se debe a la raza vencedora que permanece sobre el país de Flandes. Él es responsable de que ella no se resigne a hacer un papel tercer mundista; él le abrió los ojos del poder temporal que puede ejercer en los hombres con sus encantos eróticos, y que, al cabo, son sus herramientas para obtener su pasaporte al primer mundo. Ganó la experiencia que necesitaba para redirigir la utilidad de sus herramientas a una meta positiva, exenta de distracciones por la pizca de amor que echaba a su engranaje. A Rudy Robinson lo tuvo encandilado todo el episodio diurno de los pájaros, ese hombre tiene lo positivo que echó en falta sobre el otro y que hizo fracasar un ensamble perfecto porque lo ideal hubiese sido domeñar al ácrata belga, pero ya se resignó a entender que no hay que esperar al hombre que se quiere sino al hombre que se puede atrapar y oprimir. Conquistar al lechoso señor Robinson se le viene encima como un imperativo en la coyuntura que se cierne sobre los humanos frente a Pelancocha; María Robinson está totalmente ausente de los negocios de su marido, cocinando su propio romance en los predios del jefecito; lo de María es flagrante, ella está como ofreciéndole sin contrapartida

su desabrido devenir junto a Rudy. No se puede pedir más a la selva que ha execrado, está ahorrándole meses de sudor vaginal. Ella no va a soltar prenda si no se le extiende en firme, “¡papeles por delante!”, la invitación que la saque del subdesarrollo.

El nocturno se posa en las puntiagudas chozas donde descansan los habitantes de Remoto antes del llamado a la mesa de Pompilio. Graciosos candiles diseminados en los caminos hacen el cuadro aéreo de la diminuta aldea que está sobrevolando una águila arpía. Las voces de los huéspedes se van encendiendo conforme sus estómagos reaccionan al aviso del cuerno de la abundancia. Pronto crujen las tablas del camino elevado central, las sombras humanas decrecen al llegar al comedor que se halla bajo el hechizo del poder fotovoltaico que lo cubre a integridad. Ante el asombro de los huéspedes se activaron las lámparas fluorescentes extras a lo largo de la viga central del amplio recinto, sirviéndose de la energía que produce el panel solar flotando mimético en una esquina de Pelancocha.

—La gente viene contenta, eso predispone a sus paladares a degustar sin remilgos —alerta el jefecito a sus ayudantes de cocina, ordenando se saque el servicio plateado a la mesa imperial, ésta se presenta festiva con los comensales rozagantes tras el reposo y la ducha tibia que habrán tomado para mudarse de la ropa de fatiga—. El acarreo de las creaciones gastronómicas al comedor lo efectuaron los jóvenes de cocina; servicio realizado con cierta torpeza, no exenta de gracia, por no ser ese su oficio principal. El jefecito, ataviado de blanco, brillando en su impecable chaqueta cruzada con botones azul marino, se para delante de la puerta divisoria con el comedor; posa erguido, marcial, con la adolescente Pancha entre sus hombros, provocando una lluvia de instantáneas de las cámaras digitales de bolsillo que, los precavidos exploradores, no aflojaron suponiendo la hora de comer podría traer sorpresas.

Tomás preside la mesa con un aire ausente de los “números”, que el jefecito domina en el escenario donde tiene cuerda para fungir de faquir si le viene en gana. También estuvo ausente de los negocios de la hostería el diurno entero, hizo lo de Silverio: esfumarse. Regresó en tiniebla, todo el día lo invirtió ambulando bajo el bosque, decidido a acometer contra su enrarecido mar sentimental, dando ese viraje radical fuera de los efluvios desconcertantes de Amparito. Viniendo de contemplar el sagrado higuerón del lado inviolable del otro anillo Pelancocha, se escurrió por la fuente como el maduro bufeo que se aparea con la fértil hembra que perpetuará la estirpe de los amazónicos Vanbeberen. La inquisidora mirada de Amparito buscando se avergüence del propósito que encontró en territorio Puca, por fin tendrá la respuesta contundente que, aun ayer, se negaba a darle por su debilidad ante la mujer reinante bajo sábanas, donde devoraba al ácrata.

Los pajareros despachan la cena rociándose de austral vino eléctrico; atendidos por los nativos disfrutaban los potajes que, siendo sencillos en sí, por los efectos especiales que pone el jefecito han tomado aires principescos. Ellos hilvanan los pasajes de un día alado que hizo realidad la leyenda del icono de la fotografía ornitológica que vende la hostería, el Pajarero mirador. Rudy Robinson, aupado por el duende del vino blanco, despeja los ojos nublados en su inapetencia por la desabrida mujer que se fue convirtiendo la María de ayer, opacando a la salerosa núbil de la memorable batalla erótica que protagonizaron en Nueva Orleans. El estupendo talle de Amparito ha despertado esa pasión por capturar quiebres de hembra prieta, levantándose en él una premura inaplazable por adentrarse por los frondosos pasadizos de la montañesa. A su lado, María Robinson, igual distante a él; o sea, ambos, se hallan en franco goce de su tácito rompimiento sin traumas emocionales. Ella ya no se inquieta con los impulsos carniceros que le trae el nocturno; abriga, lúcida, su renacimiento lejos de la insulsa figura de un Rudy indiferente a sus obligaciones maritales. Ella asume que su ímpetu antropófago de la pasa-

da noche, aclaró la turbia realidad; y, su trasunto, la pantera, debe dar el golpe de gracia a la insana unión que prolongaron con Rudy Robinson, por no dañar esa amorosa imagen proyectada en *The American Voyageur*. Sin embargo, todo ese montaje basado en la posesiones multiplicadas para dos, se ha derrumbando con una celeridad tal ante Pelancocha, que nunca se hubiesen puesto de acuerdo —bajo sus cabales de correctos ciudadanos— para colaborar con tan buen talante a su adiós al contrato matrimonial que firmaron. Ambos hicieron por igual para acrecentar su patrimonio, tan meticulosos han sido en esa empresa que todos los haberes lo tienen por partida doble quedando, por hacer, apenas una división de sus bienes contables elemental, tan simple como que cada quien toma lo suyo sin perjuicio económico del otro que se lleva también lo suyo. Mandarse a mudar, divorciarse del otro con la agilidad felina que liberó ayer, es ya una fijación que comparte —¿telepatía?— este instante con Rudy después de un extenso fracaso en su intimidad de pareja.

María observa la jugada que le permite hacer a Amparito en el vulnerable tablero de Rudy; la joven montañesa responde al tipo de la trepadora que ya hizo la noche rotunda de Rudy hace tanto en Nueva Orleans, cuando su abrasante cintura mediterránea quebró la voluntad cartesiana del caucásico. Se quita del cuadro seductor que maneja Amparito, como una veterana en ello, dejando que Rudy haga su vuelta a la sensualidad sin tropiezos, se lo ha dicho con los ojos, “ve a hacer lo tuyo que yo sola me apañaré más que bien”. María va al encuentro del versátil jefecito, hallándolo en el corredor de las hamacas, sufriendo la luna de los cantores anfibios. Ella se mueve con el sigilo de la felina que es esta noche, sorprendiendo al macho con el maullido que solicita su contingente para iniciar una cacería en equipo. Ha resuelto que Pompilio se podría integrar, ipsofacto, al plantel editorial de *The American Voyageur*, exponiendo su talento, con sobrada autoridad, en una sección creada para él, ejemplo, *El arte culinario a lo salvaje*. Y él se explayaría con su teoría de “la fusión

de los géneros comestibles en las selvas tropicales tan prístinas como remotas”, fabricando artículos con opción a delirar sin censura. Pompilio, enredado en sus bigotes chinoscos, distrae la tensión del inminente contacto herpetológico, prestando oídos a la posibilidad de alternar con los negocios de María Robinson, y, dado el caso, echándose para atrás ante su actual desdén por hacer mundo, dejaría de residir junto a Pelancocha. ¡Qué paradoja!, cuando él desistió de ver afuera, de ver en la mujer que añoraba lo rescate de su vacío interior, viene una bella señora a poner a prueba su temple, ofreciéndole itinerarios cosmopolitas, invitándolo a renovarse por la vía del vértigo de hombres laboriosos como hormigas.

Amparito está tejiendo en torno a la psicología de Rudy Robinson, ya lo conduce a enfocar caimanes por el desierto muelle de Pelancocha, esparciendo alrededor del círculo olfativo del galán el perfume libidinoso que embriague sus poros abiertos a la seducción. Rudy ha mostrado franca disposición a ser atrapado por su sensualidad en expansión, y, temprano, escucha de él diciendo lo que ella quiere sacar a limpio del súbdito estadounidense, algo que ella interpreta rápido con su lenguaje conquistador: “Conmigo, dulzura, mi amorcito, tienes pasaje de ida al corazón del imperio”. Amparito se sorprendió por el entendimiento de Rudy, remitiéndole éste exacto lo que ella quería oír. Como abre-boca estuvo perfecto, la propuesta fue lanzada; no obstante, ella jamás volverá a soltar prenda a cambio de palabras, y negociará la satisfacción de la libido del hombre que podría este rato, como máximo, usar el tacto de sus dedos para cerciorarse de la calidad de sus domos volcánicos. Ella le concederá apenas lo justo en el intercambio de fluidos corporales, es decir: nada más que unos férvidos besos y el permitir que palpe sus manifiestas tumefacciones. El resto vendrá cuando se hagan tangibles los términos de intercambio acordados por las partes en proceso de acoplamiento. Papeles que no significarán la mortaja de lo erótico que ella pondrá por los dos como un ser hermafrodita. Asume que

está diseñada para durar, el señor belga puede dar testimonio de ello; de esto que sería carne prieta a largo plazo en el cuerpo deleznable de Rudy, quien ya constata tiene para holgar hasta el fin de sus días bajo una feminidad musical. Comercio limpio, esterilizado, papeles sin mancha de amor eterno, así nada perturbará el fluido tránsito del mutuo bienestar en la seguridad de los amantes con compromiso.

El jefecito deja abierto sus ventanales íntimos a Pelancocha, eso le permitirá excusarse de concretar la insospechada generosidad de María Robinson. La noche de los batracios está por el indulto del acusado de haber abandonado la ambición del gastrónomo de visitar las cocinas allende el suelo patrio, perdiendo el consagrarse como articulista de *The American Voyageur*. En territorio Puca, apetitos inéditos reemplazaron su ambición de triunfar por la cuna del Renacimiento o ante la cuna del poder multinacional, cobrando vida lo de zafarse de la contemporizadora actitud del cocinero de metrópoli.

El recorrido anfibio que él echó a rodar para sí mismo (después de acompañar en sus trabajos de campo nocturnos a Gitte, científica que entonces realizaba una suerte de pasantía por la prestigiosa Universidad de Aarhus, institución que patrocina la actual estación herpetológica que ella regenta dentro de la vecina comuna del Pilche), burló la predicción del señor belga, afirmando que el jefecito apenas se atrevería a salir a explorar fuera de los predios de la hostería. El jefecito ya es reconocido como veterano de selva por el propio Silverio, ostentando la segunda antigüedad entre los residentes de la hostería, rehusándose a volver a su purgatorio al pie de El macizo del Pichincha. Su presión arterial acelera, su cuerpo está a punto de exploración, listo a vagar a la sombra del alarido de los bárbaros.

Teófilo salta de la cama con la voluntad de unirse al circuito herpetológico, se calza las botas de caucho evocando el

aroma de Carmela. Se descuelga del holograma de la trigüeña tomando el chubasquero y el canaleta que le obsequió Silverio, dirigiéndose presuroso al muelle donde, erráticas luces de lámparas de mano, anuncian que los exploradores se disponen a zarpar con los útiles para encandilar el mundo de los sapos y ranas. El jefecito, abreviando explicaciones, le facilita una linterna de testa, extendiéndole la venia para que se embarque a proa de la piragua Ana K, dejando el centro libre para Nahúm. —Al regreso remas tú... —dice el veterano de selva acomodándose a popa, procediendo a dar golpes de canaleta quirúrgicos en las pacíficas aguas de Pelancocha—. La piragua se desliza por el relente matizado con intermitente garúa, dejando una estela de silencio entre los navegantes rumbo a medianoche. Los murmullos crecientes del bosque rebotan contra las paredes circulares de la fuente embebida en su negritud, linternas de cabeza enfocan los ojos fosforescentes de estáticos congéneres de Pablito.



Capítulo XI

Tomás nació al día antes de clarear, receptando el saludo consuetudinario de los monos aulladores. Se quedó calentito en su cama matrimonial semivacía, esperando que lo vaya desperezando el reclamo de las aves entregándose a la jornada solar con el hambre de invitados a un banquete de sírvase usted mismo, si puede. Echó la falta del tibio peso de Amparito que ayer pernoctó en la cabaña de Carmela, procediendo a dar el último paso de la ineluctable ruptura que venía pidiendo su imposible entendimiento de lo que debe ser, el instante de cada quien, sobre la Tierra. Escucha los pasos que dan, por el crujiente camino elevado, aquellos que fueron tras el nocturno herpetológico, imagina sus rostros agotados por la exposición al relente selvático; quizás vencidos por el peso de su infelicidad metafísica, al no portar el tesoro que fueron a quitarle a la selva. O mejor que eso, traerán el cínico semblante de los hombres que se han iniciado en la degustación del mito y la magia, y conforme pasen los días construirán el refugio que los proteja del infierno de la época del tren bala.

Graznidos de guacamayos entran nítidos por la gran ventana que se abre en el comedor para ubicar a Pompilio repartiendo esferográficas, junto a hojas de papel, a sus camaradas del nocturno herpetológico. La intención es que cada quien, por separado, escriba sucinta versión de lo que fue el encuentro cercano con la inteligencia anfibia que iluminó la madrugada bajo el

árbol de bálsamo. Pasado el tiempo estipulado para dar escrito testimonio del portento acaecido en la aurora de los batracios, los tres existentes se dirigen —cargando jarros y sendos termos con café y té de cedrón— a los aposentos del señor Tomás para que de fe de lo que ellos transportaron al papel. Apenas éste los invitó a pasar a su cabaña, fue convocado a leer las tres versiones del fenómeno que presenciaron bajo el árbol de bálsamo.

Tomás leyó atento los tres enfoques del mismo portento alienígena; observando que los testimonios coincidían en lo medular, entre sí. Los tres fueron mudos testigos del contacto de extraterrestres —de gigantescas pero sutiles formas de batracios bípedos— con la miríada de sapos y ranas que se congregaron a la sombra de la pálida luz que irradiaban esos seres de otro orden planetario. Los tres descartaron, categóricamente, el interés de los visitantes espaciales ante la humanidad representada por ellos en el sitio, donde se efectuó esa suerte de raptó herpetológico que, igual, así coincidieron para denominarlo, con diferentes palabras, bajo sus respectivos testimonios. Tomás, ante el atractivo de ese hallazgo interplanetario, dio pábulo al avistamiento que tuvieron los hombres del circuito nocturno, interesándose mucho por preservar esos testimonios en el anecdotario de la hostería que sigue creciendo saludable, donde ocuparía un sitial relevante junto a las sagas que se han escrito de Silverio Coquinche. Si hubiera sido Pompilio el único participante y relator del suceso, se hubiese divertido a lo grande sin dar crédito a sus palabras por estar al tanto de que éste sufre alucinaciones de repente —el mismo jefecito les reveló tal “secreto” en una de esas reuniones catárquicas que tienen los residentes de Pelancocha—, como remanente de su excesiva ingesta de champiñones psicotrópicos de las pampas del cerro Ilaló.

Lo cierto es que tiene a tres vividores dando igual testimonio del avistamiento de seres extraterrestres, y los tres pasan de arrogarse el privilegio de haber sido escogidos para comunicarse con tales inteligencias alienígenas. He ahí la novedad que

más deleita al señor Tomás: el vanidoso hominino, encarnado en el jefecito, da fe que, el portento al pie del árbol de bálsamo, no convocó a la humanidad, ésta fue mera espectadora del contacto entre sapos y ranas de la cuenca media del río Napo y batracios adelantados ya por el concierto de lo inteligente sidereal.

—¿O sea, ni un “hola” para ustedes...? —repitió Tomás, sonriente, ante los testigos.

—Sí, así parece, somos irrelevantes para ellos; no posaron sus ojazos melancólicos en este servidor —recalcó Pompilio con una mueca de resignación, relajándose sobre la poltrona de mimbre.

—Acaso nos dejaron materia de reconocimiento en los recovecos de la mente... y receptamos telepáticamente información reveladora, más allá de que no fuimos invitados al alucinante encuentro de... Lo genial es que quitando esa indiferencia hacia lo humano, se nos permitió ser testigos sin la menor hostilidad por parte de aquellos, ¿por qué? Ahí está la infalible cuestión —observó Teófilo, madurando la idea de que sí recibió información subliminal y, lo que es más revelador aún: su corazón cree haber tenido entendimiento con el corazón de esos adelantados de la existencia cósmica.

Nahúm, reposando en la mecedora, hilvana su propia ficción del suceso. Colocando una pizca de humor sefardí, propone que tan luminosa inteligencia de corte anfibio busca en los batracios de la cuenca media del río Napo a su eslabón perdido. —Su presencia, amigos míos, obedecería a una motivación religiosa: recabar el origen de su especie que domina en... ¿dónde?... Presumo donde residen esos magníficos bípedos saponiles que no les apetece la arrogancia del hombre, quien se ufana de ser el depredador máximo del planeta Tierra.

Amparito se mece en la hamaca del amplio balcón anterior del comedor, su piel se hidrata con los minerales que despide

el vapor de Pelancocha ante el sol apagando la garúa mañanera. La brisa que despide el río Napo se expande en sus poros abiertos a la nueva realidad que estrena en este día que empezó tibio y gris y paulatinamente se irá abriendo a una fuerza canicular abrasante. Madrugó aprovechando que Carmela se apeó del sueño para su temprano diálogo con las fieras de la fuente; ella siguió a la tenaz nadadora hasta la bifurcación con el comedor, donde se desvió al balcón de las hamacas para realizar la calistenia que la ayude a prodigar su lenguaje corporal, tiene que estar fuerte para echar el resto en la esponjada osamenta del señor Rudy Robinson. Ya hizo lo suyo con el señor belga y no hay vuelta atrás. Ahora vive una aventura como nunca antes lo había hecho con Tomás, éste la descargaba de hacer eso que tanto pregonaba para sí mismo: “mudarse es aventura completa”. Sí, ella es la que se muda, y está sorprendida por las posibilidades que maneja en ese real futuro que tiene entre ojos, ya no para mientes al temor de regresar a ver atrás porque sólo halla la tierra que ya cosechó hasta secarla, dejando un campo estéril que provee la certeza del no retorno. Esa batalla perdida con el ácrata le dio la oportunidad de concentrarse en su verdadera guerra por la conservación, fue providencial toparse con un hombre indomeñable para aprender a dominar sin titubeos morales a un ser débil. Tiene claro que no volverá a mezclar su seguridad material con un deleznable amor por haberlo eximido de condiciones previas. —Voy a ser implacable con mi próximo amorcito... —masculla arengándose en la hamaca que trae grabadas las iniciales del bárbaro que amó a la intemperie.

Al tiempo que el espacio onírico posee a los extenuados noctívagos que acudieron a la cita con los sapos y ranas de mundos distantes en su suerte existencial, los amigos de las aves entran renovados al comedor, desayunándose con la noticia del

portento osmótico al pie del árbol de bálsamo como si fuera parte de la aventura que contrataron. Ellos, bienaventurados por la luz mañanera, claman el pedazo de fantasía extraterrestre que ya les debe el diurno de los pájaros. En la cocina, los jóvenes ayudantes nativos, se manejan sincronizadamente sin extrañar la ausencia del jefecito; el programa de menús está diseñado para que lo cubran con eficiencia a falta del inquieto gastrónomo. Los Robinson han descargado lastre durante las horas que han dedicado a edificar sueños que les adeuda su racional éxito en la sociedad ambientalista que plasmaron; el decrepito lazo de *The American Voyageur* está mudando de piel ante su irracional beneplácito.

Tomás respira su adiós al amor sibilino de Amparito; fenecieron los abrazos, la joven se negó a continuar regalándose al hombre que por error escogió para hacer una divina repetición de sus días en Bélgica. “Contigo, señor Tomás Vanbeberen, soy mujer desperdiciada”, le dijo sellando la separación que a la postre no provocó el drama que podría esperarse con una mujer sanguínea como Amparito. Fue una despedida de alivio para ambas partes, mejor aún: los liberó de una indetenible antinomia perniciosa. Y, lo que acapara su atención, es esta hora de asombro alienígena, depurando la fantasía de Amparito incitándolo a holgar con el alba.

El suceso de los hombres de la órbita anfibia roció de gracia el comedor apenas se les participó la nueva a los pajare-ros, y los ¡oh! y los ¡ah! concurrieron a su apetito por lo inédito que experimentan desde que se hallan bajo el influjo de los anillos de Pelancocha. Ni siquiera al racionalista Rudy Robinson, y a la positiva Amparito, se les ocurrió ofenderse aduciendo que tal credulidad a priori podía ser un reflejo de la alucinación conjunta que sufrieron los hombres del circuito herpetológico. Los presentes en la hostería —nativos, residentes y huéspedes— se lo tomaron con el talante de estar girando sobre una tómbola de instantes mágicos, tal como reza la máxima que amaneció por la cocina, *El límite de lo que crea, y cría, lo pone usted.*

Tomás figura a esos adorables sapos y ranas espaciales con las pautas que le dieron los ya durmientes noctívagos; aquellos iridiscentes bípedos, distan sustancialmente de los monstruos que diseñó la fantasía del púber. Sus extraterrestres eran anfibios que venían a servirse a la humanidad entera, aplicando una refinada cocina con ésta. Venían horripilantes, como una suerte de réplica, gigante y bípeda, del indefenso sapo cornudo de la era atómica terrestre. Seres con un poder mental de convencimiento que hacían trizas a los más brillantes facilitadores terrícolas del bienestar, aquellos del festín de hidrocarburo. Así embarcaban millones de quintales de carne fresca, humanos palpitantes, felices por la introducción del paraíso ¡ya!, cerebros abombados por el triunfalismo. Los alojaban de por vida en las cómodas casillas de la descomunal nave galáctica de los exterminadores gastronómicos. Había una semejanza con los bucaneros que cargaban tortugas galápagos para consumir, en alta mar, su carne viva; pero era sólo una lejana semejanza con esos cernícalos que nada más buscaban resolver su urgencia alimentaria sin atracar en puerto. A cambio, sus depredadores galácticos asomaban refinados, cual sibaritas de la tierra del sol naciente: recolectaban voluntarios, —materia prima de irremplazable calidad para sus caprichosos paladares—, y, esos individuos, sin que se haya ejercido la menor violencia sobre ellos, aceptaban ser mantenidos en un estado de dicha constante dentro de los nichos herméticos de las bodegas de la nave-restaurante. Así viajaban conservándose en perfectas condiciones psicobiológicas, sanos y rechonchetes, merced al miligramo hipernutritivo del maná que se les inyectaba, “con sabor a lo que más te gusta”, hasta la hora de salir del parcial reposo al definitivo descanso, sin dolor. Esos magos sibaritas, en aras del privilegio de comer bien, existían para asegurarse un bocado exquisito para los siguientes dos o tres lustros de su itinerario estelar.

El testimonio de los tres testigos del portento anfibio, de un plumazo, desplazó al sapo degustador de carne humana que le proveía, a su vez a él, la ración de ficción dura en la cruel tran-

sición del púber a la virilidad. Estos beatíficos espaciales distan eones de los adelantados que adoraban consumir carne del rey de los animales terrícolas, en su viaje hedonista por los luceros. “Soluciones inteligentes para paladares exigentes”, musita sardónicamente ante el solitario muelle, suponiendo que así debería rezar una de las máximas, de un jefecito cornudo, allá por su cocina de los traga hombres. Un jefecito reflejando la paz de su piel rugosa y saponácea, la que le daría el constatar que tiene suficiente carne fresca en su despensa: filetes esperando el turno para transformarse en una creación sustanciosa, equilibrada, haciendo la fusión de los ingredientes interplanetarios. Ya está dando golpes de canaleta, deslizándose con su barca sobre el cadencioso estar de Pelancocha en brumas, aspirando el mineralizado bosque que atenúa la resaca del adiós a Amparito. Hace tanto que no se remontaba a esa fantasía gastronómica a costa de un hominino degradado a exquisitez en la pirámide alimentaria de otras inteligencias. Acaso, en esos días difíciles de transición, no vislumbraba tal exterminio como la solución ecológica para la Pacha Mama: extinto el máximo depredador reinaría el caos de las especies luchando por tomar la posta del diseño inteligente cesado.

Los amantes de los pájaros disparan fotografías en el circuito que adorna Carmela con su predisposición para narrar el bosque. Amparito, huyendo de la escena del adiós al señor Tomás Vanbeberen, va haciendo su mañana evocando ciertos nombres de pájaros para tener el pretexto de susurrarle “cositas” al oído de Rudy. “Tú ya entiendes de armas psicofisiológicas, chica, hay que clavarle la información subliminal que lo subyugue a nuestras dotes primitivas”. En tanto que María Robinson no se complicó con el itinerario de esta jornada de asombros alienígenas, escogió permanecer dentro de los predios de la hostería para cubrir el diario de la cocina del jefecito, y hacer el reportaje que

abarque los movimientos fundamentales de una gastronomía de selva. El orden comestible de Pompilio la hará saborear una jornada de atrevimientos, algo que reivindique espasmos tórridos en una hamaca.

Amparito derrama simpatía sobre “el ojo azul”; se exhibe como una orquídea de bosque en subasta ante la dulce mirada borreguil del otro. Ella da de beber al ego de Rudy, fungiendo como su privada informante de selva merced al suficiente conocimiento botánico que le pasó el señor Tomás Vanbeberen: —Esta palmera se llama yarina..., ¡qué linda!; la otra, la de más allá, titula pambil..., ¡qué hermosa!—. Prosigue lúdica por el zigzagueante sendero, entendiéndose de maravilla con el *espanGLISH* que el otro le devuelve para congraciarse con ella. La joven lo deja hablar para reírse y retribuirle con sensualidad el favor que le está haciendo al enamorarse de ella. “Todo lo que se aprende vale, chica salvaje, fíjate lo bien que nos desenvolvemos con el señor...”, quiso decirle con un guiño a Carmela que pasa de meterse en su euforia, que pasa de juzgar sus intenciones.

Cabalgando combativa en la jornada silvestre, sigue reconciliándose con la selva, la que parece recompensarla por haberle arrebatado a Tomás Vanbeberen. El bosque entero colabora en su sano ejercicio para olvidar al viejo continente. Ya rectificó el rumbo a occidente, se mudó de la obsesión por la cuna del Renacimiento y sus piedras inteligentes; puso proa al práctico bienestar del otro norte que lo tiene asesando a sus pies de reina del altiplano, ese norte que despunta en la opulenta quijada que sostiene los fuertes maseteros de su meta. Y el norte se muestra harto comedido al llamado que su naturaleza le hizo frente al cuerpo de la moza que se le acerca a paso de festín. Amparito sigue relacionando que el tiempo que invirtió en la fallida domesticación del señor belga la dejó fortificada; si aquel heteróclito hombrón tambaleó con ella, someter al bueno de Rudy Robinson será dulce papaya en sus labios.

En la hostería circula el soporífero latigazo solar del posmeridiano amazónico. Dos de los excursionistas del nocturno herpetológico van alzando cabeza en sus camas de caña guadua, aflorando remozados con la tarde temprana, paladeando la miel que produjo la ósmosis al pie del bálsamo. Nahúm emerge aliviado, plétórico de paz, sobre el balcón del soldado que ha reposado siglos del espanto de la guerra. El golpe de calor, inyectando cien por ciento de humedad al termómetro del territorio Puca, lo mete en la idea fresca que despide Pelancocha, entregándole al sabroso deseo de clavarse en la fuente que guarda el reposo de Pablito. Ya está zambulléndose dentro del venero, ya está flotando de espaldas en la ingravidez de ese espejo de selva. Teófilo, desde el balcón de su choza, observó el remojón del sefardí; contagiándose del jolgorio del bañista, acudió raudo a sumergirse en esas aguas turbias que engendran los monstruos del jefecito.

María Robinson resume los datos proporcionados por los ayudantes de Pompilio en torno a la cotidianidad de la cocina de Remoto; al par, acomodada sobre una de las hamacas del balcón del comedor, pudo observar el impulso de los bañistas. “¡Qué temeridad!”, exclamó celebrando el acto que, hace algo más de dos días, cuando se enteró que Carmela realizaba del diario sus ejercicios natatorios en Pelancocha, iba a incluirlo a su prontuario de la estulticia humana. El chapoteo de los bañistas retornando al muelle, la pone a ordenar el proteínico almuerzo que la cocina tiene para los benditos del circuito herpetológico, ansiosa por escuchar de esos dos los pormenores del suceso.

Los dos testigos del portento alienígena, arrimados a la barandilla de una tarde aún despejada (resistiendo en su momento de gracia antes de ir al encuentro de la garúa que a su vez terminará desembocando sobre el crepúsculo), relatan a la reportera de *The American Voyageur* la hora del rapto que cometieron los batracios espaciales, cargando sobre sus hombros a verrugosos sapos y sutiles ranas del bosque lluvioso, creando esa página de osmosis interplanetaria entre especies ajenas al curso de la humanidad.

La garúa encerró con niebla ribereña la tarde de los anillos de Pelancocha, de esto fue cambiando a una lluvia inestable en su intensidad hasta dar con el crepúsculo, haciendo que la hora de sus fuegos se opaque y pase desapercibida ante el parloteo de los ocupantes del comedor. Los amantes de los pájaros vienen sirviéndose el té con pastelillos de hojaldre recién salidos del horno, que prepararon los ayudantes de cocina y María Robinsón se encargó de servirlos en el recinto donde se eleva el recuento de un día alado. Pompilio duerme, su reloj interno ha dividido la jornada onírica en siete estadios; pasando las siete de la mañana inició su reposo ininterrumpido. El menú de la cena estará listo para ir a la mesa, cuando el jefecito concluya el cuarto estadio del largo sueño que propició el fenómeno extraterrestre. Los jóvenes nativos se esmeraron en los fogones; tal cual el jefecito lo hubiese demandado, el punto que pondrán al *Encocado de mota lechera*, será un homenaje al paladar de los huéspedes. Tan pronto corrió el rumor de que el jefecito pudo haber sufrido un ataque cataléptico después del portento alienígena, se desvaneció con la insolente risotada del señor belga. María Robinson especuló que el durmiente podría estar haciendo un desplazamiento hacia quién sabe qué mundo implantado en su cerebro por los espaciales anfibios. Tomás aseguró que tiene un nombre para el onírico momento del cocinero: éxtasis herpetológico. La maquinaria del diurno selvático entra en receso, los visitantes abandonan la hora del té para introducirse a sus chozas con los estertores del crepúsculo.

Oscureció en el horizonte de los nativos retornando a la aldea Puca, siendo tragados por la brumosa fuente. Pompilio viaja en la mente del Universo; ajeno a la procesión de hormigas que, amparándose bajo las sombras, se disponen a regodearse dentro de su choza sin que nadie las reprima por ello. Avanzando la noche no escuchó el llamado del cuerno de la abundancia; la mesa está servida con los potajes que presentan los aventajados aprendices de la *Nueva cocina de la comunidad Puca*. Los ocupantes de la hostería no tardaron en atender la invitación al sírvase usted

mismo, ya degustan golosos el platillo estelar que eligieron para repetirse: *Encocado de mota lechera*. María Robinson dedica laudatorio discurso a la cocina del ausente Pompilio; ya extrañando su porte de brahmán con la boa Pancha entre los hombros, echando de menos la gracia de esos azabaches bigotes combinando con sus cachetes encendidos. Más allá, Rudy Robinson, hace mofa de la ausencia del jefecito, señalándole a Amparito que el mentado señor debe continuar abrazado a la biosfera de los sapos y ranas. Amparito, reconcentrada en su objetivo, no escatima su mejor talante para la revancha que se debe a sí misma, dominando al representante de su sueño estadounidense. Está cerca de plasmar lo que provocó la desertión de las sábanas del ácrata irreductible, y no se cansa de advertirse a sí misma que sobra lo de poner una pizca de amor en la cama. En su nuevo vínculo con el barrio de la opulencia de los grandes lagos del norte, desterrará a su sueño de amar a la luz del véspero de los canales de Brujas, dedicándose a la maternal tarea de lactar al crío que le facilitará su ingreso al bello mundo.

Pompilio duerme. La garúa cesó a favor de un claro de luna. El novato administrador se escapa de la mesa —donde se aplica el autoservicio de los potajes exhibidos— con su doble ración del rendidor bagre que fue donado a la cocina por la gente Puca. Con el abultado plato entre manos se acomoda en un rincón apartado y apacible del corredor de las hamacas, frente al higuerrón que se inclina al lecho de lirios; alumbrado por el haz de luz que le otorga la pálida, da trámite al apetitoso bocado que regaló el río, al par que va enfocando a la anaconda de la cocina del jefecito, aletargada sobre el pasamano del balcón. "*Pancha tomando la fresca nocturnal que le trae la fuente*, podría ser el nombre de una pintura expresionista de Pompilio Delacroix", susurró recogido ante la lejanía que tendrá Pancha desde que fue un bebé anaconda. Pancha se atempera pasando del calorcillo de la canasta de paja y cáscaras de huevo al balcón donde le canta enamorándola, bajo el influjo de una noche de ronda, el gavilán *filuco*.

Carmela se une silenciosa a la contemplación del cuadro sublunar de Pancha, metiéndose en la enigmática quietud de la serpiente que toma la fresca como si fuese otro residente más de la hostería, arrobada por el horizonte de Pelancocha que viene límpido después de la bruma que lo poseyó durante el crepúsculo. “Pancha en digestión”, así titularía ella a la pintura de ese letargo de la boa que tiene semanas por delante hasta que la despierte el llamado del cuerno a su mesa roedora. “Pancha en digestión”, le trae la arrugada geografía de su natal Catacocha; ella digiriendo su niñez ante la ecológica mansión paterna, enroscada entre la neblina de la serranía y el barranco que desciende abrupto a la cálida depresión que aloja a los genios del bosque de algarrobos y a los duendes mimetizados con las caprichosas formas de los ceibos. Quizás esta visión de “Pancha en digestión” hubiese curado a Ventarrón de su apuro por despacharse en los negocios de este mundo, el lobo alfa que falleció antes de iniciar el proyecto mochilero: trotar a lo largo de la metáfora de la nada: la pampa argentina, hasta dar con el bosque de arrayanes de los confines patagónicos. Aventurarse más allá de su prisa por ver el mundo, fue la fábula que él agotó sin traspasar los linderos del país del faique. La prematura defunción de Ventarrón la afirmó —al igual que la salida de Lucho Ojeda— en la fe del caminante cuando abre la auténtica puerta de su destino. El instante de catecismo y oración histérica entre las bienaventuradas de Loxa, sometida a los programas castrantes de los enfermos que le embutían cerros de datos inútiles para su existencia, no pudo evitar que sea la justa mujer que fue para ese hermoso joven velocista.

Rudy se sirvió en bandeja de plata la doncella de María bajo la noche de castañuelas de Nueva Orleans; engulló a la flor saltándose los meses de prueba psicofisiológica de compatibilidad, antes de firmar el contrato de amor no retornable entre las

partes, anteponiendo la luna de miel al sacramento matrimonial que después lo acogieron como un amuleto de la suerte. María fue carne jugosa en la sensualidad que generó los tres meses de trasatlántico de alfombras persas y fastuosos salones gastronómicos; mas, tan pronto descendió las escalinatas de Eros, Amor se esfumó dejándola inerte ante la gula que la atacó posando los pies en tierra. Apenas desembarcó del bote Eros, se dejó manejar por el feroz apetito que le trajo su embarazo psicológico, transformando el estómago de esbelta consorte en desahogada tripa. Y con esos falsos embarazos que siguieron al primero, tras la luna de miel que al cabo devino en lo único dulce y digno de recordar tras su carrera a la estabilidad total, se desvaneció la esperanza de permanecer sentimentalmente unida a Rudy con el pegamento de los lazos filiales. Lo que sí creció fue el interés mutuo de ambos por hacer una yunta racional, acoplándose como engranajes en la empresa verde de *The American Voyageur*. Y de esa mansedumbre diurna que la tenía momificada ante la elite de los ambientalistas de papel, vino a este punto boscoso que poseionó a la pantera, produciendo el destape de sus instintos nocturnos. En adelante, la oscuridad, será su amiga y cómplice por la esperanza que le trae volver a empezar tras el divorcio de hecho que han pactado con el ya despejado Rudy, tanto que no han necesitado palabras para firmar su separación, su lenguaje corporal ha colocado la rúbrica del adiós. Está recreando la piel que se estremecía con el hoy exangüe Mediterráneo —cuando vagaba por sus largas noches de invierno, en las últimas playas prístinas que sobreviven como el áspero Cabo de Gata—, consumando la fuga del desencanto mediante el cataplasma que alivia la herida de su estabilidad sobre la tierra de las oportunidades para el desperdicio. Conjurar el purgatorio de esos miles de días de falso alumbramiento en la fábrica de ilusiones que montaron con Rudy Robinson, es pasaje al prurito de hacerse obsequiar del jefecito la piraña que hará la pulida calavera en su futuro velador.

Amparito inspecciona el cosmopolita pasaporte de Rudy, repleto del mundo que quiere para sí; fascina con la impronta en el papel de sus múltiples entradas y salidas de suntuosos aeropuertos. Lo ve, al pasaporte de Rudy, lleno de fotografías de ensueño arrancadas a parajes silvestres que sean dignos de salir en la revista que la hace suspirar a la luz del candil. Ella se ve viajando en primera clase, hundida sobre las butacas de lujo de un aeroplano supersónico intercontinental, sosteniendo la amorosa mirada del hombre verídico, el que sí puede sostenerla por el espacio/tiempo que se merece. Ese pasaporte es la prueba rotunda del sueño estadounidense hecho realidad en Rudy Robinson. Ella toma las manos de su pasaporte a la abundancia, las remite a los senos enhiestos de la montañesa, besándolo con ternura infantil le exhorta: —¡Nunca, Rudy, como animales: nunca!—, cortando así la fogosidad del reanimado cadáver yanqui, con la Razón por cima del insolvente Amor.

Saliendo de la celestina cabaña de los Robinson, acaricia la visión del pasaporte estadounidense en sus manos, lo mira repleto de los sellos que dan fiel testimonio de su orden cosmopolita. Ya se observa atravesando orgullosa los filtros policiales de emigración. —Aquí tiene mis papeles, señor oficial —diría ella con prosa, y respeto a la vez, por los guardianes de la estabilidad de la abundancia—. —Caramba, señora Robinson, usted sí que ha viajado, tan joven y conoce medio mundo... ¡Bienvenida a casa!

El bisoño administrador enfoca los ojillos de diamantes jurásicos de Pablito. Éste, desde que se presentó en la pancarta del aeropuerto capitalino, evocó al viejo amor entre el dragón y la princesa que nunca llega a ser reina para no matar la pasión en la mirada de su bestial amante; ella entiende que ahí reposa el ser de su amor platónico. “El resto de amores fáciles son para

renunciar”, musita ante los ojos endemoniados de Pablito, quien sufre el don de anhelar lo intangible, haciendo de su estancia en Pelancocha el fugaz encuentro con su princesa, bebiendo juntos del sol de venados sin tocarse un pelo, una escama. Alguna vez confinó a la princesa en una torre del olvido, fue la época en el que su acorazado cuerpo rindió tributo a los dioses del hombre-masa. Enfermando con el rebaño tuvo su hora positiva, tentándose a fundar la familia contemporizadora, retratándose en el sujeto jadeando por acrecentar su capacidad de desperdicio por el centro del campo borreguil. Al cabo, desistió de la fotografía familiar con la bienaventurada que alimente sus ambiciones de “hombre emocionalmente inteligente”; tendiéndose a sí mismo una emboscada liberó al dragón, rescatando a la princesa de su muerte lenta en la torre de hielo que le asignó el heredero de la industria harinera de don Manuel Samaniego.

“Salvando a la princesa de la antiaventura, la restituí a su hado en la constelación del Dragón”, musita hundiendo la vista donde Pablito se hace legendario, ajeno a los vientos del parque musical amazónico de los posmodernos, esa selva de pájaros acudiendo al llamado de la corneta electrónica, bien formados por especies, funcionando para el bosque domesticado. Palometas saltan rompiendo la película de la fuente, sus lomos plateados se van con el canto melancólico de la lechuza, mientras la tenue luz del farolillo de petróleo aún sirve para que se inmolen minúsculos vampiros. Incesantes cuadrillas de suicidas se lanzan a la pira que cederá a los aromas de invisibles orquídeas tomando fuerza bajo el reino de los susurros.



Capítulo XII

El novato se mueve hacia el erótico perfume que despide el piadoso holograma postonírico que le regala su mente amaneciendo al lecho que no comparte con la náyade de las cascadas de Soracola. El piso de caña brava cruje con las festivas caderas; el cuerpo avasallante, de la reina de las lupercales, se estremece ejecutando la danza de los siete velos para el dueño de la animación suspendida. Hasta el hallazgo de Carmela no había sufrido el imperativo de amanecer amando a una mujer. Para no engañarse con la sensación de que casándose con Teresita iba a estabilizarse y aquietar las urgencias del perineo, se predisponía a servirse de los pasajeros simulacros de amor con las ejecutivas de la Geisha, rentado placer con un techo de tiempo que no incluía dormir con facilitadora alguna. Esos aguardentosos banquetes fálicos lo dejaban inhabilitado para las pretensiones platónicas que tenía el dragón con la princesa. El falso amante se marchaba con la luz de los faroles callejeros; tal como estipulaba en el contrato de abrazos, se separaban antes de que los visite la melancolía. Cometido el festín no había para qué dejar que la digestión los pille trocándose en dos figuras armadas de cinismo tras la disolución de la pasión de alquiler. Aquí lo envuelven los deliciosos aromas de la mujer que amó, bendito con el alarido de una roja bandada de guacamayos. Desperezándose junto al familiar eco de los monos aulladores, recoge el toldo para ir al encuentro del vínculo que mantiene con los cigarrillos de Papa-Beto que, por arte del bos-

que tropical húmedo y lluvioso, cada vez menos los coloca en sus labios haciendo del tabaco un ritual más espaciado y, por ende, más apetitoso. Ha madrugado a encender el Full Speed, sale al balcón en pos del amanecer que hará rendir, hasta la calada quemante de la chicharra, el tabaco negro de su predilección. Ya viene encantado por los círculos de humo que lo raptan al literario estudio de Alberto Samaniego.

Amparito tuvo una mala noche, padeció la arremetida de incubos acicateando su carne glotona, se pasó luchando con la cruel tentación de decaer en el lecho del señor Tomás Vanbeberen. “Hagamos bien la despedida..., Tomasito”, le iba a susurrar enredándose sin más al fibroso cuerpo de su calentura. No fue así, a despechó de la mujer lúbrica, venció su temor a ser despreciada por el salvaje flamenco y, sobre todo, no iba a correr el riesgo de que se debilite su fuerza uterina yéndose en sentimentalismos animales, exponiéndose a desconcentrarse de su posición sicológica que está rindiendo a sus encantos a Rudy Robinson. En el claroscuro de la cabaña de Carmela —quien viene regresando del ritual natatorio de la fuente—, sufre la lúgubre incertidumbre de que falle la conquista del mundo que Dios sabe es el que le corresponde. Carmela, o ese vitalismo que irradia su personalidad, la devuelven a la coyuntura práctica de Remoto; la humanidad entera parece haberse dado cita en la cuenca media del río Napo, con el objetivo de cuantificar sus realidades, y esa energía grupal está para que se dé su sueño de una noche de verano a orillas de los grandes lagos de norte América. Las rendijas de las paredes de caña guadúa filtran la luz mañanera avisando que la suerte sigue el curso al magnético norte, —su norte—, relevando el mal sabor de una noche en vela por el relato que metieron sus incubos.

Pompilio suspendió con la alborada el extenso reposo que disfrutó tras la jornada de asombros interplanetarios, retornando a la cocina y sus aromas de café bañados con el pan de yuca que emergió radiante del horno. Pan de yuca que está inundando de gracia el paladar de los huéspedes listos a ingresar por el sendero de la canícula del mediodía, donde el ojo avizor de Silverio Coquinche sitúa nubes hinchidas de agua tibia, que vendrá con fuerza tropical, aunque no habrá diluvios. María, hará otro día de cocina, esta vez con la complicidad del jefecito, que la deja hacer. Ella también deja hacer, se ha de consumir la imagen del diluvio amazónico desfogando por la alcantarilla en la cual se estancó el rumbo de sus días; lo curioso es que Amparito, la carroñera de tierras altas, vino a ser el desagüe que la pondrá a renacer lejos del cadáver de Rudy Robinson. Asida a la balsa que la desliza calmosa a la playa de su renacimiento, se aleja de la desventura de amanecer en el lecho de mixomicetos que criaba bajo la abundancia de la “religiosa verde”. Fue sublime asimilar que la recurrente pesadilla de verse transformada en una fiera salvaje, acabó siendo la aceptación de su yo felino enjaulado por las brillantes páginas de *The American Voyageur*. La noche en la que liberó a la pantera que con quirúrgica dentellada degolló a su consorte, lo que hizo fue matar al ente que provocaba el embarazo sicológico de María Robinson. Ella huía de esa negación para alumbrar, no trajo más carne perecible a la sobresaturación de homininos botarates; escapaba de su instinto maternal hundiéndose en su ideal ambientalista, ese de forjar un bosque tropical tan esterilizado como musical, la imagen misma del limbo de sus fallidos bebés.

Apenas clareando, el novato administrador, se acomoda a la espalda la mochila para atender el recorrido al que se apuntó anoche junto a Nahúm, ambos probarán suerte por la senda del chamán. Ayer, Silverio Coquinche, les participó su deseo de

llevarlos a ellos dos a hacer un recorrido por sus tambos apostados alrededor de territorio Puca. El hado del hombre-bosque es enfrentar a los demonios que pretenden desprestigiarlo ante el influyente jefe espiritual de la vecina comuna Pilche, quien busca desplazarlo del control religioso de los anillos de Pelancocha y de la laguna del Manco, símbolos del poder chamánico en la cuenca media del río Napo. Su rival ha pactado con los demonios que él ha venido sojuzgando en territorio Puca, vencidos con la inteligencia de la lechuza y la fuerza devastadora del jaguar Otorongo. Levantando una memorable campaña guerrera se ha ganado un nombre en las sagas que bajan por el río Napo hasta dar con el magno río-mar, Marañón. Silverio Coquinche, bajo el paraguas de intangibilidad que provee a su comuna el señor Tomás, puede resistir a la humillante esclavitud del ángel exterminador de lo primordial, por eso requiere de trovadores que canten su gesta allende las fronteras de la cuenca del Napo. De los huéspedes últimos halló un viajero que es digno de dar testimonio de su resistencia, quien debe dar fe cómo él no se rinde a la mujer-diablo que procura extinguir su poder milenario, incitándole a perderse en el túnel de su reino orgásmico. Duro y solitario oficio el suyo, luchar contra el llamado a holgar que le hace la mujer-diablo, espléndida en sus formas; pero él nació para mantener viva la resistencia que lo abraza a los rigores del bosque donde medran los de su estirpe.

Los hombres caminan silencios, concentrados en no rezagarse del paso de Silverio, que viene rodeando sus tambos sin detenerse todavía en ninguno de ellos. El nebuloso bosque exuda sobre sus ropas de fatiga, sienten que han caminado jornadas enteras sobre la hojarasca del sendero que los tiene atrapados, como haciendo un círculo de mimética frondosidad. Silverio Coquinche deambula ingrátido en el claroscuro de la selva donde desarrolló la sabiduría chamánica que le fue transmitida desde el vientre materno; él no les ha dirigido la palabra a sus huéspedes a partir que dejaron los predios de la hostería, viene embebido en su míti-

ca tarea: gesticula, y sobre la marcha va susurrando ininteligibles fórmulas que afirman el mutismo de los testigos que por reflejo flotan en su mundo espeso.

El soporífero mediodía ecuatorial se atenúa bajo la sombra de la choza que cuelga en la algazara de monos diminutos como un puño humano. Este tambo aéreo luce majestuoso al lado de los otros plantados sobre el suelo, parece ser el eje donde gira el chamán, cual con un ademán invita al reposo a sus invitados tras la extenuante marcha. Ellos dos, acomodándose dentro de la choza colgante, inflando y tendiendo las respectivas colchonetas, colocando sus mochilas como almohadas, se echaron a atender el llamado de sus estómagos, regocijándose por echar mano a los emparedados y a sus bebidas de té de limón. Manteniendo el sigilo que amerita la circunstancia, se alimentaron sin chistar palabra ni dirigirse hacia Silverio; éste les advirtió con antelación a la caminata, que él no prueba bocado cuando está vigilante de su hábitat.

La penumbra se toma el cubil que pende camuflado entre el follaje, iniciándose con la media tarde la llovizna que propicia el relajamiento de los caminantes agradecidos por el balsámico sahumero que ahuyenta a los mosquitos, haciendo que sea posible dormir meciéndose con la espesura; sueño que el maullido del Otorongo despertará junto a sus temores atávicos. Silverio escucha el repicar del carpintero, es una música que agrada al oído del guerrero que aguarda el lamento del gavilán *filuco* para encarar a sus demonios nocturnales.

Las tinieblas cercan el tambo, los rugidos del bosque estremecen los oídos somnolientos de los hombres que recién abrieron sus sentidos a la noche. Silverio desciende cauto a tierra, olisquea la noche tibia, ausente de brisa, con la lluvia en retirada. —Me están provocando —musitó devolviéndose al interior de la choza colgante—. Distendido les participa a los exploradores que es una pareja de felinos merodeando afuera, aunque aún a prudencial distancia de su guarida. —Me están provocando para que

pierda el control montando en cólera, ellos quieren que los vaya a perseguir por su zona, y así emboscarme mal parado... —añadió señalando que son dos demonios rojos los que lo retan al filo de sus dominios, sin penetrar todavía a ellos pero le advierten que están por hacerlo, acicateados por el valor que han cobrado estando en pareja.

Cuando los insolentes recaderos del chamán de la comuna Pilche, violen el límite de seguridad que colocó alrededor del tambo, será él quien chorree las tripas de los invasores, y éstos conocerán porqué su estatura guerrera se mantiene enhiesta en las profundidades del Amazonas. De esto que tiene suficiente espacio y tiempo, para llevar a los futuros relatores de su gesta a darse una vuelta con él por el soto murmurante. Sin embargo, andar alerta, es inmanente al nocturno del guardián; pronto una voluminosa danta es encandilada con las luces frontales que portan los exploradores y, ésta, no se aparta del sendero tras debilitarse el golpe de luz que la había paralizado, pasando los segundos continúa inmóvil dando la impresión de estar retándolos con la fijeza de sus ojos centelleantes. Silverio se apura a lanzar un conjuro que ahuyenta a tal demonio fornicador. —Esa diabla menor vino a ofrecirme sus nalgas... —murmuró quedo, habiéndose librado de ella; después de la amenaza de muerte que le infirió, ésta desistirá de doblegarlo a través de su potente instinto procreador, que pone en apuros a la libido del jaguar come-todo.

Los invitados caminan asidos a la leyenda que sobre el instante va dictando Silverio, conforme se enganchan en el murmullo incontinente de las musas de medianoche, aligeran el temor a reconocer dentro de sí mismos el sabor de los instintos primordiales. La selva se alegra y canta con las trompetas del pájaro yacami que trepan en bejucos hacia los luceros. Multitud de cocuyos fulguran intermitentes en la espesura, la mente dilatada del nictálope no para mientes ante el concurso ajeno por la vida, él tiene una cita con la arena de su nocturno, los tempranos maullidos de los pumas rojos le adelantaron que protagonizarán un combate a muerte, arañando la aurora.

Los demonios invasores ya se han introducido a la zona de seguridad, Silverio Coquinche percibe una pizca de las embriagantes feromonas que despide el estro de la felina que entró en su territorio a rendirlo de pasión. Instruye a sus huéspedes que deben conservar su temple cuando él tome su forma guerrera al pie del árbol *Lagarto caspi*; esta metempsicosis se formalizará cuando haya ingerido la ayahuasca, tras horas de ayuno, como prescribe el canon de su linaje. Los hombres que tienen el honor de ser testigos de la palpitante leyenda del chamán, están al tanto de su deber de espectadores; absteniéndose igual, por instinto de conservación, de interferir en los rituales propios del guerrero. Ellos continuarán manteniendo prudente distancia de lo que entienden será la escenificación de una batalla, en la guerra que libra Silverio Coquinche, por mantener bajo su égida las pozas sagradas residentes dentro de territorio Puca.

Al amparo del *Lagarto caspi* encendió el fuego que detonará el poder del guardián del bosque, ya obteniendo la infusión de ayahuasca que es el pasaje a su metamorfosis. Bebe de un tirón del súmmum de la sogá amarga, desembocando en espasmódicas contorsiones y espumarajos. La lumbre que sirvió para concentrar la fórmula de la trasmigración, va perdiendo su luz junto a las contracciones del chamán que, una vez morigerándose, empezará a husmear en las seductoras emanaciones de la fémina que lo incita a hundirse por el túnel boscoso.

Los huéspedes de la choza colgante aspiran del penetrante perfume que despiden fanerógamas invisibles, de la tiniebla surgen ojos fotógenos, centelleantes coyuyos avisan que ha desaparecido el resplandor del hombre en trance. Tras un largo silencio, escrutando dentro de las tinieblas, parapetados en la choza colgante, se percatan de la presencia de un par de ojos felinos reverberando al pie del *Lagarto caspi*, donde se consumen los rescoldos de la fogata. El imponente jaguar muestra indiferencia por los petrificados testigos que observan el resultado de la metamorfosis.

Desafiantes maullidos de la pareja de pumas rojos se escuchan con claridad en las inmediaciones, los invasores ya no se cuidan de esconder su atrevimiento temerario, siguen incurrido dentro de la zona de seguridad que marcó el inequívoco mensaje: "Si no se retiran están caminando al patíbulo". La tentación de poseer a la hembra-diablo viene latente en toda lucha religiosa, desde que tiene conciencia de su poder chamánico. Ardientes feromonas ha dispersado a discreción la hembra del Puma Rojo; estas partículas del placer fácil y de resolución inmediata, están atacando directo a la libido del Otorongo; sus elocuentes invitaciones al bacanal perturban la ecuanimidad del guerrero de carne y hueso. Ella esgrime sus armas de gata en estro para emboscarlo bajo su propio círculo de seguridad, el perfume de su lujuria viene omnipresente por el perímetro que violó. El Otorongo se enfila por la huella olfativa que al cabo lo enfrentará a la tentación de holgar con la afirmación de la carne que porta la hembra-diablo; la única manera de conjurar su excitación es enrostrando al origen del desquiciante deseo. Mientras, tiene que batirse con las visiones de la fértil hembra sobando su carne eréctil y, de ahí, sólo hay un paso a claudicar ante el aliento erógeno de esos labios bestiales. Así de erótica se presenta con sus feromonas la gata que lo circunda, esos labios tórridos lo halan al vórtice de la demencia genital. Hacerlo flaquear por el lado de los efluvios del estro en apogeo, sometiendo al semental que encarna el Otorongo, sería lo corriente si fuese un chamán de opereta, y no existiera dentro de él la fuerza de trascender como guerrero. Al límite de ceder su virilidad al calor de la hembra del Puma Rojo, lanzará un conjuro que desinflen la libido que exacerbó la intrusa, obligándole a mostrar su espantosa figura original, haciéndola que evacue pestíferos treponemas de su verdadera cloaca. En eso consiste la lucha contra la hembra-diablo; ella atacando el potente libido del Otorongo con su falsa feminidad, y moviendo su corazón también puesto que puede usar la imagen de la núbil, la niña-mujer, que amó en su primera juventud, cuando el aprendiz de chamán deambulaba inocente por la garganta

del bosque. Se aprovecha de la hora frutal que tuvo arrancando gemidos de amor de la niña-mujer, antes de pagar tributo a su condición de chamán, y ser el solitario e insobornable guardián del bosque de sus ancestros. Ya el Otorongo inunda el lugar con feromonas del imbatido guerrero, aquel esculpido en las batallas que ha mantenido intacto su territorio espiritual.

Los huéspedes del tambo no dejan que en su interior fenezca el sahumero que los protege de la ferocidad de los diminutos vampiros. La espera se torna prometedor, animando su vigilia el sentimiento de estar siendo testigos de otro portento a noche seguida, esta vez acomodándose en el palco de proscenio del teatro de operaciones del Otorongo. Éste viene dando la vuelta para precipitarse en la trampa de la hembra del Puma Rojo, buscando el desenlace de ese ataque premeditado a su virilidad. —¡Hola..., hola! —de súbito, brotando de la espesura, se hace presente la cascada voz del inofensivo Hualinga, el diablo decadente con el que ya no disputa, puesto que acabó convirtiéndose en el pacífico felino que lo divierte con su inteligente sarcasmo—. ¿Estamos de pelea, ¡eh!, señor Otorongo? ¡Carajo, no puedes andar en paz!... —continúa diciendo mientras procede a rascarse con la garra diestra posterior por la zona de la cruz—, pero ahora no la traes de agache mi amigo, vas a tener que usar todo tu poder mental, esos dos sí son mañosos para el oficio de desguazar enemigos.

El Otorongo se relaja un tanto ante la figura del bonachón Hualinga, con quien, tiempo ha, luchó a morir, pues, éste fue un enemigo digno de admiración, tuvo que aplicarse al máximo para derrotarle. Le gruñe con deferencia al inocuo felino de colmillos mochos y garras que apenas dan zarpazos al viento; tanto que le permite orearse por su territorio, tratándole como a un viejo amigo. Cuando se encuentra con éste en una ronda de rutina —sin la premura de un duelo territorial inminente— departen con largueza sobre el ensanchamiento del tiempo bajo la selva.

—¿Qué más, amigo Hualinga? —replica palmeando esos menguados lomos felinos—. Te me estás volviendo sentimental...

—¿Y vos..., y vos? —interroga el afofado demonio que sin tapujos asume su hora de retiro—. Tú sabes que si nos hubiésemos encontrado cuando Hualinga era “¡el Demonio Hualinga!”, no estarías aquí haciéndote el machito conmigo...

—¿Cuándo habrá sido eso? —repuso divertido el Otorongo.

—No te ataqué cuando eras un embrión de hombre boscoso, cuando eras el enamorado adolescente Coquinche; si lo hubiera hecho, ¡créeme!, no estarías aquí dispuesto para el honor de batirte por tu linaje, sino reposando en el limbo de los aprendices de chamán —añade el diablo Hualinga en tono evocador de su truncada leyenda.

—¡Esperpento..., badulaque! —aúlla el Otorongo, subido al espasmo de la carcajada que logra refrescar la tensión de la ineludible lucha que tiene pendiente.

—En fin, amigo Otorongo, ya sabes cómo va la cosa; encárgate primero de la hembra del Puma Rojo..., juntos te podrían estar haciendo picadillo —aconseja el carnoso tigre.

Los hombres, desde la elevada seguridad del tambo, escuchan el rumor de cascada del nocturno, como dando el primer aviso a los invasores para que comparezcan a la arena de la muerte. El bosque empieza a bullir con la visión de esos magníficos felinos disputándose el control de las sagradas lagunas que aún guarda con celo la comunidad Puca; suena la melodía galante que un búho le dedica a la bellísima flor Azucena brotando por las riberas del Napo. La pareja de pumas rojos van estrechando el círculo donde derramarán su sangre procurando desbancar al reinante Otorongo; sus desplantes se escuchan asaz próximos al campo donde disputarán los elegidos para entrar en la saga de los grandes gatos de la cuenca amazónica.

Ya arribó el trompetazo que convoca a los gladiadores, aunándose al reclamo un creciente croar de sapos y ranas que constituyen el prelude a la batalla que despabila a los testigos humanos. Éstos se reacomodan sobre el balcón, procediendo a escrudiñar ávidamente con sus linternas de cabecera en el zoológico desfile que va cuajando variopinta galería, subiéndose al escenario de la contienda. Ojos endemoniados destellan en respuesta al aviso del pájaro trompeta, éstos acechan apostados por los bajos del gigante de bella cabeza, el árbol de Lupuna. La pareja de pumas rojos apenas respira bajo el musical de los anfibios que se eleva hacia las titilantes estrellas de la alborada. Los invasores afilan sus potentes garras, disponiéndose para el momento justo de caer sobre el Otorongo. La galería de nocturnos prorrumpe en algarabía por el inaplazable combate entre esos magníficos representantes de la cúspide alimentaria de los carniceros. El Otorongo asoma por detrás de los hombres abismados desde la altura de la choza colgante; antes que los fanáticos espectadores del coliseo adviertan su presencia, sus vigorosas articulaciones de salto lo ponen al pie del árbol de *Cara caspi*. El rugido zoológico de la galería es instantáneo al ubicar al legendario Otorongo, cual hace el primer contacto visual con sus enemigos. Éste, afilándose las garras, llama a concentración a cada una de sus células de su cuerpo alzado en armas, formando un escudo de adrenalina que lo inhiba de huir ante el dolor de las heridas que recibirá.

La noche cunde con el canto general de las especies dándose cita en el teatro iluminado por un haz de luz de luna, realizando con su palidez al evento. Ya la hembra del Puma Rojo, ruge impúdica dispersando sobre la arena sus elocuentes feromonas. El Otorongo recepta una vez más el salvaje aliento del estro de la gata; ahora es herido de frente por esos labios que lo invitan a hundirse en su vega feraz. Es el instante de decidir si va a continuar siendo un guerrero implacable o va desbaratar su leyenda, tras los pasadizos del placer carnal, vencido por los efluvios de una hembra tórrida. La reacción del Otorongo corresponde a su

entrenamiento fundamental, ya está arrojándose sobre ella, prendiéndose de su cuello la sacude a matar, sometiéndola contra el húmedo tapete de hojarasca le infiere furibundos zarpazos en el rostro, inutilizándola tras su fulminante ataque. Aunque no la remata partiéndole la traquea, le perdona la vida a propósito para que, tuerta y con su faz desfigurada, sea la imagen latente de la resistencia del Otorongo a sus fuegos fatuos.

La humillada felina se retira rengueando a clamar venganza ante los paralizados oídos del Puma Rojo, éste falló con sus reflejos defensivos al no actuar contra la meteórica agresión del Otorongo, facilitando ese brutal castigo que inhabilitó a su compañera de fatigas y, lo peor, aminoró la probabilidad de su apuesta de neutralizar al otro, su real ventaja se desvaneció por dos zarpazos. La galería prorrumpe en loas al Otorongo, éste retorna a su posición de alerta al pie del *Cara caspi*, vigilando desde ahí los movimientos del burlado enemigo, recibiendo pestes de los invasores.

—¡Te vas o mueres! —ruge admonitorio el Otorongo, mientras la maltrecha hembra, resguardándose tras el palo de balsa, con chillidos rencorosos arenga al Puma Rojo a vengar las imborrables heridas que recibió.

—Ve a destriparlo a ese maldito engendro..., verás que tú eres más, ése es un aprendiz de gladiador.

El Puma Rojo, enconado por el dolor de su vapuleada compañera, arremete con vergüenza; el reclamo del pájaro trompeta lo impele al fin, es inútil posponer el instante supremo. El Otorongo observa que la figura del invasor se agranda con la fuerza del demonio que decide ofrendar su vida por el honor de su estirpe endiablada. Siendo que el eco de su lucha traspasará los linderos del territorio Puca, allende al control de las fuentes sagradas, combatirán por colocar señero hito de bravura de aquí hasta el río Marañón. Los gladiadores gruñen exhibiendo sus colmillos en su mortífera extensión, retumba el chillido histérico de la galería pidiendo el desangre de los dos sobre la arena lunar. Relucientes quijadas muestran amenazadoras el poder triturador

de sus maseteros; cada gramo de esos cuerpos, diseñados para estar en la cumbre de la cadena alimentaria, entra a un paroxismo mortal: ojos clavados sobre la yugular del enemigo, garras prestas al zarpazo que lo despanzurre de un tajo. El anfiteatro vibra con los prolegómenos gimnásticos de los felinos, ellos giran elásticos sobre sí mismos antes chocar. Se carga el ambiente de un respetuoso silencio: esos magníficos animales se traban en combate, bramidos de muerte erizan su piel. Esta vez, el Puma Rojo, propone la victoria relámpago que premie a la osadía del retador; no obstante, tras el primer choque, intercambiaron heridas superficiales que los mantienen intactos para nuevos zarpazos, y mordiscos, que buscan afianzarse en el cuello del otro y dar el sacudón letal.

Fintas sangrientas hacen el cuadro de la aurora filtrándose de a poco en la noche. Sobre las frondosas tribunas ya se agolpan pájaros diurnos que madrugaron a presenciar el arrojito felino, con su melódico vitoreo estimulan el coraje de los duelistas.

Las especies noctámbulas presionan para que se defina la justa antes que el ominoso diurno las ponga en desbandada, buscando reposar dentro de sus guaridas solares; el berrido impaciente de mántidos y anfibios opaca la fresca música alada que pronto se tomará la bóveda verde. Esa estridente exigencia de los nocturnos para que definan la justa antes que la aurora entregada a la luz solar los disemine por la tundra, manda a esforzarse a los felinos que toman aliento lamiendo sus heridas. Los contrincantes, envueltos en sudor sanguinolento y fatiga, van reemplazando el odio mutuo por respeto mutuo. Promediando el amanecer pesan aun los hirsutos bigotes, las mandíbulas accionan con lentitud, las garras adoloridas prefieren guardarse en el calor de sus fundas.

Comienza a clarear con la puntualidad del diurno ecuatorial, los monos cotos compaginaron sus rugidos con el piar de los pájaros mañaneros. La galería de nocturnos, temerosa de padecer el claroscuro selvático enmudece, disponiéndose a abandonar el teatro de operaciones; tales espectadores han perdido

el ímpetu por ovacionar o increpar a los guerreros, son noctívagos que deben ir a por la mullida paz de sus agujeros, aunque se queden sin ver el desenlace de la liza. Apurados por el resentido murmullo de la galería anunciando su retirada, los duelistas se incorporan para ajustarse al destino que a cada uno le corresponde. Los felinos dedican su postrera arremetida al alado público que, amaneciendo, engalana las tribunas del ramaje, prendiendo con sus trinos el deseo de poner fin a su estoica lucha. Tras breves fintas encuentran la posición que los coloca ante glorioso epílogo, ejecutando al unísono el salto de victoria o muerte. Cuando el Otorongo regresa a ver, el Puma Rojo yace inerte sobre la podrida hojarasca, un corte quirúrgico de sus garras lo despanzurró.

Los hombres del balcón del tambo se restringen la vista, el diurno los pilló adheridos a la mayestática figura del vencedor Otorongo. Ya montan en pánico cuando éste se aproxima a la choza como tomando viada para un salto que los hace taparse el rostro con las manos. La calma retorna con el graznido de tucanes, abriendo sus ojos observan a Silverio Coquinche restañando las heridas superficiales que le dejó el combate con sus demonios. En la hojarasca permanece el cadáver del Puma Rojo, sus restos serán tratados por el ilustre cuerpo de carroñeros de la cuenca media del río Napo: los buitres que disfrutaban de su invaluable oficio; éstos, a su vez, dejarán la meticulosa limpieza del noble esqueleto a las hormigas arrieras. Silverio se nutre con los frutos secos y la bebida energizante que le ofrecieron los relatores, eximiéndose de manera mutua de hacer comentarios. Lo mítico se ha consumado, es tarea de los testigos digerirlo de a poco en su mañana; Silverio no va a añadir vocablo alguno a la fábula que donó al bosque amazónico.



Capítulo XIII

Carmela florece en la luz del espejo de selva, vuela con el jubiloso graznido de guacamayos que atraviesan Pelancocha. El aroma energético de la fuente penetra rauda por las ventanas, entonando los amarillos de las paredes de carrizo. Ella retoza con el canto mañanero de las aves, hundida en la matriz del impulso genésico evoca los gemidos de amor y los abrazos con el hombre del rincón cósmico. Ya desprendiéndose del lecho se dirige al trampolín que la sumergirá en el sol y el agua. El ejercicio natatorio despertará el apetito por servirse el plato de yucas alineadas con quesillo madurado, que le ofreció el jefecito cuando bajaba al venero, como es la costumbre de éste lo hizo a la altura de la bifurcación del camino elevado hacia el comedor. Un vívido aroma a café penetra por sus poros abiertos a las cosas de comer, empujándole a concluir su matinal ablución. De regreso al muelle ejecuta la calistenia que seca su cuerpo y la predispone a entrar temprano a la cocina, inusualmente, con bata de baño. Llega por el antojo que la hace desistir de un desayuno con frutos secos dentro del bosque; viene con las células gustativas clamando por un *café asustado* y yucas enfiestadas en el quesillo. Yucas con café, mezcla de blanco y negro, están regalándole el cuadro de su natal Catacocha abriendo las ventanas al barranco.

Amparito saca la cabeza del marasmo que le provocó el nocturno selvático, está vez subida en pesadillas tropicales: dilu-

vios y anacondas. Carmela la animó a que vaya por las viandas que tiene Pompilio para el desayuno; el llamado a disfrutar de la mesa solar la reanima, devolviéndose a su higiénica meta de atrapar a Rudy Robinson. Ha venido haciendo bien su tarea, lo real es que apenas le resta hacer el último escalón para clavar su bandera sobre la cumbre del bienestar. Ese palpito le remite el espejo de la sensual trepadora, donde perfecciona el lenguaje corporal que suscita la devoción del lechoso yanqui. Contoneándose, impelida a una danza afrodita, festeja el formidable alcance de su instinto de conservación; reflejando sus encantos carnales en los cristales del futuro, arenga a su férrea voluntad a ser parte del festín de los foros ambientalistas del primer mundo; y, conquistar, tan rápido esos ámbitos de cinco estrellas que a la vuelta de contados meses volvería a los anillos de Pelancocha calzando un porte cosmopolita. Ella, Amparito Robinson, pagándose erótica estancia en Remoto; ella gozando del salvaje que jamás invitará a pasar a su mansión nórdica.

Tomás, arrimado en la barandilla del balcón del comedor, recibe atemperado los aires de Pelancocha, deshaciendo la red que le echó la mujer de los sueños consumistas. Aquí respira el fauno a placer, ligero como azul libélula recién zafándose del mortal abrazo de la viuda negra. Ya enfoca a la flamante presa de la eficiente arácnida, allí esta Rudy retorciéndose hasta flotar exangüe bajo sus sensuales colmillos. Halando de su rojiza barba patriarcal, recupera el lacónico adiós, él diciendo: —No vamos a hacer de esto una tragedia—. Y ella replicando con dignidad: —Sí, Tomás Vanbeberen, no vamos a llorar por esto..., me harte de tu santa voluntad para llevarme en firme a la buhardilla de mis sueños—. Sí, él escogió la vigencia del hombre rodeado de gigantes nenúfares, prevaleció el conquistador de El Dorado, ese que los visitantes sostienen para que exporte su autarquía.

María Robinson despertó en la misma selva que ella quería domesticar, cuando llegó al extremo de soñar con la esterilización del bosque tropical más grande del mundo. Y es sobre este bosque que quiso amansar donde abandona su círculo vegetativo para plegar a la penumbra de los carniceros. Dejó el manso devenir a Rudy para ella reinar en lo claroscuro, succionando de la deliciosa energía de un macho silvestre. Mientras la joven trepadora de tierras altas asciende su solar montaña de consumismo —prescindiendo del oxígeno de los trópicos—, la carnosa mediterránea, alumbrada a la subversiva en franca rebelión contra el engranaje del imperio de los animales felices retozando bajo la desolación maquinista. Observando a Amparito le augura que tras religioso enjuague por las piscinas del sueño americano, se le removerá la melanina de origen, reapareciendo idéntica a cualquier individuo con estatus imperial. De repente, la María Robinson de la tesis de hacer parcelas musicales del bosque húmedo y lluvioso, se halla a tono con su estrenada dicotomía, manejando a la luz de la jornada ecuatorial la dualidad que tanto pavor le trajo a la ejecutiva de *The American Voyageur*. Aquí terminó aceptando la palabra que encerró en la casilla de máxima seguridad de su diario vegetariano: carnívora. Amaneció en la otra orilla del espectáculo verde que brinda *The American Voyageur*, con artículos que reclaman un orden conservacionista acorde con un mundo concatenado al desperdicio, léase destrucción sustentable, donde igual se promueve la mentada explotación responsable de los recursos naturales porque es lo mismo: muerte más lenta de lo prístino. Recuerda el día que se proclamó “religiosa verde” para poder olvidarlo sin tapujos; cuando se hizo oír solicitando, enérgica, protección para los últimos nómadas del Amazonas, su propuesta intitulaba: “Preservemos los instintos del hombre aún cazador-recolector en un parque musical”.

Los exploradores de la senda de Silverio desembarcan de sus sueños frisanando el mediodía, vienen de navegar en el dulce estero de lirios que serpentea por la algazara de monos araña. Silverio Coquinche los saluda de buen talante, ahí acucillado junto al sahumero de la choza colgante, despidiendo aromas de paz alada; el grito lúdico de los pájaros ha borrado el cuadro de los felinos trezados a muerte sobre la hora boreal. Los invitados descienden de la choza colgante dispuestos a guardar el duelo felino en el archivo de las alucinaciones por reflejo de la ayahuasca que ingirió Silverio. Empero, la realidad es contundente, los despojos del Puma Rojo les afirma que ese gran gato respiró hasta su última aurora. Allí yace el esqueleto del invasor que hizo el festín de los madrugadores carroñeros; y todavía esos menguados restos son presa de febril multitud de hormigas desfilando con su atómica porción del Puma Rojo. De regreso a la diminuta aldea que se vende en los trípticos del café Madrilón, caminan ansiosos por el reencuentro con el azul del espejo de Pelancocha, tragaluz sagrado que mantuvo dentro de sus linderos míticos el jefe espiritual de la comuna Puca.

Amparito entrega la mañana al circuito que promueve hasta el fin de su tiempo en Remoto; camina enhiesta, comandando la procesión ornitológica, pues, es parte del voluntariado que le otorgará el membrete de amiga del planeta azul en la revista *The American Voyageur*. Está asendereando como guía del grupo de amantes de los pájaros, se ganó la confianza de éstos por mostrarse incondicional ante su afición. Rudy Robinson sigue atento a las oportunas acotaciones que ella le hace al oído, alentando en su libido la miel que emana de sus generosos pechos rozándole a pretexto de la empatía grupal. Ella viene saturando a su presa con mensajes subliminales de ardores mañaneros, no se esfuerza en derrochar sus innatos efluvios de afroditas populares. La providencia le trajo al decadente nórdico que la dejó hacer porque se

quedó exangüe y requiere de una transfusión de sangre juvenil para animarse a amar otra vez. Justo cuando se diluía el sueño de Europa, le aguarda el privilegio de portar el documento que la acredite como una conquistadora del opulento norte. Gracias a su coraje uterino está mudándose del barrio del desencanto, abriéndose de la casa restaurada que hace del Madrilón una joya por estar dentro del casco histórico de la franciscana ciudad que quiere seguir amando pero de lejos.

En ese ahumado mundo pichincharo apenas respira, sobrevive rodeada del hedor de la masa que forma un pueblo grande, un infierno desmesurado, donde no renacerá árbol como decía la canción que la colegiala entonaba trémula de amor por el mundo vegetal, cuando hizo bastante por la capa de ozono defendiendo los retazos de bosque andino primario que subsisten en la serranía, sufriendo la conscripción conservacionista con los pies desollados, gastando su calzado en las calles, vendiendo su ideal de entonces: “sembramos un par de árboles para cada uno de los inquilinos de la hoya de Quito”. Para el recambio de zapatos en las aulas universitarias (donde le embutieron la regla única del Objetivo Específico, “adquirir felicidad con el sudor metálico de tu frente”), la muchacha conservacionista del planeta azul fue despedida por la trepadora que impuso su estilo de hacer ecología, proponiéndose preservar la naturaleza del macho humano para ponerla al servicio de sus fines consumistas.

Sobre las alturas del Pajarero mirador, sufre la reminiscencia de la colegiala que promocionaba la idea de una ciudad jardín en vez de la caótica urbe que rodea al patrimonio cultural de los capitalinos. Aunque sabe que estos esporádicos ataques de la difunta romántica son la excepción inherente a la norma victoriosa de la trepadora del “Objetivo Específico”, ella quiso conmovirse a tope con los estertores de su paso por el mundo de Silverio Coquinche y compañía, y dejó que su juicio se gaste los centavitos postreros de la joven quijotesca. Arriba, bajo la sombrilla verde donde la avifauna ha concurrido a darle su sentida despedida, derrama furtivas lágrimas. “Hora de adiós y retoño”,

musita en los oídos bilingües del uncido Rudy Robinson. Sufrió estoicamente los minutos de sometimiento al influjo del ácrata en el Pajarero mirador, pero ya se extinguió la chispa de redimirse entre los árboles que la atacó.

Valieron esas lágrimas que derramó por haber aprendido lo que se debe resignar para fluir acorde con el instinto de permanencia de la garrapata andina, succionando en la medula del poder adquisitivo de Rudy Robinson, y sin renunciar a la esperanza verde. Cambiando de tercio, transita en la euforia cuando Rudy le susurra el regreso, —“¡nuestro retorno!”—, a la normalidad, al cotidiano consumismo imperial, donde experimentará un nuevo odio, un flamante pavor, por los emigrantes ilegales que exporta el ansioso sur. Apenas toque suelo imperial y reivindicará para sí los sueños justicieros de los recién cocinados estadounidenses, abatirá desde un helicóptero a espaldas mojadas; vaya que esas visiones xenofobitas harán humedecer de gozo sus imperiales sábanas. Ante el anárquico señor Tomás Vanbeberen se humilló por la ilusión de hacer su propio Renacimiento, allá iba a hacer un sacrificio intelectual en aras de calarse la aureola de mujer refinada..., europea; mientras que a los Estados irá a hacer fortuna, a adquirir y botar cosas, por lo alto. Lo primero, Europa, tenía aires de autodidacta; lo segundo es pura energía materialista, es la voluntad de poner coto a las dádivas que recibió del flamenco, es la solución expedita a la necesidad que tiene, —y no se agotará repitiéndose en ello—, de hacer crocante su suerte en tierra.

Carmela está haciendo un día amistoso, escogió quedarse en casa para acompañar al huésped que desertó de la esfera de ornitólogos. Está relacionando que con María Robinson podría protagonizar una agradable amistad epistolar, partiendo de su encuentro en los anillos de Pelancocha; esto venía impensable cuando la arrogancia fue carta de presentación de la andaluza-estadounidense, apenas desembarcó al muelle de la hostería.

Gracias a estos días de interactuar a través del vínculo de los pájaros, tienen afinidad con los silencios que comparten dentro del tragaluz de la fuente. Parece que ambas estuviesen reivindicando al hombre que cruce el puente que tienden sobre la quieta corriente deslizándose a la tardecita de yutzos penetrando, con sus potentes tentáculos, en los ardores soterrados de la matriz. Carmela se embriaga con la música de violines que danzan sobre la armonía del agua, violines que gimen en el lecho del amor contemplativo, violines que vibran ante la soledad de su corazón atado a volar desde el trampolín del Chiriculapo.

María Robinson, intercambia gratos augurios con la quietud de la fuente cargada de calor, despidiendo una melodía que anuncia el diluvio tropical. Su piel frígida ya se desprendió de su cuerpo, llevándose en su cáscara la libido criptógama de la “religiosa verde”; su cuerpo renació con millones de células dispuestas a un banquete sensitivo, viene presto a darse al viento de tormenta que conduce al río Napo al festín de las amazonas. Ella surca en imágenes que la mecen por la piel tostada de Pompilio, se posesiona de esa figura de rajá, se cuelga de sus bigotes como bejucos arbóreos, vislumbra entrar en sus carnes sin más trámites que el pasaje a la desnudez. Aúpa el deseo de ir a la choza del jefecito, y constatar que él está elevándose en un punto del dibujo que recrea incansable sobre el trípode de su ambición plástica. La anima el abrir las puertas de sus partes pudendas, y moverse a paladear de su intimidad; la excita el doblegarlo con su aliento carnicero, y revolcarlo bajo su feminidad funámbula.

María ingresa al aposento de Pompilio con los prolegómenos del diluvio que ensombrecerá la acuarela del crepúsculo en Pelancocha. Enfoca al hombre de su impostergable deseo, éste se halla colocando el punto que hace apacible el duro rostro del gigantesco árbol de “Cabeza bella” tras la barrera de yutzos. Ella sonrío feroz ante los largos y ensortijados bigotes del jefecito, esos que le dan aires de sensualidad oriental a sus labios rechonchos, mantecados higos de selva bengalí. A esa boca succulenta le abre sus poros de gata, el hombre está como para encuadrarlo así para

el resto de sus días; así de apetitoso en el punto que coloca ella a su óleo; sería loable hundirle sacrosanta estaca a su corazón y momificar, de esta manera, la imagen del macho sacrificado por los calores de su entrepierna felina. Ella tiene el poder para abrazar sus mórbidos labios; sacando al artista de su acuarela lacustre, lo somete a la pantera que succiona sus cachetes inflados por los vientos de tormenta. Rompiendo las seguridades del macho territorial lo envolvió en las notas del aguacero que propició su ferviente abrazo. Los amantes, apenas se percataron de los aullidos del grupo del círculo de la avifauna arribando en tropel a la hostería, ahítos del barro que recogieron en la jabonosa arcilla que se transformó el sendero del Pajarero mirador.

María desató a discreción su marea con el hombre que la dejó reflorcer. Por fin súper-alfa en un alfa-más. Ella, marcando los decibelios de la fuga rítmica de su calor corporal, fue lluvia amazónica en furiosa yuxtaposición de destellos azulados entrando por la plomiza ventana a Pelancocha. La tardecita se fue con el tempestuoso aguacero que se va apaciguando en las tinieblas. Ella también cedió tras el diluvio de emanaciones corporales, ya se distrae en los mostachos del gastrónomo, sus sentidos nictálopes se conmueven con el resplandor lunar que pausadamente reemplaza el rumor de las aguas dejando otra vez a la fuente ingrávida. Ellos dos hablan en la penumbra de la choza que instauró el amor, sobre el mismo cubil donde se ha dado el sórdido encuentro entre el bípedo exterminador y la imbatida resistencia de los diminutos.

—Hube de hacerlo por fuerza mayor de mis instintos recuperados; de repente, soy la otra, bastante indómita creo yo..., ¿qué opina el experto transformador de las cosas de comer?...
—musita la mujer que reventó de la crisálida.

—¡Y qué mujer resultó ser María Robinson! —festeja Pompilio, arrellanándose en la cama circular que, desde el avistamiento de los espaciales sapientes, está proporcionándole goce luego de servir de plataforma para sus bombardeos insecticidas.

Reposado, modulando la voz, prosigue—: Advertí que algo potente te sacudió cuando ingresaste a Remoto; lo sentí porque acá afloran los instintos que uno extravía en la normalidad de las urbes...

—“...Y es difícil que los ardores de la cinco de la tarde le pertenezcan con exclusividad al artista Pompilio Delacroix”—, quiso decir pero al final le pareció mejor rematar con una cuestión mundana, extendiéndole el cigarrillo de hachís a María, lanza una vulgaridad en estos pagos: —¿Cuánto tiempo llevamos ausentes de los asuntos de Remoto?

—No sé chaval..., dime tú, podrían ser dos horas..., dos noches, dos eternidades —replica María riendo y, aspirando una bocanada del regio cáñamo, vive a tope su presente, relacionando que ha estado inerte (ya de huésped en la tumba que reservó bajo el Toledo Memorial) años, décadas. Y contra pregunta señalando el reloj que marcaría su actualidad astronómica—: ¿Cómo se puede medir el tiempo que este rato me viene incalculable?... Vamos, quién sabe si sólo fue una hora salvaje contigo, pero siento que he recuperado el tiempo que perdí en la sociedad de engorde bulímico y desperdicio anoréxico, no a lo bestia sino a lo hombre, que levantamos con el bueno de Rudy.

—Ves, acá no se progresa en el tiempo de pulsera, poco sirve el orden que nos posee ante los horarios de la ciudad rutillante —repuso Pompilio retomando el cigarrillo del hachís que no le produce resaca moral, delicia invalorable que dejó plantado a los sucios productos callejeros, esas porquerías que eran un golpe a sus vísceras y al bolsillo del impotente jefecito, incapaz de ahorrar un cuartillo.

—Chocolate de la casa Pompilio, es como un buen caldo elegido para contarte la gloria de pertenecer a viñedos centenarios: aristocráticos por su origen y no por su marca comercial... —añade embelesado por las volutas psicotrópicas arrancadas a su jardín botánico.

—¿Y después de esto te da apetito, hambre de verdad, con urgencias de carnívoro? —inquieta María.

—Señora Robinson, eso de tener hambre de lagarto terrible es una bendición pantagruélica —repica el jefecito desplegando en su rostro bronceado tonalidades rosáceas, como una señal de estar digiriendo todavía las delicias poseídas.

—Todo esto tienes que polarizarlo en las historias que me debes de los hallazgos extraordinarios que haces en territorio Puca. Recuerda que las anécdotas que has compilado bajo este nicho biológico, deben ser parte del ajuste realista que urge la fantasía que imprime la revista *The American Voyageur* —manifiesta María, entonada por las caricias que prodigó y a su vez le reciprocaron.

—¿Aunque todo acabe resbalando en mis Crónicas de la lógica del absurdo? —interroga Pompilio, ya peripatético, sobre el piso donde los ejércitos diminutos medran a discreción—. María, apoyándose en la ventana donde se difuminaron los grises selváticos, se nutre de la noche que se festeja con los aullidos de los habitantes del bosque; sabe que esos individuos atados entre sí con precariedad, a flor de una tierra arcillosa, conforman la mayor extensión de árboles tropicales del planeta.

—¡Nada!, hay que convivir con un territorio Puca dentro de nuestra alma..., y así compartir la fragilidad gigantesca del bosque que apenas se hunde en la tierra sesenta centímetros, y tener conciencia de existir al filo de la extinción y que el sueño americano sea una burbuja de humo —concluye el jefecito, atento a la sangre que bulle dentro de su homenajeadada virilidad, inyectándole candela a sus ojos.

El encuentro con los espaciales raptando sapos y ranas de la pluviselva fue consecuencia del “algo tiene que pasar” que presentía. Y pasó algo extraordinario, ya hizo suya la hipótesis de ser receptor del mensaje subliminal de los viajeros estelares; sí, ellos tres, habrían sido privilegiados con información subconsciente que les corresponde descifrar, a cada uno, por su cuenta. En su caso, entiende que el artista Pompilio Delacroix fue elegido para el encuentro porque algo tenía que pasarle, pues, una suerte excepcional estaba por darse alrededor de su instante boscoso.

Las imágenes subliminales del portento que se dio al pie del árbol de bálsamo, cual obra de su propio genio, se irán visualizando conforme sutiles matices se viertan en el dibujo que pretende plasmar del universo que encierra Pelancocha. Especulando, cree que aquellos extraterrestres —tal como predijo Nahúm— hallaron su eslabón perdido: los batracios que pululan en los pozos sagrados de la cuenca amazónica.

¡Vaya chasco!, esos avanzados viajeros no venían curiosos por el bípedo exterminador; el eslabón extraviado de su especie croa ¡natural!, para qué contaminarse con la histeria colectiva de la edad de la superpoblación del fantoche. Cuando, Pompilio Delacroix, retome la acuarela de Pelancocha, le vendrán ráfagas de imágenes del impoluto planeta azul de los espaciales batracios: “Allá conservan intacta la mañana prístina que el neandertal abandonó en la Tierra”, podrá decirle a Teófilo Samaniego para que éste lo acolité con una imagen similar de lo que, a su vez, percibió. Más que suponer ya presente que le dejaron imágenes de su amanecer sobre ese otro planeta azul, y podrá verlos como gozan de su intemperie, anfibios bípedos en osmosis con la naturaleza, respirando sus pisos biológicos, alimentándose de ellos “sin fines de lucro”. Los verá libres de cualquier producción en masa porque no habrá allá multitudes industriales, muchedumbres esclavizadas a un trabajo estéril, sino una especie dominante viviendo la dualidad de su existencia. Por un lado estará el animal que se equilibra entre el tiempo acuático y el tiempo sólido; y, por la otra cara, estará el ser que contempla fluyendo armonioso de su estado hermafrodita.

¡Vaya chasco!, ya no puede estereotipar a lo humano —a él mismo— como el colmo de lo sensual, ahora asume existe un estado superior de sensualidad inteligente: la hermafrodita de los anfibios estelares. ¿Qué vista tendrá de los manglares que pueblan buena parte de la superficie del planeta del bípedo anfibio? Intuye manglares repletos de presas para el banquete de los sapos y ranas dominantes. A vuelo de buitre marino peinaría los esteros del colosal ecosistema de mangle de ese planeta azul;

por fin planearía indoloro sobre el pánico pubescente a los pisos fangosos donde yace el envenenado aguijón de la raya.

Con la aparición de los espaciales suspendió la mortandad que infringía a las filas de sus diminutos enemigos, cesó la bárbara arremetida que estaba lejos de hacer claudicar a las legiones invasoras que se multiplicaban a cada ofensiva suya. El jefecito aceptó su derrota definitiva, las hormigas marcharán a su aire por la choza que sus descendientes verán desaparecer.

Suena el cuerno de la abundancia apagando la música de los amantes. La noche estrellada hace el atuendo de gala de Pelancocha, la invitada de honor a la última cena de sus huéspedes. En el comedor se sirven aguacates encurtidos, setas al ajo, brochetas de solomillo y, después del sorbete de apio que enjuaque el gusto, cenarán lo que resta del versátil pescado que donó Silverio Coquinche, ahora como *Cazuela de bagre lechero*. Los convidados rocían el menú largo y estrecho con los vinos de la casa, tonificándose para recibir el sobrio anuncio de María Robinson de nominar a Remoto para el premio bienal de “La Esperanza Azul”, que la revista *The American Voyageur* otorga a hosterías que se distinguen por su labor preservadora dentro de los bosques tropicales del orbe. Muchas instantáneas gastan los ornitólogos en la memorable nominación que promete María Robinson. A este aviso, Tomás Vanbeberen, se suma con evidente alegría, pues, de consumarse esa propuesta —así lo afirma el cálido guiño de absoluto entendimiento y empatía hacia el “Proyecto Remoto” que le dirigió ella—, recibiría ayuda económica a cambio de devolver un bosque vital merced a su aislamiento.



Capítulo XIV

“¡A machacar, demonio, a machacar!”, aulló Teófilo Samaniego arengándose. Minutos antes de que suene la alarma de su reloj, abrió sus ojos a la madrugada donde los sapos se maquean en las tinieblas enviando politonales a la esfera de los inteligentes anfibios. Apeándose del lecho viene a desperezarse complacido por haberse adelantado al chillido del despertador artificial; eso le dice que su reloj biológico está correctamente calibrado en su nuevo hábitat. Se ha ganado el tiempo que le permite moverse tranquilo en la oscuridad, y cumplir con las abluciones mínimas que exige su cuerpo para entrar al ritmo de la madrugada de los adioses. Sobriedad le impone su primera sesión de despedidas en los predios de Remoto. El señor belga le participó ayer con su sonoro castellano, a veces pasado en decibeles: “¡Hombre...! A partir de mañana te haces cargo de la casa entera; ya sabes que tienes que empezar levantando al jefecito y luego al resto de la tropa de pasajeros. Ves, te quedas de amo y señor de la hostería, también los veteranos de selva estamos de salida al ego-urbano”.

A tuestas se vistió para no estropear su lucidez dentro del claro de luna que se incorporó a la jornada, la que lo oficializa como administrador de la hostería que pronto se entregará al silencio. “Aquí habrá que hacer algún mantenimiento de rutina y por lo demás entregarse a la sabiduría de Silverio Coquinche: biomimetizarse”, musita ya apostado en el balcón, donde se acuerda de fumar; casi se ha olvidado de hacerlo, como si tuviese que recuperar la voluntad de ingerir nicotina. Igual fuma con la picardía del adolescente que sustrajo el Full Speed del estudio

literario de la casa blasonada; aunque sorprendido porque la última cajetilla va a cumplir tres días y sigue proveyendo cigarrillos. Le divierte especular que así le va a durar, el cartón de cigarrillos que heredó de Papa-Beto, mucho más de lo que preveía; a lo mejor, quién sabe, nunca lo termine de despachar, sin haberse propuesto conscientemente alejarse un centímetro de ese vicio que lo acogió púber, a viva fuerza de su deseo de ser un fumador empedernido. Lo curioso de fumar bastante menos es que le sabe a gloria el *fullcito*; suspira hondo, aquietándose con el aura que le llega portando el aroma de la flor de papango: perfume que aprendió a reconocer desde que abriga la certeza de estar conectado con Carmela; sí, ellos dos, empataron dentro de una órbita que gira en torno al universo de Pelancocha.

“¡Ánimo, demonio de selva, ánimo!”, aulló recién encendiendo su lámpara de mano, yendo al encuentro del camino elevado que cruje en el silencio matizado por el reclamo de los mántidos. Haciendo el mayor ruido posible con sus pasos y voces va de una choza a otra, le place mandar a mudarse de la diminuta aldea a sus visitantes y residentes, asegurándose que todos ellos pronto estarán surcando el río Napo arriba, rumbo al mediodía de puerto Orellana, donde ya deben estar sonando ritmos cortavenas en la rokola láser del salón Martita. El nocturno de la hostería se llenó de luces y murmullos humanos disponiéndose a abandonar, ordenadamente, el territorio Puca. Una cuadrilla de nativos llegó con la panga que irá receptando el equipaje que los pasajeros colocaron en el portal de sus chozas. Los huéspedes se disponen a desayunarse con pastelillos y café asustado, té o aguas aromáticas, en el comedor.

Tomás Vanbeberen recitó sus postreras recomendaciones al instituido administrador, a manera de amigable consejo recalcó lo que para él es una rutina en la hostería de vacaciones. Asimismo, Pompilio, le encargó que vele por su mascota Pancha ante su ausencia; “no te preocupes, amigo Samaniego, no te va a engullir, regresaré antes de la hora de su próximo almuerzo ratonil”. El jefecito se va de ronda, a ejecutar esa suerte de variación ambientalista subiéndose en el itinerario de María Robinson,

criando verdes ilusiones dentro de su corazón. El desayunó endulzó la salida heroica que hace Amparito del mundo del ácrata belga; mañana, librándose del protervo estigma del subdesarrollo, emergerá Amparito Robinson, de la mano de Rudy desaparecerá la mácula tercermundista estampada en su pasaporte. Algún día vendrá por estos lados a cosechar fotografías para la amante de la naturaleza, y de paso cerciorarse que todo está mejor allá, por su nueva residencia en la tierra, donde fijó su versión del paraíso septentrional a orillas del lago Erie.

Nahúm carga de regreso a su granja de la Baja Galilea la mina de agua que vino a saquear, llevándose también otros tesoros en la mente: el avistamiento de espaciales buceando en la pluviselva del eslabón perdido, y los mensajes subliminales que éstos le habrán remitido a su alma para que se entretenga descifrándolos donde hace su milagro hidropónico.

Los ilustres ornitólogos, despejados por el café Zaruma, se entregaron a la vocinglería; éstos han disfrutado reencontrándose con la idea de volver a su lugar cargando un material inédito, tanto por las instantáneas de la oferta de los sentidos del Pajarero mirador y también debido a los fenómenos que tomaron prestado de los hombres que protagonizaron páginas extraordinarias en el diario de Remoto. Ellos consideran que “el súmmum de la realidad pasmante” se lo llevó el sefardí con el que apenas cruzaron palabras. El fastidio de madrugar se ha disipado ante el chorro de luna serpenteando por las aguas mansas, donde reposa la celestina de los amantes que nacieron al son de su flamígero violín. La aurora se trepa en los rugidos de monos cotos que inician su jornada, mientras las vocalizaciones de sus parientes homininos se pierden tras la estela de luz que sobrevuela el águila arpía.

“¡Cuídate de Pablito!”, le susurró al oído Carmela, su voz vino como si hubiese hablado esa orquídea voluptuosa que, en su oficina ministerial, posaba para el cartel promocionando los misterios que esconde la cuenca amazónica. Acá, esa flor del aire,

se transformó en el beso de la mujer posible. Clareando ya por el muelle vacío, vislumbra a su ser integral tomando el sol en salutífera conjunción con el instante de agua, bosque y silencio. Se observa sobre la hamaca del balcón de su choza tecleando el epílogo del novato de selva. Mañana ingresará a la memoria de su fiel esclavo de silicio, Oberón, su transición de hombre-masa a hombre-bosque.

“¿Al fin..., qué perdí quitándome de las cuadras que separaban al estudiante del tecnócrata?”, musitó ubicándose en la rutina retrospectiva de su yo-trabajo/ yo-estudio/ yo-trepo; donde se encerraba el diario del cosmopolita parásito: enfermo uncido a las raciones insulsas que le arrojaba un inacabable ardor crematístico. Allá fue el trasunto del revolucionario que pateaba las calles hediondas de la ciudad Luz de América, aspirando a morir en la insensatez material del Objetivo Específico: tragarse el planeta azul. Su deber está para con el tangible bosque, ¡qué cambio trascendental dio la acepción metálica del vocablo “tangible” en boca del señor Tomás Vanbeberen! Hizo destino frente a los anillos que guardan el secreto de los aromas de la flor de papango, tan lejos de la reluciente fantasía de los establecimientos del agente de la novedad cinco estrellas.

Ya es un punto en la floresta, tendido al sol naciente es el hombre que a través de la fuente resumirá todos sus días selváticos. El canto de los azulejos borra los adioses de la madrugada, alado regocijo se cierne en las lenguas de fuego abrasando a los árboles. Carmela: flor de papango, fue el cometa que mudó su piel. Es el solitario residente de Remoto, el diurno lo sorprendió respirando en el jardín al cual habrá de retornar su alma cuando las llamas devoren el cuerpo que le sirvió para poner distancia con sus congéneres de esquina estridente, y poder interrogar, haciendo la radio con los cuartos capitalinos del café Madrilón, “¿quién viene a distraer este vital entendimiento con Pelancocha?”.



